

JAY ANSON

666

La casa endemoniada



Lectulandia

A lo largo de los siglos la casa se alzaba inocente y bella como una telaraña o una planta carnívora.

Pero cada uno de sus maderos había sido un instrumento de tortura, en cada una de sus habitaciones se habían cometido los crímenes más horribles. Y los hombres seguían cayendo en la trampa.

**Lectulandia**

Jay Anson

**666**

**La casa endemoniada**

ePub r1.0

GONZALEZ 25.08.16

Título original: 666  
Jay Anson, 1981  
Traducción: César Aira

Editor digital: GONZALEZ  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*Sucedió que un día se presentaron los hijos de Dios delante de Yahvé, y en medio de ellos vino también Satanás a ponerse en su presencia.*

*Dijo Yahvé a Satanás: ¿De dónde vienes? Satanás respondió a Yahvé y dijo: Acabo de dar una vuelta por la Tierra y de pasearme por ella.*

*JOB, 2, 1-2*

# PRÓLOGO

LA CASA DEL CRIMEN,  
CAMBIA DE UBICACIÓN  
ESCENARIO DE LA TRAGEDIA DE 1973.

SEATTLE, 10 de septiembre de 1978. Una casa de madera, amarilla y blanca, escenario de un brutal doble asesinato cometido cinco años atrás, fue colocada ayer sobre un remolque y transportada a Puget Sound.

Esta mañana temprano los residentes de la costa presenciaron el momento en que la casa de dos pisos era cargada sobre una barcaza a la que remolcaron mar adentro. La mudanza se hizo poco después de la medianoche, hora en que se podía interrumpir el tránsito.

La casa de estilo Victoriano, en el número 666 de la calle Bremerton, había estado desocupada desde 1973, cuando James Beaufort cometió en su interior un doble homicidio. La brutalidad del crimen conmovió a este pacífico sector residencial de la ciudad. El abogado de Beaufort negó que su cliente tuviera la fuerza física suficiente como para consumir la matanza. Pero sorprendentemente, durante el juicio, Beaufort confesó ser el autor de ambos crímenes.

El ex concejal de la ciudad atestiguó que había alquilado la casa a Patricia Swenson, secretaria de su despacho. Beaufort había solicitado a su esposa el divorcio para poder casarse con la señorita Swenson, pero aquélla se negó a concederlo. Poco después, Beaufort sorprendió a su cuñado, Edgar Sutton, a solas con la Swenson. En un furioso ataque de celos los asesinó a ambos.

«Creí que él le había aconsejado que me abandonara» atestiguó Beaufort. Desde 1974 permanece en la Penitenciaría Federal de McNeil Island cumpliendo una condena por veinte años.

«La casa era un maravilloso ejemplo de la arquitectura de mediados del siglo diecinueve» dijo un representante de la inmobiliaria Spatz, que había alquilado originalmente la casa a Beaufort. «Pero esos crímenes la hacen imposible de alquilar. Los clientes sienten que el lugar está maldito. Asimismo, hubo un problema con los curiosos. La gente venía en auto y se detenía frente a la casa, o se bajaba a tomar fotografías. Los posibles locatarios pensaron que no tendrían privacidad».

Según la compañía Spatz, en los últimos años se recibieron varias ofertas de comprar la casa. Pero todas fueron rechazadas por el propietario, quien en los registros impositivos figura con el nombre de Coste.

La dirección del propietario no figuraba, sólo la de la oficina arrendataria. Pero allí nadie recordaba haberlo visto personalmente. Afirmaban que todas sus transacciones las arreglaba por correo y por teléfono, y agregaron que actualmente el

lote del 666 de la calle Bremerton está en venta.

Después de los crímenes, afirmó la policía, la casa había sufrido algunos daños menores. La puerta de entrada, de cristales de color, así como un balcón saledizo, fueron tapiados para evitar daños. Varias veces los vecinos avistaron una *luz* roja que parpadeaba adentro y llamaron a los bomberos. Pero nunca se vio humo ni daños por el fuego.

El señor Coste no informó a la compañía Spatz adonde sería ubicada la casa. La compañía contratada para realizar la mudanza no hizo comentarios.



*Martes 10 de abril de 1979*

DIEZ DÍAS EN EL Caribe era precisamente lo que necesitaba Keith Olson. Se había pasado la mayor parte del invierno trabajando en la renovación de una vieja granja en Dobbs Ferry y realmente deseaba un respiro antes de su próxima tarea. De modo que él y su esposa Jennifer habían volado hacia el sur en busca de sol y pesca de altura en la Gran Bahama.

Sin embargo, Keith esperaba ansioso volver al trabajo. En la primavera la Carpintería Olson tenía siempre muchos pedidos. Los fríos inviernos del Valle Hudson dañaban muchos techos y desagües, que necesitaban de reparaciones. Y con el alza tan pronunciada del costo de la construcción, la mayoría de la gente prefería arreglar las casas: agregar un cuarto extra o volver habitable un desván o un sótano. En mayo y junio Keith solía tener más trabajo del que podía realizar. ¡Si ahora su esposa pudiera volver a encauzar su carrera!

Dos años antes, Jennifer había trabajado como decoradora de interiores en Manhattan. Pero cuando se casó con Keith cerró su negocio y se fue de la ciudad. Ahora ella y Keith vivían en la aldea de New Castle, al sur de Ossining. Pero Jennifer había descubierto que no era feliz si no estaba planeando la decoración de algún cuarto en la imaginación, revolviendo muestrarios de telas y papeles.

Al no tener nada que hacer durante todo el día se deprimía e irritaba. De modo que desde la navidad de 1978 había comenzado a buscar trabajos de decoración. Incluso había puesto un aviso en el periódico local, pero nadie la había llamado. Aquí en Westchester al norte, ese tipo de empleos no era tan fácil de conseguir. Y a medida que pasaba el invierno Jennifer se había sentido cada vez más desalentada. Pero Keith notó que el cálido sol tropical le levantaba el ánimo.

El vuelo de BWIA los dejó en el Aeropuerto Internacional Kennedy poco después de las cuatro de la tarde. Keith no se molestó en buscar un changador para sacar las tres valijas del área de reclamo de equipajes. Había jugado al fútbol americano en la universidad y, a los treinta y tres años, mantenía el físico de un defensor, con hombros anchos y fuertes y un tórax vigoroso. Llevó las valijas hasta la calle y luego caminó hacia el estacionamiento donde habían dejado su Datsun azul al partir. Cargó el equipaje y partieron hacia el norte, cruzando el puente Whitestone, por la ruta de Sawmill River.

Casi habían llegado cuando Jennifer se volvió hacia él:

—¿Te molestaría si invitamos a cenar a David mañana por la noche?

—¿Ya? —preguntó Keith—. ¡Me da la impresión de que hemos estado alimentando a David M. Carmichael casi dos veces al mes!

En las Bahamas, él y Jennifer habían estado demasiado quemados por el sol como para hacer el amor; y por supuesto habían cenado afuera todas las noches. Ahora Keith tenía en perspectiva unas pocas noches a solas con ella en la casa, sin camareros ni movimiento...

—Pero no hemos visto a David desde marzo —le recordó Jennifer.

—Sí —se rió Keith—, ¡desde el 31 de marzo! Pero por supuesto, invítalo. No me molesta. —Aunque cuando él y Jennifer eran recién casados, Keith se había sentido muy incómodo por la cálida amistad de su esposa con el anticuario de Manhattan.

Con su metro ochenta de estatura, David Carmichael le sacaba cinco centímetros de ventaja a Keith. Y la extraordinaria apostura de David, de tipo áspero, le había producido malestar y celos. David tenía cuarenta y dos años, nueve más que Keith, doce más que Jennifer. Pero los años no habían hecho más que aumentar su belleza masculina. El pelo gris le daba un aire de distinción y se mantenía delgado y atlético gracias a la hora diaria de tenis bajo techo. Elegante por naturaleza, usaba siempre trajes hechos a medida, corbatas de seda y zapatos caros. Y en su carácter de anticuario especializado en el siglo dieciocho se sentía muy a sus anchas en el mundo rico y sofisticado en el que había vivido Jennifer.

Keith lo conoció en una oportunidad en que Jennifer lo arrastró a Nueva York a presenciar un remate de Parke-Bennet. En los salones de exposición, los tres habían visto una pantalla de lámpara de cristal verde. A Keith le recordó las lámparas que colgaban en una heladería alemana en Ossining; y a Jennifer parecía gustarle de veras. Le dijo que si la quería como regalo de su aniversario de bodas, el 7 da mayo, ofrecería por ella hasta cuatrocientos dólares.

David y Jennifer intercambiaron una mirada extraña, pero no dijeron nada. Más tarde, Keith revisó el catálogo de ventas. Esa linda pantalla verde era una pieza firmada por Louis Comfort Tiffany y su precio estimativo era de entre quince y dieciocho mil dólares. De modo que para Keith el mundo del arte y las antigüedades era un resplandeciente laberinto que David y su esposa conocían muy bien, pero donde él no podía seguirlos.

Poco antes de las seis Keith llegaba al 712 de Sunset Brook Lane. Jennifer fue directamente a la cocina a descongelar un par de chuletas para la cena. Keith cargó con las valijas una vez más —una bajo el brazo izquierdo y una en cada mano— y subió por la escalera hacia el dormitorio.

«¡Qué bueno estar en casa!», pensó. Habían comprado esta vieja casa de ladrillos rojos dos años atrás, poco antes de casarse. Jennifer vendió su departamento en el lado este de Manhattan y trasladó la mayor parte de su mobiliario a New Castle. La combinación de los muebles de ambos era graciosa: las piezas de colección de Jennifer, antiguas y modernas, junto a las mesas y sillas simples y viejas de Keith. Pero la habilidad de ella en el manejo de colores y texturas hizo que todo armonizara,

sin que por ello la casa se volviera tan femenina y lujosa que Keith se sintiera incómodo en ella.

De pronto oyó la voz de Jennifer proveniente de abajo, de la cocina:

—¡Keith! —llamaba—. ¡Ven aquí! —Parecía preocupada.

—¡Voy! —respondió. Salió del dormitorio y bajó corriendo, saltando de a dos escalones. Pero cuando entró en la cocina no parecía haber nada malo.

—Y bien —dijo jadeando—. ¿Qué pasa?

—Mira. —Jennifer señaló la ventana, encima de la piletta.

Eran dueños de media hectárea de tierra. Pero la casa les parecía más privada aún, porque Sunset Brook Lane era una calle casi selvática. Detrás de la casa había una profunda depresión con un arroyo en el fondo. Y la cocina tenía una amplia vista del horizonte oeste. A Keith le gustaba cenar en la mesa de la cocina contemplando la puesta del sol. Pero, al mirar por la ventana no pudo creer a sus ojos. Del otro lado del arroyo, donde Sunset Brook Lane doblaba sobre sí misma, se levantaba una casa de dos pisos. ¡No estaba allí cuando él y Jennifer se fueron de vacaciones!

—Adiós a nuestro paisaje —dijo Jennifer con tristeza. Pero Keith estaba atónito:

—¡Es imposible! —exclamó—. No existe forma de instalar una casa así de rápido. ¡Si hace diez días el terreno ni siquiera estaba despejado!

—¿Estás seguro? —le preguntó Jennifer. Ninguno de los dos usaba por lo común la salida oeste a Sunset Brook Lane, salvo que tuvieran intención de tomar la ruta Taconic.

—¡Claro que estoy seguro! —insistió Keith—. Pasé por allí hace exactamente dos semanas, cuando fui a Dobbs Ferry. No había ninguna señal de basamento, ni aplanadoras. Además, ese terreno es de Clyde Ramsey. ¡Y nunca quiso construir ahí!

Entrecerró los ojos para protegerlos del resplandor del crepúsculo. Los arces y encinas aún no tenían hojas, y el sol poniente se deslizaba precisamente por el hueco de la galería del frente de la casa nueva. Parecía hallarse a escasos cien metros de distancia, sobre el borde mismo de la barranca. Y por la silueta, Keith podía asegurar que tenía un techo en mansarda y una gran galería con columnas a la izquierda. No vio cortinas ni persianas: evidentemente los nuevos inquilinos aún no se habían mudado.

Miró el reloj que se hallaba sobre la cocina. Eran las seis y diez. El sol se ocultaría en unos quince minutos.

—Jennifer, ¿te molestaría si salgo a caminar y a echar un vistazo a esa casa? Simplemente no me explico cómo la han podido levantar en tan poco tiempo.

—Siempre que desempaques primero —le respondió ella—. Tus chaquetas *sport* se arrugarán si no lo haces.

Keith asintió y subió. La noche anterior había caído sobre la Gran Bahama una serie de chaparrones tropicales. Al abrir su valija, Keith comprobó que la humedad se había colado al interior. Sus chaquetas estaban arrugadas, pero si era preciso mandarlas a la tintorería Keith no las echaría de menos. Rara vez se ponía chaqueta y

corbata.

Después de colocar la valija vacía en el fondo del armario, se cambió rápidamente: eligió un par de *jeans* y zapatos cómodos. Como el clima de abril era todavía fresco en New Castle buscó una gruesa chaqueta acolchada que había usado cuando él y Jennifer fueron a practicar esquí en Vermont. No tenía sentido correr el riesgo de pescar un resfrío cuando se acercaba la temporada de trabajo.

Cuando volvió a bajar Jennifer estaba junto a la mesada, disponiendo las chuletas sobre una plancha. El bronceado la embellecía, y el sol le había aclarado el pelo castaño con reflejos color miel. El sol del atardecer ya se había desvanecido detrás de la casa nueva, pero la luz del oeste le brillaba en el cabello transformándolo en un oro suave y encantador. No era la mujer más hermosa que él hubiera visto, pero sin duda alguna estaba entre las finalistas.

Se preguntó si sería por eso que sentía tantos celos de ella. Le molestaba un poco que Jennifer hubiera estado casada antes, a los veinticinco años. Se había divorciado cinco años atrás. Pero aun así, a Keith no le agradaba saberse comparado con alguien a quien no había conocido. Y no contribuía a tranquilizarlo el hecho de que uno de los amigos más íntimos de Jennifer fuera David Carmichael, un hombre apuesto, culto, libre y que ganaba muchísimo más dinero que Keith.

La besó y la miró a la cara un momento. Los ojos de la muchacha tenían pequeños anillos amarillos alrededor de las pupilas, como dos minúsculos eclipses solares. No tenía que preocuparse por Jennifer, se dijo. Ella y David no eran sino viejos amigos, que se frecuentaban desde hacía años...

—No tardaré mucho —le dijo—. Sólo quiero echarle un vistazo a esa casa antes de que oscurezca. Jennifer le respondió con una sonrisa:

—Trata de averiguar de quien es. Quizás me den trabajo como decoradora cuando se muden.

Keith abrió la puerta de la cocina y salió. Jennifer esperó a que hubiera recorrido una buena distancia por el sendero que llevaba hacia la barranca. Entonces levantó el receptor del teléfono de la cocina y marcó un número de Manhattan. No hubo respuesta. ¿David estaría trabajando todavía en la galería?

Reconoció el seco acento inglés de Miss Rosewood, la secretaria de David:

—David M. Carmichael; ¡buenas tardes!

—Hola, habla Jennifer Olson. ¿Está David ahí, por favor?

—Un momento, señora Olson. Veré si puede atenderla. —Siguió un profundo silencio. Miss Rosewood había retenido la línea.

Jennifer esperó. Siempre resultaba ligeramente molesto ser tratada como una extraña por una mujer que la conocía desde hacía tantos años. Pero la inglesa señorita Rosewood era muy correcta y custodiaba a su patrón con una lealtad insobornable... especialmente ahora que David volvía a ser libre.

—¡Jennifer! —Era la voz de David—. ¿Cómo estás?

—Maravillosamente, David. ¿Y tú? ¿Por qué estás trabajando tan tarde? ¿Llamo

en mal momento?

—Al contrario —dijo David con una risa. Luego bajó la voz—. Tengo conmigo a un productor de Hollywood que quiere comprarle a su esposa un regalo por el décimo aniversario. Ella prefiere un par de sillones de sesenta y cinco mil dólares. Pero él se inclina por un escritorio Luis XVI de ochenta y cinco mil. ¡Dice que es más práctico!

—Por tu bien, espero que él gane la discusión —le dijo Jennifer—. Pero escucha, Keith y yo acabamos de volver de la Gran Bahama. Quiero que me veas antes de que mi bronceado desaparezca. ¿Tienes planes para cenar mañana?

David miró la agenda sobre el escritorio. El miércoles por la noche, se suponía que debía cenar con un alto funcionario del Metropolitan Museum. Pero siempre podía echarse atrás. Prefería de lejos ver a Jennifer... y a Keith también, por supuesto.

—Me parece bien —dijo—. ¿A qué hora me esperas?

—Oh... —Jennifer hizo una pausa—. A eso de las seis y media.

—A las seis y media entonces —dijo David. Eso significaba que tendría que salir de la galería a eso de las cuatro, ir a su casa en taxi, ducharse y afeitarse...

—Perfecto —respondió Jennifer—. No te retengo más. Nos veremos mañana.

—Está bien —dijo David—. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana —respondió Jennifer.

Como siempre, David no colgó de inmediato. Del tono de voz de Jennifer siempre esperaba una palabra más. Por eso en todos los años que hacía que se conocían, siempre había esperado a que ella colgara primero.

Cuando lo hizo, él colgó su receptor y volvió al salón de la galería. El tejano y su esposa se habían decidido por los dos sillones. Habían sido demasiado restaurados y era por eso que David pedía menos por ellos.

De pronto, recordó la fecha del aniversario de bodas de Jennifer: el 7 de mayo. Se preguntó qué le regalaría Keith.

Desde la casa de los Olson, en el 712, Sunset Brook Lane corría hacia el norte, y después hacía una curva pronunciada y volvía hacia el sur, en una U invertida. Si Keith hubiera querido llegar a la casa nueva caminando por la calle debería haber cruzado un pequeño puente de concreto y recorrer casi media milla. Era mucho más breve el trayecto a través de la barranca que separaba la casa nueva de la puerta de su cocina.

Soplaba una ligera brisa. Keith sentía la piel de la cara —tostada por el sol apenas una semana atrás— seca y tirante. En lo más profundo de la depresión, donde crecían los helechos en verano, el arroyo corría sin mucha agua y casi en silencio. Al parecer no había llovido desde aquel increíble chaparrón de la noche antes de que partieran.

Cuando cruzaba por las piedras asomadas a la superficie del agua, Keith se detuvo. Aquí del otro lado del arroyo, el aire parecía más oscuro. Tenía ese matiz

verdoso ligeramente maligno que Keith había observado con frecuencia poco antes de una tormenta eléctrica.

Miró hacia arriba. La casa se alzaba sobre él, ocultándole el sol... ¡pero el cielo atrás estaba bastante claro! Keith se encogió de hombros y comenzó a trepar la pendiente pronunciada. Si los nuevos vecinos tenían chicos, no tardarían en hacer un sendero por aquí en poco tiempo.

No tardó en llegar al otro lado de la hondonada. Frente a él se alzaba la casa de madera, en un estrecho rectángulo de tierra que había sido aplanado. Estaba pintada de amarillo, con los marcos blancos, y la terminación de los aleros del techo era de pizarra. No podía tener un gran desván, pensó, apenas un espacio angosto que atraería a ardillas y ratones.

La casa había sido colocada en ángulos rectos a Sunset Brook Lane, de modo que la puerta del frente daba al sur. Keith miró con sorpresa los adornos de madera en estilo Reina Ana bajo el techo de la galería. ¡Ya no se veía ese tipo de trabajo fino en las casas actuales! No había garaje, pero en línea recta a la entrada habían cubierto con grava azul un ancho camino hacia la calle. Keith supuso que el dueño se propondría estacionar su auto allí. Pero no había ningún auto. Ni había postigos ni cortinas en ninguna de las ventanas. Las molduras de las ventanas, en tablas cuidadosamente recortadas, necesitaban sin duda alguna una mano de pintura. Keith pudo ver abolladuras, muescas y astillas saltadas por todas partes, incluso a tres metros de altura.

Sólo entonces vio las enormes huellas de neumáticos. Un vehículo muy pesado había dejado parches de tierra arcillosa entre la calle y la casa. Ahora comprendía. No habían levantado esa casa: la habían *traído*.

Se acercó y miró la fila inferior de tablas, apoyada sobre el basamento de concreto apenas seco. Sí, ahí estaban las marcas de las grúas que habían levantado a la casa de su emplazamiento original. Quienquiera que hubiera hecho el trabajo, sabía muy bien lo que hacía. Keith casi lamentó haber estado ausente. Le habría gustado estar para ver cómo traían y colocaban esa gran estructura de dos pisos.

¿Pero por qué la habían traído *aquí* precisamente? Prácticamente no tendrían patio. Y a pocos metros de la puerta de entrada el terreno caía abruptamente hasta el arroyo en el fondo de la barranca. Después de darse tanto trabajo, ¿por qué el dueño había elegido un terreno tan estrecho y raro?

Rodeó la entrada para apreciar el aspecto de la casa desde la calle. Había una gran ventana salediza en el muro que daba a Sunset Brook Lane. La ventana, de techo de pizarra, tenía tres paneles de vidrio separados. Cada uno de ellos era de un metro de ancho y casi dos de alto. Aparentemente la casa había sido orientada de modo que este lado recibiera la luz de la tarde. Quizás al dueño también le gustaba mirar las puestas del sol.

Subió los escalones de la galería y miró los paneles a ambos lados de la puerta de entrada. Cada uno estaba compuesto de pequeños vidrios hexagonales unidos por

tiras de plomo. Los vidrios eran transparentes. Pero en la parte superior e inferior de cada panel corría una franja de cristal rojo brillante.

Sobre la puerta había un montante semicircular, también compuesto de vidrios hexagonales. En su parte inferior se veía un gran disco de vidrio rojo sangre. De él salían líneas de plomo, como los rayos de un sol. Su aspecto era el de un sol poniente a punto de ocultarse tras el horizonte. Y en el centro del círculo rojo, en grandes cifras negras, estaba el número de la casa: 666.

Keith y Jennifer vivían en el 712. Una casa de este lado de Sunset Brook Lane podía tomar cualquier número entre éste y el 640, que era el número de la casa de la señora Woodfield, a unos trescientos metros de distancia. Mirando con más atención, Keith advirtió que los números estaban trazados con tiras de plomo pegadas por dentro y por fuera del cristal rojo. ¿Sería por esto que la casa había sido trasladada a este preciso lugar? ¿Para no tener que cambiar el número de la casa?

Entonces oyó un ligero clic. Frente a él la puerta del frente se abrió hacia adentro, con un movimiento apenas perceptible. Es raro, pensó Keith. No había sentido brisa alguna. Pero si la puerta no estaba cerrada, tenía que haber alguien adentro después de todo. Keith tendría que conocer a sus nuevos vecinos tarde o temprano; y éste era un momento tan bueno como cualquier otro.

Apretó el timbre, pero no oyó ningún sonido adentro. Al parecer todavía no habían conectado la electricidad. Empujó la puerta, que se abrió girando sin ruido sobre las bisagras.

A su izquierda una empinada escalera con una baranda anticuada llevaba al primer piso. Enfrente, un corredor estrecho conducía al fondo de la casa.

—¡Hola! —llamó Keith. Pero no hubo respuesta.

Entró a lo que debía ser la sala. Pero la planta baja estaba absolutamente vacía, sin un solo mueble. Tampoco había bombitas de luz. Algún ex inquilino muy avaro había quitado las lámparas del techo de la sala, así como las del *hall*. La única luz era la que provenía del exterior a través de las ventanas.

Detrás de la sala había un pequeño cuarto con una chimenea en una pared y una puerta en la otra. Keith empujó la puerta y vio que llevaba a la cocina, sobre el contrafrente. En la cocina había una heladera moderna y una piletta de acero inoxidable.

Volvió sobre sus pasos. El piso de la sala era de roble y parecía muy antiguo. Pero las paredes —que Keith habría esperado ver cubiertas de algún buen enmaderado— lucían el revestimiento más barato. Sacudió la cabeza. Por lo visto al dueño no le importaba un comino la decoración de sus interiores. Si quería hacer economía, al menos podía haber usado un empapelado decente.

Sin embargo, había una parte de la planta baja que sí tenía un buen revestimiento: la escalera. En un primer momento, Keith supuso que las dos puertas corredizas que había bajo la escalera darían a un armario. Pero en lugar de picaportes, las puertas tenían grandes argollas de hierro, gastadas y lustrosas. Tiró de ellas y las puertas

corrieron dentro del enmaderado. Detrás había un extraño cuartito hexagonal.

Entró. Frente a él estaban los tres paneles de la ventana salediza que había visto desde afuera. Pero quienquiera que hubiera diseñado este cuarto debió de tener hexágonos en el cerebro. El piso, de unos tres metros y medio de lado, era de mármol blanco y crema con un dibujo de hexágonos entrelazados. El mismo dibujo se repetía en las maderas de la pared a los lados de las puertas y por encima de las ventanas. Y además estaban las ventanas mismas.

Cada sección de la ventana salediza estaba hecha de hexágonos de vidrio transparente de unos veinte centímetros de diámetro, unidos por líneas de plomo. La mayoría de los hexágonos tenían marcas. También éstas parecían formar una especie de dibujo, pero era demasiado imperceptible como para que Keith pudiera seguirlo. Esas pequeñas marcas eran casi tan transparentes como el vidrio mismo. El sol ya estaba casi en el horizonte, y al brillar justo delante de la ventana creaba un resplandor que no permitía estudiarla.

Subió la escalera. La baranda era de una excelente caoba antigua, pero los peldaños no parecían nada especial: viejos tablones gastados con una rajadura aquí y allá. Arriba estaba el baño, y a la derecha un cuarto de vestir amplio o pequeño dormitorio. A la derecha —de espaldas al frente— se encontraba el dormitorio principal. Una de sus paredes se hallaba cubierta con el mismo enmaderado de la escalera. Pero las otras tres tenían el mismo revestimiento barato de la sala. Por las ventanas del dormitorio Keith vio su casa, a menos de cien metros de distancia. Esta nueva casa estaba sobre un terreno ligeramente más elevado, por lo que resultaba fácil ver el interior de su propio dormitorio en el piso alto. Tendría que recordarle a Jennifer que bajaran las persianas de noche.

Estaba a punto de bajar cuando oyó un fuerte *¡clang!* a sus espaldas. Era el sonido del metal golpeando al metal, como si alguien hubiera arrojado un picaporte dentro de un balde. Keith se dio vuelta. Detrás de él estaba el baño, y adentro de él una antigua bañera de hierro fundido que se alzaba sobre cuatro patas en forma de garras.

Fue hasta su alto borde redondeado y miró adentro. En el fondo de la bañera había una moneda pardo oscura del tamaño de una de cincuenta centavos. Era demasiado grande como para haber pasado por el desagadero. Se inclinó y la levantó. Para su sorpresa, estaba casi caliente, como si hubiera permanecido un tiempo junto a una bombita de luz. Pero no había bombitas de luz en la casa... de hecho, no habían conectado la electricidad aún.

¿De dónde había caído esa moneda? Keith miró el techo encima de la bañera, pero el yeso estaba intacto. ¿Habría estado en equilibrio sobre el borde, y habría caído por la vibración de los pasos de Keith? ¿Pero, para empezar, quién se habría tomado el trabajo de colocarla en equilibrio allí?

La llevó a la ventana del baño para mirarla a la luz del sol poniente. Entonces el calor pareció desvanecerse en la moneda. Keith no estaba del todo seguro de que hubiera estado caliente. De un lado tenía dos letras mayúsculas, S y C, y entre ambas



una forma que se asemejaba vagamente a una sombrilla. Keith se preguntó si esas iniciales se referirían a South Carolina. Pero pensó que más bien debía de ser extranjera. Del otro lado se veía, gastado, el perfil de un hombre de cuello largo y grueso. Alrededor había un círculo de letras pero estaban tan gastadas que Keith no pudo descifrarlas. De hecho, la moneda no estaba en muy buen estado. Tenía ese aspecto verdoso y sucio que toma el bronce antiguo que ha estado enterrado; y el borde estaba mal dentado en varios lugares.

Pero aun así, no tenía sentido dejarla en la bañera. Keith se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

En lo alto de la escalera, miró hacia la ventana. El sol estaba en el horizonte. Ahora oscurecería a cada minuto, y esta casa no tenía luz eléctrica. Ya era hora de volver antes de que Jennifer empezara a preocuparse por él.

Bajó, y al llegar al último escalón se quedó inmóvil. Había dejado la puerta del frente bien abierta al entrar. Ahora estaba cerrada. Y en ese preciso momento oyó un ruido bajo —un susurro, ¿o quizás un suspiro?— proveniente del cuarto a sus espaldas.

Al darse vuelta, dirigió la mirada hacia la cocina. Una luz color rubí se filtraba entre las puertas corredizas. Curioso, Keith volvió a atravesar el vestíbulo y miró dentro del cuarto hexagonal.

El sol, enrojecido, se posaba en el horizonte. Unos minutos antes los paneles de vidrio de esas ventanas habían sido completamente transparentes. Ahora eran de un rojo resplandeciente por efecto de la coloración del sol.

Entró al cuarto y se quedó atónito. De algún modo, el cristal parecía reunir los rayos rojos del sol y amplificarlos. El piso, las paredes, en realidad, el cuarto entero, se bañaban en un resplandor carmesí. Keith se miró las manos, y las vio rojas como la sangre. Su chaqueta, azul bajo la luz común, era de un morado oscuro.

Entonces pudo ver las figuras humanas, casi del tamaño natural, en cada una de las tres ventanas. Las marcas que había notado antes no eran simples raspaduras sino finas líneas cuidadosamente grabadas en el cristal. Y ahora que éstos resplandecían de rojo, el dibujo se volvía claramente visible.

La figura de la ventana de la izquierda usaba una blusa de mangas largas, calzas y una rara mezcla de zapatos y medias. Se parecía un poco a uno de esos muñecos de bronce que había traído Jennifer de un viaje a Inglaterra. Gracioso y apuesto, miraba hacia la derecha y lucía una amplia sonrisa a la vez que extendía la mano izquierda hacia la mujer representada en la ventana central.

Del mismo modo que el Hombre Sonriente, ella estaba vestida con ropas de la Edad Media. Levantaba el ruedo de la falda avanzando —quizás bailando— en dirección al Hombre Sonriente. Él la alentaba a acercarse y ella, con una sonrisa traviesa en los labios, aceptaba su invitación.

Ahora Keith comprendía la razón de ser de todos esos hexágonos separados en las ventanas. Si hubiera una única plancha de vidrio grabado, de casi dos metros por uno,

en caso de romperse sería necesario que un artista grabara una ventana entera. Pero los pequeños hexágonos eran mucho más fáciles de reemplazar. Ahora, si un chico arrojaba una piedra, el dueño no tendría más que mandar hacer dos o tres hexágonos como máximo. ¡Muy inteligente! Y esos grabados eran auténticas obras de arte, pensó. Lástima que no se los pudiera apreciar más que a ciertas horas del día, como ésta...

Entonces sus ojos cayeron sobre la tercer ventana, la de la derecha.

El Hombre Sonriente y la Doncella Complaciente estaban dibujados de perfil. Este otro hombre estaba representado de frente. Tenía la boca retorcida en una mueca de dolor, y caían de sus ojos grandes lágrimas estilizadas. Obviamente, éste no era afortunado en el amor. El Hombre Sonriente le estaba robando su esposa. Pero en lugar de hacer algo por detenerla, él se quedaba quieto y lloraba. ¡Estúpido!

Había algo curiosamente conocido en su cara. Keith se acercó. La cara del Estúpido estaba dibujada entera en un solo vidrio, como si hubieran ajustado una máscara hexagonal a su cabeza. Las lágrimas eran estilizadas, pero la cara era de un realismo casi fotográfico.

Afuera, el sol desaparecía tras el horizonte. Pero la figura grabada ante los ojos de Keith parecía más clara que nunca. De pronto comprendió por qué esos rasgos le parecían tan conocidos. Eran los mismos ojos, nariz y boca que veía todos los días en el espejo del baño. ¡Era la propia cara de Keith mirándolo desde el vidrio hexagonal!

Confuso y aterrorizado, Keith se apartó de la ventana. Afuera, el sol había terminado de ocultarse. Caía la oscuridad. Pero los hexágonos seguían brillando, rojos, latiendo lentamente como si tuvieran vida propia.

Temeroso de apartar la mirada de esa increíble ventana de la derecha, Keith buscó detrás de sí la salida del vestíbulo. Pero tocó madera sólida.

¿Se habrían cerrado esas puertas corredizas, atrapándolo aquí adentro? Giró rápidamente, casi poseído por el pánico. Pero no, había tocado una de las paredes. Las dos puertas seguían abiertas, tal como las había dejado.

Feliz y aliviado de poder salir se apresuró a hacerlo y atravesó a paso vivo el *hall* en dirección a la puerta del frente. Pero al quedar a la altura de la escalera miró a través de la ventana que había al lado de la puerta... y faltó poco para que perdiera el equilibrio. Una figura transparente y sin cabeza estaba de pie en la galería, impidiéndole la salida.

Comenzó a retroceder, aterrorizado, y la aparición se desvaneció de inmediato. Keith volvió a mirar y comprendió. Era su propio reflejo en la ventana.

Volvió a avanzar, y la figura decapitada reapareció. Un paso atrás y la figura desapareció. Miró a la derecha, donde la última luz del día entraba por la ventana al pie de la escalera, iluminando el cuerpo de Keith pero no la cabeza.

¡Había sido sólo un truco de la luz! Sintió que el pulso le volvía a la normalidad cuando abrió la puerta del frente y salía a la galería...

Pero ¿y la cara del Estúpido que lloraba, allí en el cuarto hexagonal? Eso no era

un reflejo. Keith estaba seguro de que la cara grabada era la suya, pero en este preciso momento no tenía ningún deseo de volver a comprobarlo.

Al cerrar la puerta, Keith sintió que el cerrojo caía en su lugar. Ahora la puerta no podría abrirse: el picaporte no daba más de un cuarto de vuelta. Satisfecho, bajó de la galería y tomó por el sendero de la barranca.

Estaba oscureciendo de prisa, y Jennifer había encendido la luz sobre la puerta de la cocina. De pronto, Keith tuvo la incómoda sensación de que lo observaban. Se volvió de golpe y miró las ventanas sin cortinas de la casa. Pero no había nadie en ellas.

Cerró los dedos sobre la pesada moneda de bronce que llevaba en el bolsillo. Cuando supiera quién era el dueño de esta casa le devolvería su moneda, junto con una advertencia por dejar abierta la puerta. Pero mientras tanto, decidió no decirle nada a Jennifer acerca de su propia cara grabada en el cristal. No hasta que tuviera otra oportunidad de mirar esa ventana de día.

Pero sabía que no tendría tiempo de volver aquí el día siguiente. El miércoles por la mañana, lo primero que debía hacer era visitar su oficina en Chappaqua y ocuparse de las cuentas que habrían llegado y de los llamados telefónicos grabados en el contestador automático. Tras lo cual él, Marc y Jason tenían un trabajo esperando en Peekskill. Y esa tarde Jennifer querría que volviera temprano para lavarse, ponerse corbata, lustrarse los zapatos...

Por supuesto, siempre estaba la posibilidad de que David no estuviera libre para una invitación tan súbita. Pero no había muchas posibilidades, pensó Keith. Cuando Jennifer lo invitaba a cenar, David M. Carmichael siempre estaba libre.

*Miércoles 11 de abril de 1979*

A LAS 18.30, en el preciso momento en que se ponía el sol, Jennifer oyó al Mercedes Benz de David Carmichael entrar a su camino particular. El anticuario tenía que hacer un largo camino por la ruta de Saw Mili River hasta New Castle, y Jennifer había decidido preparar una cena que fuera digna del esfuerzo. Pero sabía que David era consciente de lo mucho que ella disfrutaba con sus visitas, porque él era el único lazo que tenía con la vida que había conocido en Nueva York.

Apenas dos años atrás Jennifer había llevado adelante su propia agencia de decoración de interiores en el East Side. Le era fácil encontrar buenas reproducciones de antiguos muebles franceses. Pero de tanto en tanto había un cliente lo bastante rico como para permitirse la antigüedad real, no reproducida. Y entonces visitaba la Galería David M. Carmichael en el Edificio Fuller, 41 este de la Calle 57.

Jennifer nunca se cansaba de mirar las sillas, escritorios y bronces que David lograba comprar en remates, en el país y en el exterior. Al fin de cuentas, Jennifer debió aportar a la firma de David M. Carmichael Inc. unos buenos doscientos mil dólares en ventas. Pero aún no había logrado tutearse con Miss Rosewood, la secretaria inglesa de David. Y a decir verdad tampoco se sentía enteramente satisfecha de su relación con David mismo.

El primer matrimonio de Jennifer había terminado en divorcio en 1974, el mismo año en que comenzó. Una vez superados el dolor y la desilusión, había conocido a muchos otros hombres, pero sus relaciones nunca duraron.

David Carmichael, doce años mayor que ella, era el único hombre que Jennifer había conocido en Nueva York que le resultara auténticamente interesante. Y él la apreciaba de verdad, Jennifer estaba segura de ello. Pero había un único problema: David estaba casado. Y no sólo casado sino aún profunda y felizmente enamorado de Eleanor Carmichael, una mujer elegante de poco más de cuarenta años. Jennifer sentía celos cada vez que veía juntos a David y su esposa. Evidentemente, el amor romántico y duradero no era una mera ficción inventada por los redactores del *Ladies Home Journal* para vender más ejemplares.

No es que Jennifer viera a los Carmichael con mucha frecuencia, claro está. Eleanor y David estaban casados; Jennifer era libre otra vez. De modo que sólo veía a David cuando visitaba su galería. Cada seis meses más o menos se encontraban en una fiesta o en un remate de Christie's o de Parke Bennet. Y *muy* de vez en cuando almorzaban juntos: un almuerzo dedicado exclusivamente a los negocios, en algún muy buen restaurante francés. Jennifer comprendió que David Carmichael no era el tipo de hombre que engaña a su mujer, *nunca*. Pero eso sólo servía para que lo

apreciara más.

Y entonces había conocido a Keith en una fiesta del 4 de julio, en celebración del bicentenario, en Pound Ridge. Tranquilo y muy seguro de sí, Keith Olson era totalmente diferente de los hombres que había conocido en Manhattan. Se ganaba la vida como carpintero y pintor, pero prefería trabajar en casas viejas, restaurándolas con el mayor grado de autenticidad posible. Aunque no tan apuesto como David, era innegablemente atractivo con sus alegres ojos azules y su bigote color arena.

Tres horas después de haber sido presentados, él y Jennifer seguían inmóviles conversando. El hielo se fundía en los vasos y ellos charlaban como si se hubieran conocido años atrás. Intercambiaron sus números telefónicos. Y después, cuando la fiesta terminó, Jennifer volvió en su auto a la ciudad.

Quiso llamar a Keith no bien traspuso la puerta de su departamento, pero se contuvo. Keith no era de Manhattan; podía interpretarlo mal. Pero fue él quien la llamó a primera hora de la mañana siguiente.

Durante seis meses maravillosos y torturantes ella y Keith trataron de convencerse uno al otro de que sólo sentían una simple atracción pasajera, nada serio. Al fin se rindieron y fijaron la fecha de casamiento para el 7 de mayo de 1977.

Ahora, casi dos años más tarde, seguían amándose. ¡Si Jennifer no sintiera tanta nostalgia de Nueva York! Los veranos eran hermosos en New Castle... pero, ¡por Dios, qué eternos resultaban los inviernos! No había museos, ni galerías de arte, apenas unos pocos restaurantes. Y el único cine estaba a casi ocho kilómetros de distancia.

Y ella deseaba que Keith no sintiera tantos celos cada vez que invitaba a David Carmichael a cenar: por supuesto se sentía molesto porque Jennifer lo hubiera conocido a David tanto tiempo atrás. Pero ella comprendía que lo que realmente molestaba a Keith, era que David estaba libre otra vez.

En noviembre de 1977, seis meses después que ella y Keith se casaran, David había volado a París por un remate y estaba alojado en el Hotel Druot. Y Eleanor Carmichael sorprendió a un ladrón que se había introducido en su departamento de Riverside Drive.

Cuando David bajó del Concorde en el Aeropuerto Kennedy, un detective de homicidios lo esperaba para llevarlo en un patrullero al Hospital Presbiteriano de Columbia. Eleanor sobrevivió casi tres días a las heridas sufridas. La policía capturó al joven toxicómano que las había causado, y ahora cumplía una condena de quince años en una prisión del Estado de Nueva York.

No bien se enteró de la noticia, Jennifer comenzó a invitar a cenar a David. A medida que pasaron los meses, la conmoción y el dolor se borraron y David volvió a parecerse al que había sido antes. Pero de todos modos, no había vuelto a casarse. A los ojos de Keith, era un hombre disponible, y una amenaza para su felicidad. Por supuesto, era perfectamente cortés cada vez que David venía a visitarlos. Pero Jennifer conocía lo bastante a su marido como para percibir los celos que lo

atormentaban.

Keith no quiso decir nada, pero esta noche Jennifer había ido realmente demasiado lejos. Aunque sólo estaban ellos tres para cenar, había preparado sopa de cebollas seguida *porfilet mignon*, ensalada de escarola, y dos botellas de vino francés. A Keith no le molestaba una comida sofisticada de vez en cuando, pero esto era casi embarazoso. Y como postre Jennifer sirvió pequeñas tortas de frutillas, o *tartes aux fraises*, como las llamó David.

Después de la cena los tres tomaron café en la sala. Keith lamentaba no poder agregar gran cosa a la conversación. Pero David y Jennifer hablaban todo el tiempo de antigüedades y remates, y era difícil intercalar una palabra apropiada.

Al fin hubo un hueco en la conversación y Keith lo aprovechó:

—¿Cómo están los Fowlers? —preguntó. Jerry y Ruth eran una pareja joven y sencilla que él y Jennifer habían conocido poco después de casarse. Pero Jerry había conseguido un empleo en Wall Street y se habían mudado a Manhattan, donde David los veía ocasionalmente.

—¿Jerry y Ruth? —le preguntó David—. No los he visto últimamente... pero tengo entendido que ella inició querrela de divorcio.

—¿Los Fowlers? —exclamó Jennifer—. ¡No puedo creerlo!

Keith también estaba asombrado.

—¡Vamos! Nunca vi un hombre más amante de su esposa que Jerry Fowlers. ¿Por qué habrían de separarse?

David miró el piso:

—Al parecer, ella conoció a alguien. De modo que pidió el divorcio para poder volver a casarse.

—¿Y él acepta? —preguntó Keith con voz enronquecida—. Les aseguro que si me sucediera a mí las cosas no serían tan fáciles. ¿Por qué Jerry no mata al tipo o algo así?

—Quién sabe —dijo David encogiéndose de hombros—. La única razón de que me haya enterado es que en una casa de remates está catalogada la colección de monedas de Jerry Fowlers. La vende para pagar las costas.

Hubo una pausa momentánea.

Keith miró a Jennifer, que tomaba su café. Si algún hombre trataba de robársela, no se imaginaba, honestamente, qué haría él. Miró a David:

—Hablando de colecciones de monedas —le dijo—, ¿sabes algo sobre monedas extranjeras?

—Coleccioné monedas francesas —asintió David— pero me las robaron aquella vez. ¿Por qué?

—Ayer encontré una que no parece norteamericana. Me pregunto si tendrá algún valor.

—Eso depende en gran medida de la condición en que se encuentre —respondió David—. La mayoría de las monedas realmente valiosas son las que sirvieron como

pruebas de acuñación que no circularon.

—Ésta parece bastante gastada —admitió Keith—. ¿Querías verla? Está arriba.

—Con mucho gusto —respondió el anticuario.

Keith se puso de pie de un salto, y con el movimiento casi volcó la taza que había dejado sobre la mesa junto a su sillón. Jennifer lo miró asombrada. No había estado tan animado en toda la velada.

Keith se dirigió de prisa a la escalera y Jennifer lo oyó subirla de a dos escalones. Después lo escuchó abrir la puerta del armario de su dormitorio.

—De veras —le dijo a David—, no sé qué le ha dado.

David Carmichael le sonrió, feliz de hallarse otra vez en la sala de Jennifer. Nunca podría retribuirle su cortesía de invitarlo a cenar tantas veces en aquellas primeras semanas terribles después de la muerte de Eleanor. Pero ahora —especialmente esta noche— Jennifer parecía considerarlo con un sentimiento algo más fuerte que la mera amistad. ¿Qué sentiría ella por él? Su matrimonio con Keith le impediría saberlo nunca. Pero si esa relación se interrumpiera, o Keith desapareciera...

David Carmichael tomó un sorbo de café y se obligó a no pensar más en esas cosas. No era cortés tejer fantasías románticas con la esposa de su anfitrión. Y Keith Olson era evidentemente del tipo celoso, aun cuando no había nada que pudiera despertar en él ese tipo de sentimientos.

A los pocos segundos, Keith estaba de vuelta, con una moneda grande y oscura en la palma de la mano.

—La tenía en el bolsillo de mi chaqueta —dijo.

David suspiró para sí. Nunca debía sostenerse una moneda de otro modo que no fuera por el borde, porque el sudor ácido de los dedos podía dañar la superficie metálica y bajar drásticamente su valor. Pero la moneda oscura y maltratada que traía Keith no podía estropearse más.

—Aquí está —dijo Keith alcanzándosela a David.

—¿Dónde la encontraste? —le preguntó Jennifer.

—En esa casa del otro lado de la barranca.

—¿La encontraste ayer? —le preguntó ella—. No me dijiste que habías entrado.

Keith asintió con la cabeza:

—La puerta se abrió frente a mí, como si alguien me invitara a entrar. Así que supuse que había alguien adentro. Y, después encontré esta moneda en la bañera...

David tomó la moneda entre el pulgar y el índice y la sostuvo bajo la lámpara que había junto a su sillón. Debajo de toda esa suciedad y corrosión parecía haber bronce. Se le agrandaron los ojos.

—Dios mío —murmuró.

—¿Qué sucede? —preguntó Jennifer.

—Nada —dijo David—. Simplemente estoy estupefacto. Creo que esta moneda es romana.

—¿Quieres decir italiana? —le preguntó Keith.

—No, de Roma *antigua*. —El anticuario puso la moneda en ángulo contra la luz—. ¿Ven estas letras aquí sobre la cabeza? C-A-E-S-A-R. El busto debe representar a uno de los emperadores romanos.

—¿Sabes a cuál? —preguntó Keith. David negó con la cabeza:

—La moneda está tan gastada y maltratada que no puedo descifrar las otras letras. Y para ser honesto, no soy experto en monedas antiguas. —Trató una vez más de descifrar las letras fantasmales que rodeaban el perfil en el reverso de la moneda. Luego se detuvo. ¿Qué significaba esa extraña sensación trémula en los dedos?

—Keith —dijo Jennifer riéndose—. ¡Esta clase de monedas no se encuentran por ahí, en bañeras!

—Al parecer Keith la encontró —observó David diplomáticamente.

—Creó que cayó de algún lado —dijo Keith—. Quiero decir, estaba a punto de bajar cuando oí que esto caía en la bañera, detrás de mí.

—Quizás alguien guardaba una colección de monedas en el desván —señaló David—. ¿No es posible que haya caído por el techo?

—Pensé en eso —respondió Keith—. Pero no había agujeros ni grietas en el yeso por las que pudiera haber caído.

—¿Entraste así como así? —le preguntó Jennifer—. ¿Aunque no había nadie en la casa?

—Pero creí que *había* alguien —protestó Keith. Ahora se alegraba de no haber mencionado las ventanas con su luz roja, ni el vidrio que parecía grabado con su propia cara. Todo le parecía tan absurdo e irracional.

David daba vueltas la moneda entre el pulgar y el índice. Las extrañas vibraciones eran más fuertes ahora... ¡mucho más fuertes!

—¿Sientes algo raro cuando la tienes en la mano? —le preguntó a Keith.

—Sí —afirmó éste—. Cuando la alcé por primera vez la sentí caliente.

El anticuario sentía la pulsación que se le extendía por los dedos. No era calor. Más bien era una incomodidad indefinible que no llegaba a ser dolor.

—David —le preguntó Jennifer—, ¿viste a alguien cerca de la casa nueva cuando venías esta tarde?

—No vine por ese lado —respondió David—. Pero cuando vuelva puedo tomar hacia el oeste y seguir por la ruta Taconic en lugar de la Saw Mili Rivier.

Keith se puso de pie y fue a la cocina. El sol se había puesto hacía un largo rato, pero no había luces en la casa del otro lado de la barranca. La casa del 666 de Sunset Brook Lane estaba completamente a oscuras. Al volver a la sala, vio la expresión en el rostro de David, y comprobó con sorpresa que tenía la piel de un color pálido verdoso.



—¿David? —dijo Jennifer—. ¿No te sientes bien?

David no estaba seguro. La frente se le había cubierto de sudor viscoso. Las vibraciones que partían de la moneda se hacían más coherentes, y había algo así como imágenes visuales que luchaban por llegar a su mente.

—No, estoy perfectamente bien —dijo tratando de devolverse a sí mismo a la realidad... de ignorar la visión que luchaba... no, que *lo vencía*... por hacerse reconocer. Al notar la preocupación de Jennifer abrió la boca para tranquilizarla...

Entonces, sin pausa, David sintió que ya no estaba en la sala de sus amigos en New Castle. Oyó gritos rudos en una lengua extraña. Y luego, como si proyectaran un film ante sus ojos, vio la moneda. Era brillante y clara, como si acabaran de acuñarla. Una pinza de hierro sostenía la moneda sobre un brasero con carbones encendidos, hasta dejarla al rojo vivo. De inmediato, antes de que pudiera enfriarse, la apartaron del fuego y la metieron en la boca de la cosa sin ojos que alguna vez había sido un hombre. Ahora sus brazos y piernas estaban atados a un poste clavado en el suelo; y debía de estar casi muerto. Pero aún tenía aire en los pulmones como para un último aullido.

Vividamente, sin error, David comprendió de qué modo la vieja moneda se había estropeado y corroído tanto. No sólo por los años pasados bajo tierra, sino por haberse enfriado en la sangre de un moribundo. Como en un primer plano cinematográfico, podía ver a la moneda que se abría camino quemando la lengua de la víctima... ¡Pero no estaba en el cine!

Tratando de detener la visión, David arrojó la moneda al piso. Rodó por la alfombra y fue a detenerse, junto al zapato de Keith. Pero los dedos seguían temblándole dolorosamente. Y aún podía ver —con tanta claridad como veía a Keith y a Jennifer— a una víctima torturada en un anfiteatro de piedra. La horrible visión estaba sobreimpresa a la sala de los Olson, y no quería borrarse.

Con el primer movimiento de la náusea, David se llevó una mano a la boca. Se levantó y corrió hacia el baño, inseguro sobre las piernas.

Sabía que había un baño en la planta baja, a la derecha del estudio de Keith, pero comprendió que no llegaría a tiempo. Prefirió abrir la puerta de enfrente y llegó a los escalones de la galería en el momento en que subía la primera arcada. La cena en la que tanto se había esmerado Jennifer se dispersó entre los rododendros.

Diez minutos después, el anticuario aún yacía en el sofá de la sala de los Olson. Keith le había quitado los zapatos y aflojado la corbata; y Jennifer le había puesto una toalla húmeda en la frente. La visión se había desvanecido. Se sentía algo mejor.

—Aunque no nos haya caído mal a Keith y a mí —dijo Jennifer— tiene que ser algo de lo que serví en la cena. De veras, quiero llamar a un médico y asegurarme...

David se sentía mortificado. Primero, se había puesto en ridículo, estropeándole la velada a Jennifer. ¡Y ahora era probable que les lavaran el estómago a ella y a

Keith! ¿Pero cómo podía explicarle las imágenes vividas y aterradoras que habían aparecido ante sus ojos? ¿Cómo era posible que una vieja moneda romana lo afectara de ese modo?

—Estuve enfermo hasta ayer —mintió—. No se los dije porque deseaba tanto venir a verlos, y además no quería preocuparlos. No es lo que cocinaste, puedes creerme.

Keith y Jennifer se miraron.

—¿Estás seguro de que no quieres pasar la noche aquí? —le preguntó Jennifer—. La cama del cuarto de huéspedes está hecha. No sería ninguna molestia.

—Pero la galería abre a las diez —dijo David—. Y tengo que recoger algunas cosas de mi apartamento. —No podía soportar la idea de dormir bajo el mismo techo que Jennifer. Saber que estaba a pocos pasos, abrazada a su esposo...

En la entrada, Keith lo ayudó a ponerse el impermeable, y volvió a la sala.

—Si sigues hacia el norte por Sunset Brook Lane —le recordó Jennifer a David— pasarás frente a la casa nueva. La entrada a la ruta Taconic está a un kilómetro más allá. Hay señales, así que no puedes perderte.

—Ya recuerdo —dijo David. Había tomado ese camino un par de veces antes. Aun así, le llevaría una hora o más llegar a su departamento en Riverside Drive. Con el rabillo del ojo vio que Keith volvía de la sala.

—¿Habrás algún modo de averiguar de qué emperador se trata? —decía.

El anticuario se volvía a darle la mano, pero retrocedió imperceptiblemente. Keith traía la moneda de bronce en la mano derecha. Obviamente no lo afectaba como a él.

—Debe de haber libros de referencia —tartamudeó retrocediendo—. Pero no sabría cuál sugerir. ¿Por qué no la llevas a algún numismático y le pides que la identifique?

—No hay muchos numismáticos en esta zona —respondió Keith—. Pero supongo que los habrá en la ciudad.

—Sí —asintió David—. Por supuesto... Keith le tendía la moneda.

—¿No podrías llevársela a alguno a que la vea? Si no te molesta, claro está.

David tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad. De ningún modo podía dejar que Jennifer notara su vacilación y ansiedad.

—No hay problema —afirmó con una débil sonrisa—. No bien averigüe de qué César se trata les mandaré la moneda por Correo Certificado.

—Oh, no hay apuro —le dijo Keith pasándole la moneda—. ¿Por qué no la guardas hasta la próxima vez que nos veamos?

David la soltó velozmente en el bolsillo de su abrigo. Esta vez la había tocado apenas durante un segundo. Y aun así toda la mano le latía dolorosamente, como si la tuviera muy cerca de un fuego.

Y desde algún lugar muy lejano David oyó los susurros secos de un agonizante. Alzó los hombros y trató de no pensar en el gusto a bilis que le subía por la garganta.

—Buenas noches, David —sonrió Jennifer.

Él le estrechó la mano con firmeza. Después de su comportamiento de quince minutos atrás, no se atrevía a besarla.

—Buenas noches. Y gracias una vez más. —David le dedicó una última sonrisa a Jennifer—. La próxima vez los dos tendrán que venir a Nueva York, y la cena será en mi casa.

David miró a Keith y Jennifer que lo despedían desde la galería. Puso en marcha el Mercedes Benz y salió retrocediendo hasta la carretera. Giró hacia la izquierda, como le había sugerido Jennifer, y se dirigió hacia el norte hasta cruzar el puente de hormigón en la parte más alta de Sunset Brook Lane. No bien la casa de sus amigos quedó fuera de su vista, oculta tras los árboles, David estacionó su auto deportivo a un lado del camino y apagó las luces. No quería que los Olson supieran que se había detenido. Saltó fuera del auto, se arrancó el abrigo —con la moneda de bronce aún en el bolsillo— y lo arrojó sobre el asiento trasero.

¡Al menos ahora esa maldita moneda no podría tocarlo ni siquiera por accidente! Antes de volver a sentarse, al volante, aspiró el frío aire primaveral. Aquí, de este lado del puente, la atmósfera era distinta: húmeda y de algún modo pesada. ¿Por qué sentía como si fuera imposible aspirar profundamente? ¿Se debería a la humedad que subía del arroyo? Pero era una noche sin brisa.

Volvió a instalarse en el asiento del conductor. Sentía algo de frío ahora que no llevaba más que la chaqueta *sport*, pero la calefacción del Mercedes ya funcionaba. Miró adelante y atrás: no se veían luces de ningún auto. Sunset Brook Lane estaba totalmente desierta. Satisfecho, David encendió el motor y avanzó hacia la ruta al tiempo que encendía los faros.

¿Qué demonios había ocurrido cuando tocó esa moneda? David había tenido objetos como ése en la mano toda la vida. Pero nunca antes había sentido esa vibración extraña, casi dolorosa... ¡y no hablemos de ver y oír cosas inexistentes! Si acaso tenía un poder extrasensorial o algo así, ¿por qué semejante capacidad no se había manifestado nunca antes? ¿O habría algo especial en esa moneda que pudiera desencadenar en él una respuesta tan violenta?

Miró hacia adelante, en dirección a la curva donde Sunset Brook Lane se volvía hacia la izquierda. En ese momento, la vio entre los árboles: era la casa nueva de la que le habían hablado Keith y Jennifer. ¡Y había una luz roja que parpadeaba en una de las ventanas!

Levantó el pie del acelerador y disminuyó la velocidad para ver mejor. A su izquierda, justo frente a él, se encontraba la pequeña galería del contrafrente, en cuyo centro estaba la puerta trasera de la casa. Las tablas recortadas en forma de ondas reflejaban el brillo de los faros. Entonces David vio el gran balcón lateral que miraba de frente a la calle. Ahí estaba otra vez esa luz roja, en el centro de uno de los paneles de vidrio.

¿Se estaría iniciando un incendio? Frenó el Mercedes y pasó frente a este sector de la casa lentamente, en primera. Echó una mirada de lado, tratando de ver qué era lo que ardía en la casa vacía.

¡Pero la casa no estaba vacía! Había una figura de pie detrás del cristal del balcón, bañada en la luz roja y mirando al automóvil.

David se detuvo y miró por sobre el hombro. Pero ahora el cuarto al que daba el balcón estaba vacío. Las ventanas de la casa estaban todas oscuras, arriba y abajo. Creyó haber reconocido a la figura de pie detrás de esos paneles hexagonales de vidrio. Pero ahora comprendía que debía de haberlo imaginado. ¡Era imposible que se tratara de Jennifer Olson! Si hacía unos momentos que la había dejado con Keith en la puerta de su casa. Era imposible que hubiera atravesado la barranca con esta oscuridad. Sólo que pensaba tanto en ella... Volvió a poner la primera y pisó el acelerador. Todavía estaba a un kilómetro de la ruta Taconic, y a una hora de distancia de su departamento en Riverside Drive.

*Jueves 12 de abril de 1979*

—QUIZÁS PUEDES ARREGLAR esa grieta del desván antes de que vuelva a llover — dijo Jennifer esa mañana, durante el desayuno.

Keith colocó su taza de café sobre la mesa.

—¿Grieta? —preguntó.

—¿Recuerdas la tormenta tan fuerte, antes de que nos fuéramos de vacaciones? Cuando subí al desván a buscar mi valija vi un chorrillo de agua que corría por la chimenea.

Keith y sus ayudantes trabajaban en Peekskill ese jueves. Pero en lugar de comer un sandwich en la oficina como solía hacerlo, Keith volvió a almorzar a casa para ver si podía localizar la grieta.

En el camino pasó por la casa del 666. Su aspecto era exactamente igual al del martes a la tarde. Sólo que ahora había un cartel con pintura esmaltada y clavado en el suelo frente al balcón:

SE ALQUILA

Thomas Greene

Inmobiliaria

555-0098

Keith conocía a Tom Greene. Cada vez que era preciso refaccionar una casa antes de ponerla en venta o en alquiler, Tom recomendaba a Keith. Pero esta casa necesitaba refacciones —especialmente adentro, con ese revestimiento horrible— y Keith se preguntó por qué no lo habría llamado. Es cierto que había estado de vacaciones. Decidió llamar a Tom cuando volviera a la oficina, y preguntarle quién era el dueño de la casa.

Diez minutos después estaba en el techo de su propia casa, reptando hacia la chimenea. Oficialmente era la primavera, pero el sol seguía oculto tras las nubes, llevándose consigo todo el calor que pudiera haber acumulado la atmósfera. Keith lamentó no haberse puesto guantes. Pero para trepar por esas tejas pulidas los guantes eran demasiado resbaladizos: necesitaba actuar con las manos desnudas.

La altura le dio una visión amplia de la casa nueva al otro lado de la barranca. Esta mañana la había visitado un camión de la compañía eléctrica; evidentemente recién ahora conectaban la corriente. Y ahora Keith vio que un furgón de una empresa de jardinería entraba por el camino de grava hacia la puerta del frente. Salieron dos hombres y comenzaron a rastrillar el suelo alrededor de la casa y a diseminar algo

que parecía fertilizante. Quienquiera que hubiera puesto en alquiler la casa, no quería perder tiempo.

No le llevó mucho tiempo encontrar la grieta de la que se había quejado Jennifer. Durante el invierno el agua se había helado bajo el desagüe metálico de la chimenea, apartándolo de los ladrillos unos pocos milímetros. Pero la temperatura era demasiado baja para rellenar la grieta. Comprendió que lo ideal sería esperar hasta la tarde, cuando el sol cayera directamente sobre ese sitio...

En ese momento oyó el ruido de un vehículo pesado que se acercaba por Sunset Brook Lane. Desde su observatorio en el techo, vio que un camión de United Parcel aminoraba la marcha y frenaba frente a su casa.

Keith se frotó las manos entumecidas por el frío. La llegada del camión le daba una excusa perfecta para bajar del techo. Se deslizó por el tejado hasta el alero, y desde allí emprendió el descenso por su escalera extensible de aluminio. Cuando estaba a metro y medio del suelo saltó con envidiable agilidad. Tocó tierra, con una flexión, en el cantero donde Jennifer sembraba caléndulas todas las primaveras.

El mensajero que venía por la vereda del jardín pareció bastante impresionado.

—Un paquete para el señor Olson —dijo—. Firme aquí, por favor.

La cajita de cartón, de escasos treinta centímetros de lado, pesaba notablemente. El remitente era una firma de Edmonds, Washington. Keith lo llevó a la cocina, donde Jennifer preparaba sandwiches calientes de queso. La joven le sirvió una taza de sopa bien caliente y comenzó a abrir la caja con una tijera.

—¿Qué es lo que compraste? —le preguntó Keith.

—Duraznos en aguardiente. A tu hermano Paul le encantaron los que le regalamos en Navidad, así que pensé que le gustaría que se los volviéramos a regalar para su cumpleaños en julio.

Keith todavía tenía frías las manos, por lo que el tazón caliente le producía una sensación agradable en los dedos. Miró por la ventana de la cocina. Del otro lado de la barranca, un hombre trabajaba sobre lo que pronto sería el parque de la residencia del 666 de Sunset Brook Lane.

Cuando Jennifer sacó los frascos de duraznos de su envoltorio y los colocó sobre la mesa, Keith tomó de la caja una de las hojas arrugadas de periódico que habían protegido a los frascos en su viaje a través del país. No pudo resistir a la tentación de ver qué sucedía en la costa noroeste del Pacífico, a tres mil kilómetros de distancia.

La página que desplegó tenía la fecha del 4 de abril. Entre los avisos de muebles y casas había un titular a dos columnas:

DOBLE HOMICIDA VUELVE POR APELACIÓN  
DESPUÉS DE CINCO AÑOS EN LA ISLA MCNEIL

Como ilustración del artículo había una fotografía de una casa que parecía curiosamente conocida. Keith dejó el tazón de sopa en la mesa y tomó la hoja con las

dos manos, estirándola lo mejor que pudo. La fotografía no era muy clara, pero la casa parecía exactamente igual a la que ahora tenían por vecina. Dominado por un asombro que lindaba con el estupor Keith alisó la hoja sobre la mesa. Observados con atención, los festones de la galería eran los mismos. Las molduras anticuadas de la galería y los tejados parecían iguales. Y si usaba un poco la imaginación, también podía percibir los paneles de vidrio y el montante sobre la puerta del frente. La clave habría estado en el balcón saliente, pero esta foto había sido tomada desde un ángulo en el que el cuarto hexagonal —si es que lo había— quedaba oculto del otro lado de la casa. Leyó el epígrafe:

La casa del 666 de Bremerton Road fotografiada después de los crímenes.

—¡Eh, Jennifer! —dijo—. Mira esto. La muchacha puso un sandwich caliente de queso en la mesa, frente a él.

—Si puedes retirar ese diario...

—¿Ves esta casa en la fotografía? Es exactamente igual a la que tenemos del otro lado de la barranca. ¡Incluso tiene el mismo número!

Jennifer miró un momento la ilustración, y después por la ventana:

—Tendré que confiar en tu palabra. Todavía no he estado allí.

Keith sabía que a su esposa no le había agradado que él se hubiera introducido en la casa vacía; lo consideraba un abuso de confianza. Alisó una vez más la página arrugada y comenzó a leer el artículo:

El asesino convicto James Beaufort será oído en el Tribunal de Apelaciones, confirmaron hoy funcionarios de la Penintenciaría Federal de la Isla McNeil. Beaufort ya ha cumplido cinco años de su condena de veinte.

En 1974 confesó haber asesinado brutalmente a Edgard Sutton y Patricia Swenson en la casa que había alquilado para la señorita Swenson. En el proceso atestiguó que la había sorprendido junto con Sutton en la residencia de Bremerton Road. Persuadido de que Sutton le pedía que lo abandonara, los mató a ambos en un acceso de celos.

En una declaración dada ayer a la prensa, el abogado defensor de Beaufort recordó los años de servicio de su cliente en el Concejo de la Ciudad de Seattle. El abogado afirmó que Beaufort «se ha comportado como un preso modelo y muestra todas las señales de una completa rehabilitación. Además, lamenta profundamente el crimen pasional que costó dos vidas inocentes hace casi seis años».

La casa del número 666 de Bremerton Road permaneció vacía durante años, pese a todos los intentos por alquilarla. Pero el pasado septiembre, la construcción de pisos de madera, (continúa en la página 18).

Keith sacó todos los otros periódicos de la caja y los arrojó al suelo. Se arrodilló sobre las baldosas vinílicas y comenzó a desplegar las páginas arrugadas, una por una.

—¿Keith? —le preguntó Jennifer—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Es que el artículo que empecé a leer me interesa mucho —le respondió—. Y querría terminarlo.

Al fin tuvo todas las páginas desplegadas en el suelo de la cocina. Una por una las fue levantando, revisando, y devolviéndolas a la caja: historietas, deportes, hogar, pero nada de página 18. Por último, volvió a tomar la página donde estaba la fotografía y volvió a examinarla. Era cierto que las casas viejas solían parecerse entre sí. Pero ¿cuántas veces se encontraban dos casas con los mismos aleros, la misma decoración de madera, la misma galería y ventanas... a cinco mil kilómetros de distancia? ¡No podía creerlo! ¿Era posible que la casa del otro lado de la barranca tuviera exactamente la misma conformación?

Tomó la tijera de trinchar de Jennifer y cortó cuidadosamente el arrugado artículo a dos columnas, junto con la fotografía de la casa del número 666 de Bremerton Road. Entonces recordó el aviso de alquiler que había puesto Tom Greene frente a esa casa. Seguramente Tom sabría quién era el dueño, y de dónde venía la casa.

—La sopa se enfría —le dijo Jennifer.

Para complacerla Keith dio un mordisco al sandwich de queso y tomó un par de cucharadas de la sopa tibia. Tras lo cual fue hacia el teléfono de pared de la cocina y comenzó a marcar un número.

Poco después de la una, en el preciso momento en que Keith llamaba a Tom Greene, David Carmichael salía de la oficina privada en la parte trasera de su galería en el número 41 este de la calle 57.

Miss Rosewood había notado que su patrón había venido a trabajar con un humor extraño. Apenas si había salido una vez de atrás de su escritorio, para saludar a un viejo cliente interesado en una *poudreuse* Luis XV. Pero su sonrisa era forzada, y evidentemente tenía los pensamientos en otro lado. En ese momento observó que se había puesto el abrigo oscuro y los guantes de piel de cerdo. Y llevaba el portafolios donde guardaba fotos de piezas importantes y catálogos de los próximos remates. Por lo general lo llevaba apretado bajo el brazo. Pero hoy lo sostenía con la mano izquierda, bien lejos del cuerpo, como si contuviera una bomba que pudiera estallar en cualquier momento.

David se dirigió a la secretaria con la misma sonrisa forzada que le había visto al alegar:

—Miss Rosewood, no me demoraré más de una hora.

—Muy bien, señor Carmichael. Que tenga un buen almuerzo.

Pero el anticuario no pensaba en almorzar. Salió por las brillantes puertas de



bronce del Edificio Fuller, y pasó frente al carrito de un vendedor de castañas asadas. Cruzó la Madison Avenue y se dirigió al oeste. En la Séptima Avenida y la 56, el Sheraton de Nueva York albergaba a una convención de numismáticos. Según el diario de la mañana, más de cincuenta comerciantes desplegaban allí sus tesoros. Y entre todos ellos, pensó David, debía de haber al menos uno que pudiera identificar la moneda romana que le había dado Keith Olson la noche anterior.

Los comerciantes habían dispuesto sus mesas en un vasto salón del subsuelo, y antes de entrar David tuvo que hacer fila para registrarse. Las puertas estaban custodiadas por un fornido policía negro. Una vez adentro, David se abrió paso por los estrechos corredores entre las mesas cubiertas de cajas de cristal y presididas por los comerciantes y coleccionistas de una docena de países distintos.

Hacia la mitad de un pasillo David se detuvo frente a la mesa de un numismático de Texas. Bajo los cristales de sus cajas de exhibición había hileras de monedas del mundo antiguo. Cada una de las piezas estaba dispuesta en un sobre cuadrado de plástico; y David observó que muchas de ellas estaban tan usadas y corroídas como la que le había dado Keith. La mayoría de las monedas eran de bronce o plata. Pero aquí y allá el ojo captaba un resplandor de oro. Sin duda, estaba frente a quien podía ayudarlo.

Del otro lado de la mesa, una bonita muchacha con anteojos y un collar de flores de calabaza le sonrió al cliente alto y bien vestido:

—¿Puedo ayudarlo, señor? —le preguntó.

—Así lo espero —respondió David. Sin sacarse los guantes, buscó en el portafolios y sacó la vieja moneda de bronce. Aun a través del cuero del guante sentía las desagradables vibraciones, como el movimiento de una abeja atrapada dentro de una toalla.

—Creo que esta moneda es de la Roma antigua —le dijo a la joven—. Pero quizás usted pueda decirme exactamente su procedencia.

Colocó la moneda sobre el escritorio de vidrio y la muchacha la tomó entre el pulgar y el dedo mayor. Era evidente que no parecía afectarla; la sostenía con tanta indiferencia como si se tratara de un cospel del subterráneo.

—Mm —murmuró entrecerrando los ojos—. ¿Podría esperarme un minuto?

—Con mucho gusto —respondió David.

Detrás de ella se sentaba un hombre gordo, de barba. Usaba anteojos y un corbatín angosto, y en ese momento hojeaba un grueso catálogo. La joven se le acercó y le mostró la moneda. El numismático sacó del bolsillo una lupa de joyero y examinó la pieza con cuidado. David percibió en su rostro un gesto de sorpresa. Después estudió el reverso, dando vuelta la moneda cuidadosamente. Tras lo cual le hizo un gesto a la joven y se dirigió a David, con la moneda en una mano y la lupa en la otra.

—Sí, señor —le dijo al llegar a su lado. Su acento tejano era más marcado que el de la chica—. Su moneda es un sestercio de bronce del reinado del emperador Nerón.

Fue acuñada... alrededor del año 64 de nuestra era.

—Me sorprende que pueda ser tan preciso —señaló David.

—Bien —dijo sonriendo el hombre—, es posible serlo cuando uno ha estado veinte años en el negocio, como los he estado yo. —De abajo de la mesa sacó un pequeño cuadrado de terciopelo y colocó la moneda sobre él, como si se tratara de una joya rara—. ¿Ve esta estructura en el reverso? Aquí —le dijo, ofreciéndole la lupa—. Por favor, mire usted mismo.

David se ajustó el cilindro de plástico negro en el ojo. Luego bajó la cabeza hasta que la moneda quedó en foco. Bajo la ampliación la corrosión se hacía más evidente, pero también el dibujo original. Entre las letras S y C había un objeto erguido que, entonces podía verlo, estaba compuesto de columnas verticales.

—En el año 64 de nuestra era —le explicó el tejano—, Nerón terminó la construcción de un arco triunfal para conmemorar sus propias victorias en Parthia. Es ese arco el que aparece en el reverso de su moneda. Por lo que se la puede fechar con bastante precisión alrededor de ese año. Al dar vuelta la moneda, David sintió un momentáneo temblor en los dedos cubiertos por el guante. El gastado perfil del otro lado representaba a un hombre de cuello largo y grueso. La mandíbula se proyectaba hacia adelante agresivamente.

—Siempre que trato de imaginarme a Nerón —dijo David—, pienso en Peter Ustinov en *Quo Vadis*.

El tejano barbudo soltó la risa.

—Su moneda está tan gastada que es difícil decirlo —afirmó—, pero el auténtico Nerón se parecía más a John Belushi.

—Esta pieza sin duda no se encuentra en buenas condiciones —admitió David—. Pero supongo que habrá estado bajo tierra un buen tiempo.

—Tiene algo más de la corrosión normal para una moneda de esta época —respondió el numismático—. Me da la impresión de que puede haber sufrido de algún modo la acción del fuego. La aleación de cobre toma este aspecto cuando se la ha calentado.

David recordó su visión mental de la moneda calentada en un brasero de carbones al rojo vivo.

—Pero eso es absurdo —tartamudeó—. ¿Por qué habrían de quemar una moneda?

—Oh, las cosas se queman a veces —dijo el tejano—. Y a veces hay colecciones de monedas dentro de las casas. Y, por otra parte, recuerde la historia según la cual Nerón tocaba el arpa mientras Roma ardía. Quizás su sestercio quedó enterrado en las cenizas.

David se sintió aliviado al oír que había explicaciones lógicas para la exposición de la moneda al calor. Entonces probablemente su visión no correspondía a la realidad... quizás no era más que una horrible fantasía.

—Pero aun así —dijo el hombre barbudo—, hay muchos coleccionistas que

desearían completar su colección con los doce cesares. ¿Cuánto pide usted por ésta?

David Carmichael estaba en el negocio de las antigüedades desde hacía suficiente tiempo como para reconocer el juego del numismático. ¡Nunca había que hacerle una oferta a un cliente! Siempre había que dejarlos que ellos pusieran un precio. Por lo general el coleccionista sin experiencia haría mal negocio, pidiendo apenas una parte del precio real del objeto.

—Esta moneda no es mía —le explicó—. Le pertenece a un amigo mío, que la encontró en una casa vecina. Tendría que preguntarle si está interesado en venderla.

El tejano suspiró. Los clientes *siempre* decían que sus monedas les pertenecían a otro. Con eso ganaban tiempo para pensar en la oferta... y para conseguir otra mayor.

—Pero en caso de que el dueño esté interesado —siguió David— ¿puedo decirle cuánto está dispuesto a pagar usted?

—Bueno... —El tejano vacilaba—. Como usted mismo lo dijo, este sestercio no está en buenas condiciones. Veamos. —Golpeteó la mesa con sus dedos carnosos.

—¿En cuánto piensa revenderla? —le preguntó David. El numismático lo miró con cierta sorpresa. Después de todo, este apuesto neoyorkino no era tan ingenuo.

—Una moneda así podría venderla por mil dólares. Le daré a su amigo (¿o era el vecino de su amigo?) seiscientos setenta y cinco.

David no se molestó en ocultar su estupefacción. ¿Desde cuándo se encontraban perdidas en bañeras monedas de mil dólares? Tomó el valioso sestercio y lo devolvió a su portafolios.

El tejano le echó una mirada codiciosa. ¿Sería posible que este cliente bien vestido no quisiera vender... sino comprar? A cualquier coleccionista le agrada perfeccionar su colección; ¿por qué habría de ser diferente con este caballero conocedor y evidentemente adinerado?

—¿Sabe una cosa? —le dijo deteniéndolo—. Sucede que tenemos la fortuna de contar con otro ejemplar de ese mismo sestercio. Quizás incluso de la misma acuñación.

—¿De veras? —preguntó David.

El comerciante señaló con el dedo un punto del grueso cristal que cubría sus ejemplares. Allí, asegurado en su envoltorio de plástico transparente, había un sestercio de bronce similar, pero en condiciones mucho mejores a las del que había encontrado Keith. No pudo evitar preguntarse qué sucedería si sostenía en la mano este otro sestercio. ¿Lo afectaría del mismo modo que el que tenía?

—¿Querría verlo? —le preguntó el numismático.

—Sí, por favor —respondió David.

El hombre abrió la parte trasera de la caja y puso sobre el mostrador la moneda en su envoltorio de plástico. David comprobó que había dicho la verdad: Nerón se parecía realmente a John Belushi. El cuello del emperador estaba hinchado como el de un toro, y parecía como si fuera a estallar de furia. A diferencia del hallazgo sucio y pardo de Keith, este sestercio tenía un delicado color verdoso y estaba en

condiciones tan buenas que David pudo leer perfectamente las letras mayúsculas que rodeaban el perfil imperial:

### NEROCLAVDIVSCAESARAVGGERPM

—Como sabrá seguramente —le dijo el comerciante— los romanos escribían las palabras sin separación, y usaban abreviaturas. Estas letras, descifradas, quieren decir Nerón Claudio, César Augusto, Germánico, Pontífice Máximo. Se dice —agregó— que cuando Nerón hacía torturar hasta la muerte a algún enemigo, mandaba introducirle una moneda como ésta, acuñada con su propia imagen, en la boca. Una especie de recuerdo para el otro mundo, para que ni siquiera allí la víctima se atreviera a volver a ofender al emperador.

David palideció. Volvió a su mente la imagen que había visto en la sala de Jennifer.

—Mire el otro lado —lo invitó el tejano.

David vaciló, temeroso de tocar el envoltorio de plástico, aun con los guantes. ¿Y si esta moneda, mucho mejor conservada que la de Keith, le producía una reacción más fuerte aún? Lenta, cuidadosamente, la levantó y la colocó sobre la palma enguantada de la mano izquierda. En el reverso se veía con claridad el arco triunfal de Nerón, incluso con los cuatro caballos en alto. A ambos lados del arco estaban las letras S C.

—¿Qué significan esas letras? —preguntó.

—*Senatus Consulto*. Quiere decir que Nerón gobernaba con la aquiescencia del senado romano.

David esperó a que comenzaran las vibraciones. Pero no sucedió nada. Por curiosidad, se quitó el guante y colocó el envoltorio de plástico en la palma desnuda. Pero aun así no sentía nada, nada en absoluto.

Este espléndido sestercio le producía una loca curiosidad. ¿Por qué no sentía nada? Quizás el plástico interfería con la transmisión de la sensación. Por supuesto, el numismático jamás le permitiría tocar una moneda así de valiosa. Pero si la compraba podría hacer lo que quisiera con ella.

El sobrecito de plástico se cerraba en una tarjeta cuadrada con el precio de la pieza que, según pudo ver David, estaba escrito en letras, no en números. Muchos anticuarios usaban ese tipo de códigos. Escogían una palabra o frase de diez letras, como CHARLESTON o ANTIQUERSO, luego le daban a la primera letra el valor de uno, a la segunda dos, y así sucesivamente hasta la última, que equivalía a cero. De ese modo, un precio de, por ejemplo, mil doscientos cincuenta dólares se escribía CHLN o ANQO. El cliente se veía obligado a preguntar el precio, lo que le permitía al vendedor hacer una evaluación de sus posibilidades económicas y ajustar la cifra en consecuencia.

El precio de este sestercio era OEXX, código que David no reconoció. Pero si el

ejemplar de Keith, gastado y estropeado, valía mil dólares, éste, en mucho mejor estado...

—Es hermoso —dijo—. ¿A cuánto lo vende?

—Bastante barato —le dijo sonriendo el barbado numismático—: tres mil setecientos.

Ahora David trató de ocultar su asombro. Era una buena cantidad. Pero al fin de cuentas, no podía negarse la antigüedad de la pieza. Y siempre podría deducir la compra como un gasto comercial... además de venderla una vez que hubiera satisfecho su curiosidad.

El numismático a duras penas podía disimular su satisfacción cuando David se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó la chequera.

—Yo también soy anticuario —le dijo David entregándole una de sus tarjetas comerciales—. ¿Sería posible que me hiciera algún tipo de descuento profesional?

El tejano echó una larga mirada al elegante traje de medida de David antes de explicarle que le resultaba imposible hacerlo. Diez minutos después, David volvía al edificio del número 41 este de la calle 57, con dos sestercios de bronce en su portafolios.

No bien llegara, comenzaría el experimento.

Jueves 12 de abril de 1979

—OFICINA DEL SEÑOR Greene —dijo la secretaria cuando Keith terminó de marcar el número de la inmobiliaria.

—Habla Keith Olson. He hecho trabajos para Tom. ¿Podría hablar con él, por favor?

—Lo siento, pero el señor Greene ha salido a almorzar. ¿Puede llamarlo cuando vuelva?

—Estaré trabajando en Peekskill esta tarde —dijo Keith—. Pero Tom tiene el número de mi casa. Si puede llamarme esta noche aquí...

—¿Puedo informarle de qué se trata?

—¡Claro que sí! —Keith miró por la ventana de la cocina la casa que se levantaba del otro lado de la barranca—. Dígale que estoy *muy* interesado en esa casa que ha puesto en alquiler en el seis sesenta y seis de Sunset Brook Lane.

Después de terminar el sandwich y la sopa besó a Jennifer y volvió a su camioneta. En el camino hacia el trabajo se detuvo para echar otra mirada a la casa nueva.

Los jardineros habían terminado su trabajo y ya habían partido. Toda la tierra alrededor de la casa estaba rastrillada, sembrada y regada. También habían hecho un camino de lajas entre la galería del frente y la ruta, y a medio camino habían plantado un pino azul.

Keith se desvió a un lado del camino y bajó. Quería volver a mirar esas ventanas con los vidrios grabados, y en especial a ese panel en el que había creído ver su propia cara el martes al atardecer. Pero los jardineros habían clavado unas estacas pequeñas en el suelo a lo largo del sector donde habían sembrado césped, uniéndolas entre sí con hilo blanco. De modo que la ventana en cuestión quedaba separada de la ruta por unos tres metros de suelo recién sembrado, y Keith no quiso pisarlo con sus pesados zapatones.

A esa distancia las figuras grabadas en el vidrio no se distinguían. Keith apenas si pudo reconstruir el contorno de la Doncella Complaciente, y eso gracias a que sabía dónde debía mirar. Obviamente, el grabado había sido realizado para que se apreciara desde adentro, como los vitrales.

Durante sus trabajos los jardineros habían cambiado de lugar el cartel metálico de Tom Greene, que ahora estaba casi pegado a la ventana. Eso le recordó a Keith que Tom Greene solía almorzar prolongadamente en la hostería Millwood, al norte de Chappaqua. Tom solía demorarse en la mesa durante una hora o más, charlando con otros parroquianos o con sus amigos. Si Keith iba hasta allí antes de volver a su

trabajo, probablemente lo encontraría antes de que pagara la cuenta.

En el comedor Washington Irving de la hostería Millwood, Tom Greene estaba sentado en un reservado contra el muro, en ángulo con el bar. Una vez que terminó su sandwich se reclinó con satisfacción sobre el respaldo de cuero rojo de su asiento. Por lo común el sonriente corredor de bienes raíces tomaba un solo trago con el almuerzo. Pero esta vez decidió que había algo que celebrar. Después de todo, no todos los días tenía los bolsillos literalmente repletos de dinero. Ahora mismo, cuando venía hacia la hostería se había detenido en el Banco a depositar mil dólares en efectivo, la suma que había recibido de Coste por arreglarle todo el papeleo de la mudanza de su casa de dos pisos a Sunset Brooke Lane en New Castle. Ahora Coste quería alquilar la casa —Tom había recibido la llamada telefónica esta misma mañana— y deseaba que la compañía de Tom se ocupara en exclusividad del negocio. Sí señor, sería una primavera bastante provechosa, después de todo.

La camarera acababa de traerle su segundo Manhattan cuando vio a su amigo Keith Olson en la puerta. El rostro sonrosado de Tom se distendió en una amplia sonrisa, y sacudió la mano tratando de llamar la atención de Keith.

—¡Dios mío, sí que te has bronceado! —exclamó cuando Keith se sentó frente a él—. ¿Adonde estuviste?

—En las Bahamas —dijo Keith sonriendo—. Volví el martes.

Tom Greene le señaló el vaso lleno que tenía frente a sí:

—¿Quieres uno?

—No, no, gracias. Debo volver a trabajar por la tarde.

—Entonces te invito con café —dijo Tom. Volvió a alzar la mano y giró el cuello buscando a la camarera.

La sonrisa se borró de la cara de Keith. Apreciaba a este amigo tan sociable y alegre, pero hoy no estaba de humor para una larga charla.

—Escucha, Tom, ¿cuál es la historia de esa casa que has puesto en alquiler frente a la nuestra? La del 666 de Sunset Brook Lane.

—¿Historia? —Tom Greene sonrió con afabilidad—. Lo difícil fue asegurarse de que no hubiera historia. El dueño insistió en que hubiera la menor cantidad posible de publicidad.

—No entiendo —dijo Keith. La camarera se acercó al reservado y Tom Greene le señaló la taza de café vacía frente a Keith—. ¿Qué publicidad podría haber tenido?

—¡Bueno, por Dios! —exclamó el corredor de bienes raíces—. Cuando mudas una casa, toda una casa, por lo general sale en los diarios locales. Y aquí estaba esta enorme construcción de dos pisos que subía por el Hudson en una barcaza. Tuvieron que desembarcarla en Ossining, y cargarla con grúas en un remolque especial, y después arrastrarla por esos caminos estrechos y curvos hasta tu calle... —Tom hizo una pausa—. ¿Cuándo dijiste que habías vuelto de tus vacaciones?

—El martes —repitió Keith.

—Una pena. ¡Te lo perdiste todo! Esto sucedió la semana pasada.

Volvió la camarera y les sirvió sendas tazas de café humeante. Tom Grenne le pasó a Keith el vaso con crema.

—No, gracias —dijo Keith—. Lo tomo negro.

—Pues bien —siguió diciendo Tom Greene— arreglamos todo para que la llegada fuera de noche, de modo que no hubiera curiosos espiando. Hubo sólo un reportero de un diario de la zona. Trató de sacar un par de fotos con *flash* pero no creo que hayan salido.

Keith tomó un trago del café fuerte y caliente:

—¿Pero por qué poner una casa de ese tamaño en un terreno tan pequeño?

Tom Greene se encogió de hombros mientras comenzaba a saborear su bebida:

—El señor Coste quería ese sitio en especial, justo enfrente de tu casa.

—¿Así se llama el dueño? —preguntó Keith—. ¿Coste?

Tom Greene asintió.

—Pero todo ese lado de la barranca —dijo Keith—, le pertenece al viejo Clyde Ramsey. Tenía entendido que le dejaría ese terreno a la ciudad cuando muriera, para que hicieran ahí una reserva para pájaros. No puedo creer que lo haya vendido.

Tom Greene miró alrededor para ver si alguien podía oírlos. Luego de lo cual se inclinó sobre la mesa hacia Keith:

—La única razón por la que Ramsey lo vendió —dijo en un susurro—, es porque creyó que tenía cáncer. En marzo se hizo un chequeo y las radiografías del pecho mostraron sombras de tumores en los dos pulmones. ¿Y tienes una idea de lo caro que son esos tratamientos químicos y de cobalto? Ramsey necesitaba dinero, y con urgencia. Como sabrás, la región de New Castle donde vives tiene una reglamentación por la que sólo se admite una casa por media hectárea. De modo que cuando Coste me llamó y me pidió que le ofreciera a Clyde una cierta cantidad (¡una cantidad muy generosa, te lo aseguro!) por esa media hectárea que quería, Clyde aceptó la oferta el mismo día.

—¡Dios mío! —dijo Keith sacudiendo la cabeza.

—Pero lo bueno del asunto —sonrió Tom Greene—, es que las siguientes radiografías de Clyde no mostraron el menor rastro de cáncer. Algo debe de haber manchado las placas la primera vez. Pero para entonces, claro está, Ramsey ya había aceptado la oferta de Coste, y Coste le había pagado al contado. La mayor parte de su media hectárea está dispuesta en una franja estrecha en dirección al arroyo en lo hondo de la barranca, pero se detiene antes de él. Coste fue muy preciso: no quería que su propiedad estuviera demarcada por una corriente de agua.

—¿Te dio alguna razón? —preguntó Keith. Tom Greene negó con la cabeza, y una sombra de miedo le pasó por el rostro:

—Coste siempre parece estar apurado. Si le hago una pregunta innecesaria, no me responde. Pero te puedo asegurar que conseguir todos esos permisos de transporte y



carreteras libres de la Policía Estatal fue una pesadilla.

Keith revolvía el café sin cesar:

—¿Sabes si ese señor Coste colecciona monedas antiguas? —le preguntó.

—No tengo la menor idea —respondió su amigo encogiéndose de hombros.

—¿Cuál es su nombre? ¿De dónde viene?

Pero Tom Greene se quedó inmóvil, con la bebida en la mano y una extraña expresión preocupada.

—¡Oh, vamos! —exclamó Keith—. ¿No tienes *ninguna* información sobre este tipo?

—Keith, ¡nunca lo vi siquiera! —Tom Greene sacudió la cabeza con melancolía—. Todas nuestras transacciones se han hecho por teléfono. Una vez se detuvo en la oficina a firmar unos papeles... —Evitó la mirada de Keith—. Pero yo había salido a almorzar, y no lo vi.

Se calló. No quería mentirle a nadie y mucho menos a un viejo amigo como Keith Olson. Pero la verdad resultaba demasiado embarazosa como para explicarla.

Hacía poco más de un mes, Coste había telefoneado para decir que quería visitar la oficina, entregar el dinero para el pago a Clyde Ramsey y firmar todos los papeles al mismo tiempo. Tom le dio las instrucciones a la secretaria para que preparase todos los documentos: la escritura, la transferencia formal, el registro de propiedad. Luego él mismo los colocó en un sobre manila que dejó sobre su escritorio, listo para cuando viniera el señor Coste a la mañana siguiente.

Esa tarde cerró la oficina a las seis menos cuarto, como siempre. O al menos creyó haberlo hecho. Porque cuando volvió a la mañana siguiente a las nueve y cuarto, encontró la puerta del frente sin llave. No abierta de par en par, pero sí entornada; desde la calle nadie podía darse cuenta de que no estaba cerrada.

¿Habrían robado durante la noche? Tom Greene corrió adentro, con la visión anticipada de la oficina en un desorden total, su escritorio abierto, los archivos esparcidos por el suelo. Pero para su inmenso alivio, todo estaba en perfecto orden. No faltaba nada.

¡Muy por el contrario!

Lo último que notó Tom Greene fue la alteración en el sobre manila que había dejado la tarde anterior sobre el escritorio. No estaba cerrado con cinta adhesiva, y parecía un poco más grueso y pesado que antes. Cuando lo abrió, cayeron docenas de billetes de cincuenta y cien dólares.

Le llevó casi quince minutos contar todo el dinero, y después otros quince minutos volverlo a contar y verificar la cantidad. Estaba completo, hasta el último dólar: lo que debía pagarse a Clyde Ramsey por su media hectárea de terreno, más el dinero para certificar el título de propiedad, y la comisión de Tom Greene. Debajo de todos esos billetes estaban los documentos que la secretaria había preparado, cada uno de ellos con una firma elegante, aunque ilegible, en el sitio apropiado. Obviamente Coste había estado allí, a primera hora, y había firmado.

Tom Greene, que ya no estaba en su primera juventud, tenía la plena seguridad de que había cerrado con llave la puerta la noche anterior. Pero seguramente no lo había hecho. Tom no quiso que su secretaria pudiera pensar que se estaba poniendo senil o distraído. De modo que esa tarde le dije que el señor Coste había pasado por la oficina y firmado los documentos cuando ella había salido a almorzar. La explicación era aceptable, y la secretaria no la puso en duda. Y ahora, esta misma mañana, Tom había recibido los mil dólares que Coste le había prometido por ayudarlo a realizar la mudanza hasta Sunset Brook Lane. Cuando abrió la puerta de la oficina encontró uno de sus propios sobres con membrete en medio del piso. Adentro estaban los diez crujientes billetes de cien dólares. Pensó que Coste debía de haber arrojado el sobre por la hendidura del correo. ¿Pero cómo había llegado hasta el centro de la oficina? ¿Y por qué Coste había usado uno de los sobres de su firma? Debió de haber tomado uno cuando vino a firmar los documentos, el mes pasado.

Ahora Tom Greene miraba a Keith Olson que terminaba su café. Pensó que algo preocupaba hondamente a Keith. Por lo general se mostraba como un joven afable y divertido. Tom nunca lo había visto tan abstraído en sus pensamientos.

—¡Pues bien! —Keith se aclaró la garganta—. Ahora que has puesto en alquiler la casa...

Una sonrisa tímida y desconcertada subió al rostro de Tom Greene.

—¡Keith! ¿Cómo demonios te enteraste?

—¡No soy ciego! —replicó Keith—. Lo leí en el cartel de alquiler que hiciste poner frente a la casa.

—¡Pero es imposible! —exclamó Tom Greene—. ¡Si recién esta mañana me llamó Coste para pedirme que me ocupe del alquiler del 666! Primero pienso sacar un aviso en el diario de mañana a la tarde. Y el sábado iré hasta allí y clavaré uno de mis carteles metálicos en el jardín del frente.

—Este es uno de tus carteles metálicos —insistió Keith—. Contra el balcón saliente, frente a la calle. ¡He visto más de una vez tus carteles, Tom!

El corredor terminó su Manhattan, y deseó tener otro a mano. Esos carteles verdes y blancos, a prueba de agua, le habían costado bastante, por esa razón los tenía bien guardados en su oficina. ¡Y nadie más que él tenía la llave!

—¿Le habrás prestado un cartel a Coste? —insistió Keith—. ¿Lo habrá hecho él mismo?

—Es posible —mintió Tom—. Simplemente no lo recuerdo. —¡Debía de estar volviéndose senil, no había otra explicación!

—¿Pero no has estado tú mismo en la casa?

—Oh, sí —dijo Tom—. Fui a verla la mañana después de la mudanza, cuando los contratistas estaban ajustándola sobre la nueva base.

—Entonces habrás visto que la casa necesita reparaciones, especialmente si tu

cliente quiere ponerla en alquiler. Tú sabes bien cómo me gusta arreglar casas viejas, Tom. ¿Por qué no me llamaste?

—No debía hacerlo —respondió el corredor, tragando saliva con incomodidad.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Keith—. ¿Acaso Coste te pidió que no me ofrecieras el trabajo?

—¡No, no! Todo lo contrario. —Se dio cuenta de que Keith estaba intrigado y molesto. ¡Maldito sea Coste!, pensó—. Dijo que quería que repararan la casa, especialmente el interior. Y seguramente había oído hablar de ti, porque te mencionó.

—¿Entonces por qué no...?

—Coste me pidió que no me molestara en llamarte —le dijo Tom Greene—. Porque él quería ponerse en contacto contigo personalmente.

Cuando salió del restaurant Keith ya llevaba una hora de atraso. Pero qué diablos... sus ayudantes, Marc y Jason, podrían arreglárselas sin él. De modo que, en lugar de dirigirse a Peekskill, Keith fue a la Biblioteca de Chappaqua.

Se sorprendió al enterarse, leyendo un folleto editado por el Estado y cuyo título era *Traslado de Edificios Históricos*, de que la técnica de trasladar casas tenía por lo menos doscientos años de antigüedad. En 1838 se trasladó tres metros una casa de ladrillos de cuatro pisos, en la ciudad de Nueva York, sin dañar siquiera los espejos que colgaban en el interior. En 1869 se trasladó un hotel de Boston de seis pisos, también construido en ladrillos y de cinco mil toneladas de peso. En 1889, un tribunal de justicia fue remolcado durante catorce kilómetros por una locomotora. Y, en 1975 una catedral gótica de diez mil toneladas en Checoslovaquia fue trasladada a un nuevo emplazamiento a un kilómetro del anterior. Los cerebros electrónicos aseguraron que el edificio, que databa del siglo XIV, no perdería su línea de estabilidad en más de un vigésimo-quinto de pulgada.

En comparación, trasladar una casa victoriana de madera parecía un juego de niños. ¿Pero alguna vez se había trasladado una casa de un extremo al otro del país? Ahora la curiosidad de Keith era mayor que nunca.

Desde el miércoles había vuelto a leer una y otra vez, el intrigante artículo que había recortado del periódico de Seattle. Quería saber más sobre el asesino convicto James Beaufort, sobre su proceso y confesión... y especialmente sobre la casa del crimen en el 666 de Bremerton Road.

No disponía de dinero como para volar a Seattle. De modo que fue a la oficina de la Carpintería de Obra Olson, desde donde habló por teléfono con la redacción del diario en Seattle y obtuvo el nombre de su director. Tras lo cual se sentó al escritorio y escribió una carta pidiéndole que por favor revisara su archivo y le enviara fotocopias de todos los artículos que hubieran publicado sobre el caso de homicidio Swenson-Sutton. Después de recordarle al director que el crimen había sido cometido en algún momento de 1973, Keith agregó a su carta un billete de veinte dólares para

compensar a su corresponsal por la molestia. Como remitente, anotó la dirección de la carpintería. Jennifer ya pensaba que estaba prestando demasiada atención a esa casa nueva del otro lado de la barranca, que después de todo era una propiedad ajena. Y si lo descubría leyendo un manojito de recortes sobre un doble asesinato ocurrido seis años atrás, probablemente pensaría que se había vuelto loco.

El empleado de la oficina de correos de Chappaqua le dijo que no era necesario pagar extra por el envío aéreo. Todos los sobres clasificados como Primera Clase iban automáticamente por avión. Pero aun así, admitió, una carta a la costa norte del Pacífico podía tardar tres o cuatro días. Keith no quería esperar tanto. Pagó el franqueo extra y la despachó como Expreso aéreo.

En el camino de vuelta a la galería de la calle 57, David Carmichael se detuvo a comer un almuerzo muy liviano. Pero esa noche, cuando volvió a su casa en Riverside Drive, no tocó la cena. Deliberadamente se quedó con el estómago vacío porque sabía lo que tenía que hacer: quería realizar antes una pequeña investigación.

A las doce menos cuarto el estómago le seguía haciendo ruidos, pero ya no tenía hambre. Supiró y cerró el volumen de la *Enciclopedia del Mundo Antiguo* y la devolvió a la biblioteca. Luego volvió a la sala y se sentó en el sofá. La luz de una lámpara de bronce se reflejaba en el mármol de la mesita de café que tenía frente a sí.

Casi lamentaba haber comenzado consultando la enciclopedia, porque se había enterado de más datos de los que quería saber sobre el reinado de Nerón Claudio César Druso Germánico.

El emperador Calígula había sido tan brutal y cruel como Nerón, pero había gobernado apenas durante cuatro años. Nerón se había aferrado al trono durante catorce sangrientos años. Había torturado y matado a cientos de personas, incluyendo miembros de su familia, y a su esposa Popea. Fue Nerón quien ordenó a sus sirvientes que encendieran el fuego que devastó la ciudad durante seis días. Y no tocó el arpa mientras Roma ardía, sino que cantó. Pero no bien se enfriaron las cenizas, acusó a los cristianos de Roma de ser los incendiarios. Durante las persecuciones que sobrevinieron, las catacumbas debajo del suelo romano se llenaron con cadáveres de mártires. San Pablo fue decapitado, y San Pedro crucificado cabeza abajo. Pero un hecho había quedado más grabado que todos los demás en la mente de David: Nerón temía a los fantasmas.

Después de ordenar el asesinato de su propia madre, Agripina, el emperador afirmó que su espíritu había vuelto a hostigarlo. Nerón llegó a pagarle a un nigromante persa para que impidiera que el espíritu de la mujer asesinada le turbara el sueño.

¡Miedo a los fantasmas! ¿Explicaría eso por qué habían calentado un sestercio de bronce y lo habían metido en la boca de un agonizante? Pues lo que le había dicho el numismático tejano ahora resultaba confirmado. Según la enciclopedia, los romanos

devotos siempre ponían una moneda pequeña en la boca de un cadáver. De ese modo el difunto tendría con qué pagarle a Caronte, el botero que transportaba las almas al otro lado del río Estigio, rumbo al oscuro reino de Hades. Una vez que habían cruzado el río subterráneo, los espíritus ya nunca podían volver a molestar a los vivos.

David dirigió la mirada a la chimenea de la sala. Allí estaba el reloj del siglo XVIII que había sido reparado después de que el asesino de Eleanor lo rompiera. Era casi la medianoche. Recordó que mañana lo esperaba un día muy ocupado en la galería. Era hora de comenzar el experimento que había estado posponiendo toda la velada.

Se levantó y caminó lentamente hacia el dormitorio. Allí sobre la cómoda estaba su portafolios, con las dos antiguas monedas romanas adentro. De vuelta en la sala, colocó el portafolios sobre la mesita de café de mármol. Se sentó en el sofá, abrió el cierre y sacó el sestercio de tres mil setecientos dólares que había comprado ese mismo día.

Con cierta aprensión abrió el envoltorio de plástico y dejó caer la pesada moneda de bronce a la palma de la mano. Estaba algo fría, pero eso era todo. Si existían vibraciones, eran demasiado débiles como para percibir las.

Al parecer este sestercio tan bien conservado había pasado mil novecientos años sin grandes acontecimientos. No comunicaba nada del horror nauseabundo que había experimentado al sostener el otro. Después de tenerlo en la mano tres largos minutos, se convenció de que no sentiría nada especial. En ese momento el pesado reloj dorado de la chimenea sonó doce veces. David sacó un pañuelo y lustró cuidadosamente la valiosa moneda hasta quitar de su superficie el menor resto de sudor que pudiera dañarla. La devolvió a su envoltorio. Desde aquel robo de dos años atrás David nunca guardaba objetos pequeños y valiosos en su departamento. Lo primero que haría el día siguiente a la mañana sería llevar el sestercio al Banco y guardarlo en su caja de seguridad.

También en el portafolios estaba el viejo sestercio corroído que le había prestado Keith. Se encontraba igualmente en un envoltorio de plástico que le había regalado el numismático tejano. Por mucho que lo atemorizara volver a tocarlo, tenía que hacer la comparación. Abrió el envoltorio y dejó caer la fea moneda parda en la palma de la mano izquierda.

Casi de inmediato sintió la fuerte vibración en los dedos. Se recostó sobre el respaldo del sofá y cerró los ojos. Las imágenes vinieron todas al mismo tiempo: el calor, la visión de la carne quemada, el grito. David quiso arrojar el sestercio lejos de él. Pero haciendo un esfuerzo supremo de la voluntad cerró el puño sobre la ardiente moneda. ¡Debía haber algo más en la historia de la moneda! Y si podía soportar lo suficiente el tormento quizás vinieran hasta él otras visiones. Y quizás entonces podría saber cómo este sestercio había recorrido el camino entre la antigua Roma y una bañera en New Castle, Estado de Nueva York. De modo que apretó los dientes y se forzó a atravesar el remolino de terror y dolor. En ese mismo momento, las

imágenes terribles de sangre y muerte comenzaron a desvanecerse. ¿Qué pasaría ahora?, se preguntó. Apretó con más fuerza aún la vieja moneda. Y sintió de pronto que ya no estaba solo en la sala.

Aunque no había abierto los ojos, *sentía* la presencia de alguien frente a él, del otro lado de la mesita. En el aire mismo sentía un cambio notable. La atmósfera estaba húmeda y pesada, con un débil olor animal.

Abrupta como un relámpago, apareció la imagen de Jennifer Olson bajo sus párpados cerrados. La visión duró apenas lo suficiente como para que David viera que la cara de la joven estaba bañada en luz rojiza, los ojos abiertos en expresión de pánico, la boca inhalando con dificultad.

Espantado, abrió los ojos. Pero no había nadie en la sala. Todo seguía exactamente como antes. No se oía más que el tic tac del viejo reloj sobre la chimenea. Y esa presencia indefinible que había sentido con tanta claridad se había marchado.

Y también había desaparecido la sensación de ardor y latido en la mano derecha. David había apretado el sestercio con tanta fuerza que el puño estaba insensibilizado. Abrió los dedos lentamente y quedó atónito mirándose la mano. En la palma tenía aún la marca blanca, redonda, fantasmal de la moneda que había apretado con tanto vigor. Pero el antiguo sestercio de bronce se había desvanecido en el aire.

*Viernes 13 de abril de 1979*

MÁS DE UNA HORA después, David seguía en el sofá de su sala. Todas las luces de su departamento estaban encendidas. Se hallaba terriblemente cansado, pero demasiado asustado y preocupado como para irse a dormir.

La marca de la vieja moneda de bronce no había tardado en borrársele de la palma de la mano. Pero la desaparición de la moneda lo dejó en un estado de trémulo desconcierto. ¿Acaso habría abierto los dedos sin darse cuenta? Desde la muerte de Eleanor, David había vivido con el permanente terror de otra intrusión de ladrones. Con desesperación quería creer que el sesterccio simplemente había caído al suelo.

De modo que lo primero que hizo fue buscar debajo del sofá y entre los almohadones. Incluso levantó la alfombra de Aubusson, para asegurarse de que la moneda no hubiera rodado debajo de ella de algún modo. Como aun así no la encontró, fue a la cocina y se sirvió un vaso de *whisky* para calmar los nervios. Después recorrió todos los cuartos, encendiendo las luces y controlando todas las ventanas, puertas y armarios del departamento.

La cerradura de la puerta del departamento estaba intacta. Si alguien hubiera tratado de forzar una ventana, habría hecho sonar la alarma que había hecho instalar. Y el corredor por el que se llegaba al departamento no tenía alfombra: David habría oído los pasos de cualquiera que fuera o viniera, así como oía los pasos de sus vecinos, el señor y la señora Jacobs. Pero de todos modos había sentido esa presencia asfixiante que pareció desvanecerse tal como había venido.

En general, su experiencia reciente parecía algo proveniente de la Edad Media. Caminó hasta la biblioteca, pensando que alguno de los tantos libros que había comprado en el curso de los años podría explicarle esto. Pero la mayoría de los libros de referencia de David se ocupaban estrictamente del mundo real: muebles, ebanistería e historia francesa. No tenía libros que tocaran temas religiosos o sobrenaturales.

Se sirvió otro *whisky* y se quedó otra media hora sentado en el sofá, pensando. Cuando el reloj marcó la una y media aún no había dado respuesta a las preguntas que lo asaltaban. Pero dos vasos de *whisky* en el estómago vacío le habían dado algo de audacia, y había perdido el susto. Al notar lo terriblemente cansado que estaba se puso el pijama y se acostó.

Estuvo despierto unos diez minutos más, oyendo el ruido del tránsito por la carretera del lado oeste. Ahora la noche parecía calma. En cierto modo era casi tranquilizante que el horrendo sesterccio de bronce ya no estuviera ahí para perturbarlo. Y antes de que pudiera darse cuenta, estaba soñando.

Le pareció hallarse junto a una ruta en el campo. Era de noche. Frente a él había un terreno desnudo. Más allá, donde el nivel de la tierra bajaba, se abría un espacio vacío. Y en ese momento, para sorpresa de David, algo comenzó a asomarse en el suelo rocoso.

La tierra se quebraba, se apartaba y emergía un techo. ¡Surgía a la superficie una casa! David miró fascinado la elevación de una casa de madera de dos pisos, como una especie de fruto artificial, completa, con su chimenea, galería y reciente pintura azul. Pero en lugar de tejas la casa tenía escamas, como un reptil. Y en medio de un muro, mirando a David, se abría el inmenso ojo prominente de un insecto gigantesco.

Tras lo cual, comenzó a manar sangre del suelo que rodeaba la base del edificio. La tierra sangraba. Oyó el ruido de un trueno, comenzó a caer una lluvia intensa, que parecía querer lavar la sangre. La casa seguía elevándose, desgarrando el suelo, y la sangre fluía con más fuerza.

Al fin la casa alcanzó su plena altura, y la tierra de la que había salido ya no era tierra sino carne humana. La sangre corría desde los cimientos e inundaba el camino junto al que estaba David. Trató de gritar, pero no tuvo aliento para hacerlo.

Años atrás, cuando David tenía una pesadilla, su esposa Eleanor lo oía gemir en sueños a su lado. Entonces le sacudía los hombros hasta que él se despertaba y le contaba el sueño. Pero ahora, desde la muerte de su esposa, David había vivido solo en el departamento de Riverside Drive. No había nadie que lo despertara.

Trató de gritar otra vez, lo más alto posible. Pero la atmósfera del sueño era húmeda y pesada; no podía llenarse los pulmones. Peor aún, parecía haber algo que le apretaba el cuello. No podía oír su propia voz. ¡Pero de pronto estuvo despierto! ¿O no? A la distancia, aún oía el eco sordo del trueno. Unos golpes fuertes sonaban a su derecha.

No, no era un sueño. David tocó la almohada bajo la cabeza. Los golpes venían de la pared, detrás de la cabecera de su cama. Entonces se detuvieron.

Se dio vuelta y miró el reloj de la mesita de luz. Era poco más de las cuatro de la mañana del viernes. Encendió la luz, se levantó y miró por la ventana. Abajo la calle brillaba de lluvia. Otra vez se oyó el trueno, muy lejos. El trueno del sueño había estado mucho más cerca, había sido mucho más amenazante. Debía de haberse desencadenado una rápida tormenta de primavera sobre la ciudad, y eso lo había despertado.

Sólo entonces comprendió lo que significaban los golpes en la pared. Su dormitorio estaba separado del de sus vecinos, el señor y la señora Jacobs, por una delgada pared. En la pesadilla había tratado de gritar. Aun cuando no se hubiera oído, evidentemente había gritado. ¿Por qué si no Leo Jacobs habría golpeado la pared?

David fue a la cocina, se sirvió un vaso de leche y volvió a la cama. Pero no pudo volver a dormirse. Se quedó despierto y preocupado. ¿Y si la pesadilla volvía a empezar? ¿Podría despertarse con su propio grito, o despertaría antes a los vecinos?



En New Castle, Jennifer Olson se despertó con el primer trueno. Desde niña la habían aterrorizado los relámpagos. Y ahora, al oír acercarse la tormenta se quedó despierta, inmovilizada por el miedo, preguntándose cuánto tardaría Keith en despertarse.

Esa noche, Keith la había llevado a la cama y habían hecho el amor hasta bastante después de la medianoche. Keith siempre dormía con profundidad, especialmente después de hacer el amor. Ahora Jennifer se apoyó contra él. Sentía el contacto con su espalda de piel suave, cálida, musculosa. Pero no lo despertó.

De pronto, en la profunda oscuridad que precedía al alba resplandeció un súbito brillo en la ventana del dormitorio. Lo siguió casi de inmediato el estallido del trueno. Ese rayo había caído cerca, muy cerca. Por causa de la casa nueva del otro lado de la barranca, habían cerrado las persianas, de modo que Jennifer no pudo ver adonde había caído el rayo. Pero no podía soportar más la soledad. Keith seguía durmiendo tranquilamente a su lado. Su respiración era lenta y profunda; estaba muy lejos del mundo.

—¡Keith! —le dijo sacudiéndole el brazo—. ¡Keith, despiértate!

Olson se despertó inmediatamente, y en ese momento la lluvia comenzaba a golpear la ventana del dormitorio.

—Oh, demonios... —murmuró. Hubiera debido arreglar esa grieta en la chimenea cuando tuvo la oportunidad. Ahora parecía que tendrían un verdadero aguacero, y se inundaría el desván.

Hubo otro relámpago y otro violento trueno que estremeció la ventana. Jennifer se encogió. Keith sabía cuánto la aterrorizaban las tormentas eléctricas, de modo que la abrazó. Ella se apretó fuerte contra él, hundiéndole la cara en el hueco del cuello.

—Keith —susurró—, ese último rayo pareció haber caído sobre algo aquí cerca.

—Iré a ver. —Se oyeron sus pasos en la alfombra. Desnudo, fue hasta la ventana y levantó las persianas; oscura como estaba la habitación, nadie lo vería. Miró a través del vidrio que inmediatamente se empapó. Su dormitorio daba al oeste, y ésa era la dirección de donde habitualmente venían las tormentas.

De inmediato vio caer un rayo sobre la chimenea de la casa nueva. El trueno sonó menos de un segundo después, Keith parpadeó y retrocedió con un movimiento automático.

—Cayó sobre esa casa nueva —le dijo a Jennifer.

—¿Se incendiará? —le preguntó la muchacha. Keith trató de penetrar la oscuridad. A la distancia se repetían los relámpagos, dibujando la silueta de la casa.

—No lo sé. Pero ahí no vive nadie que pueda dar parte de un incendio. Será mejor que llame a la policía y ellos se aseguraran de que todo está bien.

Jennifer encendió la lámpara de la mesa de luz. Con los ojos entrecerrados levantó el tubo del teléfono. La lámpara parpadeó y se oscureció, y luego volvió a brillar.

—Sé el número —le dijo Keith al tiempo que se ponía una bata—. Es siete,

nueve, dos... —Pero se interrumpió al ver la mirada perpleja de su esposa. Jennifer oía el receptor, sin marcar los números.

—La línea está muerta —dijo al fin.

—A ver. —Keith dio la vuelta a la cama matrimonial y le quitó el receptor. No se oía el tono. Sacudió la horquilla pero aun así no pasó nada.

—Supongo que habrán caído las líneas por esta zona —empezó a decir, cuando otro rayo cayó sobre la chimenea de la casa vecina. Una lluvia de chispas azules voló sobre el techo. El trueno explosivo sucedió al instante.

Keith creía saber que los rayos no caen dos veces en el mismo sitio. Y sin embargo habían caído dos sobre esa chimenea en el lapso de un minuto.

Muy alto, volvieron a cruzarse los relámpagos, iluminando la casa con una siniestra luz verdosa. En ese instante de luz Keith pudo ver que la chimenea parecía intacta. Pero al mismo tiempo creyó notar algo extraño en la planta baja...

—¡Keith! —le dijo Jennifer con voz preocupada—. ¡Apártate de la ventana!

—Un momento —le respondió. La lámpara de la mesa de luz volvió a parpadear, pero Keith no lo notó. Observaba una vaga luz carmesí dentro de la ventana de la sala del 666 de Sunset Brook Lane.

Los truenos se sucedían en lo alto como los pasos de un enorme gigante tras su presa. Keith vio que ahora la galería del frente se iluminaba con el mismo resplandor rojizo. ¡La luz roja salía! Tenía entre un metro y un metro veinte de diámetro, o al menos era lo que parecía. Con toda el agua que corría por el vidrio de la ventana, Keith no podía estar muy seguro. Entrecerró los ojos tratando de ver quién llevaba la luz. En el medio de la galería el resplandor se detuvo y comenzó a latir.

Una vez más, Keith tuvo la desagradable sensación de que era observado. La lámpara del dormitorio dibujaría su silueta, y quienquiera que estuviese en la entrada de la casa vecina podría verlo con toda claridad. Pero aún así Keith seguía esforzándose por percibir con más claridad esa extraña luz roja...

—¡Keith! —gritó Jennifer.

—Está bien, está bien. —No bien se apartaba de la ventana, se oyó un poderoso trueno del otro lado de la casa, que literalmente sacudió las paredes.

—Dios mío —murmuró Keith—. ¡Tiene que haber caído en el techo!

Pero Jennifer levantó la cabeza, escuchando algo. Keith también lo oyó.

Era el timbre de la puerta, que sonaba en el vestíbulo de la planta baja. Y siguió sonando sin interrupciones, como si alguien estuviera apoyado en él.

—¿A esta hora de la noche? —dijo Jennifer en voz baja—. Debe de ser una emergencia.

Bajaron juntos. El timbre seguía sonando cuando Keith abrió de par en par la puerta del frente. No había nadie en los escalones de la entrada. Tratando de penetrar con la vista en la oscuridad, percibió que una rama de grandes proporciones había caído sobre la galería del frente.

—El rayo debe de haber caído sobre el alerce —le dijo a Jennifer.

—¿Por eso suena el timbre?

—No lo sé —admitió Keith—. Quizás el rayo afectó de algún modo los cables del timbre...

—¡Mira! —exclamó Jennifer.

Apoyado en los escalones de la galería, y tocando el marco de la puerta estaba el viejo rastrillo de Keith. La última vez que lo había visto había sido en octubre, cuando lo había colocado en la casilla de herramientas en el fondo del garaje. Ahora estaba mojado por la lluvia, y parado en equilibrio sobre el mango, uno de sus dientes apretaba el timbre.

—¡Ahí tienes tu emergencia! —se rió Keith. Estiró la mano y levantó el rastrillo. El timbre cesó de inmediato—. Seguramente algunos niños —dijo— que nos quisieron jugar una broma.

—¿Con esta lluvia? —le preguntó Jennifer. Pero Keith tenía una expresión intrigada—. ¿Qué sucede? —le preguntó.

—Nada. —Keith evitaba su mirada—. Sólo me preguntaba cómo podrán haber entrado al garaje. ¿Lo cerraste con llave, no?

Diez minutos después la tormenta había pasado. La lámpara del dormitorio dejó de parpadear, de modo que, al parecer, no se iban a quedar sin electricidad como se habían quedado sin teléfono. Pero Jennifer puso una linterna y velas junto a la cama, por si acaso. De todos modos, faltaban menos de dos horas para el alba.

Keith apagó la luz y miró otra vez por la ventana al 666 de Sunset Brook Lane. No había nadie en la galería. Y ninguna luz roja, fija o parpadeante, brillaba adentro, Jennifer no tardó en volver a dormirse. Pero el sueño tardaba en alcanzar a Keith. No lograba explicarse por qué alguien se habría tomado el trabajo de sacar el rastrillo del garaje cerrado con llave, en medio de la noche, durante una tormenta. Pero lo que realmente lo molestaba era que había notado que cuando levantó el rastrillo, el mango estaba húmedo. Lo cual significaba que había sido sacado del garaje *después* que comenzara a llover. Pero quienquiera que caminara bajo la lluvia debería haber dejado huellas en la galería. Y excepto por las gotas que chorreaban del rastrillo, la galería techada estaba perfectamente seca.

Por la mañana, Keith se levantó, como siempre, unos diez o quince minutos antes que Jennifer. De ese modo podía afeitarse antes de que ella entrara a la ducha y el espejo del baño se empañara. Pero esta mañana la luz del amanecer lo despertó más temprano que nunca. Cuando se levantó el reloj marcaba apenas las 5.45 y Jennifer no se despertó. Keith se vistió con *jeans* y camisa y borceguíes y bajó solo. En la cocina puso la cafetera a calentar. Luego salió por la puerta del frente y arrastró la rama que había caído en el sendero de entrada. Cuando se secase la cortaría con el

serrucho para usarla como leña. Al levantar la vista al gran alerce que daba sombra al frente de la casa, vio la marca del rayo. La electricidad había bajado por el tronco haciendo hervir instantáneamente la savia y desprendiendo la corteza en tiras finas. En el césped se veían varios pequeños cráteres, en los sitios donde la corriente había seguido las raíces del alerce antes de disiparse en el suelo.

Pensó que los rayos eran algo detestable.

De vuelta en la cocina, se preparó huevos fritos y tostadas. El café ya estaba listo. Se sentó a la mesa. Del otro lado de la barranca, el sol de la mañana hacía brillar los vidrios de las ventanas de la casa nueva. Keith se fijó en la chimenea. ¿Cómo era posible que después de haber caído dos rayos, esos ladrillos no hubieran sufrido daño alguno?

De acuerdo al reloj que se encontraba sobre la cocina, eran las 6.05. Keith casi había terminado de lavar los platos cuando sonó el teléfono.

Se apresuró a responder. La llamada podía sonar también en la extensión del dormitorio, y no quería que Jennifer se despertara demasiado temprano.

—¿Hola? —dijo.

—Señor Olson. —Era una voz profunda y resonante que Keith no reconoció.

—Sí —respondió—. Soy Keith Olson. ¿Quién habla?

—Soy Coste. —La voz tenía una inflexión extraña; ¿o se trataba más bien de una sombra de acento extranjero?—. Tengo entendido que le agrada restaurar casas viejas.

—¿Es cierto! —dijo Keith—. ¿Fue Tom Greene quien me recomendó?

—No fue necesario —hubo una breve pausa—. Pero creo que usted podrá... realizar lo que quiero que se haga. Usted conoce mi casa, la que está del otro lado del arroyo, enfrente a la suya. El exterior necesita reparaciones y pintura.

—Sí —respondió Keith—. Lo sé.

—¡Sí! —repitió la voz—. Y como usted estuvo adentro, sabrá que el interior también necesita reparaciones.

Keith quedó atónito. ¿Cómo sabía Coste que había entrado en la casa? Estaba vacía cuando la visitó, de eso estaba seguro. ¿Acaso Coste habría estado afuera, espíandolo por las ventanas sin cortinas?

—En realidad —respondió Keith, confuso— entré a su casa. Pero lo hice porque la puerta del frente estaba abierta, así que supuse que había alguien adentro. Esperaba encontrarlo a usted.

—Hizo bien —dijo la voz sin expresión.

—Y arriba, en el baño —siguió Keith— encontré esa moneda antigua. Un amigo nuestro dice que puede ser romana. Se la llevó para identificarla... pero puede quedarse tranquilo porque se la devolveremos.

Oyó una risita del otro lado de la línea.

—No necesita preocuparse por eso —dijo la voz—. Pero dígame. ¿Cuánto le llevará preparar los cuartos interiores para ser pintados y decorados?

—Para decirle la verdad —dijo Keith—, no presté mucha atención la primera vez que entré; pensaba en otras cosas. Tendría que mirar otra vez su casa. Y debo saber además lo que usted espera. Por ejemplo, ese revestimiento de madera está mal colocado. ¿Quiere que lo ajuste simplemente? ¿O prefiere que lo reemplace por uno más moderno del que puedan colgarse cuadros pesados o varillas para cortinados?

—Mi casa ha sufrido ciertos daños en el pasado —respondió la voz con una huella de ira—. Querría que usted la arreglase como si fuera suya.

—De acuerdo —respondió Keith—. ¿Pero puedo preguntarle algo? ¿Esta casa es la misma que estaba en Seattle, Washington, en la calle Bremerton?

Otra vez hubo una ligera pausa.

—Por supuesto que *puede* preguntar —dijo la voz secamente—. Cuando se decida a volver a inspeccionar la casa, encontrará la llave en la galería.

Tom Greene tenía razón. Evidentemente a Coste no le gustaba responder preguntas.

—¿Le parece que es buena idea dejar la llave afuera? —le dijo Keith—. De acuerdo, aquí es muy tranquilo. Pero de vez en cuando vienen barras de jovencitos de Port Chester o White Plains...

La voz respondió con un tono irritado y algo desdeñoso:

—Ellos nunca encontrarían la llave, se lo aseguro. Keith comprendió que Coste estaba apurado por colgar, pero su curiosidad no se había agotado.

—Anoche cayeron rayos sobre la chimenea de su casa, ¿lo sabía? ¡Por lo menos dos veces! Pero desde aquí no parece que hayan causado daño.

—Nunca causan daño. —Era el tono de voz paciente con que un padre le explica algo obvio a un niño.

—De acuerdo. Una cosa más —dijo Keith—. Cuando tenga listo el presupuesto del trabajo de su casa, ¿cómo me pondré en contacto con usted? ¿Podría darme su número?

—No hay un número donde pueda encontrarme.

—Entonces —dijo Keith— podríamos encontrarnos en la casa y...

—Déjele el presupuesto a Thomas Greene —lo interrumpió la voz—. Él lo llamará con mi respuesta.

Keith estaba por decir adiós cuando comprendió que Coste había colgado. Pero en lugar de dar tono, el receptor emitió un sonido bajo y lúgubre. Al parecer seguían los problemas en la línea.

—¿Funciona? —dijo una voz detrás de él. Keith se sobresaltó. Al volverse vio a Jennifer en la puerta envuelta en su salida de baño de seda verde.

—¡Por Dios, me asustaste! —Colgó el teléfono y fue hacia la cocina—. ¿Quieres café?

—Sí, por favor. —Jennifer bostezó. Parecía aún medio dormida. Keith le alcanzó una taza con café y le sostuvo la silla.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó.

—Con Coste —dijo Keith—, ya sabes, el dueño de la casa de enfrente. Quiere que le haga un presupuesto por arreglársela, por dentro y por fuera.

—¿Es una persona agradable?

—No lo sé. —Keith volvió a la pileta y comenzó a lavar los platos que había dejado—. No hablamos mucho.

Jennifer tomó un largo trago de café; parecía estar despertándose poco a poco.

—¿Coste llamó aquí? ¿Cuándo?

—Hace un momento —respondió Keith—. Sonó el teléfono... hará dos o tres minutos. ¿No te despertó?

—No —dijo negando con la cabeza, se apartó el largo pelo castaño de la frente—. Hace unos diez minutos que estoy despierta. El teléfono no sonó, o lo habría oído.

—¿Pero sí sonó aquí! —dijo Keith.

—Entonces quizás sea sólo la extensión del dormitorio la que no funciona. A ver. —Jennifer caminó hasta el teléfono, levantó el receptor y lo sostuvo junto al oído un momento—. Escucha —dijo alcanzándose a Keith. Él lo apretó contra la oreja pero no oyó el tono. De hecho, no se oía ningún sonido. La línea estaba totalmente muerta, como lo habían notado la noche anterior desde el aparato del dormitorio, cuando Jennifer trató de llamar a la policía.

—¿Qué raro! —dijo Keith frunciendo el ceño—, ¡funcionaba hace un instante! Llamaré a la compañía no bien llegue a la oficina.

Le habría gustado detenerse en el 666 e investigar los efectos de aquellos dos rayos, pero estaba demasiado apurado. Quería llegar pronto a su oficina en Peekskill para hablar a la compañía telefónica, ya que no le agradaba la idea de que Jennifer quedara totalmente aislada del mundo externo.

No había viajado más de un kilómetro cuando vio un gran camión de la compañía telefónica estacionado, junto a un poste. En lo alto de una grúa neumática había un hombre con casco. En el suelo, atravesando la calle, había una rama aun más grande que la que había caído del alerce de Keith. Otro hombre de casco la cortaba con una sierra eléctrica.

Keith estacionó su camioneta detrás del vehículo de la compañía telefónica. Al salir, vio a un hombre que se servía café de un termo tras el volante del camión.

—¿Algo anda mal? —le preguntó Keith, gritando para que lo oyera por encima del ruido de la sierra.

—Perdón —dijo el conductor llevándose una mano a la oreja—. ¿Qué dijo?

—¿Pasa algo con los cables? —repitió Keith—. Mi teléfono no funciona.

—¡No señor, claro que no funciona! Esa tormenta de anoche tiró todos los cables abajo. ¿Adonde vive usted?

—En Sunset Brook Lane —le dijo Keith. El conductor sacudió la cabeza:

—Sunset Brook Lane está totalmente aislada. Pero a eso de las diez ya habremos

conectado el teléfono.

—No entiendo —gritó Keith—, yo recibí una llamada esta mañana.

—¿A qué hora? —le pregunto el hombre.

—Alrededor de las seis y media —respondió Keith. Vio surgir una duda en los ojos del otro.

—Pues bien, señor, no sé qué decirle. Todos los telefonos de esa zona han estado descompuestos desde las cuatro de esta mañana.

*Sábado 14 de abril de 1979*

POCO ANTES DE LAS 10.00 Keith terminó de serruchar la rama del alerce que había caído sobre el jardín de entrada y él y Jennifer se sentaron a tomar un desayuno tardío. La mayoría de las mañanas de los sábados Keith salía a eso de las nueve a discutir presupuestos. Casi todos sus clientes preferían recibir su visita cuando el dueño de casa no estuviera trabajando, de modo que pudiera hacerle preguntas. Por lo general en esa época del año había tanto trabajo que Keith debía posponer algunas obras tres semanas y a veces hasta un mes. Pero durante los diez días que él y Jennifer habían pasado de vacaciones, el contestador automático de la oficina no había grabado ningún llamado. Por lo tanto este sábado Keith no tenía ninguna cita.

Pensó que era extraño. Él, Marc y Jason hacían un trabajo excelente. Sus precios eran razonables. Pero los encargos simplemente no venían.

—A propósito —dijo Keith masticando su tostada—: David Carmichael no te llamó, ¿no es cierto?

—No sé nada de él desde que vino a cenar —respondió Jennifer mirándolo. La noche anterior, y otra vez esta mañana, Keith le había parecido sombrío y preocupado—. ¿Por qué?

—¿Recuerdas la moneda de bronce que se llevó? Me pregunto si habrá averiguado de qué emperador se trataba.

—No lo sé —dijo Jennifer—. Se lo preguntaré cuando lo vea en el remate de esta tarde.

Keith dejó la taza de café y miró a su esposa.

—¿Qué remate?

—Keith, ya te lo dije. Hay un remate esta tarde a las dos en Christie's en Nueva York. David dijo que saldrían a la venta bancos y cobertores de trineo. Hablamos de eso el miércoles a la noche y pensé que sería divertido. Dijiste que no te molestaría que yo fuera. ¿No te acuerdas?

—Creo que sí —gruñó Keith. David y Jennifer habían estado hablando de antigüedades y remates, y Keith no había prestado mucha atención.

—Puedes venir conmigo si quieres —agregó Jennifer.

—No —respondió él—. Tengo muchas cosas que hacer aquí. Por ejemplo llevar toda esa leña al garaje.

—Volveré a eso de la seis —dijo Jennifer—. Podemos comer a las siete. O más temprano, si te acuerdas de poner la carne al horno a las cinco.

—Sí, está bien —dijo Keith pensando en otra cosa—. Si David tiene la moneda con él, ¿podrías traerla a casa? Es preciso que se la devuelva a Coste.



—¿No le has dado todavía el presupuesto de su casa? —le preguntó Jennifer.

—No —respondió Keith mientras terminaba el café—. Es una de las cosas que debo hacer hoy.

Pero interiormente sabía que debía enfrentarlo: tenía miedo de lo que pudiera ver en el panel derecho de esa ventana salediza. Si no era su rostro el que aparecía en ese hexágono de vidrio, entonces había dejado que su imaginación lo dominase. ¿Pero y si realmente *eran* sus rasgos los grabados en el vidrio? Ninguna de las dos alternativas le gustaba.

Por otra parte, no era cuestión de despreciar el trabajo que ofrecía Coste: la Carpintería de Obra Olson no podía permitirse ese lujo. El lunes a la mañana Marc, Jason y Keith terminarían el trabajo en Peekskill. Y después, no tenían ninguna otra cosa en vista hasta mayo... esto es, a menos que Coste aceptara el presupuesto de Keith y les ordenara comenzar los arreglos en el 666 de Sunset Brook Lane.

Irritado consigo mismo, se puso de pie y llevó la taza a la piletta. ¿Qué era lo que lo asustaba, al fin de cuentas?

Unas pocas toneladas de madera vieja, plomería corroída y vidrios grabados. ¿Qué estaba esperando?

—Creo que iré ahora mismo a esa casa —le dijo a Jennifer. Subió a buscar su chaqueta y la libreta de notas. Cuando bajó, Jennifer seguía sentada.

—¿Te encontrarás con Coste allí? —le preguntó.

—No. Pero me dijo que la llave estaría en la galería y que no me daría trabajo encontrarla. ¿A qué hora saldrás para Nueva York?

Jennifer echó una mirada al reloj sobre la cocina:

—Saldré para la estación de Chappaqua alrededor de las once.

—Bien —dijo Keith con una sonrisa nerviosa—. Seguramente estaré de vuelta antes.

Salió por la puerta de la cocina. Allí frente a él, a menos de cien metros, el sol matutino bañaba la casa blanca y amarilla de Coste.

Una vez sola en la cocina, Jennifer volvió a mirar el reloj. Eran exactamente las 10.38. David le había dicho que la llamaría a las diez 10.30 en punto para decirle donde se encontrarían a almorzar antes del remate. ¿Por qué no la había llamado? David siempre se jactaba de su puntualidad. Keith podía distraerse en su trabajo y llamarla una hora después de lo pactado, ¡pero David nunca! Era muy raro en él que no llamara exactamente a la hora en que debía hacerlo.

¿O habría dejado de funcionar otra vez el teléfono? Alzó el receptor y escuchó el tono. Ya eran las once menos veinte y David aún no había llamado. Tendría que vestirse ya, o perdería el tren de las once y diez en Chappaqua. ¿Se habría olvidado David? ¿O algo andaría mal?

Jennifer había supuesto que Keith estaría en el 666 de Sunset Brook Lane desde

hacía un rato. Pero, aun así, no le agradaba la idea de que su marido pudiera entrar a la cocina mientras ella hablaba por teléfono con David. Subió, se sentó junto al teléfono del dormitorio y marcó el número de la galería de David en la calle 57. Respondió Miss Rosewood:

—David M. Carmichael. Buenos días.

—Hola, habla Jennifer Olson. ¿Podría hablar con David, por favor?

Hubo un silencio de unos instantes:

—Oh, lo siento. No, señora Olson, el señor Carmichael no vino esta mañana. Me telefoneó y me dijo que no lo esperara. Y tengo entendido que asistirá a un remate esta tarde.

—¡Lo sé! —dijo Jennifer—. Se suponía que nos encontraríamos antes, pero no me ha llamado para confirmar. ¿No dejó ningún mensaje para mí?

Miss Rosewood vaciló. El señor Carmichael se había quejado por haber dormido muy mal, y en consecuencia quería descansar durante la mañana. ¿Pero era posible que hubiera pasado la noche con una joven? El señor Carmichael era viudo, después de todo, ¡y un hombre tan terriblemente atractivo! Pero la secretaria, nacida en Inglaterra, trataba de no tejer nunca especulaciones acerca de la vida privada de su patrón. Y por inocentes que fueran sus razones para no aparecer por la galería, de cualquier modo no le incumbían a la señora Olson.

—No —dijo—, no hay mensaje. No espero ver al señor Carmichael hasta el lunes. ¿Puedo decirle que la llame la semana próxima?

—No se moleste —respondió Jennifer, irritada por la terca formalidad de Miss Rosewood—. ¡Lo llamaré a su casa! —Y antes de que la secretaria pudiera protestar, colgó el teléfono.

Se sorprendió un poco de su propia rudeza. Se prometió disculparse con Miss Rosewood la próxima vez que hablara con ella. Volvió a levantar el receptor y marcó el número del departamento de David en Riverside Drive.

Para llegar a la casa del 666 Keith podría haber cruzado la barranca. Pero aún ansiaba posponer la inspección lo más que pudiera. De modo que tomó el camino largo, por la loma de Sunset Brook Lane.

Los últimos días de abril eran un momento extraño del año, pensó Keith. El sol brillaba con tanta fuerza como si estuvieran a mediados de agosto, pero el aire aún estaba frío. Todos los árboles mostraban las ramas desnudas. Las hojas verdes de la berza silvestre asomaban en el fondo de la barranca. Aquí y allá, algunos arces mostraban sus primeras florcitas rojas. Por lo demás, era un mundo muerto. La casa blanca y amarilla no tardó en aparecer. Keith ni siquiera se molestó en mirar la ventana salediza; vería mejor el vidrio grabado desde el cuarto hexagonal.

Al entrar por el sendero del frente Keith desenrolló su cinta métrica. Tenía que determinar las dimensiones generales de la casa para calcular cuántos litros de pintura

se necesitarían para cubrir la superficie exterior.

La galería del frente —y la casa— medía diez metros. El césped recién plantado aún no asomaba, y para no pisarlo Keith se deslizó con cuidado sobre las lajas al medir el costado, que tenía catorce metros desde el frente a la pared de la cocina. Por último midió la sombra del techo y calculó que había seis metros desde el alero hasta la base de concreto.

Hecho lo cual subió a la galería y probó la puerta. Estaba bien cerrada. El pesado picaporte de bronce apenas se movió bajo su mano. ¿Dónde estaba la llave que le había prometido Coste?

Keith buscó en todos los sitios donde la gente esconde habitualmente las llaves. Pero no había felpudo, ni huecos en los marcos de las ventanas ni en las columnillas torneadas que sostenían el techo de la galería. Incluso miró en el techo cuya pintura amarilla se descascaraba, pero las llaves no estaban allí.

Pues bien, si no podía encontrar las llaves no podría entrar a hacer el presupuesto. Le produjo una rara satisfacción comprobar que Coste, tan brusco y desdeñoso en el teléfono, había fallado. Tarde o temprano aparecerían otros trabajos. Mientras tanto, Keith podría llamar a Tom Greene y decirle que Coste debería buscar a otro...

Ya bajaba la escalera cuando algo metálico cayó sobre las tablas del piso de la galería a sus espaldas. Se volvió.

Allí, directamente frente a la puerta, había un anticuado llavero de hierro.

Esta vez Keith *sabía* que no habían caído del techo porque lo había examinado. ¡Alguien debió arrojarlas a la galería! Corrió hacia la derecha y miró el terreno del frente y la calle. No había nadie. Y sólo se veían sus propias huellas en el suelo recién rastrillado. El otro lado de la casa —donde el terreno se inclinaba bruscamente en dirección al arroyo— era el único sitio donde podía haberse ocultado el lanzador de llaves sin que Keith lo viera. Corrió hacia allí y echó una mirada a la barranca. Pero tampoco vio a nadie. Y no había rocas o arbustos lo bastante grandes como para ocultar a un hombre.

A Keith nunca le habían gustado mucho las bromas. Ahora alguien jugaba con él tratando de ponerlo nervioso, y eso no le causaba gracia. Confuso e irritado, alzó la llave. Aún se la sentía ligeramente cálida. ¡Igual que aquella vieja moneda que había encontrado en la bañera! Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta del frente. Entró y se dirigió de inmediato a las puertas corredizas debajo de la escalera. Esa cara grabada en la ventana derecha era parte de todo este juego tonto, y él quería satisfacer su curiosidad. Dentro del cuarto hexagonal, el aire estaba seco y quieto. Pero cuando Keith avanzó hacia la ventana derecha donde se encontraba el hombre gimiente, sintió una brisa fría en la cara.

¡Habían quitado el vidrio donde se hallaba la cara de esa figura! Y a través de la abertura hexagonal soplaba un helado viento de abril.

Cuando Jennifer marcó el número de la casa de David Carmichael, la línea estaba ocupada. Probó otra vez dos minutos más tarde. Esta vez, David respondió al primer llamado.

—¿David? Habla Jennifer.

—¡Jennifer! —La voz de Carmichael, pese a su calidez, se escuchaba ronca y exhausta—. Quería agradecerte otra vez la cena del miércoles. Sólo lamento que...

—Por favor, eso no tiene importancia —dijo ella. El reloj marcaba las once menos diez—. ¿Nos encontraremos para almorzar?

—Me temo que no. He pasado por unas molestias... —De pronto en la línea había ruidos y estática—. ¿Puedes oírme bien?

—Sí —dijo Jennifer alzando la voz—. Pero parece cansado. ¿Estás enfermo?

—En realidad no —le respondió—. Pero tengo que terminar con este problema e ir a ver a un médico.

—¿Un médico? —dijo Jennifer. Recordó el súbito ataque de náusea de David el miércoles—. ¿No te sientes bien?

—¡Me siento perfectamente! —David soltó una risa poco convincente—. No es nada serio en realidad, sólo una serie de malos sueños. Por cierto nada de lo que debas preocuparte.

¿Malos sueños? Jennifer no podía creer que David le estuviera diciendo toda la verdad.

—¿Entonces no irás al remate?

—No —dijo David—. No dormí bien anoche, y no siento ganas de ir.

En la venta de esa tarde, recordó Jennifer, había una rara cómoda Luis XV que David quería comprar a cualquier precio. Debía sentirse realmente mal para dejar pasar la oportunidad.

—Yo puedo ir a la ciudad —le sugirió—, y hacer ofertas por cualquier lote que te interese.

—No, por favor. Hay otros remates en esta temporada, y créeme, asistiré a todos. Una vez que haya hablado con el médico nos podremos encontrar a almorzar y te contaré todo.

Jennifer se sentía molesta porque David no hablara con franqueza en ese momento.

—¿Recuerdas esa moneda que te dio Keith? —le preguntó—. Quiere saber si la has identificado.

—Sí. Es un sestercio de bronce del reinado de Nerón. ¿Está Keith ahí? —preguntó David aprensivamente.

—No —dijo Jennifer—. Salió a hacer un presupuesto. De hecho, está...

—De acuerdo —dijo David con apuro—. Llevaré el sestercio la próxima vez que nos encontremos.

—Dime la verdad —insistió Jennifer—. ¿Te pasa algo?

—Sólo pesadillas —dijo David riéndose—. Te llamaré la semana que viene, ¿está bien?

—Está bien —respondió la muchacha, convencida de que él no le decía la verdad.

—Adiós entonces.

—¡Adiós! —Al colgar, Jennifer se sentía intrigada y herida. Ella y David siempre habían sido tan francos el uno con el otro. Pero ahora él parecía ocultar algo, y había conducido la conversación a su gusto.

¿Habría estado con una mujer cuando ella llamó? Eleanor había muerto dos largos años atrás, al fin de cuentas, y por supuesto habría muchas mujeres que lo considerarían apuesto y atractivo. A pesar de sí misma, Jennifer se sintió celosa y confusa. Amaba a Keith; nunca se había arrepentido de casarse con él. Pero aun así, se había habituado a pensar que David no quería a nadie más que a ella.

Pero tanto Jennifer como Miss Rosewood erraban en sus suposiciones. El anticuario estaba completamente solo en su departamento de Riverside Drive.

Esperó a que Jennifer colgara antes de depositar el receptor en la horquilla. Sentía una desesperada necesidad de hablar con ella... pero no hoy, no ahora. David quería dejar la línea desocupada, por la remota posibilidad de que el doctor Fuchs-Kramer volviera a llamar. A las diez y media, cuando se suponía que debía telefonar a Jennifer, estaba comunicándose con el Hospital Lenox Hill. Durante toda la mañana estuvo haciendo llamados tratando de localizar a alguien que lo ayudara a detener su súbito ataque de pesadillas aterradoras.

El viernes a la noche, no bien se durmió comenzó exactamente el mismo sueño por segunda vez. Volvió a ver la casa azul surgiendo de la tierra sangrante. La tierra se había transformado en carne humana. Una vez más David había tratado de despertarse gritando... y había sido despertado en realidad por los furiosos golpes que daba Leo Jacobs en la pared.

Después de esta segunda pesadilla fue a la sala y se mantuvo despierto durante una hora, tomando té y hojeando un ejemplar viejo de *Connaissanceur* para apartar el sueño. Al fin, a eso de la una, volvió a la cama. Pero dos horas más tarde repitió la pesadilla por tercera vez, incluyendo hasta el último detalle, del principio al fin.

Sin embargo, esta vez lo despertó el sonido del teléfono, que sonaba en la sala. Era Leo Jacobs, y ahora el vecino de David estaba auténticamente irritado. Preguntaba por qué el señor Carmichael hacía semejante escándalo a esa hora de la noche, y amenazaba con llamar a la policía si volvía a despertarlo. Al cortar la comunicación David se sentía horriblemente embarazado. Había despertado al señor y a la señora Jacobs tres veces en estas últimas dos noches. Era evidente, lamentablemente, que sus gritos en sueños no podían despertarlo. Siempre debía ser otro ruido —los golpes de Leo Jacobs en la pared, el teléfono— el que al fin lo

arrancara de la pesadilla.

Con miedo de volver a la cama, David se llevó la almohada a la sala y con varias frazadas improvisó una cama sobre la alfombra. Si gritaba aquí, al menos estaría rodeado por las paredes de su propio departamento.

Estuvo despierto hasta pasadas las cuatro. Después se durmió y no tuvo sueños. Pero cuando se despertó en el piso, a las siete del sábado, tenía el cuello rígido y le dolía la espalda. Simplemente no podía pensar siquiera en medio día de trabajo en la galería, por lo que había telefonado a Miss Rosewood para comunicárselo.

Cuando lo llamó Jennifer, sintió la fuerte tentación de contarle todo lo que había sucedido desde que tocó por primera vez el sestercio de bronce en su casa de New Castle. ¿Pero cómo explicarle la fugitiva visión que había tenido de ella? *En la imaginación te vi roja y brillante, aterrorizada y jadeando. Pensé que debías saberlo. En cuanto a esa moneda, valía mil dólares, pero simplemente se evaporó. Lo siento.* Afortunadamente David había comprado el sestercio nuevo, más caro. Ahora podría dárselo a Keith en reemplazo del otro. Pero aun así, ¿creería Keith lo que había sucedido con su moneda original?

¿Cómo podía explicarle a Jennifer lo que él mismo no pretendía comprender? ¿Y qué decir de la pesadilla repetida? Simplemente no podía seguir así, casi sin dormir... Primero debía conseguir que alguien le explicara *a él* qué sucedía; alguien que pudiera detener el flujo de sueños y tranquilizarlo, porque temía estar volviéndose loco. Pero no quería un médico que fuera un mero psiquiatra. Hizo una docena de llamados antes de que el doctor Block, un buen cliente que trabajaba en el Hospital Lenox Hill, le recomendara al doctor Stanley Fuchs-Kramer, renombrado psiquiatra que además era parapsicólogo.

Pero cuando David llamó al número del doctor Fuchs-Kramer, fue un contestador automático el que grabó su llamada. Era sábado, por supuesto, y el parapsicólogo no atendía fuera de los días de semana. El doctor Fuchs-Kramer no podría verlo hasta el lunes a la mañana, con suerte. David debía enfrentar solo las noches del sábado y el domingo, con la posibilidad de que el sueño de la horrible casa azul comenzara no bien se quedase dormido.

Jennifer seguía sentada en el dormitorio cuando oyó golpear la puerta de la cocina.

—¡Keith! —llamó—. ¿Eres tú?

Pero no hubo respuesta. En silencio, se acercó a la escalera y miró hacia abajo. No había nadie en la sala.

—¿Keith? —volvió a llamar.

—¡Sí, soy yo! —Su voz venía de la cocina. Cuando Jennifer bajó lo encontró sentado a la mesa de desayuno, con su libreta y la calculadora de bolsillo frente a él.

—Llamé a David —dijo la joven, pero Keith se limitó a gruñir y anotó unas

cifras. Jennifer sabía que no convenía molestarlo cuando se enfrascaba en sus números.

La casa del 666 estaba peor de lo que Keith había creído. Calculó que dejarla como nueva llevaría al menos dos semanas de trabajo. Y por el revestimiento, la pintura y la mano de obra tendría que cobrar seis mil doscientos cincuenta dólares. Soltó un silbido. ¡Muy alto! Revisó los números, pero el total seguía siendo el mismo.

Basándose en la breve conversación que habían mantenido el viernes a la mañana, Keith supuso que Coste era un perfeccionista, uno de esos clientes con grandes exigencias. No aceptaría un trabajo chapucero. Por otra parte, el que Coste tuviera el dinero para trasladar a tanta distancia su casa no significaba que pudiera gastar sin freno. De modo que Keith decidió bajar quinientos dólares el precio. Aun así habría bastante dinero como para obtener cierta ganancia, siempre que Coste aprobara la cifra más baja.

Levantó el teléfono de la cocina y marcó el número de Tom Greene. En ese momento vio a su esposa, de pie en el umbral de la sala.

—Hola —le dijo—. Creí que ibas a la ciudad.

Jennifer negó con la cabeza.

—David no se siente bien. Pero me pidió que te dijera que la figura en la moneda corresponde al emperador Nerón. Un sestercio, creo que dijo que era.

—Perfecto —respondió Keith—. Sea lo que fuere, tengo que devolvérsela a Coste. ¿Cuándo la traerá David?

—No me lo dijo.

Keith estaba a punto de preguntarle a su esposa por qué la enfermedad de David le impedía ir a la ciudad. Pero en ese momento oyó que levantaban el tubo del otro lado de la línea.

—¿Tom? Hola, habla Keith. Puedes decirle a tu señor Coste que el arreglo de su casa trasplantada le saldrá cinco mil setecientos dólares. Lo cual incluye arreglar todas las grietas y magulladuras del exterior antes de darle dos capas de látex de exteriores.

—La cantidad está bien —respondió Tom Greene. Keith miró el teléfono:

—¿No tienes que llamar a Coste? ¿O acaso él sabía que iba a cobrarle esa cantidad?

—No, no —dijo Tom riéndose—. Me llamó esta mañana y me dijo que pagaría hasta siete mil quinientos por el arreglo. Pero no habría aceptado una oferta de menos de cuatro mil tampoco. Eso habría significado que no harías todo lo que cree que es necesario.

Keith soltó un suspiro. En lugar de rebajar quinientos dólares podría haber subido mil y Coste lo habría aceptado sin pestañear.

—Pero está apurado —agregó Tom Greene—. ¿Podrían empezar la semana próxima?

—Por supuesto —respondió Keith—. De hecho, es probable que empecemos el

lunes a la tarde.

—Perfecto —respondió el corredor—. Coste quiere que pintes el exterior de un azul oscuro. Pero deja blancos los marcos. Y por el momento no hagas subcontratos por la pintura del interior.

—¿Por qué no? —preguntó Keith—. ¿Acaso Coste quiere el revestimiento desnudo?

—Por el momento, sí. Una vez que alquile la casa, el inquilino podrá elegir el color que le plazca.

—¿El inquilino? —repitió Keith subrayando el masculino—. Creo que más bien quien decide esas cosas es la señora.

—No en este caso —dijo Tom Greene—. Por ley, se supone que debo alquilar la casa a cualquier candidato respetable que se presente. Pero Coste me indicó con total claridad que no quiere una familia entera allí. Quiere alquilarla a un hombre que sea soltero, divorciado o viudo.



*Lunes 16 de abril de 1979*

SENTADO EN EL consultorio del doctor Fuchs-Kramer, David comprendió súbitamente hasta qué punto estaba cansado.

Las noches del sábado y del domingo había dormido en la sala, con el terror de que volviera la pesadilla, y de gritar y despertar al matrimonio Jacobs. En ese momento, después de tres noches de insomnio acostado en el piso, David estaba desesperado. Su gratitud había sido inmensa cuando el doctor Fuchs-Kramer aceptó verlo esa misma tarde, a última hora.

El médico tenía treinta y dos años, un rostro rosado y redondo y, sobre la frente, comenzaban a ralear los cabellos rubios y enredados. Se ajustó los anteojos sin montura y echó una mirada cuidadosa al apuesto y elegante paciente sentado frente a su escritorio.

Durante los últimos tres años la clínica psiquiátrica que tenían en Manhattan les había permitido al doctor Fuchs-Kramer y a su asistente el doctor Harold Werner — también psiquiatra diplomado— realizar experiencias parapsicológicas. Pero a diferencia del Maimónides en Brooklyn, la clínica nunca publicitaba sus investigaciones en ese campo. Y el presupuesto de investigación del que disponía el doctor Fuchs-Kramer, ya escaso, corría peligro de ser disminuido. Pero un mecenas rico como David M. Carmichael podría ser la respuesta a las plegarias del parapsicólogo.

—Pues bien, señor Carmichael. ¿Qué puedo hacer por usted?

El anticuario se aclaró la garganta antes de hablar.

—He tenido algunas experiencias... poco comunes, últimamente. Y esperaba que usted pudiera ayudarme a explicarlas. ¿Conoce al doctor Block, cirujano del hospital Lenox Hill?

El doctor Fuchs-Kramer asintió.

—Es cliente mío; su esposa me compró un escritorio el invierno pasado. Le dije que quería un médico psiquiatra, que comprendiese el trabajo de la mente. Pero asimismo un médico que tuviera cierto conocimiento de percepción extrasensorial. Al menos, que no fuera un escéptico. Alguien que pueda creer lo que me ha estado sucediendo...

—Exactamente ¿qué es lo que ha estado sucediéndole? —preguntó el médico.

David vaciló. ¿Por dónde comenzaría? ¡Oh, al diablo! El doctor Fuchs-Kramer era un experto: que él se las arreglara.

—Bien, el miércoles pasado fui a Westchester al norte, a cenar con unos amigos míos...

Lo contó todo, desde el momento en qué había tocado por primera vez el sestercio de bronce en la sala de Jennifer. Durante todo el tiempo el doctor Fuchs-Kramer asentía y lo estimulaba a seguir hablando. David lo hizo, describiendo la presencia que había sentido súbitamente en su departamento... y cómo al abrir la mano había descubierto que la moneda ya no estaba.

—Detengámonos aquí un momento —dijo el parapsicólogo—. Volvamos a la noche del miércoles pasado, cuando usted vio por primera vez esa moneda. ¿La tocaron también el señor y la señora Olson?

—No —dijo David—. Jennifer no la tocó. Sólo Keith.

—¿Y pareció mostrar algún tipo de aversión o repugnancia al hacerlo?

David negó con la cabeza:

—No que yo recuerde.

—Y la otra moneda que usted compró el jueves —dijo el doctor Fuchs-Kramer—, ¿no le produjo ninguna reacción al tocarla?

—No. —David buscó en el bolsillo superior de su chaqueta y sacó el valioso sestercio de bronce. Lo había vuelto a guardar en su envoltorio plástico para evitar perderlo involuntariamente.

—¿Puedo ver? —El médico tomó el sobre de manos de David y miró el sestercio—. ¡Muy lindo! ¿Y la otra moneda era del mismo tipo que ésta?

—Sí —respondió David—. Sólo que estaba en condiciones mucho peores.

—De acuerdo —dijo resueltamente el doctor Fuchs-Kramer—. Usted le compró esta moneda a un numismático, ¿no es cierto? ¿Y dónde dijo su amigo que consiguió la otra?

—La halló en una casa recién construida en su vecindad. Keith me contó que había oído caer algo en una bañera vacía. Cuando miró encontró esa moneda vieja y corroída.

—Quizás fue un aporte —dijo el doctor Fuchs-Kramer.

David creyó no haber oído bien:

—¿Un importe?

—Un *aporte*. —El parapsicólogo sonrió tranquilizándolo—. Los aportes son algo bastante común en las casas llamadas «embruadas», donde se detectan fenómenos paranormales. El objeto en cuestión casi siempre es pequeño, y metálico: una llave, por ejemplo. O una moneda. Algunos testigos dicen que los aportes se materializan en el aire, cerca del techo. —El doctor Fuchs-Kramer levantó la mano demostrando la altura—. Y luego el objeto cae *lentamente* hasta el piso, mucho más lento de lo que caería cualquier objeto atraído por la ley de gravedad. A veces el recorrido es una curva o un zig zag, como si el aporte tratara de llamar la atención. Ahora bien. —El médico se inclinó hacia adelante—. Cuando su amigo tomó por primera vez la moneda, ¿dijo haber sentido algo especial?

—Sí —afirmó David, y agregó—: creo que dijo que la había sentido caliente.

—Es algo frecuente en los aportes —corroboró el doctor Fuchs-Kramer—. Y a

veces vuelven a desaparecer, como dice usted que sucedió con éste.

David aún no estaba seguro de si el doctor Fuchs-Kramer le creía:

—¿Pero lo que le estoy contando tiene sentido? ¿Usted lo entiende?

El médico sonrió sin comprometerse:

—Digamos que su relato entra en los lineamientos de algunos informes que he leído. Es cierto que los detalles no parecen soñados ni inventados. De todos modos, tengo una pregunta que hacerle. Las dos veces que usted sostuvo esa moneda, ¿la imagen del hombre torturado fue *la única* visión que recibió?

—No —respondió David—. La segunda vez que lo probé tuve una visión nítida de Jennifer Olson. Es la esposa del hombre que halló la moneda. Eso sucedió precisamente antes de que desapareciera... y la misma noche en que empezaron los sueños.

—¿Sueños? —preguntó el doctor Fuchs-Kramer.

—Es el motivo principal de mi visita —dijo David. Le contó entonces su pesadilla repetida acerca de la casa azul victoriana que emergía de un suelo sangrante—. Cada vez que la tuve traté de gritar hasta despertarme. Pero no lo conseguí.

El médico se sacó los anteojos y se frotó el rostro.

—Veamos. Tuvo un sueño la noche del jueves pasado, y dos veces la noche siguiente. ¿Qué sucedió el fin de semana? ¿No tuvo sueños las noches del sábado y el domingo?

—No dormí muy bien —dijo David—. Si tuve sueños, no los recuerdo.

—¿Pero la pesadilla de la casa azul, se repitió tres veces seguidas?

—Sí —respondió David—. ¿Cree que volverá a repetirse?

—No lo sé. —El doctor Fuchs-Kramer volvió a ponerse los anteojos—. Le preguntaré algo más. Cuando usted tuvo esa pesadilla, ¿la notó de algún modo más vivida, más real, que un sueño común?

El anticuario asintió con la cabeza.

—Señor Carmichael... ¿ha experimentado alguna vez algo que pudiera considerarse percepción extrasensorial? ¿Ha adivinado alguna vez quién llamaba al teléfono antes de responder? ¿Ha tenido intuiciones del sitio donde se hallaba un objeto perdido, o el momento en que llegaría alguien a visitarlo? ¿Le ha pasado algo así alguna vez?

—No que yo recuerde —dijo David.

—Lo que me pregunto —siguió diciendo el médico— es si su pesadilla repetida podría ser precognitiva, si acaso estará prediciendo el futuro. Esa nitidez con que soñó, y la repetición, nada menos que tres veces seguidas, sugieren que su inconsciente puede estar tratando de advertirle acerca de algo que sucederá.

—¿Advertirme? —preguntó David—. ¿Que una casa azul realmente se asomará de la tierra? ¡Eso es imposible!

—No para una mente que sueña —dijo el doctor Fuchs-Kramer con una sonrisa—. El inconsciente suele comunicarse en una especie de taquigrafía, mezclando los

símbolos y comprimiendo sus imágenes. Ahora mismo, por ejemplo, estoy haciendo pruebas con un obrero de fábrica que soñó que una mano sin cuerpo entraba a su fábrica (¡entraba caminando sobre los dedos, imagínese!) y apagaba la luz fluorescente que hay sobre la línea de montaje en la que él trabaja. ¿Imposible, no es cierto? Pues bien, a la semana siguiente un hombre que trabajaba en esa línea de montaje al lado del sujeto metió la mano accidentalmente en la máquina. Para detener el mecanismo tuvieron que cortar la energía, con lo que se apagó la luz. Pero era demasiado tarde. Tuvieron que amputarle la mano a la altura de la muñeca.

—Dios mío —murmuró David.

—¿Ve? —preguntó el parapsicólogo—. El sueño del sujeto tomó dos elementos del accidente futuro: la mano cortada del obrero y el corte de energía, y los recombino en una secuencia diferente. Los sueños precognitivos suelen funcionar así. Reúnen sucesos separados y los representan al mismo tiempo.

David se quedó callado, tratando de recordar la secuencia exacta de hechos en su pesadilla.

—¿Reconoce algún detalle en su sueño? —le preguntó el médico—. Por ejemplo, ¿ha visto alguna vez una casa semejante a esa?

—Sí y no —respondió David—. Se parece a la casa nueva en New Castle, donde Keith encontró la moneda romana. Pero en la vida real la casa está pintada de amarillo, no de azul. —Se detuvo al notar que el médico pensaba en otra cosa—. ¿Cree que se trate de un sueño anticipatorio?

—Me temo que tendremos que esperar y ver —dijo sonriendo el doctor Fuchs-Kramer. ¿Cómo podríamos asegurar que anticipó un hecho antes de que ese hecho tenga lugar? Pero mientras tanto, sería conveniente hacerle unas pruebas para medir su capacidad psicométrica.

David mostró su incompreensión de tales términos. El parapsicólogo volvió a sonreír.

—Se llama psicometría a la capacidad de recibir impresiones de un objeto por el tacto. Algunos sujetos lo hacen muy bien, y las imágenes que reciben resultan válidas. Mi ayudante está realizando una prueba de este tipo ahora mismo. ¿Le gustaría observarla?

—Por cierto que sí —respondió David. El doctor Fuchs-Kramer se levantó:

—Sígame.

Más o menos a la misma hora en que David Carmichael llegaba al consultorio del doctor Fuchs-Kramer, Keith comenzó a trabajar en la casa del 666 de Sunset Brook Lane.

Había pasado la mañana con Marc y Jason en Peekskill. Las nuevas persianas que Keith mandó hacer para las ventanas de los dormitorios no eran iguales a las viejas, ya modificadas por el sol y las lluvias. Keith resolvió el problema con una ligera capa

de pintura gris. De cualquier modo, en la temporada siguiente sería preciso renovarlas a todas, con lo que se uniformarían.

Al mediodía terminaron de limpiar. Keith cargó las herramientas en su camioneta y les dijo a Marc y Jason que lo esperaran en el 666 de Sunset Brook Lane después de almorzar.

Poco antes de las dos Keith entraba con su vehículo por el sendero de grava de la nueva casa. Había llegado deliberadamente unos minutos adelantado para echar un vistazo a la casa antes de que aparecieran sus ayudantes.

En primer lugar examinó la gran ventana salediza. Aún faltaba el vidrio hexagonal correspondiente a la cara del hombre que lloraba, y pensó que debería cubrir el agujero antes de que volviera a llover. Vio en el suelo, frente al balcón, un pajarito. ¿Estaría muerto, o herido? Como temía a los piojos que suelen transmitir los pájaros, fue a la camioneta a buscar una cuchara de albañil para alzarlo. Fue y volvió por el borde de la construcción: el césped recién empezaba a brotar y no quería dañarlo con sus pisadas.

El pájaro era un gorrión. Keith lo acomodó sobre la cuchara y lo miró de cerca. No parecía haber sido herido; pero algunas plumas del cuello estaban quebradas y fuera de sitio. Cuando Keith y su hermano Paul eran chicos, el gato que tenían solía traerles pájaros muertos también sin marcas. Al parecer morían de miedo antes de que el gato pudiera herirlos.

Lo depositó de nuevo en el suelo y lo movió con la cuchara. La cabeza del pájaro muerto rodó de un modo antinatural: el cuello estaba roto. Debía de haber chocado contra la ventana, pensó Keith.

Arrojó el gorrión muerto a la barranca en el mismo instante en que el coche de Marc aparecía por el otro lado de Sunset Brook Lane. Jason venía en el asiento junto a él. Ambos carpinteros tenían poco más de veinte años. Eran muy capaces y habían trabajado con Keith desde antes del casamiento de éste con Jennifer.

Al llegar, Marc alzó la vista a la casa y silbó:

—¡Por cierto que necesita una buena pintura!

—Eso vendrá después —dijo Keith. Señaló el cartel de alquiler de la oficina de Tom Greene, juntó a la ventana salediza—. El dueño quiere alquilarla, así que habrá que arreglar primero el interior.

—¿Pero por qué están en tal mal estado los tablones? —preguntó Jason.

—Porque trasladaron íntegra la casa a este sitio —dijo Keith—. ¡Creo que la trajeron desde la costa oeste!

Keith aún tenía la llave que había encontrado en la galería el sábado a la mañana. Ahora abrió la puerta principal y entró con Marc y Jason a la sala vacía.

—Todo este revestimiento tiene que desaparecer —dijo Keith—. Jason, a ti te gusta desnudar paredes. ¡Podrás divertirte bastante aquí!

Una fría brisa primaveral soplaba desde la puerta abierta. Keith fue al comedor y abrió un par de ventanas; la corriente levantaría el polvo acumulado en la casa. Le

sorprendió que las ventanas se deslizaran con tanta facilidad. Las ventanas viejas siempre eran difíciles, y después de un viaje de tantos kilómetros bien podía esperarse que una casa de madera perdiera su escuadra, lo que siempre endurecía puertas y ventanas.

Jason se quedó en medio de la sala, mirando a una pared y a otra.

—No puedo explicármelo —dijo al fin—. ¿No usaron puntales?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Keith.

—Una vez vi trasladar una vieja casa de campo —dijo Jason—, en Armonk. Estaban construyendo una carretera, y la casa estaba en el camino. Tuvieron que trasladarla apenas unos cien metros por campo llano. Pero aun así fue preciso apuntalar el interior, es decir ajustar las tablas en el interior con clavos de cuatro puntas. ¿Dices que transportaron esta casa a través de todo el país?

—Así lo creo —dijo Keith—. Estoy tratando de averiguarlo.

Jason señaló el revestimiento de madera bajo la escalera.

—¿Sin apuntalamiento en el interior? Esas maderas se habrían soltado antes de que pudieran levantar la casa de su base original. Y mira el cielo raso: es yeso, puesto hace unos cuantos años, y no tiene siquiera una grieta.

—Apuesto a que sí usaron puntales —dijo Keith pasando la mano por uno de los paneles de revestimiento cerca de la puerta—. Este revestimiento es nuevo. Los clavos están brillantes todavía. La cuadrilla que trasladó la casa debe de haber quitado el revestimiento original y puesto los puntales. Una vez que tuvieron la casa instalada aquí quitaron los puntales y clavaron este revestimiento barato.

—Es posible —asintió Jason.

—Pues hoy mismo sabrás si es cierto o no —dijo Keith sonriendo—. Tenemos que volver a hacer ese trabajo, y esta vez hacerlo bien.

Jason comenzó a desprender el primer panel de revestimiento mientras Marc y Keith fueron a la camioneta. En la parte trasera había una carga de paneles de buena calidad, de cuatro y ocho pulgadas, recién comprados al proveedor habitual de Keith. Los bajaron y apilaron contra la pared junto a la puerta del frente, uno por uno. Keith oía a Jason adentro de la casa, quitando el delgado revestimiento de las paredes. De pronto los ruidos cesaron y Keith oyó los pasos de Jason que venían hacia la puerta.

—Eh, Keith. —Jason tenía una mirada extraña—. Ven aquí a mirar una cosa. No vas a poder creerlo.

Keith lo siguió hasta la sala, donde Jason ya había quitado el primer panel de revestimiento y lo había depositado en el piso.

En cualquier otra casa donde Keith hubiera trabajado, los tablones que formaban las paredes eran todos uniformes, por lo general de dos por cuatro pulgadas. Pero aquí, cada pieza de madera era de tamaño diferente. Algunas mostraban huellas de un aserrado directo; otras habían recibido su forma con hacha o escoplo. Una de las maderas aún tenía la corteza adherida, tal como había estado en el árbol. Y casi todas las maderas que veía Keith lucían muescas inexplicables, estrías, incisiones, y

extrañas manchas parduscas.

—Tienes razón —le dijo a Jason—. No puedo creerlo.

—Quizás alguien armó esta casa con maderas que encontró en la playa —sugirió Marc.

—No lo sé —dijo Keith—. Gran parte de este material parece haber sido arrancado de otras construcciones. Y no parece decolorado como lo hace el agua de mar.

—Esta viga parece de pino —observó Marc—. Y esta —agregó tocando una plancha de grano grueso— es roble. ¿Pero qué demonios es esto?

Junto a la puerta de entrada había una tabla gruesa y cuadrada, con la parte inferior quemada. La madera sana era oscura y de grano muy cerrado, y también ella estaba cubierta, en la parte central, por manchas de color pardo claro.

—¿Será pino de California? ¿O teca? —preguntó Keith—. Parece tropical. —¿Pero por qué alguien habría elegido esta madera evidentemente inadecuada para la construcción?

—Mira aquí. —Jason señalaba otro tablón vertical cerca del marco de la puerta. La madera estaba llena de agujeros de clavos. Le recordó a Keith una silla antigua a la que Jennifer le había quitado el tapizado para restaurarlo. El marco de la silla estaba cubierto de decenas de agujeros hechos por los clavos con que se habían sujetado los distintos tapizados a lo largo de los años. Por supuesto, retapizar una silla era lo más sensato. ¿Pero con cuánta frecuencia se reemplazaban los revestimientos de una pared?

—¡Y mira esto! —Marc señalaba la parte inferior de una viga, donde se unía al piso—. ¡Mira, no tiene clavos!

Keith vio que Marc estaba en lo cierto. En lugar de los habituales clavos de seis pulgadas, esta casa estaba armada con clavijas de madera, un antiguo método de construcción que volvía a una casa una estructura mucho más sólida de lo que hubiera sido utilizando clavos.

—Ahora entiendo por qué Coste es tan quisquilloso con esta casa —dijo Keith—. ¡Imagínate el trabajo de barrenar todos estos huecos y calcular el tamaño exacto de las clavijas! Ahora me explico que la casa no haya sufrido daños durante la mudanza.

—Aquí falta un par de clavijas —dijo Jason pasando el dedo por un agujero en el centro de una viga. Debajo había otro agujero de exactamente el mismo tamaño.

—¿Será aquí donde ajustaron los puntales? —preguntó Keith. Para comprobar su intuición cruzó el cuarto y fue a la pared que separaba la sala del comedor—. Jason pásame la palanca.

No tardó en arrancar un buen trozo de enmaderado. Debajo había otra viga, a la misma altura que la de enfrente. Y en el medio también había dos agujeros circulares.

—¿Ven? —dijo Keith—. El puntal pasó por estos agujeros, y atravesó toda la sala.

Jason no se mostró muy convencido.

—¿Pero por qué construyeron la casa con clavijas? ¿Por qué no usaron simplemente clavos?

—No lo sé —suspiró Keith—. Pero querría que terminen de sacar todo el revestimiento antes de la noche. Así que pónganse a trabajar.

El doctor Fuchs-Kramer llevó a David Carmichael a un cuarto cerrado en el fondo de un corredor. Abrió la puerta con una llave que sacó de su chaqueta blanca, encendió la luz e invitó a David a pasar.

El pequeño cuarto sin ventanas tenía dos sillas, una camilla y una consola con equipo electrónico. David reconoció las bobinas de un grabador y un par de audífonos, entre otras cosas. Encima de la consola había una pequeña pantalla de televisión. El doctor Fuchs-Kramer se adelantó a encenderla.

Cuando aparecieron las primeras imágenes, en blanco y negro, David vio a un médico con una chaqueta blanca, más o menos de la misma edad que el doctor Fuchs-Kramer. Estaba sentado a una mesa frente a una mujer de cabello gris que sostenía en la mano izquierda un anticuado reloj de oro de bolsillo y se cubría los ojos con la mano derecha.

—Se trata de un experimento que mi ayudante está realizando ahora mismo —explicó el parapsicólogo—. La mujer es Enid Schwartz, con un registro bastante bueno en psicometría. Enid nos ha permitido que grabemos en videotape las sesiones; éste es un monitor de circuito cerrado.

Se inclinó sobre un botón y alzó el volumen para que David pudiera oír lo que decían.

—Una chica y un muchacho... —susurraba Enid Schwartz. Vaciló, como si no diera con las palabras apropiadas. El médico moreno sentado frente a ella escribió algo en su cuaderno, pero no dijo nada.

—Cada vez que viene Enid —explicó el doctor Fuchs-Kramer— le entrego para la experiencia tres o cuatro objetos diferentes que pido prestados a enfermeras y médicos de la clínica. Ahora, por ejemplo, el reloj que sostiene en la mano es mío. Lo heredé de mi abuelo materno. Pero Enid no lo sabe, y ni siquiera lo sabe mi ayudante. De ese modo, si sus impresiones no tienen sentido, la telepatía debe ser descartada.

—Sí —asintió Enid Schwartz—, ¡una chica y un muchacho! La chica es mayor. Quizás más alta también, y tiene cabello... dorado. ¡Dorado!

—¡Sidney Golden! —le susurró el doctor. Fuchs-Kramer a David—. Así se llamaba mi abuelo.

En la pantalla del monitor Enid Schwartz alzó la mano derecha, como si tocara una cabellera invisible.

—El muchacho tiene cabello enrulado —dijo—, igual que su hermana. Pero oscuro. Tiene el pelo oscuro. Le gusta nadar... ¡Ah! Lo veo saltar al agua... no, caer. ¡Y no es verano! El agua está fría.



Enid Schwartz siguió hablando, pero el doctor Fuchs-Kramer se levantó y apagó el sonido. David lo miró sorprendido: el parapsicólogo estaba evidentemente turbado.

—Mi abuelo tuvo dos hijos —dijo con voz débil—. Mi madre que era la mayor, y mi tío.

David lo interrogó con auténtico interés:

—¿Su tío tenía cabello oscuro y enrulado?

—Así me han dicho —respondió el doctor Fuchs-Kramer—. Nunca lo conocí. Se ahogó en el East River un año antes de que yo naciera, en invierno.

—Dios mío —dijo David—. ¿De modo que ella obtuvo toda esa información de su reloj?

—Al parecer, sí —dijo el médico—. Enid dice que los hechos trágicos son los que percibe con más facilidad, porque generan emociones negativas más fuertes. Y según Enid el dolor y el terror dejan huellas que la alegría, la felicidad y el amor nunca pueden borrar.

Los dos hombres miraron a la ahora silenciosa pantalla de televisión, donde Enid Schwartz devolvía el reloj de oro a la mesa.

—Era su última prueba de hoy —dijo el doctor Fuchs-Kramer—. Ya terminan. —Apagó el monitor, y volviéndose hacia David le preguntó—: ¿Querría conocerla?

David y el parapsicólogo llegaron a la puerta del cuarto de pruebas en el mismo momento en que el ayudante del doctor Fuchs-Kramer abría la puerta. Enid Schwartz —una mujer delicada, con aire de pájaro y luminosos ojos oscuros— parecía más pequeña y mayor que en el monitor de televisión. Le dio la mano a David, mucho más alto que ella, y le dedicó una encantadora sonrisa.

—Queríamos acompañar hasta abajo a la señora Schwartz —le dijo el doctor Fuchs-Kramer a David—. ¿Le importaría esperarme en mi consultorio?

—En absoluto —respondió David.

Los dos médicos acompañaron a Enid Schwartz al ascensor. En el momento en que el doctor Fuchs-Kramer oprimía el botón para descender, sintió que la mujer le apretaba el brazo.

—¡Oh Dios! —susurraba Enid Schwartz—, ¡oh Dios! Se abrieron las puertas del ascensor, pero el doctor Fuchs-Kramer las volvió a cerrar.

—Enid, ¿qué sucede?

—¡Volví a verlo! —exclamó Enid Schwartz—. Ese caballero tan maravillosamente apuesto de cabello gris. ¡Olvidé su nombre!

—Carmichael —apuntó de inmediato el médico.

—¡Sí, el señor Carmichael! —Enid Schwartz cerró los ojos—. En este preciso momento, mientras esperábamos al ascensor, lo volví a ver todo. Algo va a sucederle a ese caballero muy pronto.

Esto era totalmente insólito, pensó el doctor, Fuchs-Kramer. Enid Schwartz solía recibir impresiones del pasado. Muy rara vez afirmaba tener visiones del futuro.

—No sé exactamente qué —siguió diciendo la mujer—. Pero siento miedo. ¡Un

miedo terrible! Y veo oscuridad que se despliega sobre el señor Carmichael, como una ola de tinta negra. En medio de toda esa oscuridad hay una luz roja. No sé qué puede significar. Pero lo vi todo no bien le toqué la mano.

De vuelta en el consultorio del doctor Fuchs-Kramer, David se sentó a esperar el regreso del parapsicólogo. Obviamente el médico no estaba muy interesado en su historia sobre el antiguo sestercio. ¿Por qué habría de interesarse cuando tenía a una mujer auténticamente dotada como Enid Schwartz para realizar sus experimentos? ¡Si el sestercio de bronce no se hubiera desvanecido! A David le habría gustado mucho saber qué impresiones recibía de él la señora Schwartz.

Pero si la moneda se había ido, la casa amarilla y blanca frente a lo de Keith y Jennifer seguía allí. Quizás David pudiera obtener un clavo o un trozo de metal del baño donde había aparecido la moneda. Y si pudiera aprender a realizar «psicometrías», si lograra hacerlo la mitad de bien que Enid Schwartz, entonces quizás lograra encontrar algunas respuestas.

Cinco minutos después, cuando el doctor Fuchs-Kramer apareció, David ya se había decidido.

—Doctor, espero no retenerlo...

—No, no —dijo sonriendo el parapsicólogo—. Vi a todos mis pacientes del día. Ahora que Enid se fue, no tengo más que unos informes que completar. El resto de la tarde lo tengo libre.

—Si tiene tiempo —dijo David—, me gustaría aceptar su ofrecimiento.

—¿Ofrecimiento? —dijo el doctor Fuchs-Kramer—. No recuerdo...

David sonrió:

—Querría probar mi capacidad psicométrica.

*Lunes 16 de abril de 1979*

—¿SEÑOR CARMICHAEL? —dijo el doctor Fuchs-Kramer. El anticuario ahogó otro bostezo y lo miró.

—La psicometría suele exigir algo de práctica. No es probable que un sujeto potencial obtenga resultados desde el comienzo. Y si se siente fatigado, aunque sea poco, no creo que sea el mejor momento para...

—Por favor —dijo David—. La primera vez que tuve en las manos esa moneda, en New Castle, era después de cenar. La segunda vez, en mi departamento, había pasado la medianoche. El cansancio no parece interferir con mis impresiones. Quizás incluso las facilita.

—Es posible —repitió el médico—. ¿Pero usted nunca antes recibió impresiones de ningún otro objeto? ¿Sólo cuando sostuvo esa vieja moneda?

—Así es —admitió David.

El doctor Fuchs-Kramer se quitó los anteojos y los limpió con un pañuelo.

El parapsicólogo había notado que, por alguna razón que se le escapaba, las mujeres solían ser mejores que los hombres en psicometría. Pero quizás este señor Carmichael podía llegar a contribuir al programa de investigación de la clínica. Y si el hombre quería perder su tiempo, el doctor Fuchs-Kramer no tenía inconvenientes en «probar» su capacidad en psicometría, y al mismo tiempo leer esos informes que tenía pendientes.

—¡Le diré lo que haremos! —le dijo a David—. Le daré uno de los objetos de prueba con los que trabajó Enid esta tarde. Veremos qué imágenes capta. Después, cuando haya esperado todo lo conveniente (digamos media hora o cuarenta y cinco minutos) podremos controlar sus impresiones con las de ella.

—Me parece perfecto —dijo David con aspecto ansioso.

—Bien —respondió el doctor Fuchs-Kramer—. Supongo que querrá encontrarse en un cuarto a solas, para pensar sin interferencias.

El parapsicólogo llevó a su visitante por el corredor otra vez hasta el cuarto donde estaba el monitor de televisión.

—Puede tenderse en esa camilla, si quiere —dijo el doctor Fuchs-Kramer—. Póngase esos audífonos y oirá una grabación que lo ayudará a relajarse.

En la consola electrónica había un aparato de medir la presión sanguínea y una serie de electrodos para las ondas cerebrales, pero el médico no tenía intención de usarlos. Por lo que a él concernía, la prueba era apenas un simulacro para satisfacer a un donante potencial a su programa de investigación en fenómenos extrasensoriales.

—¿Va a grabarme en videotape? —preguntó David.

—No lo hacemos con los principiantes —respondió el doctor Fuchs-Kramer—. Pero de todos modos me gustaría grabar el sonido. Aquí hay un micrófono, de modo que puede dictar cualquier impresión que reciba del objeto de prueba. Y aquí hay un timbre que suena en mi consultorio. Apriételo y vendré.

—¿Va a cerrar con llave la puerta, entonces? —preguntó David.

—No —dijo sonriendo el doctor Fuchs-Kramer—. No se preocupe, nadie vendrá a entrometerse. Ahora iré a buscar el objeto de prueba.

Una vez solo en el cuarto, David se quitó la chaqueta y la colgó de un perchero clavado en la puerta. Luego se aflojó la corbata y desprendió el primer botón de la camisa. Se tendió en la camilla. Un momento después volvía el parapsicólogo y le alcanzó a David los audífonos. Eran grandes, suaves y acolchados, del tipo de los que usaba Eleanor cuando quería escuchar la *Obertura 1812* sin molestar al señor y la señora Jacobs.

—La cinta que he preparado —dijo el médico— lo pondrá de humor relajado y contemplativo. La pondré en marcha desde mi consultorio. Aquí tiene el objeto de la prueba.

David estiró la mano izquierda. El doctor Fuchs-Kramer le entregó un pequeño medallón hexagonal de plata pulida, con una letra J grabada en medio.

—Cerraré la puerta cuando salga —dijo el parapsicólogo—. La cinta comenzará a correr no bien llegue a mi consultorio. Pero tómese su tiempo.

David miró el medallón de plata.

—¿Pertenece a una mujer cuyo nombre comienza con J?

El doctor Fuchs-Kramer sonrió:

—Quizás *usted* pueda decírmelo. ¿Prefiere la luz encendida o apagada?

La luz fluorescente del techo parecía un poco demasiado cruda.

—Creo que será mejor apagarla —dijo David. El parapsicólogo tocó el interruptor y quedó dibujado en silueta sobre la luz del corredor.

—Una pregunta más —dijo David ahogando un bostezo—. Supongamos que no recibo ningún tipo de imagen. ¿Tendré más probabilidades de recibir impresiones si pruebo con este mismo objeto mañana?

—¡Probablemente no! —dijo el doctor Fuchs-Kramer—. Un estímulo nuevo siempre parece afectar al sujeto con más fuerza. Una vez que el sujeto se familiariza con el estímulo, la respuesta se embota.

—Pero la segunda vez que sostuve ese sestericio —dijo David—, las imágenes fueron tan vividas como la primera vez. ¿Cómo explica eso?

—No trato de explicar *nada* aún —respondió el médico—. Sólo le digo esto: si se prolongan las pruebas psicométricas con un mismo objeto, lo más probable es que las propias vibraciones del sujeto dominen al objeto. Entonces se reciben indistintamente informaciones de uno mismo tanto como del dueño del objeto. De modo que no se encarnice demasiado con un solo objeto en una prueba psicométrica.

—De acuerdo —dijo David—. Estoy listo.

—Muy bien —respondió el parapsicólogo—. Recuerde llamarme con el timbre cuando crea tener algo.

Cuando salió y cerró, la habitación quedó a oscuras excepto por una línea de luz del corredor que se filtraba por debajo de la puerta. David se puso en la cabeza los suaves y pesados audífonos.

Una vez más lamentó no tener el viejo sestercio de bronce para trabajar con él. Pero creía saber por qué la moneda se había desvanecido en su mano. La había utilizado conscientemente para lograr más información. De hecho, se estaba acercando, incluso había recibido una visión de Jennifer Olson. Quizás alguien —o algo— no quería que él se enterase de nada más. Era una teoría demasiado poco racional como para contársela al doctor Fuchs-Kramer, pero ¿sería posible que el dueño de la moneda hubiera venido a llevársela?

De pronto David oyó la voz suave del doctor Fuchs-Kramer en una grabación.

—... Imagínese que está recostado en la hierba suave de una colina. Brilla el sol, el aire es tibio. Y encima de usted hay nubes que flotan en el claro cielo azul...

David bostezó. No sentía nada en absoluto del pequeño medallón de plata que sostenía en la mano izquierda. Lo dio vuelta entre los dedos. Tenía seis lados, como aquellos paneles de vidrio de la ventana salediza de la casa nueva de Sunset Brook Lane. El medallón tenía una J. ¿Sería la inicial de Jennifer?

La voz del doctor Fuchs-Kramer zumbaba en los auriculares. David se sentía cada vez más relajado. Cerró la mano alrededor del medallón de plata, con la esperanza de que le transmitiría alguna vibración, alguna impresión, algo... No había transcurrido un minuto cuando ya estaba profundamente dormido.

A las cinco de la tarde Jason había quitado todo el revestimiento, excepción hecha de una estrecha franja en el *hall* de entrada que cubría la parte trasera de la chimenea. Habían clavado ya cuatro paneles del revestimiento nuevo, pero no tenía mucho sentido medir y cortar otro más antes de la hora de irse. A las cinco terminaba la jornada.

Puesto que volverían a la mañana siguiente dejaron todas las herramientas adentro. Después de cerrar con llave la puerta del frente Keith se dirigió a la oficina de Chappaqua para revisar el correo del día. Esperaba una respuesta del director del periódico de Seattle. Había despachado por correo expreso su carta el jueves. Hoy era lunes, pero aun así existía la posibilidad de recibir un paquete de artículos sobre la casa del crimen en el número 666 de Bremerton Road.

Pero cuando abrió la puerta del frente de la oficina, encontró que sólo habían pasado por la ranura del correo tres papeles: una cuenta de uno de sus proveedores, un folleto sobre restauración de casas viejas, al que estaba suscripto, y una carta de la cámara de comercio de New Castle. Nada en absoluto de Seattle.

Probablemente era demasiado pronto para esperar una respuesta, pero de todos

modos Keith se preguntó si el director no habría salido de vacaciones. ¿O algún chico habría abierto la carta para robarse los veinte dólares? Disgustado, puso en marcha el grabador del contestador automático.

—Hola, Keith —dijo una voz de hombre que le resultaba conocida. Era Tom Greene—. El señor Coste me pidió que te dijera que tu primer pago, los dos mil dólares para cuando comenzaras el trabajo, ¿recuerdas?, los recibirás el miércoles. Eso es todo. No es necesario que me llames. ¡Adiós!

Keith siguió escuchando, pero el resto de la cinta estaba en blanco. ¡La llamada de Tom Greene había sido la única del día! ¿Adonde estaban todos los otros trabajos que debería recibir, ahora que estaban en primavera? Nunca había encontrado un vacío semejante, ni siquiera en lo peor del invierno.

Estaba llenando un cheque para pagar la cuenta de su proveedor cuando sonó el teléfono. Esto era más normal, pensó. Desconectó el contestador automático y levantó el receptor.

—Hola. Habla Keith Olson.

—Bueno, ¡*al fin!* —dijo una voz de mujer—. Habla Madge Sackett. —Keith conocía a la señora Sackett; le había instalado una galería cerrada el verano anterior—. ¡Lo he llamado una y otra vez, y nunca lo encontraba!

—Acabo de volver de mis vacaciones —dijo Keith—. Pero este número tiene un contestador automático. Si hubiera dejado un mensaje...

—Es que no pude dejar mensaje —respondió la señora Sackett—. Llamé por lo menos una docena de veces. Y el teléfono simplemente llamaba y llamaba.

—¿De veras? —preguntó Keith asombrado—. ¿Cuándo llamó por última vez?

—Esta mañana —dijo Madge Sackett.

Keith pensó que no tenía sentido. El contestador había grabado el mensaje de Tom Greene. ¿Por qué no el de ella?

—Necesito un enrejado nuevo para mi galería —siguió diciendo la mujer—. Pero lo necesito rápido, a tiempo para que mis clemátides empiecen a trepar por él.

Keith hizo unos cálculos rápidos en la mente. Por un trabajo así, difícilmente podría cobrar más de cincuenta dólares.

—Puedo hacerle un enrejado no bien termine con el trabajo que tengo entre manos. Quizás pueda pasar mañana por su casa y darle un presupuesto.

Después de cortar, Keith se quedó mirando el teléfono. Aun cuando hubiera estado descompuesto, eso no explicaba por qué no recibía nuevos trabajos. Porque en la guía telefónica, a continuación del número de la Carpintería de Obra Olson figuraba el número de su casa. Y Jennifer nunca dejaba de tomar nota de cualquier llamado. ¿Sería posible que ambos teléfonos hubieran tenido problemas al mismo tiempo?

Pues bien, fuera cual fuere la causa, los clientes simplemente no llamaban. Esa era la razón principal por la que Keith había podido comenzar de inmediato el trabajo de la casa de Coste, y también era la razón por la que necesitaba de veras los dos mil

dólares del adelanto de Coste.

Mientras cerraba la puerta de la oficina, al salir, Keith Olson sintió una vaga sensación de pánico. El negocio de la construcción no era como vender enciclopedias, no se podía ir de casa en casa ofreciendo sus servicios. Marc y Jason no tenían motivos de preocupación, porque los carpinteros con experiencia siempre conseguían empleo. Pero si no conseguía más trabajo pronto, Keith no veía cómo podría enfrentar los próximos meses.

Eran las cinco de la tarde. Recién entonces el doctor Fuchs-Kramer se molestó en mirar su reloj pulsera. El señor Carmichael había estado experimentando con la medalla de plata de Joan Horowitz durante más de una hora, y aún no había tocado el timbre indicando que estaba en condiciones de hablar. El parapsicólogo sonrió. ¡No sería la primera vez que su grabación relajante había dormido a un sujeto! ¡Probablemente debería ir y despertar al señor Carmichael!

En ese momento oyó el ronco aullido terrorífico que provenía del cuartito en el fondo del corredor.

En el sueño, David volvía a ver la casa azul: sólo que esta vez no había sangre que manara de los cimientos. De hecho, había un lindo césped verde que rodeaba la galería. Era de día. El sol brillaba en el cielo. Y aun así la casa entera estaba envuelta en sombras, como si irradiase oscuridad del mismo modo que una lámpara irradia luz.

Y entonces, mientras la miraba, la casa comenzó a deshacerse. Era como una explosión en cámara lenta. Una vez que la destrucción terminó, las vigas y tablonos se acomodaron en patíbulos, horcas y postes de tormento. Una de las tablas se volvió el costado de una guillotina. Una viga era una cruz en la que habían clavado a un hombre *cabeza* abajo. David vio gente decapitada, empalada y quemada viva. Cada astilla de madera de esa casa azul figuraba en el instrumento de tortura o ejecución de un ser humano. Una tabla manchada y carbonizada se deslizó erguida como si caminara hasta un sitio del suelo donde se clavó... y apareció atado a ella el mismo hombre horriblemente mutilado, que David había visto en su visión despierto. El sesterccio al rojo vivo aún brillaba en su boca. David trató de correr, pero los pies no le obedecían. Se le acercaba una araña de bronce brillante, como la que tenía en la sala de su departamento. De ella colgaba una tela blanca enrollada que formaba un nudo corredizo de horca. El nudo se balanceó en el aire hasta acomodársele en el cuello. Sintió que la tela se le cerraba sobre la garganta. Trató de gritar pero el nudo se apretaba cada vez más... ¡No podía emitir el menor sonido!

El doctor Fuchs-Kramer abrió con violencia la puerta y encendió la luz. En la camilla yacía David Carmichael, el rostro violeta y la mano derecha clavada en el cuello.

El médico no tardó en ver la causa. Durante el sueño, el hombre había dado un tirón de su corbata, ajustándola tanto que ahora tenía problemas para respirar.

El parapsicólogo se aproximó rápidamente a la camilla y aflojó el nudo. David gimió y aspiró profundamente. El médico lo sacudió hasta despertarlo. David se sentó frotándose el cuello.

—Lo siento —murmuró—. Tuve otra pesadilla. ¿Hice algún ruido?

—Sí —dijo el doctor Fuchs-Kramer—. ¿Pero tuvo suerte con el objeto de prueba? ¿Recibió alguna impresión del medallón de plata que le di?

—No creo... —David no tenía nada en la mano izquierda. El pequeño medallón no estaba en la camilla. Se inclinó a ver si había caído al suelo. Pero no, tampoco estaba allí.

—¿Qué hizo con él? —le preguntó el doctor Fuchs-Kramer.

—Nada. Recuerdo que lo tenía en la mano cuando empecé a oír su voz por los audífonos. Después debo de haberme dormido... —David se encogió de hombros, mirando con desconcierto el pequeño cuarto.

El médico se mordió los labios con irritación. Le había prometido a Joan Horowitz que le devolvería su medallón no bien Enid Schwartz hubiera hecho la prueba con él.

—¿No es posible que lo haya metido en un bolsillo?

Obediente, David se puso de pie y dio vuelta los bolsillos del pantalón. Todo lo que encontró fueron unas monedas.

El doctor Fuchs-Kramer vio que la chaqueta de David se había caído de la percha en la puerta. Cuando el parapsicólogo la recogió del piso, cayó del bolsillo interno el envoltorio de plástico de la moneda antigua. Adentro estaba el sestercio y junto a él el medalloncito de Joan Horowitz.

El médico sacudió la cabeza. Este hombre había *parecido* bastante normal cuando llegó, pero ahora mostraba síntomas de extrema tensión. La pesadilla era una dramatización inconsciente de algún problema al que no podía hacer frente en su vida diurna. Además había impulsos autodestructivos, como indicaba el gesto de querer estrangularse con la corbata. ¡Y además de todo esto, era cleptómano! Este último hecho proyectaba una nueva luz sobre los acontecimientos de los que Carmichael le había hablado.

—Señor Carmichael... —El doctor Fuchs-Kramer se aclaró la garganta—. Volvamos a mi consultorio, por favor. Quiero hablar con usted.

A David le mortificaba la idea de que el doctor sospechase que era un ladrón. Pero se obligó a mirarlo a los ojos y escuchar su explicación. De acuerdo con él, todas las extrañas experiencias de las que David había hablado no eran más que alucinaciones, meramente imaginarias. Pero cuando el parapsicólogo dejó de hablar, David seguía intrigado. Había un detalle que simplemente no encajaba...

—¿Por qué tuve esa reacción tan violenta cuando me dieron aquel sestercio en New Castle?



—¡Bien! —dijo el doctor Fuchs-Kramer—. Obviamente esa moneda le traía alguna asociación desagradable. Después de todo, ¿quién se la entregó? El esposo de la mujer que lo invitó a cenar. Ahora bien (no responda a esto si no quiere), ¿se siente atraído por esta mujer, esta señora Olson?

David quedó en silencio un momento.

—Sí —dijo al fin.

—¿*Fuertemente* atraído?

David asintió.

—¿Y usted es casado?

—No —respondió David—. Mi esposa murió hace dos años.

—De acuerdo —respondió el doctor Fuchs-Kramer—. ¡Entonces todo tiene sentido! Esa primera moneda, usted la recibió de manos del esposo de una mujer que lo atrae sexualmente. Ahora, señor Carmichael, honestamente, ¿no ha fantaseado con la idea de lo que pasaría si el esposo de la señora Olson saliera de escena?

El anticuario volvió a asentir, de un modo casi imperceptible.

—Bien, y no se trata de una idea muy tranquilizante, ¿no es verdad? De modo que se siente culpable. Y porque se siente culpable, decide castigarse a usted mismo. Todas esas visiones de tortura y muerte... posiblemente usted proyectaba en la moneda todo el deseo, inaceptable por violento, que le cruzaba por la mente.

—¿Deseo, violencia? —preguntó David—. Realmente no puedo creerlo.

—Oh, no quiero decir que nada de esto sea consciente —respondió el parapsicólogo—. Lo importante es que el *esposo* le dio la moneda para que la identificase. Usted con mucho gusto le haría un favor *a ella*, ¿pero a él? De modo que al día siguiente usted compró una moneda idéntica, salvo que en mucho mejores condiciones. Ahora bien, ¿eso no le parece algo competitivo? Y de inmediato, para eliminar la competencia, usted se apresuró a perder la moneda original que él le dio.

—No la *perdí* —respondió David con cierta irritación—. Simplemente...

—¿Se desvaneció en el aire? —preguntó sonriendo el doctor Fuchs-Kramer—. Señor Carmichael, hasta una mente lúcida puede hacer trampas. Quizás usted se levantó del sofá en su departamento, tiró la moneda, volvió y se olvidó de haberlo hecho. ¡Amnesia selectiva! Sucede todo el tiempo.

—Pero estaba aquella presencia que sentí... —suspiró David—. Si la moneda fue un aporte, como usted dijo, ¿no es posible que se haya desvanecido realmente?

El parapsicólogo respiró profundamente. La gente se resistía a admitir una falla y soñaba con acontecimientos sobrenaturales para evadir la responsabilidad. *Yo no fui, doctor. No soy responsable: ¡el Diablo me hizo hacerlo!*

—Digamos que desapareció, en efecto, de su mano cerrada —dijo con amabilidad—. Permítame que le cuente una historia verídica. Una vez mi ayudante y yo investigamos una casa donde los cuadros saltaban solos de las paredes. Cuando subimos, nos siguieron por la escalera los pasos pesados de un ser invisible. En la cocina, se materializaban piedrecitas en el aire y caían sobre las ollas. ¡Fenómenos

típicos de *poltergeist*, todo de primer orden! ¿Y sabe cuál fue la causa subyacente que descubrimos?

David sacudió la cabeza.

—En esa casa vivía una muchachita de doce años que entraba en la pubertad. Odiaba a su nuevo padrastro, y odiaba a su madre por haber vuelto a casarse. Y cuando la pequeña se fue de vacaciones a un campamento, los fenómenos, simplemente desaparecieron, así de simple.

—¿Quiere decir que la chica estaba simulando los fenómenos? —preguntó David.

—¡Oh, no! —El doctor Fuchs-Kramer entrelazó los dedos e hizo sonar los nudillos—. Esos fenómenos eran totalmente auténticos. Pero la combinación de celos y los nacientes sentimientos sexuales eran demasiado para que la niña mantuviera el control. Por cierto proceso que aún no comprendemos, sus tensiones emocionales se exteriorizaron y causaron las levitaciones y psicokinesis. En otras palabras, cuando hay fenómenos extrasensoriales espontáneos, suele haber un individuo con emociones en conflicto muy cerca. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí —dijo David.

—No quiero decir que usted no haya experimentado hechos paranormales genuinos, aun cuando la explicación por la amnesia que le he sugerido me parece más plausible. Pero de cualquier modo, la causa en su raíz es probablemente la misma: tensión sexual, y quizás también agotamiento. Supongo que su profesión también puede llegar a ser insoportable.

—Es cierto —admitió David—, los remates por ejemplo, suelen ponerme tenso, sobre todo si hay varios coleccionistas japoneses ofertando por la misma pieza que yo quiero comprar. Y nunca tengo la seguridad de que dispongo del material suficiente como para mantener en funcionamiento la galería.

El doctor Fuchs-Kramer golpeó el escritorio con la punta de los dedos:

—Tengo entendido que la mayoría de las galerías de arte cierran en julio y agosto. ¿Por qué no sale de la ciudad y alquila una casa por el verano? Estoy seguro de que puede permitírselo... y a largo plazo estoy seguro de que le saldría más barato que comenzar una terapia con cualquier profesional que pueda recomendarle.

Media hora después, David estaba de vuelta en su departamento de Riverside Drive. No podía imaginarse cómo se había estrangulado a sí mismo con la corbata. Y no tenía la menor idea de cómo ese medallón de plata pudo llegar al interior del envoltorio plástico de la moneda, y sobre todo considerando que el doctor Fuchs-Kramer tuvo que abrir el cierre antes de poder sacarlo.

Pero ¿si el parapsicólogo tuviera razón? Hasta el momento, David no podía verificar ninguna de sus visiones y pesadillas. Seguía soñando con esa casa como si fuera azul, cuando sabía perfectamente que en la vida real era amarilla. Y la amnesia selectiva era, sin duda alguna, una explicación más razonable que una vieja moneda

de bronce que aparecía y desaparecía sola. Y sin duda le vendría bien un largo descanso: no se había tomado vacaciones desde antes de la muerte de Eleanor.

Había ocultado el costoso sestercio de bronce en el cajón superior de su escritorio. Pero en realidad no era un sitio seguro para una moneda tan valiosa. David decidió que sería mejor devolvérsela a Keith Olson antes de que le sucediera algo a ésta también.

Fue al teléfono. Ahora que había encontrado la razón más probable para sus pesadillas, no quería que Jennifer siguiera preocupándose innecesariamente. Esta era su oportunidad: le devolvería a Keith la moneda y la vería a ella por última vez antes de salir de vacaciones.

En New Castle, Jennifer Olson respondió al teléfono a la segunda llamada. Y David advirtió la alegría de la joven al oírlo.

*Miércoles 18 de abril de 1979*

—¿OTRA VEZ? —Keith miró a su esposa sentada al otro lado de la mesa del desayuno—. ¡Pero si David vino a cenar la semana pasada!

Jennifer había pospuesto deliberadamente decirle a Keith que había invitado a David a cenar el viernes, con la esperanza de encontrarlo de mejor humor.

—David saldrá de vacaciones todo el verano —le explicó con paciencia—. Y quería devolverte esa moneda para que puedas dársela de una vez al señor Coste.

—Perfecto —dijo Keith—. ¿Pero por qué siempre tenemos que alimentarlo a él? Quiero decir, después de todas las veces que has cocinado para él, ¿por qué David nunca nos invita a nosotros?

—En realidad, nos invitó a visitarlo en Nueva York el viernes —respondió Jennifer—. Pero sé que no te gusta Manhattan por lo largo del viaje, y lo caro que es. A David le encantaría llevarnos a un restaurante de veras bueno pero no lo disfrutarías porque estarías demasiado preocupado por el precio del menú. ¡Es por eso que le sugerí que viniera él aquí!

Keith debió admitir que Jennifer tenía razón. Nunca le había gustado mucho salir a cenar. Como se levantaba a las seis todos los días de semana, y trabajaba hasta las cinco o seis de la tarde, prefería una cena tranquila en casa. Y estaba seguro de que cuando Jennifer consiguiera al fin algún trabajo de decoración, también ella preferiría quedarse en casa por las noches. Pero lo que en realidad lo irritaba era que Jennifer hubiera esperado dos días para decirle que David Carmichael vendría a cenar. Su enojo le hizo dejar la casa antes de lo habitual.

Cuando estacionó su camioneta en el sendero de entrada del 666 de Sunset Brook Lane, Keith vio que algo andaba mal en el pino azul que los jardineros habían plantado a un lado de la galería. Tenía casi dos metros de alto y un follaje espeso. Pero del lado que miraba a la casa las agujas empezaban a marchitarse.

Cuando miró la ventana salediza, tuvo un movimiento de sorpresa. Por segunda vez esa semana, había un pájaro muerto sobre el césped incipiente, bajo las ventanas.

El lunes había sido un gorrión. Hoy era un petirrojo. Igual que el primero, éste yacía sobre su lado izquierdo, con la cabeza reclinada en un ángulo no natural. Keith había oído hablar de pájaros que se estrellaban contra ventanales. Pero esta ventana, con sus hexágonos de vidrio enmarcados por tiras de plomo, era muy visible. Una vez más sacó su cuchara de albañil y con ella levantó el ave y la tiró a la barranca.

Subió a la galería, abrió la puerta del frente y miró adentro con un sentimiento genuino de satisfacción. La sala tenía un aspecto tres veces mejor al del lunes por la tarde. Sólo quedaba una franja estrecha de revestimiento que reemplazar: ese sector

vertical que cubría la parte trasera de la chimenea del comedor. Keith pensó que probablemente podrían cubrirlo con varias tiras y recortes de revestimiento. Por eso le había dicho a Jason que no tocara ese pedazo hasta haber terminado de trabajar en el dormitorio y en el cuarto de vestir de arriba.

Cuando llegaron Marc y Jason, subieron al primer piso y trabajaron allí el resto de la mañana, midiendo, cortando y colocando el nuevo revestimiento en el dormitorio. El trabajo marchó rápido, más de lo que Keith se había imaginado, porque ya habían terminado con toda una pared. Cuando al fin Keith pensó en mirar su reloj pulsera, eran las doce. Se sacudió el polvo de yeso de los pantalones y se dirigió a la escalera:

—Los veré a eso de la una y media —les dijo a sus compañeros por sobre el hombro—. Pueden irse ya si quieren.

—¿Vas a tu casa a almorzar? —le preguntó Marc.

—No —dijo Keith. La discusión de la mañana con Jennifer seguía fresca en su mente—. Quiero ir a la oficina de Chappaqua. Es posible que hayan llamado y espero algo por correo.

Marc y Jason habían dejado sus almuerzos en la heladera de la cocina. Cuando bajaron, Keith ya se había marchado en su camioneta. Jason se detuvo y miró la delgada franja de revestimiento detrás de la chimenea.

—No hay nada más que ladrillos detrás de eso —señaló Marc riéndose. Desde hacía dos días Jason no dejaba de mostrarle las variedades nuevas de madera que descubría en las paredes.

—Bueno —dijo Jason—, esto tendremos que sacarlo tarde o temprano...

Mientras él iba en busca de una palanca, Marc salió con su sandwich a la galería. Había más temperatura y humedad de las habituales en abril, y en el oeste aparecían nubes densas. Al parecer, habría tormenta más tarde.

—Eh, Marc —llamó Jason desde adentro—. ¿Me prestas la linterna?

Marc volvió adentro y halló a Jason de pie en el vestíbulo. Había soltado la franja restante de revestimiento y miraba fijo los ladrillos de la chimenea.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Marc.

—No lo sé —dijo Jason—. Hay algo aquí, al lado de la chimenea.

Marc sacó la linterna de su caja de herramientas. Jason la tomó, la encendió y dirigió el haz de luz a la cavidad oscura que corría junto al tiro de la chimenea. Contra los ladrillos rojizos había una columna de metal negro de unos quince centímetros de ancho. Tenía muescas y marcas de martillo, como si hubiera sido forjada. Marc supuso que se trataría de un simple caño de desagüe, pero cuando Jason la iluminó pudo ver unas raras letras mayúsculas grabadas profundamente en el metal. Por lo general las inscripciones en el hierro de fundición se hacían en alto y no en bajo relieve.

—¿Qué es eso? —preguntó Jason—. ¿Parte de la cañería?

—Lo dudo —dijo Marc—. Todos los tubos de desagüe están en la parte trasera de la casa. Quizás sea un respiradero que salga por el techo.

—¿Querías echar un vistazo? —sugirió Jason.

—Sí, pero Keith se llevó la camioneta, y la escalera extensible estaba en la camioneta.

—No necesitamos escalera —sonrió Jason—. ¿Tienes ese cable de remolque en el auto?

Afuera, Jason desenrolló unos quince metros de cuerda de su caja de herramientas. Ató uno de los extremos a una piedra y la lanzó por sobre el techo al otro lado de la casa. Después, atando el otro extremo al cable de Marc, usó la cuerda para hacer pasar el cable sobre el techo.

Por último ató el extremo del cable a la columna esquinera de la galería con un nudo doble para que no se soltara, y dio la vuelta a la casa. El otro extremo del cable de Marc colgaba junto a la ventana salediza.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —le preguntó Marc—. Si trepas por aquí dejarás las huellas de los zapatos en las tablas.

—De cualquier manera habrá que pintar todo el exterior —dijo Jason con un encogimiento de hombros—. ¿Qué pueden hacerle unas pocas manchas más?

Tiró del cable hasta asegurarse de que estaba tenso. Entonces se afirmó y comenzó a trepar. Los pies le resbalaban sobre las tablas, y oyó el crujido de la vieja madera bajo su peso. Por un instante creyó ver un movimiento dentro del cuarto con la ventana salediza. Pero no era más que su reflejo en el vidrio. A medio camino de la pared, pisó el techo de la ventana salediza y una teja se quebró en dos y cayó al suelo. En fin, el dueño nunca se enteraría. A partir de ahí, fue fácil seguir subiendo hasta el borde del techo en mansarda.

Jason se detuvo un momento y miró alrededor. El sol primaveral brillaba en el claro cielo azul. Pero una amenazante nube oscura subía por el oeste. Lentamente se puso de pie en el borde del techo y miró hacia la parte más alta. En ese momento, súbitamente, el aire se heló.

¿Sería una nube que tapaba al sol? Jason apenas pudo ver la chimenea de ladrillos y la extraña forma negra a su lado, cuando el cable repentinamente se aflojó en sus manos.

No bien abrió la puerta de su oficina, Keith miró las cartas que habían caído por la abertura para el correo. Según Tom Greene, el primer pago de dos mil dólares debía llegar hoy, miércoles. Pero no estaba allí y Keith se sintió realmente mortificado. Probablemente no debería haber comenzado el trabajo en la casa del 666 de Sunset Brook Lane hasta recibir el cheque de Coste. Pero entre la pila de cartas, bajo un catálogo de materiales de construcción había un grueso envoltorio con varias estampillas de un dólar, y con matasellos de Seattle.

Keith lo abrió. Había una carta del director del periódico de Seattle y abajo, enganchadas a un clip de papel, más de una docena de fotocopias de artículos sobre

James Beaufort, con sus titulares, fotografías, y todo lo que podía desear.

El primer artículo estaba fechado el 22 de octubre de 1973:

SE ENCUENTRAN DOS CADÁVERES  
EN UNA CASA DE BREMERTON ROAD

Keith echó una mirada a otro:

LA ESPOSA ACUSA AL CONCEJAL  
DE LA CIUDAD POR EL DOBLE ASESINATO

¡La policía ya sospechaba algo! Junto a la historia había una fotografía de James Beaufort, que acababa de ser detenido. Por cierto, no tenía el aspecto de un asesino convencional, pensó Keith.

Sintió deseos de leer todos los artículos, del primero al último, pero antes estaban los negocios. Coste no había pagado los dos mil dólares y Keith quería enviarle por correo a Tom Greene, esta misma tarde, un recordatorio.

Sacó de su cajón del escritorio un sobre con el membrete de la Carpintería de Obra Olson impreso en el ángulo superior izquierdo. Lo puso en la máquina de escribir y no había terminado de escribir la dirección de Tom Greene cuando sonó el teléfono, sobresaltándolo.

Desconectó el contestador automático y levantó el auricular:

—Hola —dijo—, habla Keith Olson.

—¡Keith! —Era Marc—. Tienes que venir de inmediato. ¡Jason se cayó del techo!

—¡Del techo! —exclamó Keith—. ¿Qué estaba haciendo en el techo?

—Buscaba la salida de un caño de hierro que hay junto a la chimenea. Lo encontramos dentro de la pared.

Keith recordó que la casa del 666 todavía no tenía teléfono.

—Marc, ¿de dónde me hablas?

—¡De tu casa! Tu esposa acaba de llamar a la ambulancia, y yo volveré con Jason ahora mismo.

—¿Está mal? —preguntó Keith.

—No lo sé —respondió Marc—. Está inconsciente, y no me atreví a moverlo.

—De acuerdo —dijo Keith—. Vuelve con él. ¡Estaré allí lo antes posible!

En el camino de vuelta a New Castle, Keith vio subir por el oeste una nube oscura de forma maligna. Por la estática que oía en la radio, supuso que se acercaba una tormenta eléctrica. ¡Un tiempo raro, por ser abril!

En el 666 de Sunset Brook Lane había una ambulancia que bloqueaba la entrada de vehículos. Keith estacionó a un lado del camino. Marc y un enfermero de casaca blanca estaban en la galería. Y sentado en los escalones, se hallaba Jason.

No parecía estar malherido. Al menos Keith no veía sangre. Cuando lo vio, Jason le dedicó una sonrisa y trató de ponerse de pie. El enfermero le puso una mano en el hombro:

—Quédese quieto —le dijo.

—¿Qué demonios te pasó? —le preguntó Keith.

—Encontramos este... este enorme... tubo, supongo que es un tubo —respondió Jason—. Al lado de la chimenea... Marc te lo mostrará. Quisimos ver si tenía salida por el techo. Trae tu escalera de aluminio de la camioneta, así...

—¿Quieres decir que trepaste al techo? —preguntó Keith.

Jason asintió con la cabeza.

—Estaba tratando de pararme en el borde del techo, cuando sentí que la sogla cedía y caí de espaldas. Es todo lo que recuerdo. Cuando volví en mí, Marc había desaparecido. Así que me levanté y entré. Estaba terminando mi almuerzo cuando llegó la ambulancia.

—Es posible que tenga una lesión interna —dijo el enfermero—. No debe comer nada hasta que le tomen una radiografía.

—Pero me siento perfectamente —protestó Jason.

—Haz lo que dice —le pidió Keith—. Mi seguro cubre todo, así que no te preocupes. Te veré en el hospital en media hora.

Con un aspecto tan saludable como el que tenía siempre, Jason subió sin ayuda a la parte trasera de la ambulancia. No bien se marcharon, Keith se volvió hacia Marc:

—Muéstreme dónde cayó.

Marc lo condujo hasta un sitio en el césped junto a la ventana salediza, donde estaba la cuerda apilada.

—La tierra aquí debe de ser bastante blanda. ¡Gracias a Dios!

Keith tomó la cuerda y la examinó. El doble nudo en uno de sus extremos estaba intacto. Keith trató de deshacerlo pero no le fue posible. Jason, más corpulento que él, lo había ajustado demasiado.

—La cuerda no se rompió —dijo Keith—. Debe de haberse deslizado. ¿Adonde la ató Jason?

Marc le mostró la columna de la galería del frente. La presión de la cuerda había hecho saltar algo de la pintura blanca. Keith dio un fuerte golpe a la columna para ver si se abría por alguna grieta, pero era sólida.

—Es imposible que el nudo se haya deslizado de aquí —exclamó—. ¿Estás seguro de que es aquí adonde lo ató Jason?

—Claro que estoy seguro —dijo Marc—. ¿No ves que aquí la cuerda hizo saltar la pintura?

Keith estaba totalmente desconcertado.

—¿Dónde está ese tubo del que habló?

De vuelta adentro de la casa, Marc levantó la linterna del sitio donde la había dejado Jason y dirigió el haz de luz a la cavidad junto a la chimenea.



—¿Qué dirías tú que es? —le preguntó a Keith.

—No tengo la menor idea. —Con la palanca de Jason, Keith dio un golpe a la columna de metal oscuro—. Parece metal sólido. ¡No, de ningún modo es un tubo de ventilación! ¿Y qué son esas letras?

Marc se encogió de hombros.

—¿Será el nombre de la fundición?

Las letras eran todas mayúsculas. Subían por un lado de la columna y bajaban por el otro. Keith trató de leerlas pero no había espacios entre las palabras. En ese momento Marc movió la linterna y Keith vio algo más extraño aún. Las letras que subían por la columna parecían haber estado rellenas con oro. Se volvió hacia Marc:

—De acuerdo. Ahora sí siento curiosidad. ¿Me ayudas a traer la escalera?

Hacia el oeste, la tormenta parecía haberse desencadenado sobre el Hudson. No parecía acercarse. Marc y Keith trajeron la escalera de aluminio y la acomodaron junto a la ventana salediza, apoyando el extremo superior contra el techo a unos ocho metros de altura. Al pisar el primer escalón, Keith sintió que la escalera se hundía ligeramente en el suelo. Si la tierra no hubiera estado tan blanda, si Jason no hubiera caído bien... Keith no quería pensarlo. Probó la estabilidad de la escalera y comenzó a subir.

Cuando estaba por la mitad, una ráfaga de aire frío lo sacudió. Keith miró alrededor: la dirección del viento había cambiado, y ahora la tormenta se acercaba rápido.

—Está bien —le gritó a Marc—, doy un vistazo y bajo enseguida.

Subió velozmente, pasó por encima del alero, trepó por sobre las tejas grises hexagonales del techo, y una vez arriba se encontró en un espacio nivelado. Recién entonces Keith vio lo que estaba buscando, a cinco o seis metros de él.

Contra los ladrillos de la chimenea surgían las tres puntas de un enorme tridente. Nacían de un mango metálico grueso como el brazo de Keith. Las grandes puntas tenían rastros de corrosión, y parecían haber recibido su forma a fuerza de pesados golpes de martillo.

Debía de ser hierro moldeado, pensó, un hierro prácticamente inmune al aire y la corrosión. Y si ese mango era el mismo que se continuaba en la planta baja, eso explicaba por qué la chimenea no había sido destruida por los rayos de la última tormenta. Este gigantesco tridente debía actuar como pararrayos, llevando la electricidad directamente al suelo debajo de la base. De hecho con este elemento oculto en la chimenea, la casa del 666 probablemente atraería a los rayos.

Hubo otra ráfaga de viento helado y húmedo, se oyó rugir al trueno, pero aun así Keith se inclinó para ver mejor. Las hojas achatadas del tridente estaban dispuestas paralelas a la chimenea, de modo que era imposible verlas a menos que uno se subiera al techo...

De pronto, Keith sintió que se le paraban los pelos de la nuca. Frente a él, vio que las puntas del tridente irradiaban un resplandor azulado. Y entonces comprendió lo

que estaba a punto de suceder.

—¡Marc! —gritó—. ¡Sostén la escalera! —Estiró una pierna buscando el escalón más alto...

Pero ya era tarde. El aire encima de su cabeza se rasgó con un resplandor más brillante que el sol. El rayo golpeó las puntas del tridente, y una brillante serpiente de luz corrió hacia la escalera.

Keith sintió la electricidad que pasaba por el aluminio, bajo su mano. Todo fue tan rápido que apenas si tuvo tiempo de reaccionar. Bajó a toda prisa y al tocar el suelo se le doblaron las piernas y quedó sentado en el suelo.

Marc lo ayudó a llegar a la galería. Empezó a caer una lluvia ligera. A Keith le resonaba en el oído el estruendo del trueno. Pero ya hacía cálculos. Si ese pararrayos corría junto a la chimenea hasta el suelo, debía tener al menos diez metros de longitud. Y Keith no había observado soldaduras: al parecer era una pieza única de hierro. En cuanto a esas letras, debieron de ser grabadas en el metal al encontrarse éste al rojo vivo, usando de una fuerza casi inimaginable...

—¿Estás bien? —le preguntó Marc—. Tienes la cara blanca como un papel.

—Estoy vivo —dijo Keith—. Subamos.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Marc.

—Si esa columna de hierro hace todo el camino hasta abajo junto a la chimenea, entonces debe pasar por la pared del dormitorio principal.

Marc lo pensó un momento.

—¿Quieres decir que pasa por debajo del revestimiento?

—Sí —respondió Keith—. Veamos si podemos levantarlo un poco sin hacer mucho daño.

Pero cuando Keith presionó los paneles del dormitorio para ver dónde estaban las juntas, toda la pared tembló.

—Todo el sector está flojo —dijo Marc—. Quizás si sacamos la moldura superior...

—¡No, espera! —dijo Keith—. Presiona el panel y levántalo.

Como lo suponía, un panel entero, de un metro de ancho, se deslizó hacia arriba desde el zócalo. Entre los dos lo levantaron y lo apoyaron contra la pared a un lado. Detrás estaba el tiro de la chimenea y la columna de hierro. Keith se mantuvo a una distancia segura, por si acaso el tridente del techo atraía otro rayo. Pero aun así pudo ver que ambos lados de la columna estaban grabados con más letras. Cerca del cielo raso una de las series de letras parecía terminar.

—¿Quieres que vuelva a colocar el panel? —preguntó Marc.

Keith negó con la cabeza:

—Déjalo afuera. Quiero esperar a que pase la tormenta, y copiar esas letras, las de aquí y las de abajo. Quizás alguien pueda decirme qué significan. —Escuchó la lluvia que caía suavemente sobre la ventana del dormitorio. Ya no se oían truenos. Ahora era un chaparrón común. Ese rayo no había sido más que un gesto de irritación... ¿O

una advertencia?

Marc señaló otros paneles del viejo revestimiento:

—¿Estos también estarán sueltos?

—No lo sé —dijo Keith—. Veamos.

Juntos presionaron el panel siguiente de hexágonos entrelazados y lo levantaron del zócalo. Detrás había gruesos tablones de cuatro pulgadas, unidos con ganchos de hierro. Y cada uno tenía dos agujeros en los extremos.

—Mira —dijo Marc—. Con esto habrán reforzado la casa cuando la trasladaron. Keith asintió.

—Y mira aquí.

Cada tablón estaba marcado con un número, de modo que cualquiera podría darse cuenta de dónde iba. Una vez quitado el revestimiento un hombre, trabajando solo, podía dejar lista la casa para un traslado en un día o dos.

¿Pero por qué se molestaba Coste en dejar allí esos tablones? ¿Acaso tendría planeada una nueva mudanza?

Cuando Keith volvió a su casa a la tarde, Jennifer lo esperaba en la puerta.

—¿Cómo está Jason? —le preguntó.

—Bien, gracias a Dios. Las radiografías mostraron que no tiene huesos rotos ni lesiones internas. Lo que sí tiene son unos moretones increíbles, pero también los tendrías tú si hubieras caído de un techo. El médico dijo que no tenía sentido mantenerlo en observación, así que se fue a su casa. Probablemente vuelva a trabajar mañana.

Keith se sacó la chaqueta y la colgó en el placard del vestíbulo. Del bolsillo de la camisa sacó el trozo de papel donde había copiado las letras de la columna metálica. Quizás debiera guardarlo en algún lugar seguro.

—¿Pero cómo estás tú? —Jennifer lo miraba de un modo extraño—. Pareces agotado. ¿Algo anda mal?

Keith estuvo a punto de contarle su accidente con el rayo, pero lo pensó mejor. No era el momento de empezar a explicarle todas las cosas extrañas que había notado en el 666 de Sunset Brook Lane. Al mismo tiempo, Keith lamentaba no haber confiado en su esposa desde el comienzo. Ahora cada nuevo detalle de la casa parecía separarlos un poco más.

—No, nada anda mal —dijo Keith.

Durante toda la cena estuvo callado y sombrío. Jennifer quería saber más sobre el accidente de Jason, pero su marido parecía decididamente opuesto a hablar sobre el tema.

—La cuerda se soltó —dijo, sin dar más explicaciones.

De modo que Jennifer no le preguntó nada más. Se quedó sentada frente a él, tratando de adivinar qué le molestaba. Años atrás, al conocerlo, Keith le había parecido tan claro y alegre. Ahora, no sólo traía las preocupaciones del trabajo a casa, sino que ni siquiera quería compartirlas con ella. Parte del problema, pensó Jennifer, era que Keith siempre había sido un solitario. No estaba habituado a franquearse con la gente; mantenía demasiadas cosas encerradas. La única persona en la que realmente confiaba era su hermano mayor, Paul, pero no se habían visto desde que Paul los visitó en Navidad...

En el casamiento de Keith y Jennifer, el Reverendo Paul Olson había sido a la vez ministro y padrino; y además había atado una ristra de latas vacías al paragolpes trasero de la camioneta de Keith. Pero desde hacía tiempo lo veían muy poco. El año pasado había sido nombrado Rector Asistente de la Iglesia Episcopal de All Souls en Glastonbury, Connecticut. Paul había prometido venir a visitarlos en algún momento de la primavera. ¿Por qué no lo hacía ahora, cuando las flores estaban a punto de abrirse y Keith necesitaba tanto de alguien con quien hablar?

—¿Querido? —dijo Jennifer—. ¿Te gustaría que invitásemos a tu hermano Paul a pasar un par de días con nosotros la semana que viene?

—Buena idea —suspiró Keith—. ¿Piensas escribirle? Si lo haces, quiero mandarle algo.

Subió al dormitorio y volvió con un trozo de papel, en el que había copiado una curiosa serie de letras mayúsculas:

ECCEINMANVTVAES...

—¿De qué se trata? —preguntó Jennifer.

—Es lo que quiero saber —dijo Keith—. Lo copié de un caño de hierro que hay en la casa de Coste. Si Paul sigue con sus cursos del seminario debe conocer a algún profesor que sepa en qué idioma está, y lo que significa.

Cuando terminaron de cenar, Keith la ayudó a levantar la mesa. Después de lo cual fue a encerrarse a su estudio, diciendo que debía trabajar en el diseño del enrejado nuevo para la señora Sackett.

En la cocina, Jennifer se sentó frente al bloc de papel de cartas azul que le había regalado Keith para su cumpleaños.

*Miércoles 18 de abril*

*Querido Paul:*

*Cuesta creer que no te veamos desde el invierno.*

*Siempre dijiste que te gustaría conocer esta zona en primavera. Pues bien, ahora que los rododendros de nuestro jardín están a punto de florecer, nos preguntamos si querrías venir a cenar y quedarte a pasar la noche.*

*Volvimos el 10 de las Bahamas, pero algunas presiones recientes y otras cosas han dejado un tanto decaído a Keith. Nuestro aniversario de bodas es el 7 de mayo, pero sé que le encantaría verte antes, y desahogarse contigo de sus problemas. En tanto, Keith te pide que le muestres este papel a alguien del seminario que pueda decirle qué significan las palabras. Es algo que encontré en una casa en la que trabaja, una vecina a la nuestra, del otro lado de la barranca. Sé que los fines de semana no puedes viajar, por los servicios religiosos. Pero cualquier día de la semana próxima, o la siguiente, nos vendría perfecto. Avísanos antes.*

Salió por la puerta del frente y metió la carta en el buzón. Había otra carta allí, un sobre de la Carpintería de Obra Olson, dirigido a Tom Greene. Pero no tenía estampillas.

Jennifer sacó la carta y fue al estudio de Keith, que estaba inclinado sobre la mesa, trabajando con el dibujo del enrejado de la señora Sackett.

—Keith —le dijo—. Tienes que ponerle estampillas a las cartas si quieres que lleguen.

—¿Eh? —Keith levantó la cabeza—. No mandé ninguna carta.

—¿Cómo no? ¿Y esto? —le dijo ella dándole el sobre.

—¡Te aseguro que no lo puse yo en el buzón! —exclamó Keith. Dio vuelta el sobre en la mano. Era el mismo que había escrito esa tarde, poco antes de que lo llamara Marc, y lo había dejado en la máquina de escribir allí en la oficina de Chappaqua. Y lo que hubiera adentro era bastante grueso; el sobre había sido cerrado con cinta adhesiva de celofán.

Intrigado, rasgó el sobre. Un fajo de dinero cayó al suelo.

Jennifer lo ayudó a levantar los billetes y a contarlos. Había veinte billetes nuevos y crujientes de cien dólares, lo que sumaba dos mil dólares: la suma exacta que le debía Coste por haber comenzado el trabajo en el 666 de Sunset Brook Lane.

*Miércoles 18 de abril al  
viernes 20 de abril de 1979*

AHORA QUE LO pensaba, Keith recordaba claramente haber cerrado con llave la puerta de la oficina la tarde del miércoles. Pero después de todo, había estado apurado. Con la preocupación por Jason, podía no haberse dado cuenta de que el cerrojo no estaba corrido del todo. Coste debió ir a pagarle, encontró la puerta abierta, y usó el primer sobre que encontró.

Pero aun así, había un problema: no se podía cerrar la puerta desde afuera sin usar la llave. De modo que subió a la camioneta y volvió a Chappaqua a cerrarla.

Cuando llegó, la puerta de la Carpintería de Obra Olson estaba perfectamente cerrada. Adentro no faltaba nada, salvo, por supuesto, el sobre que Keith había dejado en la máquina de escribir. ¿Acaso Coste habría usado una ganzúa? Lo que más molestaba a Keith era que sobre el escritorio estaban todos esos artículos fotocopiados del periódico de Seattle. Los había dejado a la vista, sin pensar siquiera en guardarlos. Era imposible que Coste no los hubiera visto.

¿Qué pensaría el dueño de la casa del 666 de Sunset Brook Lane de esta curiosidad de Keith, especialmente después de haberse tomado tanto trabajo para evitar la publicidad? Al diablo, pensó Keith, estaban en un país libre. Si quería investigar la historia de las casas en las que trabajaba, era cosa suya.

El jueves a la mañana, lo primero que hizo Keith fue llamar a un negocio de llaves y cerraduras y le pidió al dueño que fuera a su oficina. Lo observó trabajar instalando una cerradura nueva, y después abrir un segundo agujero, más arriba, para colocar un cerrojo.

—¿Es posible que alguien abra la puerta en estas condiciones? —le preguntó Keith.

—Señor —respondió el hombre—, no hay cerradura inviolable. Pero con estos dos cierres al mejor ladrón le llevará quince o veinte minutos de trabajo abrirla. — Señaló las barras de bronce del cerrojo, que aún tenía en la caja—. El ladrón corriente, de los que merodean por aquí, no tendrá el tiempo ni la paciencia para hacerlo. ¿Y por qué se molestaría con su puerta, cuando fácilmente puede arrancar un panel en la puerta de aquel almacén y entrar sin problemas?

Antes de irse, el cerrajero le mostró a Keith cómo funcionaban las nuevas llaves. Keith no tuvo tiempo de leer los artículos fotocopiados, de modo que los guardó en el cajón superior del escritorio antes de volver al 666 de Sunset Brook Lane.

Ese jueves Jason no parecía dolorido ni molesto. Pero sí parecía cambiado, más calmo, casi tímido, como si esa caída lo hubiera privado de su audacia característica.

El viernes usaron el pegamento especial para llenar las aberturas entre los paneles de revestimiento. Jason trabajó con más cuidado que nunca, aplicando el pegamento con tanta minucia que Keith no podía ver siquiera dónde estaban las juntas.

A las tres de la tarde del viernes habían hecho todo lo que tenían que hacer en el interior de la casa. Una vez que Tom Greene encontrara un inquilino, Keith subcontrataría a alguien que pintara el interior. De modo que a las tres y cuarto despidió a sus empleados.

—El lunes traigan la ropa para pintar —les recordó—. Ya saben que empezaremos el exterior.

David no vendría a cenar hasta las 6.30. De modo que en lugar de volver a casa, Keith fue a la oficina de Chappaqua. Para su tranquilidad, había dos pedidos de presupuesto en el contestador automático del teléfono. ¡Ahora las cosas volvían a la normalidad! Después de hacer los llamados correspondientes, aún tenía tiempo de sobra para leer con todo cuidado esos artículos del periódico de Seattle.

Eran las 4.00 en punto cuando Keith abrió el cajón superior del escritorio.

Por lo que veía, la pila de fotocopias estaba exactamente tal como la había dejado el miércoles a la tarde, ordenada cronológicamente, con el primer artículo arriba. Ese primer artículo, titulado SE ENCUENTRAN DOS CADÁVERES EN UNA CASA DE BREMERTON ROAD, estaba acompañado por una fotografía de la casa. Pero la máquina copiadora había sacado la ilustración muy oscura y borrosa. ¿Había una ventana salediza a la izquierda de la galería? Si la había, estaba oculta por una especie de arbusto.

«Oh, está bien», suspiró Keith. «Probablemente habría más fotos».

A las 4.35 había leído casi todos los artículos. De lo que pudo reconstruir, dedujo esta historia: los dos cadáveres habían sido descubiertos en las primeras horas de la mañana del 21 de octubre de 1973. Un coche policial en sus rondas habituales había visto un Cadillac estacionado durante horas frente al 666 de Bremerton Road. Cuando el patrullero informó por radio del número de la patente, le informaron que ese auto estaba registrado a nombre de Edgar Sutton, de Tacoma.

Una hora más tarde, el auto seguía allí, y el oficial de policía notó que la puerta del frente de la casa estaba medio abierta. Decidió investigar. Adentro, en un «pequeño cuarto de la planta baja», se encontraba Patty Lee Swenson, de diecinueve años, su cadáver tirado contra una pared. Tenía el cuello roto, la tráquea quebrada y una fractura de cráneo.

Del otro lado del cuarto estaba Edgar Sutton, de cuarenta y ocho años, que murió camino del hospital. Aunque las heridas de Sutton eran graves, el médico forense determinó que habría sobrevivido si hubiera quedado tendido en el piso. Pero había estado sentado contra la pared. Inconscientemente, se había ahogado en su propia sangre.

La brutalidad de las heridas hizo que los detectives de la división Homicidios pensaran en un grupo de asesinos. Una semana más tarde, la señora Eunice Sutton Beaufort, de cuarenta y un años, se presentó en la estación de policía de Tacoma.

Pidió protección policial afirmando que su marido, miembro del Concejo de la Ciudad de Seattle, había perdido la razón. Su informe le dio a la policía la primera pista segura del caso, así como también el motivo plausible para los crímenes.

James Beaufort, de cuarenta y tres años, había contratado a Patty Lee Swenson como secretaria inmediatamente después de que ésta terminó sus estudios secundarios. No tardó en iniciar una relación amorosa con la muchacha, y la había ayudado a encontrar esa casa de dos pisos en Bremerton Road donde él la visitaba regularmente, al menos tres veces por semana.

La señora Beaufort se había enterado de esto, pero supuso que no duraría mucho tiempo. Su marido en cambio le pidió el divorcio para casarse con la joven, a lo que la señora Beaufort se negó rotundamente. Al día siguiente telefoneó a su hermano Edgar, abogado de Tacoma, y le pidió que tratara de convencer a la señorita Swenson.

Al día siguiente después de salir de su trabajo, Sutton se dirigió al 666 de Bremerton Road en Seattle. Mientras trataba de convencer a Patty Lee Swenson de la conveniencia de romper su relación, entró inesperadamente James Beaufort.

Según la señora Beaufort, su marido le había confesado el crimen. Pero dado que una esposa no podía presentar testimonio contra su cónyuge, el de la señora Beaufort no era válido ante el Tribunal. La acusación del fiscal del distrito debió basarse exclusivamente en pruebas circunstanciales. No obstante, cuando Beaufort fue llamado a dar testimonio durante el juicio, sorprendió a los presentes con una confesión espontánea de su doble crimen.

De acuerdo con Beaufort, se enfureció al encontrar a su cuñado a solas con Patty, y lo golpeó sin poder contenerse. Cuando la señorita Swenson trató de detenerlo, la golpeó a ella también.

Los detalles de su sorpresiva confesión coincidían con el informe del forense, salvo por una discrepancia crucial. Beaufort afirmó que cuando dejó la casa Sutton yacía acostado en el piso. Pero los policías habían encontrado a Sutton sentado contra una pared del cuarto. De todos modos, el jurado deliberó durante apenas cinco horas y dictaminó la culpabilidad de Beaufort.

Keith estaba casi seguro de que la casa del número 666 de Bremerton Road era la misma que ahora estaba en el 666 de Sunset Brook Lane. Pero para su frustración, las descripciones periodísticas de la casa eran de una vaguedad exasperante. Y ese diario de Seattle publicó siempre la misma foto de la casa. Un gran arbusto ocultaba por completo la ventana salediza, si es que había ventana salediza.

Seis semanas después del veredicto del jurado, el juez dictó para Beaufort una sentencia de reclusión de veinte años a perpetua. Dos años después, el periódico informaba que Beaufort había sido distinguido como prisionero modelo en la Isla McNeil. El anteúltimo artículo había aparecido el 10 de septiembre de 1978:



LA CASA DEL CRIMEN,  
CAMBIA DE UBICACIÓN  
ESCENARIO DE LA TRAGEDIA DE 1973.

¡Ahora sí aparecía algo interesante! En un artículo sobre la casa seguramente aparecería el nombre del propietario. Y si el propietario era Coste, Keith sabría, de una vez por todas, si se trataba de la misma que ahora era vecina suya.

¡Pero la parte inferior de la fotocopia había sido rasgada! La última frase completa decía: «Según la Compañía Spatz, en los últimos años se recibieron varias ofertas para comprar la casa». Lo que seguía del papel no parecía haber sido arrancado de un tirón. Más bien parecía como si lo hubieran roto de a trozos diminutos, uno por vez.

—¡Maldito sea! —dijo Keith en voz alta. Pensó que debían de haber sido ratones. ¿Pero un ratón no habría dejado pedazos por ahí? Salvo que se hubiera llevado todo el papel para un nido o algo así. Todos los inviernos Keith dejaba una trampa preparada bajo el archivo, y veneno detrás del radiador, por si acaso. Se levantó de su asiento y fue a ver. La trampa seguía al acecho. Y el veneno no había sido tocado.

De vuelta al escritorio, miró los otros artículos que había leído. ¿En qué cuarto de aquella casa había cometido los crímenes Beaufort? Ese «pequeño cuarto de la planta baja» donde fueron hallados los cadáveres, ¿sería el cuarto hexagonal bajo la escalera? Patty Lee Swenson había vivido bastante tiempo en esa casa. ¿Habría visto las ventanas con sus grabados enrojecidas por el sol poniente? ¿Habría conocido, ella o Beaufort, a un hombre llamado Coste?

Ahora, años después, los reporteros que habían escrito estos artículos habrían cambiado de trabajo y los detectives de la división Homicidios no recordarían nada. Pero al pensarlo, Keith comprendió que había una persona que sin duda alguna recordaría el caso con todo detalle. Y lo mejor era que Keith sabía perfectamente dónde hallarlo. Volvió a su máquina de escribir y redactó de prisa una carta al interno James Beaufort de la Penitenciaría Federal de la Isla McNeil.

Entró a la Oficina de Correos de Chappaqua a las cinco menos cinco, poco antes de que cerraran. Y cuando llegó a su casa a las cinco y cuarto aún tenía tiempo de sobra para ducharse y vestirse antes de que llegara David Carmichael a las seis y media.

Jennifer había planeado la cena de esta noche pensando en Keith: él estaría contento de comer lo que era habitual en su mesa los días de semana, carne y papas. Pero cuando se sentaron a la mesa, advirtió hasta qué punto la hacía feliz la presencia de David. Para empezar, David no estaba sombrío. No se sentaba a cenar con problemas de molduras o revestimientos o cualquier otra cosa así en la cabeza.

Además, vio que David tenía buen apetito. Cualesquiera que hubieran sido los

problemas recientes del anticuario, su visita al médico le había hecho muy bien. Parecía más relajado esta noche, como si se hubiera quitado de encima alguna pesada responsabilidad. Jennifer se preguntó si podría lograr que Keith visitara al mismo médico y quizás que tomara los mismos remedios.

En el camino hacia la casa de Keith y Jennifer, David deliberadamente había pasado por la casa del número 666 de Sunset Brook Lane. Sin duda alguna era la misma casa que había visto en sus pesadillas: los marcos de madera, el techo de tejas, la disposición de las ventanas, todo era idéntico. Pero la casa de sus sueños era siempre azul. Y la de la realidad era decididamente amarilla...

David no quería hablar de la visita, tan horriblemente embarazosa, al doctor Fuchs-Kramer, y mucho menos de la aterrizante pesadilla que había tenido en la camilla de la clínica. La noche del lunes, y la del martes, el sueño se había repetido en todos los detalles. De modo que ya había visto tres veces a la extraña casa azul deshacerse y rearmarse en instrumentos de tortura y muerte. Por lo tanto, cuando Keith comenzó a describir su trabajo en el interior de la casa, David aguzó los oídos. ¿Sería posible que esa casa estuviera hecha de raras maderas de diferentes tamaños y formas? Si era así, Keith lo tendría que haber notado.

—Esas paredes que están reemplazando —dijo David simulando poco interés— ¿qué tienen debajo?

—Nada —dijo Keith tragando un bocado de papas—. Quiero decir, clavamos el revestimiento contra las tablas verticales que forman las paredes.

—¿Qué aspecto tienen esas tablas? —insistió David. Keith miró fijamente al invitado. ¿Cómo era posible que David Carmichael se hubiera enterado de la increíble reunión de maderas diversas dentro de los muros de la casa del 666?

Por un instante, estuvo tentado de decirle todo a David. Pero después vio a su esposa, sentada del otro lado de la mesa. Jennifer no sabía nada sobre las maderas extrañas en las paredes, ni sobre el pararrayos de nueve metros de largo, ni sobre el rayo que le había caído tan cerca. No. Si ahora se confesaba a David, Jennifer sabría cuánto le había estado ocultando.

—Bueno, la mayoría de las vigas verticales son de dos pulgadas por cuatro, y van de la base de la casa hasta los aleros. Antiguamente se usaba un enlistonado, es decir tablillas finas de madera, y sobre él yeso. Pero hoy el revestimiento preparado es más práctico y fácil de colocar.

—Sí —dijo David—, pero... —Vaciló. No quería tener que relatar su pesadilla con todos esos detalles violentos y horripilantes. Al menos no frente a Jennifer.

De modo que cambió de tema.

Después de la cena, los tres fueron a la sala con sus tazas de café. David buscó en el bolsillo y le tendió a Keith el sestercio de bronce que había comprado en la ciudad.

—Espera un minuto —dijo Keith dando vuelta el envoltorio plástico entre los

dedos—. Esta no es la moneda que te di.

—No es exactamente la misma —respondió David—. Pero es la misma variedad.

—¿Qué pasó con la otra? —preguntó Keith. David tomó un largo trago de café.

—La perdí —dijo tranquilamente—. La última vez que vi a esa moneda fue en la sala de mi departamento. Pero por más que hice, no pude volver a encontrarla.

Keith examinó el sestercio bajo la luz de la lámpara.

—Escucha —dijo—, ésta está en mucho mejor estado que la que te di.

—Vale lo mismo o más que la otra —dijo David después de un carraspeo—. Cuando la devuelvas, estoy seguro de que no tendrás problemas con tu señor Coste.

Hubo una pausa momentánea. Los dos querían decirle algo al otro. Pero ninguno de los dos sabía cómo, o por dónde comenzar.

—Jennifer me dijo que saldrías durante el verano —dijo Keith al fin. David asintió:

—He estado trabajando demasiado últimamente, he tenido malos sueños, esa clase de cosas. De modo que un médico me sugirió que me tome libre el verano. Supuse que sería demasiado tarde para alquilar una casa en la playa. Pero de todos modos me anoté en la lista de espera de una agencia de alquileres de Long Island. Y precisamente esta tarde me llamaron para decirme que había habido una cancelación en Amangasett. De modo que me corresponde a mi.

—Felicitaciones —dijo Keith con un vago sentimiento de celos. Él y Jennifer apenas si habían logrado reunir el dinero para unas vacaciones de diez días en las Bahamas. Y aquí estaba David Carmichael, dispuesto a pasarse tres largos meses en la playa. Pero de algún modo sentía que el anticuario tenía un problema personal de cierta importancia.

—Hay un inconveniente sin embargo —dijo David—. Debo pagarle a la agencia un depósito de ochocientos dólares en efectivo. Si no lo hago mañana a las diez de la mañana me eliminarán y le alquilarán la casa al que me siga en la lista.

—¿No es demasiado dinero? —preguntó Jennifer.

—No por tratarse de una casa en la playa —suspiró David—. Se llegan a pagar alquileres cuatro veces más altos.

—Sería lindo tener una casa así —dijo Keith con nostalgia.

Jennifer miró a su esposo. Casi podía ver cómo tomaba forma el sueño en la mente de Keith: trasladar su negocio de carpintería a algún pueblo soleado en la orilla del mar. Pero seguiría siendo un sueño, eso Jennifer lo sabía. Keith no era una personalidad flexible como David. Estaba demasiado acostumbrado a New Castle como para poder ser feliz en cualquier otra parte.

—¡Bien! —David miró su reloj—. Si quiero estar en Amangasett a las diez, tendré que salir muy temprano. De modo que será mejor que me vaya, aunque lo lamento...

En la puerta, cuando Jennifer despidió a David con un beso, Keith no se sintió molesto. David Carmichael en realidad no era mala persona, y hubo momentos esa

noche, en que Keith se había sorprendido a sí mismo con sentimientos de auténtica amistad hacia él. Al despedirse le apretó la mano con calor:

—Cuídate.

—Nos veremos en septiembre, supongo —dijo David sonriendo.

Keith lo miró desde la puerta del frente mientras David ponía en marcha el Mercedes, retrocedía hasta la calle y tomaba rumbo al norte, en dirección al cruce de Sunset Brook Lane y la Ruta Taconic.

De pronto sintió en la espalda la mano de Jennifer. Se dio vuelta y le dio un súbito abrazo de oso que la hizo reír. Quizás fuera sólo la primavera en el aire, ¡pero qué maravilloso era comprender cuánto amaba a esta mujer!

—Tengo que lavar los platos —protestó Jennifer mientras Keith le besaba el cuello.

—Puedes lavarlos mañana —dijo él—. ¡Y yo te ayudaré!

Al pasar el puente de concreto en lo alto de Sunset Brook Lane, David vio la luna que subía en el este. La había visto antes, desde la ventana de la sala de Jennifer. Ahora estaba más alta, por encima de la copa de los árboles.

Adelante aparecía la silueta oscura de la casa del número 666. La luna proyectaba la sombra de los árboles sobre la calle. Pero la sombra de la casa parecía mucho más oscura, casi sólida y tridimensional.

Por un instante, David sintió el impulso de frenar el auto, dar la vuelta y tomar por el otro camino, antes que pasar por sobre esa sombra que oscurecía el camino delante de él. ¡Oh, vamos!, se dijo. ¡Desde que tenía ocho años le había perdido el miedo a la oscuridad! Y éste era el camino más rápido para llegar a la ruta.

Al entrar en la sombra de la casa, David sintió un pequeño desnivel. ¿Habría algo en la ruta? De pronto los faros se oscurecieron, y casi de inmediato se apagaron del todo. Al mismo tiempo se apagaban las luces rojas del tablero.

David llevó el pie derecho al freno, pero el auto ya estaba deteniéndose por sí solo. ¿Por qué el motor se había parado de ese modo? Con el impulso que llevaba sacó el vehículo del camino y lo estacionó a un lado, sobre la tierra.

Accionó el freno de mano y miró alrededor. Volvía a iluminarlo la luna y había dejado unos treinta metros atrás a la casa nueva. ¿Adonde encontraría un mecánico a esta hora de la noche?

Entonces vio que las luces del tablero habían vuelto a encenderse. Al menos la batería no estaba del todo muerta. Quizás se trataba del motor, que se hallaba frío. David probó de ponerlo en marcha. Para su alivio, funcionó de inmediato, sin el menor tropiezo.

Las luces del tablero volvieron a apagarse. David se aseguró de que el cambio

estuviera en punto muerto, y apretó el acelerador. El motor respondió perfectamente, sin vacilaciones.

Estaba por arrancar cuando vio una luz roja, por el espejo retrovisor esta vez.

La miró, parpadeando por la sorpresa. Una luz roja, brillante, había aparecido detrás de la ventana salediza de la casa. Después se fue apagando lentamente, hasta desaparecer.

¿La habrían visto Keith y Jennifer también? No, imposible, porque su casa estaba del otro lado de la barranca... Entonces David vio que la luz roja comenzaba a brillar a través de los paneles que había a ambos lados de la puerta de entrada. Se volvió en el asiento para mirar mejor. La puerta del frente se abrió.

Una brillante luz carmesí se derramó por la galería, hacia el Mercedes. El motor del auto volvió a apagarse y las luces rojas del tablero brillaron. Pero David, que miraba por encima del hombro, no lo notó.

Abrió la boca en una expresión de estupor. De pie en la puerta del frente, envuelta en ese resplandor rojo sangre, había una figura desnuda. David la reconoció de inmediato.

Y eso fue lo último que pudo recordar.

*Sábado 21 de abril de 1979*

CUANDO KEITH BAJÓ, en pijama y bata, Jennifer ya se encontraba vestida. Estaba sentada a la mesa de la cocina, con una taza de café junto a ella, anotando algo en una hoja de papel.

Habían hecho el amor dos veces la noche anterior. Después de lo cual Keith había dormido profundamente y sin soñar. Ahora miró el reloj sobre la cocina. Eran casi las 8.45.

—Me dormí —dijo con un bostezo.

—Has estado trabajando mucho —respondió Jennifer sin mirarlo—. Hoy es sábado. Puedes permitirte una hora más de sueño.

—No, no puedo —replicó Keith. Se sirvió una taza de café del recipiente que había sobre la cocina—. Debo hacer un par de presupuestos por la mañana. Empiezan a venir nuevos trabajos.

—Me alegro —dijo Jennifer.

Keith se sentó a la mesa y se frotó los ojos.

—¿Qué estás haciendo?

—Redacto un nuevo aviso para el diario, ofreciéndome como decoradora de interiores. —Tachó una palabra y la volvió a escribir—. El último aviso que puse no sirvió de nada. Llevaré este nuevo y lo haré publicar durante una semana.

Keith se levantó y metió una rebanada de pan en la tostadora. Después miró por la ventana. Soltó una exclamación de sorpresa.

Jennifer levanto la cabeza del papel:

—¿Qué sucede?

—Hay un auto al borde del camino, frente al 666.

—Observaba el reflejo del sol matutino en el parabrisas del auto, pero los árboles de la barranca, que empezaban a cubrirse de hojas, le impedían verlo con claridad.

—¿Será el señor Coste? —preguntó Jennifer.

—O algún posible inquilino que mandó Tom Greene.

Keith tomó con precaución un sorbo del café caliente.

—Supongo que Tom tiene una llave de la casa. Debe de haber más de una.

—Si es Coste —dijo Jennifer—, podrás darle la moneda romana que David te devolvió anoche.

—Si es Coste —replicó Keith— no será la última vez que venga. —Volvió a mirar el reloj de la cocina—. Además, no tengo mucho tiempo. Me esperan en Pound Ridge a las nueve y media en punto.

Keith estaba todavía en la ducha cuando Jennifer salió del garaje en el Datsun azul. Adentro quedaba la gran camioneta con el cartel de la CARPINTERÍA DE OBRA OLSON pintado a un costado. Era una cálida y perfumada mañana de abril. Ya pronto Keith debería sacar los protectores de nieve de las ventanas.

Tomó hacia la derecha por Sunset Brook Lane, en dirección a la oficina del periódico de Ossining. Al acercarse al frente de la casa nueva vio el Mercedes-Benz verde estacionado en el sendero de entrada. Y al pasar por allí observó el número de la patente: ¡era el auto de David!

Hizo inmediatamente una vuelta en U y estacionó su Datsun junto al Mercedes. No había nadie al volante. ¿Pero qué podría estar haciendo David en la casa nueva? ¿No se suponía que esa mañana debía estar en aquella inmobiliaria en Long Island?

Bajó del auto y subió los escalones de la galería. Pero la puerta del frente estaba bien cerrada. Intrigada, volvió a mirar el Mercedes en la entrada. Sólo entonces vio una figura de cabellos plateados recostada en los asientos delanteros.

Cando abrió la puerta del lado del conductor, David no se movió. Debió de haber estado sentado al volante y caer hacia la derecha. Todavía tenía puesto el impermeable que llevaba la noche anterior y se cubría la cabeza con un brazo como si quisiera protegerse.

Jennifer le miró el rostro, sobre el que la luz de la mañana hacía resaltar la incipiente barba gris. ¿Qué le habría pasado?

—¡David! —gritó, tirándole de la manga del piloto—. ¡David! ¿Me oyes?

No se movió, y Jennifer debió controlar un sentimiento de pánico. Entonces vio que David inhalaba lenta y profundamente.

—¿David? —repitió.

David abrió los ojos, e inmediatamente volvió a cerrarlos. La luz del sol entraba directamente por el parabrisas. Poco a poco se sentó, moviendo la lengua en la boca. ¿Adonde estaba?

—¿Estás bien?

Volvió a abrir los ojos y vio a Jennifer inclinada sobre la puerta del auto.

—¿Por qué estacionaste aquí? —le preguntaba—. ¿No fuiste a tu casa anoche?

—¿A casa? —preguntó David. Automáticamente se palpó el pecho: la billetera seguía en su lugar, lo mismo que la libreta de cheques. Las llaves del auto estaban en su sitio. Miró a Jennifer con total desconcierto—. Recuerdo que tomé en esta dirección, para tomar la ruta Taconic, ya sabes. —Se pasó la mano por la barbilla—. Había luna llena. Todas esas sombras que cruzaban el camino...

Y después había estado la casa, y luego esa luz roja. David sentía cómo los detalles se le escapaban. ¡Pero Jennifer seguía allí! Entonces... ¿habría sido real todo aquello? Vaciló y miró a Jennifer con más atención. Estaba vestida ahora, y llevaba el largo cabello castaño atado atrás. No era así como se le apareció la noche anterior.

Cuando la envolvía ese resplandor rojo había tenido el cabello suelto, desplegado sobre los suaves hombros desnudos...

No, pensó David, debió de haber sido un sueño. ¡Pero al menos, y para cambiar, un sueño agradable!

—¿Estás seguro de que te sientes bien? —repitió ella.

David salió del auto. Después de una noche en esa posición anormal, la espalda debería haberle dolido terriblemente. Pero en lugar de los dolores y la rigidez que podían esperarse, sentía el cuerpo entero relajado y renovado.

Sonriéndole a Jennifer, se desperezó y aspiró profundamente el aire estimulante de la mañana. Clavado en el césped reciente, junto a la escalera de la galería, había un cartel metálico verde y blanco que decía:

SE ALQUILA  
Thomas Greene,  
Inmobiliaria  
555-0098

Qué gracioso, pensó Carmichael. Había visto ese cartel la noche anterior. Pero entonces estaba clavado junto a la ventana salediza, no aquí junto a la galería.

—¿Qué pasará con Amangasett? —le preguntó Jennifer.

La miró parpadeando:

—Perdón. ¿Qué dijiste?

—¿No debías ir allí esta mañana a pagar el depósito por la casa en la playa?

David recordó. Al mirar su reloj pulsera, vio que el puño de su camisa francesa estaba manchado con puntos de sangre.

—¡David! ¿Qué te hiciste en la muñeca?

En la base del pulgar de la mano izquierda había una herida: la marca de un profundo pinchazo. Pero ya no sangraba y tampoco le ardía.

—No lo sé —dijo David. El reloj marcaba las 2.25. ¡No podía andar bien! Se lo llevó al oído y no oyó el tictac.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Jennifer.

—Alrededor de las 9.15.

David había dejado ochocientos dólares en efectivo en su departamento de Riverside Drive. Lo que significaba que tendría que ir hasta allí a recogerlos y luego encaminarse a Long Island. ¡Nunca podría hacerlo a tiempo!

Una vez más el cartel de alquiler junto a la escalera de la galería le atrajo la mirada.

Jennifer se preguntaba si David habría sufrido otra pérdida de conocimiento antes de ésta. ¿Sería ése el verdadero problema por el que había ido a ver al médico? ¿Y



cómo había podido herirse la muñeca de ese modo? Le rogó que fuera a su casa y tomara café con tostadas, pero David dijo que no quería causarle ningún problema. Jennifer conocía la razón verdadera de su rechazo: no quería tener que explicarle a Keith que Jennifer lo había encontrado dormido en su auto. David ya estaba bastante turbado.

Volvió al Mercedes y el motor se encendió de inmediato. Jennifer sacó su Datsun y le permitió salir a Sunset Brook Lane. David la saludó con la mano y enfiló en dirección a la ruta Taconic.

A las diez y media Jennifer volvió de la oficina del diario de Ossining. En el anotador que había junto al teléfono de la cocina Keith le había dejado una nota diciéndole que no volvería a casa hasta la una, o más tarde.

Jennifer se preparó más café y miró la casa amarilla y blanca que se levantaba del otro lado de la barranca. David le había dicho una vez que tardaba una hora en recorrer el camino entre New Castle y Riverside Drive. Miró el reloj de pared de la cocina: eran casi las diez y treinta y siete ya, y David se había marchado hacía más de una hora.

Fue al teléfono y marcó el número de David. Oyó sonar el teléfono una y otra vez. Después de ocho llamadas, aún no había respuesta.

¿Se habría encontrado con un tránsito muy pesado? Quizás David se había detenido a tomar un desayuno en el camino... ¿O habría vuelto a perder la conciencia? Para asegurarse de que no había marcado mal el número, colgó y volvió a marcar.

Esta vez, el teléfono fue levantado al primer llamado.

—¡Sí, señora Olson! —dijo una voz profunda que no reconoció.

Por un segundo quedó desconcertada. ¿La habría llamado alguien en el preciso momento en que levantaba el receptor para marcar? Había una curiosa estática en la línea.

—Hola —dijo al fin—. ¿Quién habla, por favor?

—Alguien que no se siente muy feliz de que usted lo interrumpa —respondió la voz con impaciencia.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jennifer—. ¿Está el señor Carmichael ahí?

—No ha llegado aún —respondió al momento la voz—. Pero lo hará en cualquier momento.

Jennifer percibió el ligero acento extranjero. Trató de imaginarse a quién podría pertenecer esa voz resonante e irritable.

—Ya veo. ¿Podría decirle que me llame no bien llegue?

—No, no lo haré.

Jennifer sintió una súbita llamarada de ira.

—Escuche —dijo—, ¡basta de bromas! O me dice quién es y qué está haciendo en el departamento de David, o llamo a la policía de Nueva York.

Hubo una risa seca y desdeñosa del otro lado de la línea:

—Señora Olson, la policía ya está sobre aviso.

La comunicación se cortó. Fuera quien fuese, le había colgado. Jennifer apretó la horquilla y la soltó. Pero en lugar del tono que esperaba, oyó el sonido de un teléfono que sonaba. Y casi de inmediato respondían.

—¿Sí? —dijo otra voz. Jennifer reconoció el tono neoyorquino; era alguien distinto del que había respondido antes.

—Hola —dijo con vacilación—. ¿Con quién hablo, por favor?

—Teniente DiMiglio —fue la respuesta—. Departamento de policía de Nueva York.

En la ruta Taconic había muy poco tránsito hacia el sur. Pasando el puente George Washington, los manzanos que se alineaban en la orilla del Hudson estaban casi a punto de florecer. David dejó el Mercedes en el sitio que le correspondía en el estacionamiento y caminó hacia su departamento. Necesitaba con urgencia una afeitada, y tenía la ropa arrugada por haber dormido con ella. Primero que nada una ducha caliente y después un desayuno, pensó. Después bajaría a la tintorería y dejaría estas prendas para lavar y planchar. De vuelta compraría un diario en el kiosco y comenzaría a buscar de nuevo casas de playa para alquilar.

La fachada del edificio de Riverside Drive seguía en sombras. Recién a la tarde, cuando el sol estuviera al oeste, entraría la luz por las ventanas del dormitorio. Le sonrió a Raúl, el portero, y tomó el ascensor.

Cuando llegó a su piso, buscó las llaves en el bolsillo. Pero no bien abrió la puerta del ascensor se sorprendió al ver a un policía de uniforme hablando con Carl Mullins, el administrador del edificio. Además de ellos dos había otro hombre de civil, y David adivinó que era un detective.

Al oír la puerta del ascensor, Carl Mullins interrumpió su conversación con el oficial de policía y se volvió.

—¡Oh, señor Carmichael! —exclamó—. ¡Es usted!

—Por supuesto que soy yo, Carl. —Cualquiera que fuese el problema que había llevado a la policía a su piso, tarde o temprano se enteraría por boca de Raúl. Trató de llegar a la puerta de su departamento, pero el oficial de policía se lo impidió.

—Un momento, señor...

David vio que la puerta de su departamento estaba abierta de par en par. Desde donde estaba apenas si podía ver el ángulo de la alfombra de la sala.

—Lo siento, señor Carmichael —dijo el administrador—. Pero su vecino, el señor Jacobs, se quejaba del ruido que venía de su departamento...

—Oh, eso fue la noche anterior —señaló David.

—No, no —dijo Carl Mullins—. ¡Esta mañana! Pero cuando yo subí, los ruidos

se habían interrumpido. De modo que me permití usar la llave maestra, sólo para asegurarme...

—Señor Carmichael —lo interrumpió el oficial de policía—. ¿Cuándo salió usted del edificio?

—Ayer a la tarde —respondió David—. A eso de las cinco y cuarto. —¿Pero acaso el policía creería que había dormido en su auto? ¡Quizás querrían llamar a Jennifer para confirmar!

—Puede pasar —dijo el detective—. Sólo que no debe tocar nada. —David notó que el policía de civil masticaba goma de mascar—. A propósito, recibió un llamado hace cinco minutos. Una mujer. No quiso dejar su nombre.

—¿Oyó? —dijo el de uniforme—. Vamos, puede pasar.

Al entrar a la sala, David miró alrededor con incredulidad. ¡La casa era un caos! Sus sillones Luis XV estaban apilados patas arriba en un rincón. Los libros de los estantes a los lados de la chimenea estaban dispersos por toda la sala. Todos los cuadros se hallaban en el suelo y habían usado el atizador de la chimenea para hacer grandes agujeros en el cielo raso y en las paredes.

Este desorden le resultaba muy familiar. Para la policía, no podía tratarse de otra cosa que de un maniático que simplemente había destrozado la casa en un rapto de vandalismo insensato. Pero David, para su espanto, tenía otra explicación.

Vio un resplandor que provenía del dormitorio. Miró por la puerta abierta. Era un fotógrafo de la policía. El policía de civil estuvo de pronto al lado de David:

—Soy el teniente DiMiglio —dijo—. Usted tuvo problemas aquí, ¿no es cierto? Hace unos dos años.

—Mi esposa, Eleanor —respondió David.

—La esposa del señor fue asesinada —le explicó el detective al oficial de uniforme.

David asintió, casi sin poder hablar. Casi dos años atrás, el hombre que sorprendió a Eleanor Carmichael buscaba dinero y joyas de las que pudiera apoderarse con facilidad. No comprendió que el amoblamiento del departamento valía una fortuna. De modo que al buscar la colección de monedas de David y los anillos y el collar antiguos que David le había comprado a Eleanor en París, el asesino ocasionó daños por valor de miles de dólares. Pero David puso todo en manos de hábiles restauradores y logró reproducir fielmente el aspecto del departamento tal como se lo veía antes de que su esposa muriera.

Ahora, David no podía creer lo que veía. Todos y cada uno de los detalles de la intrusión original habían sido meticulosamente recreados, hasta el reloj del siglo XVIII de la chimenea que se encontraba en el piso, destrozado. Incluso los fragmentos rotos estaban dispersos en la misma posición que habían tenido el 11 de noviembre de 1977.

—El hombre que mató a mi esposa —tartamudeó David—, ha salido...

—No —dijo el teniente DiMiglio sacudiendo la cabeza—. Ese chico sigue tras las rejas y tiene para varios años más. Lo comprobamos no bien nos enteramos de este problema.

—¿Carl? —David se volvió hacia el administrador del edificio—. Este departamento está protegido por un sistema de alarmas. ¿No funcionaron?

—Sí funcionaron, cuando abrí con mi llave maestra —dijo Carl con una sonrisa—. Funciona perfectamente. Pero, en el momento en que debió sonar no lo hizo.

—Sabemos que el robo no fue el motivo —dijo el teniente DiMiglio.

David se volvió hacia él:

—¿Qué quiere decir?

—Venga. Le mostraré.

Condujo a David hasta el dormitorio. Una vez más, el colchón había sido sacado de la cama. Las cortinas estaban arrancadas de sus varillas, exactamente como habían estado aquella horrible tarde de otoño en 1977. El detective señaló la cómoda del dormitorio:

—¿Ve eso?

El viernes a la tarde, David había ido al Banco y cambiado un cheque de ochocientos dólares, el dinero que necesitaba para la primera semana de alquiler de la casa de Amangasett. En lugar de llevar el dinero consigo a New Castle, había dejado los billetes en el primer cajón de la cómoda.

Ahora los billetes se hallaban dispuestos en abanico sobre el mueble. Estaba la suma completa, salvo que doscientos cincuenta dólares habían sido separados del resto. Pero excepción hecha de ese dinero, el cuarto tenía exactamente el mismo aspecto que el día en que David había entrado a él diecisiete meses antes.

Se sentó y cerró los ojos. Por un segundo se preguntó si no estaría soñando otra vez. ¿Toda esta espantosa coincidencia no sería sólo una terrible pesadilla? Pero no, esto era real. Esta vez ni siquiera con un grito podría despertarse.

Entonces David recordó. Había un detalle del ataque original que ningún vándalo podría reproducir. Y si eso faltaba... David se puso de pie y se dirigió a la cocina.

—Señor Carmichael. —El teniente DiMiglio se le acercó y le tocó el brazo. Pero David siguió adelante con decisión. El 11 de noviembre de 1977 el ladrón había arrinconado a Eleanor en la cocina. El esmalte blanco de la heladera se había cubierto de sangre. Aún ahora, David recordaba la forma exacta de esa horrible mancha en diagonal. Era el tipo de detalle que el familiar de una víctima jamás olvida, pero que nadie puede reproducir exactamente.

El teniente DiMiglio comprendió por qué el señor Carmichael se dirigía a la cocina. De acuerdo, pensó. Veamos cómo reacciona.

David dio un paso en el piso cuadriculado blanco y negro de la cocina y contuvo la respiración. Sobre la puerta de la heladera corría la misma mancha rojiza diagonal que recordaba tan bien. Salvo que ahora había una diferencia: ¡La sangre estaba

fresca!

El policía de civil lo vio volver tambaleándose de la cocina, con el rostro blanco. Su aspecto le indicó al teniente DiMiglio que no estaba fingiendo. Realmente se había sorprendido al ver la sangre sobre la heladera.

Pero también había notado ese corte profundo que tenía David Carmichael en la muñeca izquierda y se preguntaba...

David se dirigió al baño, pensando que no tardaría en vomitar. Pero tenía el estómago vacío. Se sentó en el borde frío de la bañera. Durante el ataque original el baño no había sufrido daños, y ahora tampoco. Era como una minúscula célula a prueba de tormentos, intacta a pesar del tornado que había destrozado el resto del departamento. Ahora se sentía un poco mejor. Aquí adentro, casi pudo creer que nada de eso había sucedido, y que Eleanor seguía viva.

El corte en la muñeca izquierda comenzó a latirle y a doler. Se levantó y abrió el botiquín que había encima de la piletta. Buscó el papel de apositos. Detrás del espejo de la izquierda estaba el frasco de calmantes que su médico le había prescrito en noviembre de 1977. David decidió que le convendría tomar uno ahora. Abrió el agua fría y buscó el vaso que estaba tras el espejo derecho.

Para su sorpresa, el vaso estaba lleno de un líquido anaranjado oscuro que rebalsó y le mojó la mano. Era caliente y tenía el olor penetrante y ácido de la orina animal, ¡de orina animal reciente! Conteniendo la náusea, David lo volcó en la piletta y abrió más la canilla para lavar el vaso.

Entonces vio la forma oscura y redonda en el fondo del vaso. La dejó caer en una mano. Casi de inmediato, sintió las conocidas vibraciones. Era el corroído sestercio de bronce que se había desvanecido una semana antes.

David comenzó a sentir una furia inmensa contra quienquiera que hubiese hecho todo esto. ¡Pensar que este... este alguien podía moverse a su antojo, arruinando cosas bellas!...

—¿Señor Carmichael?

Por el espejo del botiquín, David vio a Carl Mullins que estaba a sus espaldas.

—Señor Carmichael, realmente no puedo comprender todo esto. Raúl asegura que ni anoche ni esta mañana entró nadie que él no conociera. Sólo nuestros vecinos. Ninguna de sus ventanas fue violentada y los policías dicen que no se forzó la cerradura de la puerta. De modo que lo que quiero decir es... bien, que no es justo para el señor y la señora Jacobs...

David se metió el sestercio en el bolsillo y se volvió hacia el administrador:

—¡Oh, vamos, Carl! ¿Piensa acaso que yo destrucé la casa, yo solo?

El administrador habló con un susurro:

—No estoy diciendo eso, señor Carmichael. Pero usted sabe que ha habido quejas. El señor Jacobs dice, que lo oyó, hace un par de noches, gritando a todo volumen. ¡Y ahora esto! —Carl hizo un gesto desesperado en dirección a la sala—. Este es un edificio tranquilo y respetable. Es posible que no le quieran renovar el

contrato, y...

En el vestíbulo, se oyó sonar el teléfono. El detective lo contestó, y escuchó durante un momento:

—¡Señor Carmichael, es para usted!

David pasó junto a Carl Mullins. El teniente le había dicho que había llamado una mujer. ¿Quién podría ser, Miss Rosewood, o Jennifer?

Tomó el auricular que le tendía el detective y se lo llevó a la oreja:

—Hola.

—Señor Carmichael —dijo una voz de hombre desconocida.

—Soy yo —respondió el anticuario.

—Me llamo Tom Greene. ¿Cómo le va? Escuche, soy un agente de una inmobiliaria aquí en Chappaqua...

¿Inmobiliaria? David echó una mirada a su devastada sala. Por dondequiera que mirase, veía dolorosos recuerdos de la muerte de Eleanor, y de la soledad, del miedo y de la frustración que lo habían acompañado desde entonces. ¡No había nada que pensar! Era preciso que se mudara lo antes posible de este departamento.

—Tengo entendido que usted se interesa en la casa de dos pisos que tengo en alquiler —dijo el hombre.

—Sí —dijo David, con la cabeza dándole vueltas—. Sí, estoy interesado en alquilar una casa por el verano...

—Bien, excelente —respondió el hombre del otro lado de la línea—. Mi cliente, el propietario, me llamó esta mañana y me dijo que usted es el inquilino que había estado buscando. Hará la decoración del interior según sus indicaciones. ¿Y sabe qué más me dijo?

—No —dijo David—. ¿Qué le dijo?

—Está dispuesto a alquilarle la casa del seis seis seis de Sunset Brook Lane por sólo doscientos cincuenta dólares mensuales.

*Sábado 21 de abril al  
jueves 26 de abril de 1979*

INMEDIATAMENTE DESPUÉS de cenar la noche del sábado Keith fue al frente de la casa y miró en el buzón. Ahora que había completado el interior del 666 de Sunset Brook Lane, Coste le debía otros dos mil dólares. Y si llegaba a aparecer otro sobre lleno de dinero en el buzón, quería hallarlo antes de que lo hiciera Jennifer.

El domingo a la noche lo encontró: otro sobre con membrete de la Carpintería Olson. Obviamente Coste había tomado más de uno cuando se introdujo la vez anterior. Cuando Keith lo abrió, había otros veinte billetes de cien dólares.

¿Pero en qué momento Coste había podido dejar allí el dinero? El domingo a la tarde estuvo muy caluroso y Jennifer dejó abierta la puerta del frente. Keith no escuchó a ningún auto que se detuviera en Sunset Brook Lane. ¿Usaría Coste una bicicleta? ¿O habría venido caminando?

El lunes, Keith estaba desayunándose en la cocina, con la ropa de trabajo manchada de pintura azul, cuando sonó el teléfono y contestó Jennifer. Era David, para decirle que había alquilado la casa nueva al otro lado de la barranca, de mayo a agosto. ¿Estaría interesada Jennifer en decorársela? Y una vez que hubiera elegido los colores y revestimientos, ¿podría hacer Keith la pintura y el empapelado, o recomendar a alguien para que lo hiciera?

Keith quedó completamente asombrado. ¿Acaso David no pensaba alquilar una casa de playa en Long Island?

Llamó a Tom Greene, quien le aseguró que ese David Carmichael realmente había firmado contrato por la casa del 666 de Sunset Brook Lane.

El anticuario era una persona bastante agradable, pero Keith no se sentía demasiado feliz ante la perspectiva de tenerlo como vecino durante cuatro meses. Por otra parte, podía notar la felicidad de Jennifer al disponer de toda una casa vacía para decorar. Mientras Keith, Marc y Jason pintaban el exterior, Jennifer pasó toda la tarde del lunes dentro de la casa, midiendo los cuartos y tomando notas hasta que se puso el sol y ya no pudo ver más. A la noche, resplandecía de felicidad, como no la había visto desde hacía meses. Jennifer estaba especialmente encantada con el cuartito hexagonal con su piso de mármol dibujado. Keith quería preguntarle si había visto los ventanales rojos con el sol poniente. Pero ¿y si no los había visto? Supuso que sería mejor no decir nada.

El martes por la mañana, a las 9.00 Jennifer fue a la estación de Chappaqua y pasó todo el día en Nueva York. Volvió a la noche con pesados libros que eran muestrarios de empapelados. Dijo que ella y David habían recorrido todos los

negocios de decoración de la Tercera Avenida. A Keith no le agradaba pensar que su esposa pasaba tanto tiempo a solas con David, pero se consolaba pensando que era algo que no duraría. El miércoles por la mañana volvió a irse, y a la noche volvió tan cansada que Keith debió cocinar la cena para ambos.

Le aseguró que contrataría para pintar y empapelar a unos conocidos suyos, los hermanos Staub, que harían un buen trabajo. De hecho, Keith tenía cierto apuro por terminar de una vez con el trabajo de la casa del 666 de Sunset Brook Lane. Pero ahora, con su mujer y David en el asunto, seguiría oyendo hablar de la casa durante todo el verano.

El jueves a la mañana temprano, un camión dejó una gran caja pesada dirigida a Jennifer.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Es el papel para el dormitorio de David.

¿Papel?, pensó Keith. La pintura común habría sido más fácil y menos cara.

—David quiere mudarse el viernes, si es posible —dijo ella—. Así que si tus hombres pueden empezar ya mismo...

Keith no había supuesto que David le daría apenas veinticuatro horas de plazo. Pero afortunadamente Fred y Werner Staub pudieron reacomodar su agenda y empezar a empapelar esa misma tarde.

Cuando los hermanos alemanes llegaron al 666 de Sunset Brook Lane, Keith y sus ayudantes estaban dando la segunda mano de pintura azul a las tablas del exterior. Si no se nublaba, terminarían este mismo día, calculó Keith. A las doce y media Keith volvió a su casa y telefoneó a Tom Greene.

—Estamos por empezar a pintar los marcos. ¿Le quieres preguntar a Coste si preferiría un tono marfil en lugar del blanco puro que hay ahora? Creo que el marfil quedará mejor contra el azul, y no se estropeará tan pronto.

Cuando terminaba de almorzar llamó Tom Greene para decirle que Coste había dado su aprobación. Keith cruzó la barranca y encontró a los hermanos Staub que entraban en la casa la caja de papeles. Fred y Werner, ambos de alrededor de cincuenta años, habían nacido en Bremen, y mantenían su acento alemán. Fred el mayor, era un trabajador excelente pero también un terrible entrometido, que no dejaba de hacer preguntas sobre las personas para quienes trabajaba.

Keith trepó a la escalera y siguió pintando. Pero no habían pasado cinco minutos cuando ya Fred estaba de vuelta afuera, al pie de la escalera:

—¿Por qué debemos empezar por el dormitorio? —le gritó.

—Porque el hombre que alquila la casa quiere mudarse el viernes a la mañana —le respondió Keith—. Y quiere que esté terminado el dormitorio para poder dormir en él.

—¡Oh! —dijo Fred—. Pero no creo que le guste ese empapelado.

—No me importa si le gusta o no —gruñó Keith—. Es problema de él. El tuyo es tener ese cuarto empapelado para esta tarde.

Fred se encogió de hombros y volvió a la casa.



Pasó una hora. A eso de las dos y media entró Jason para usar el baño. Cuando salió, fue hasta la escalera de Keith.

—¿Viste el papel que está pegando Fred en el dormitorio? —le preguntó.

—No —dijo Keith. Jennifer había querido enseñarle algunas de las muestras, pero él había perdido interés muy pronto.

—¿Estás seguro de que es el papel que eligió la señora Olson? —le dijo Jason—. A mí me parece demasiado fantástico.

—De acuerdo —dijo Keith—. Le echaré un vistazo.

Cuando subió al primer piso, no podía creer a sus ojos. Fred y Werner ya habían cubierto la mitad del dormitorio con un papel multicolor, en el que aparecían peonías y faisanes chinos sobre fondo dorado. Jennifer le había dicho que cuantos más colores tuviera un papel, más veces debía ser impreso, y más costaba.

—Fred —dijo—. Tiene que haber algún error. Nadie usaría un empapelado tan lujoso para una casa que alquila sólo durante el verano.

El alemán se limitó a encogerse de hombros.

—Es el único papel que había en la caja. Keith miró la boleta de entrega, pero sólo había números de clave y no descripción del papel.

—Suspendan todo —dijo—. Quiero hablar con mi mujer.

—¿Señor Olson? —le dijo Werner Staub—. Si no está seguro acerca del papel, ¿podemos empezar a pintar el tocador...?

—¡Esperen aquí! —gritó Keith—. No hagan nada más hasta que esté seguro de que no hay ningún error.

Tomó un rollo de papel de la caja y bajó corriendo la escalera. Werner Staub miró a su hermano y se encogió de hombros. Luego se acercó a la ventana y miró a Keith que bajaba la barranca en dirección a su casa. La señora Olson era la decoradora de esta casa y, por lo que él podía ver, la señora Olson y su esposo no se llevaban muy bien. Pero, cualquiera que fuese su problema, lo más sensato sería mantenerse al margen.

Jennifer estaba sentada en la alfombra *beige* pálido de la sala, examinando muestras de telas, cuando oyó el portazo en la cocina. La sorprendió que Keith viniera a casa tan temprano. Por lo general trabajaba sin interrupción hasta las cinco.

Keith entró a la sala y tiró el rollo de papel con peonías y faisanes a la alfombra, frente a Jennifer.

—¡Mira esto! —le dijo empujándolo hacia ella con el pie—. ¡No puede ser éste el papel que elegiste para el dormitorio!

—Sí que lo es —dijo Jennifer—. Y David lo aprobó, es el que él prefiere.

—Pero eres tú la que decora la casa —protestó Keith—. Si David quería empapelado, ¿no podrías haberlo convencido de que no era apropiado?

Jennifer lo miró sorprendida:

—¿Por qué?

—¡Por qué! Porque el empapelado cuesta mucho más que la pintura. ¡Y él no piensa mudarse definitivamente aquí! Cuando David se vaya, en septiembre, no podrá arrancar este papel y llevárselo consigo.

—Exacto —asintió Jennifer—. No está del todo seguro de que sea ése el empapelado que quiere para su cuarto en Nueva York. De modo que usaremos esta casa para probar ideas para su departamento. Además, Coste paga la pintura, el empapelado y las alfombras.

—¿Pero no podrías haber inducido a David a probar con algo más barato —dijo Keith—, y ahorrarle unos dólares a Coste?

—¡No! —dijo Jennifer con firmeza—. Todo lo que he elegido para la planta alta está basado en esa combinación de verde y dorado, hasta el dosel de la cama.

—¿Dosel? —exclamó Keith—. ¿Qué se cree David que es esta casa, el palacio de Buckingham?

Jennifer volvió a mirar las muestras de telas que había desplegado en la alfombra:

—Debes recordar que David se gana la vida vendiendo muebles franceses antiguos. Y por lo general esos muebles son bastante lujosos. De modo que se ha acostumbrado a vivir con más elegancia de la que nos gustaría a ti o a mí.

—¿Quieres decir que decorarán *toda la casa* con ese lujo? —le preguntó.

—Ésa es la idea —dijo Jennifer sin alzar la voz—. Ahora mismo, por ejemplo, estoy tratando de decidir qué tipo de tela convendría mejor para tapizar las sillas del comedor, suponiendo que nos decidamos por un azul Wedgewood para las paredes...

Keith se sintió descorazonado. Sin decirle una palabra, David y Jennifer estaban creando un mundo propio, del cual él se sentía excluido.

—Simplemente no puedo ver a la gente malgastando dinero —dijo.

—No lo estamos *malgastando* —insistió Jennifer—. En el otoño David se llevará las sillas tapizadas. Y Coste se quedará con el empapelado, las cortinas y alfombras para quienquiera que alquile la casa después.

—Sabes una cosa —dijo Keith—, si realmente te gusta ese tipo de papel, ¿por qué no lo usas para *nuestro* dormitorio? Yo podría regalártelo para nuestro aniversario.

Jennifer se rió y negó con la cabeza:

—No se puede decorar así un solo cuarto. No haría juego con el resto de la casa.

De modo que era todo o nada, pensó Keith.

—Está bien —dijo, alicaído. Recogió el rollo de papel, y vio que lo había manchado con la pintura azul que tenía en las manos—. Será mejor que vuelva al trabajo.

A cinco mil kilómetros de distancia, eran las doce y cuarto, hora del Pacífico. El censor de correspondencia de la Penitenciaría Federal de la Isla McNeil miró los

papeles acumulados en su escritorio del edificio de la administración. Probablemente tendría tiempo de leer y aprobar una carta más antes de la hora del almuerzo.

La carta que debía leer ahora era larga, escrita en cuatro hojas de papel. Cuando el censor miró el nombre del preso en el sobre sin cerrar, se sintió ligeramente sorprendido: ese hombre, Beaufort, nunca había sido muy aficionado a escribir cartas.

En los años 1974 y 1975, cuando los crímenes de Bremerton Road conmovían todavía la opinión pública, llegaban hasta cincuenta cartas semanales dirigidas a James Beaufort. ¡Era casi como un club de admiradores! Un sujeto que afirmaba ser estudiante de karate le preguntaba cómo había matado exactamente a Patty Lee Swenson. Al menos una docena de mujeres le escribieron a Beaufort solicitándole en matrimonio no bien su esposa le hubiera concedido el divorcio.

El censor, claro está, se aseguraba de que Beaufort no recibiera ninguna de esas cartas. Según las reglas, un preso casado no debía recibir correo de mujeres. Y por otra parte no tenía sentido darle instrucciones a un probable psicópata para que matara a alguien. De modo que la mayoría de las cartas dirigidas al ex concejal de la ciudad terminaban en el cesto de papeles de la oficina de administración.

Actualmente, Beaufort apenas si recibía cartas. Era por eso que el censor recordaba la que había llegado de un tal Olson, en la costa este, pidiéndole una descripción de la casa de Bremerton Road donde Beaufort había cometido los crímenes. Sus preguntas parecían bastante inocentes, por lo que Beaufort pudo recibir la carta de Olson sin demora.

Y aquí estaba la respuesta del preso. Por ser un hombre que en su vida pública había dictado todas sus cartas, Beaufort tenía una letra bastante buena. El censor destapó su lapicera de pluma ancha: cualquier frase de la carta de Beaufort que debiera ser suprimida, la tinta negra de esta lapicera la tacharía, volviendo ilegible lo escrito de ambos lados. El censor se echó atrás en su silla y comenzó a leer.

*25 de abril de 1979*

*Querido Señor Olson:*

*Gracias por su carta del once de abril. Sinceramente espero que no piense en comprar o alquilar la casa de Bremerton Road. Creo que mis razones para decir eso se verán con mayor claridad a medida que responda a sus preguntas.*

*Cuando mi secretaria Patty Lee Swenson y yo comenzamos a comprender la naturaleza de los sentimientos que nos unían, ella vivía en casa de sus padres. Le sugerí que buscara un departamento para ella, y le prometí aumentarle el salario de acuerdo con el alquiler.*

*Esa misma semana me comunicó que una inmobiliaria la había llamado, sin que mediara ninguna recomendación, para hablarle de una casa victoriana cerca del límite con el distrito de Columbia. Había supuesto que una casa entera era más de lo que necesitaba, pero el alquiler mensual era tan increíblemente bajo que ella podría*

permitírsele aun con su sueldo actual. De modo que lo que dijeron los periódicos, en el sentido de que yo le alquilé una casa, no es estrictamente cierto. No me sentía del todo feliz al ver que ella rechazaba mi ayuda, pero no tuve objeciones de peso. Se mudó unas tres semanas más tarde.

La casa parecía mucho más vieja que las demás del vecindario. Un vecino le dijo a Patty que toda la casa había sido trasladada a ese sitio, entera, unos seis meses antes de que ella se mudara. Pero no tengo la menor idea del sitio del que provenía.

Era un edificio de madera, pintado de amarillo y blanco, con una amplia galería al frente y paneles de cristal coloreado a ambos lados de la puerta. He visto casas así en San Francisco. Había un macizo de lilas plantado a la izquierda de la galería, pero se fue marchitando del lado de la casa hasta que al fin la mitad del arbusto quedó seca. Entrando por la puerta del frente, la escalera estaba a la izquierda. Había un living a la derecha y junto a ella una sala de estar con chimenea. La cocina se hallaba al fondo, en el extremo de un largo corredor. En el piso alto se encontraban el baño y los dos dormitorios contiguos. El más grande tenía toda una pared cubierta de madera.

En el lado oeste de la casa había un pequeño cuarto hexagonal con una gran ventana salediza. Se entraba a él por medio de puertas corredizas bajo la escalera. Las ventanas eran de alrededor de un metro cincuenta de alto, hechas de vidrios hexagonales de unos quince centímetros de diámetro.

La casa estaba amueblada cuando Patty la alquiló. Yo solía visitarla allí tres o cuatro veces por semana. De vez en cuando solíamos encender un fuego de leña en la sala de estar.

Poco después de la mudanza, Patty empezó a cambiar. Empezó a acusarme de no tener el valor de divorciarme de mi esposa. Siempre hablaba de lo mucho que deseaba casarse, hasta que empecé a pensar que podría decirle sí al primer hombre que estuviera en condiciones legales de ofrecerle matrimonio. Dado que tenía toda esa casa para ella sola, empecé a preguntarme si no vería a otros hombres. Y tuve pesadillas que se repetían, en las que me abandonaba. En esos sueños la veía en la ventana salediza de la casa de Bremerton Road, hablando con un hombre cuyo rostro no podía ver. Tuve este mismo sueño una y otra vez.

Pude comprobar que Patty no se sentía contenta de tener que quedarse en casa todas las noches. De modo que una tarde después del trabajo la llevé conmigo a cenar a Tacoma, donde supuse que no habría muchas oportunidades de encontrarnos con conocidos.

Aquí debo decirle que mi cuñado, Edgar Sutton, vivía y trabajaba en Tacoma. Edgar era esa clase de hombre estirado, pomposo y arrogante que sólo un abogado puede llegar a ser. Siempre me reprochaba por haber entrado en el gobierno de la ciudad, cuando, según él, podría haber ganado mucho más dedicándome al ejercicio de la abogacía.

Desde su divorcio, en 1970, Edgar se había considerado a sí mismo una especie

de Don Juan. Pero a mí siempre me resultaba más gracioso que irritante.

Sea como fuere, Patty y yo cenábamos en una mesa discreta de un restaurante en Tacoma cuando Edgar y una mujer a la que yo nunca había visto entraron y se sentaron en la mesa contigua.

Edgar se tomó el trabajo de no reconocirme, lo que significaba que comprendía perfectamente lo que estaba sucediendo. Desde ese momento tuve motivos para esperar que tarde o temprano le contaría a Eunice que me había visto con Patty. Mi esposa nunca se había merecido una crueldad y yo jamás quise hierla. Teníamos dos hijos, ambos en universidades del Este, que no sabían nada de esto. Patty y yo hablamos del problema en el camino de regreso a Seattle. Ambos estuvimos de acuerdo en que lo más conveniente sería que yo hiciera el primer movimiento. Supuse que Eunice me concedería el divorcio cuando comprendiera qué sentimientos me unían con Patty. Dos noches más tarde, le dije todo a Eunice. Pero lo tomó realmente muy mal.

Al día siguiente en el trabajo me sentí cada vez más deprimido y desdichado. Patty me había llamado para decirme que se hallaba en cama con gripe. De modo que antes de ir a casa a ver a mi esposa, decidí pasar por el 666 de Bremerton Road y visitar a Patty, para ver como se encontraba y ayudarme a convencerme de que estaba haciendo lo correcto.

Puede imaginarse mi sorpresa al ver el Cadillac de mi cuñado estacionado frente a la casa. Al entrar con mi llave, oí la voz de Edgar proveniente del cuartito bajo la escalera. Estaba tratando de convencer a Patty de que me dejara, pero se calló al oír mis pisadas. A Patty le gustaba mirar el crepúsculo a través de los ventanales de ese cuarto, y debió de estar allí al llegar Edgar. Cuando entré por las puertas corredizas, la luz del sol poniente casi me cegó. Debí mencionar antes que en las tardes de sol esas ventanas recibían la luz de tal modo que todo el cuarto se inundaba de rojo, algo sumamente hermoso por cierto. Asimismo, las ventanas estaban grabadas con mucha delicadeza, con dos figuras de hombres y una de mujer. Patty me había dicho que la figura de la derecha se parecía a mí. Nunca pude comprobarlo con la luz común, pero una tarde, cuando el sol se ponía, me llevó allí y me lo mostró. Tenía razón: el parecido era increíble.

Esa tarde, Patty tenía puesta una bata. Estaba con gripe, como me había dicho, y probablemente había dormido todo el día. Pero no bien la vi tuve la idea de que ella y Edgar habían estado juntos en la cama. Cuando le dije de mal modo que se marchara, Edgar comenzó a sermonearme acerca de mi responsabilidad como hombre casado.

Patty se levantó y le tocó un brazo. Ahora comprendo que trataba de interrumpirlo, pero en ese momento el gesto me pareció íntimo, casi obsceno. Luego Edgar comenzó a reprenderme por lo que consideraba una traición a la confianza de que yo era depositario como miembro del concejo de la ciudad; entonces perdí la calma y le di un puñetazo.

*El golpe fue mucho más violento de lo que había pensado. Probablemente le quebré la nariz. Cuando levantó los puños para defenderse me regocijé, porque eso me daba una excusa para volver a golpearlo, y seguí haciéndolo mientras él resistió. Cayó al suelo y seguí pegándole, esperando que admitiera que se rendía. Entonces sentí las manos de Patty en los hombros, tratando de apartarme. Me enfureció que después de todo lo que había hecho por ella, se atreviera a ponerme una mano encima. De modo que me volví y le pegué en la cara lo más fuerte que pude. Ese golpe la despidió hasta el otro lado del cuarto. No recuerdo lo que sucedió después, hasta que volví a mirar a esa ventana de la derecha. Podría jurar que era realmente mi rostro el que estaba dibujado en ella.*

El censor decidió eliminar esa última frase. Sonaba como si Beaufort pensara pedir un nuevo juicio, usando la demencia como defensa. Ahora, casi seis años después de los crímenes, sería casi imposible probar nada de un modo ni de otro. Ya bajaba la lapicera cuando sus ojos saltaron al párrafo siguiente.

*Usted se preguntará por qué confesé un crimen en primer grado, cuando pude acusarme de crimen pasional e incluso de homicidio en defensa propia. Pero el hecho es que realmente premedité la muerte de Edgar.*

*Empezaba a comprender que Patty estaba muerta. Comencé a tener noción de la cosa terrible que había hecho. ¡Pero lo que realmente me enloquecía era pensar que si Edgar no se hubiera entrometido, nada de esto habría pasado!*

*Ahora la luz roja del cuarto se apagaba rápidamente, y noté que Edgar sangraba profusamente por la nariz. De modo que antes de salir del cuarto lo levanté del sitio donde había caído y lo senté en un rincón del cuarto. Como estaba inconsciente, supe que probablemente se ahogaría en su propia sangre. Pero quería que lo hiciera. Por eso lo dejé allí.*

*Más tarde, cuando volví a mi departamento, pensé seriamente en volver a ayudar a Edgar. ¿Pero qué sucedería si alguno de los vecinos ya había llamado a la policía? No podía pensar siquiera en entrar allí en medio de policías. Entonces pensé en detenerme y telefonar a una ambulancia, pero temí que me hicieran identificar. No quería que me pusieran esposas y me llevaran a la comisaría como a un criminal común; aún ahora quería mantener la dignidad de mi posición como concejal de la ciudad. Pero si hubiera telefonado quizás Edgar estaría vivo hoy. No lo sé.*

*Es por eso que me confesé culpable ante el tribunal. Y quise ser castigado, no sólo por haber matado a Patty, sino por haber dudado de ella. Y es por eso que le aconsejo que no compre ni alquile la casa en la que ella vivió (lo último que supe de la casa es que seguía en alquiler). No es que la casa esté maldita ni nada de eso, aunque Patty me habló de un par de accidentes extraños, como una antigua moneda romana que apareció de la nada en medio de su cama.*

*Ahora comprendo más bien que la casa actúa como una especie de amplificador*

*psicológico. Fue la casa la que puso en la cabeza de Patty preocupaciones y dudas que ella no habría sentido de otro modo. Y llevó mis peores impulsos y sospechas a un punto más allá de toda proporción.*

*Como quizás usted ya sepa, rechacé hace poco una oferta de libertad condicional. No quiero volver a vivir afuera, porque sólo podría recordar la vida que Patty y yo podríamos haber vivido juntos, y el daño y dolor que provocaron mis acciones. Un año después de mi encarcelamiento le concedí el divorcio a mi esposa. Luego, un año más tarde, mi hijo mayor se suicidó. Ya no conozco el paradero de mi hijo menor; pero tengo entendido que ha cambiado su nombre. De modo que el resultado han sido tres muertos, y otras tres vidas arruinadas, incluyendo la mía. Quizás un juez pueda pasar eso por alto, pero yo no puedo.*

*Sinceramente,  
James Beaufort*

Bien, bien, pensó el censor.

¡Con esa amplia confesión de premeditación quedaba excluida cualquier posibilidad de argumentar demencia! Beaufort ni siquiera aludía a que la oferta de libertad bajo palabra le había sido hecha en virtud de su estado de profunda depresión, ni a que sus vecinos de celda se quejaban de sus quejas y aullidos durante el sueño, ni mencionaba las tres veces en que los guardias debieron llevarlo a la enfermería donde se le lavó el estómago o se le vendaron las muñecas.

No, no había nada aquí que pudiera desacreditar a la penitenciaría o a su administración. ¡Y además, era hora de almorzar!

El censor metió la carta en el sobre que Beaufort había dirigido al señor Keith Olson del 712 de Sunset Brook Lane, New Castle, Nueva York. La cerró y selló el reverso indicando que el contenido había sido leído y aprobado. Finalmente, sumido en sus cavilaciones, la colocó junto a las otras cartas que esa tarde irían a tierra firme para ser despachadas.

Viernes 27 de abril de 1979

MÁS DE UNA HORA después de la fijada con los hombres de la empresa de mudanza, David Carmichael seguía esperándolos frente al edificio de Riverside Drive donde estaba su departamento.

Miró su reloj pulsera, que había vuelto a marchar perfectamente. Eran casi las 10.15. ¿Debería volver a telefonar a la compañía? Pero David no quería regresar a subir a su departamento hasta que no estuviera totalmente vaciado y redecorado.

El sábado anterior, David había esperado hasta que la policía se marchó. Luego metió algo de ropa y elementos de *toilette* en una valija, y se registró en el Hotel Carlyle, en la Madison Avenue. El domingo le envió por correo a Tom Greene su cheque por el primer mes de alquiler de la casa del 666 de Sunset Brook Lane. Y el lunes llamó a Jennifer Olson para ofrecerle el trabajo de decorar esa casa, así como el departamento de Riverside Drive.

Cuando David volviera a Nueva York en septiembre, ese departamento tendría un interior totalmente renovado, tan alegre y colorido como pudiera hacerlo Jennifer. Los únicos muebles que llevaba a New Castle eran los que no habían sufrido daños: la cama matrimonial con dosel, la cómoda y la mesita china de la sala. Cuando las otras antigüedades volvieran del restaurador, las vendería todas en un remate. Mientras tanto, Jennifer lo ayudaría a probar nuevas cortinas, alfombras y empapelados en la casa del número 666 de Sunset Brook Lane.

Supuso que el camión de la mudanza vendría del sur. Entrecerró los ojos y miró a lo lejos por Riverside Drive. Pero todo lo que pudo ver fueron taxis y coches particulares.

De pronto vio un camión pintado de color brillante que doblaba la esquina a dos cuadras de distancia.

En la estación de policía del Lado Oeste al norte, el detective en ropas de civil levantó el auricular del teléfono que estaba sonando.

—Teniente DiMiglio. —Escuchó durante un momento, masticando pensativamente—. Sí. Tipo A, Negativo. ¡Gracias!

Después de colgar buscó sobre el escritorio el viejo archivo del asesinato de Eleanor Carmichael. Entre las hojas de papel secas y quebradizas encontró la página que buscaba: los resultados del examen del médico forense.

El teniente DiMiglio tenía razón: el tipo de sangre de Eleanor Carmichael había sido O positivo. Pero según el laboratorio, la mancha que había aparecido el sábado



anterior sobre la heladera de David M. Carmichael había sido tipo de Tipo A, Negativo.

El policía había visto el corte profundo en la muñeca del señor Carmichael.

Siguió revisando el archivo hasta dar con la página donde estaban los datos del marido de Eleanor Carmichael. Por supuesto, el tipo de sangre de David M. Carmichael era A, Negativo.

Al fin de cuentas, no se había tratado de una intrusión auténtica. La alarma no había sonado hasta que llegó el administrador con la llave maestra. El teniente DiMiglio había oído hablar de chiflados que reproducían las circunstancias de las violaciones y asaltos que habían sufrido. Una forma extraña de duelo, decían los psicólogos. Pero si David M. Carmichael quería destrozarse su propio departamento, no era un verdadero crimen, al menos nada que el código penal de la ciudad reprimiera.

De modo que el teniente DiMiglio supuso —incorrectamente— que no volvería a oír hablar de David M. Carmichael.

Al mediodía, Jennifer estaba en la cocina de su casa preparando sandwiches. En cualquier momento Keith cruzaría la barranca que los separaba del 666 de Sunset Brook Lane. Por lo general él se preparaba su propio almuerzo con pan negro, carne ahumada y queso. Pero hoy Jennifer quería sorprenderlo con un sandwich de jamón. Keith era loco por el jamón. Quizás eso ayudara a disipar su mal humor reciente. Y Jennifer ya había probado con todos los métodos posibles.

Era obvio que no lo entusiasmaba la idea de que David se mudara a la vecindad, pero desde la discusión sobre el empapelado del dormitorio de David, Keith se había mostrado distante y formal. Jennifer sabía que eso era una señal de peligro. Cuando Keith estaba apenas irritado, maldecía y se quejaba y se lo demostraba con claridad. Pero si algo lo molestaba realmente, simplemente se retraía y a Jennifer le era imposible aproximarse.

Jennifer estaba disponiendo las tajadas de jamón sobre el pan de centeno cuando oyó al furgón del correo que se detenía. Salió por la puerta del frente a recoger las cartas. Al volver a la cocina encontró a Keith de pie junto a la mesa. Pudo sentir el olor a pintura que irradiaba su ropa.

—¡Hola, ya viniste! —le dijo tratando de sonreír. Pero el rostro de Keith siguió sombrío:

—¿Hay carta de Paul? —le preguntó. Jennifer pasó las cuentas y folletos de propaganda, buscando un membrete de la Iglesia All Soul's.

—Me temo que no —dijo.

—¡Maldición! —Keith fue a la heladera y sacó una lata de cerveza—. ¿Recuerdas el trozo de papel que te pedí que le enviaras?

Ella asintió:

—¿El que tenía las letras mayúsculas?

—Exacto. ¿Lo incluiste en la carta, no?

—¡Por supuesto! —dijo Jennifer.

—Empiezo a desear que no lo hubieras hecho. —Tomó un largo trago de cerveza—. No guardé un duplicado. Debí haber hecho fotocopiar esa hoja, por si tu carta se perdía en el correo.

Después de una leve vacilación, Jennifer le dijo:

—Quizás le llevó un tiempo averiguar el significado.

—Alguien en el seminario debería poder decirle en qué idioma está. —Keith se dirigió al teléfono—. Creo que voy a llamarlo a Paul ahora mismo.

—¿No quieres comer primero? —le preguntó Jennifer—. Te estaba preparando un sandwich.

Keith miró las tajadas de jamón en la mesada y se volvió hacia ella.

—En realidad no tengo mucha hambre. No debiste darte tanto trabajo.

Jennifer volvió a la mesada y comenzó a poner mostaza sobre las rebanadas de pan. Keith se volvió hacia ella, con el auricular del teléfono en la mano.

—¿No te molesta que lo llame a Paul ahora, no? —le preguntó.

—¿Por qué habría de molestarme? —respondió ella—. ¡Es tu hermano!

—Bueno, pero fuiste tú quien lo invitó. —Keith terminó de marcar el número—. No quiero que Paul piense que lo estamos presionando para que venga.

Se quedó mirando a la pared, esperando la comunicación. Jennifer dio un mordisco al sandwich y volvió a sentarse. Tampoco ella tenía hambre.

Keith seguía inmóvil con el auricular en la mano. Jennifer oía el llamado al otro lado de la línea, sin respuesta. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Sería así todo el resto del verano, Keith erraría como un fantasma por la casa, ignorándola? No pudo evitar pensar en lo cálido y amable que había sido David durante esos dos días tan cansadores en que habían visitado las casas de decoración de la Tercera Avenida.

Keith golpeó la horquilla del teléfono y volvió a marcar. Como no quería que la viera llorar, Jennifer salió corriendo de la cocina y subió las escaleras rumbo a su dormitorio. Conteniendo la respiración para que Keith no oyera sus sollozos, lo oyó hablar por teléfono.

—Sí, habla su hermano. Keith Olson. Mi esposa le mandó una carta y quiero asegurarme de que la haya recibido...

¡Ni siquiera había advertido que ella ya no estaba!

En Glastonbury, Connecticut, poco antes del mediodía, el sargento Philip Riley estacionó el patrullero frente a la Iglesia Episcopal de All Souls.

El policía, un hombre robusto y pesado, era metodista, y nunca había entrado antes a una iglesia episcopal. Recorrió el corredor estrecho con piso de madera de la rectoría, al final del cual había una placa que decía PAUL OLSON, RECTOR ASISTENTE. Golpeó y oyó una voz que lo invitaba a pasar. Era la misma voz que había hablado

por teléfono esa misma mañana.

Paul Olson no esperaba al sargento Riley hasta más tarde. Al levantarse para saludar al policía, cubrió con una revista la carta de Jennifer. Había recibido esa curiosa carta de su cuñada la semana pasada y, desde entonces había estado luchando por descifrarla.

Al darle la mano al oficial, Paul no pudo evitar notar el objeto que sostenía su visitante en la mano izquierda. El policía colocó el resplandeciente cáliz de plata en el secante verde del escritorio, entre ambos.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Les pertenece a ustedes?

—Estoy casi seguro de que así es —dijo el rector asistente. Tendió una mano hacia el cáliz, pero vaciló—: ¿Ya han buscado las huellas digitales?

El sargento Riley sonrió. ¿No lo había visto el sacerdote traer el cáliz con las manos?

—Encontramos un par de huellas —respondió—. Pero borrosas.

—Por favor, siéntese —dijo Paul.

El corpulento sargento Riley se dejó caer en la silla que estaba junto al escritorio del rector asistente. Paul volvió el cáliz del revés y examinó la base. Allí estaba el sello del platero de Wellingford, Connecticut, al que la iglesia le había encargado todos sus objetos litúrgicos.

—Sí —asintió al fin—. Es nuestro.

Paul enderezó el cáliz, vio que la copa no tenía marcas o raspaduras. La pieza seguía en tan buenas condiciones como el día en que había desaparecido. Pero entonces Paul notó el extraño reflejo del interior. El fondo estaba cubierto de una sustancia de color pardo oscuro.

—Hablando de huellas digitales —dijo el sargento Riley—. Nos gustaría hablar con todas las personas que tienen acceso regular a la sacristía. Porque tenemos una idea bastante aproximada de quién robó su cáliz.

—Yo también —dijo tristemente Paul—. Yo sé quién lo tomó.

El oficial se irguió en la silla:

—¿Entonces por qué no nos dijo cuando informó sobre la falta?

—Porque entonces no lo sabía —respondió el rector asistente—. El miércoles pasado vino una mujer joven a la rectoría y me contó lo que había pasado con nuestro cáliz. Pero aún ahora, no tengo ninguna prueba.

El sargento Riley miró a Paul a los ojos:

—¿Le importaría ponerme al tanto, reverendo?

—De acuerdo —dijo Paul Olson tras una leve vacilación—. Pero no quiero hacer mención de nombres.

El policía lo miró desde el otro lado del escritorio, sin decir nada.

—En pocas palabras —dijo Paul—. Esta joven es una estudiante de nuestra

universidad y los padres son miembros de nuestra congregación. Me dijo que nuestro cáliz fue usado en un ritual satánico la noche del sábado pasado.

El sargento Riley no movió tan siquiera una pestaña.

—¿Y cómo se enteró ella?

—¡Porque estuvo presente! Fue una ofrenda de sangre, un sacrificio animal. Pero su novio (o mejor dicho el joven que era su novio) le dijo que el cáliz que usaban era «genuino», es decir un cáliz consagrado en una iglesia. De modo que esta semana, cuando sus padres comentaron que faltaba nuestro cáliz, sumó dos más dos y vino a verme. Pero no recordaba exactamente el sitio donde se había llevado a cabo el rito. Era en algún sitio del campo. De modo que no podía hacer gran cosa para recuperar el cáliz.

—Pudo habernos comunicado lo que ella le dijo —respondió el sargento—. Y si presenta cargos, puede impedir que vuelva a suceder.

Paul veía los restos de la sangre seca en el fondo del cáliz. Obviamente, habría que limpiarlo y volverlo a consagrar.

—Tendrá que preguntarle al rector —dijo al fin—. Llevar estas cosas a los Tribunales no hace más que darles publicidad. Les da ideas a personas que nunca habrían soñado con ellas.

Paul Olson se sentía triste y descorazonado. No podía recuperarse de la sorpresa que le había producido enterarse de que el organizador de la misa negra era Lawrence Fisher, miembro de la Hermandad del Altar de All Souls. ¿Qué cosa no había sabido darle el cristianismo a ese hombre? Y hasta el sábado pasado Cindy Trumbull lo había acompañado a esas ceremonias. ¿Qué podía llevar a jóvenes como Lawrence y Cindy a salir a la medianoche a invocar al enemigo de Dios?

Volvió a mirar al oficial de policía:

—¿Podría mostrarme el sitio donde encontraron el cáliz?

—Claro —asintió el sargento Riley—. Si dispone de una media hora.

Al subir al patrullero, Paul oyó que el teléfono en su oficina empezaba a sonar. Pero no quería hacer esperar al sargento Riley. El secretario del rector lo respondería, y si era algo importante volverían a llamar.

Unos diez kilómetros más allá del límite de la ciudad de Glastonbury, el sargento de policía estacionó el patrullero al costado del camino. Paul bajó y siguió al oficial a un prado desierto. Los tallos de las varas de San José del año pasado asomaban por entre la hierba nueva.

Frente a una vieja pared de piedra, la hierba estaba cortada al ras. Habían trazado en el suelo, con cal, un gran hexágono de unos seis metros de lado. En el centro aproximado de esa figura se encontraba un rastrillo con el mango profundamente clavado en tierra. Sus puntas negras y afiladas señalaban el cielo despejado.

Cerca del rastrillo, reclinada sobre su lado derecho, había una gran ave blanca. Evidentemente estaba muerta desde hacía varios días, pues ahora era apenas un montón de plumas enredadas. Junto al ave se hallaba una roca grande y plana,

cubierta de musgo: una especie primitiva de altar.

—Ahí es donde estaba su cáliz —dijo el sargento Riley tocando la piedra con el pie. Paul vio que sobre la piedra había una mancha oscura y seca. En la hierba cercana se veían gruesos círculos de cera, que eran velas que habían ardido hasta el fin.

A la luz del día, pensó Paul, todo esto parecía engañosamente tranquilo. En los árboles cercanos cantaban los pájaros, y un pequeño avión atravesaba el cielo encima de ellos. La pradera estaba vacía. Pero el sábado a la noche, Lawrence Fisher y Cindy Trumbull habían estado aquí. ¿Y cuántos más?

—Reverendo —dijo el sargento Riley—, ¿qué sentido tiene ese rastrillo? ¿Y para qué querría Fisher su cáliz? Quiero decir, ¿tiene algún sentido todo esto? ¿O es una mera broma? —El policía sonrió forzosamente—. Siempre que no le moleste hablar sobre el tema.

Paul trató de recordar los detalles del relato que le había hecho Cindy el miércoles. Había sido miembro de ese culto hasta el sábado anterior, cuando experimentó algo que la asustó más de lo que podía soportar y le dijo a Lawrence que no quería volver a verlo nunca más.

—Bien —comenzó Paul—, en cuanto al rastrillo, es una parodia de la cruz en los altares. Las puntas señalan al cielo como un desafío, o un insulto. Como usted sabrá, estos rastrillos se usan en el campo para remover el abono. Aquí significa que Dios es algo tan despreciable como el abono. —Señaló el altar, y luego una abertura en el borde superior de la pared de piedra—. Dios le ordenó a Moisés que los altares se construyeran con piedras en bruto. Los satanistas, en consecuencia, usan una piedra que arrancan de un muro. Todo es al revés, se da cuenta. —Empujó al ave muerta con la punta del zapato. Por el pico, supo que era el pato del que le había hablado Cindy—. Este pato era el compañero de algún niño. La idea básica es causar la mayor cantidad posible de pena y miedo, o cualquier otra emoción negativa. El pato fue sacrificado con un cuchillo de madera. Las primeras gotas de sangre se derramaron sobre el altar de piedra como tributo al Demonio, considerado por los satanistas como el auténtico señor de la Tierra. El resto de la sangre fue a parar al cáliz; no la sangre de Cristo, la sangre de un pato. Y después... bien, los participantes consumaron su propia versión de la comunión...

E inmediatamente después de eso, recordó Paul, vino lo que decidió a la chica Trumbull a no asistir a ningún otro ritual.

Cindy siempre se había aburrido ligeramente en las ceremonias, y los sacrificios le parecían crueles y sin sentido. Nunca aceptó ser ella la que matara al animal sacrificado cada semana. El sábado pasado, sin embargo, Lawrence Fisher había traído dos jaulas, una con un conejo blanco, y otra con el pato blanco. Cindy le preguntó por qué había traído un animal de más, pero Lawrence se limitó a sonreír:

—Damon me dijo que lo hiciera —le señaló.

El pato fue sacrificado con un cuchillo de madera, como siempre. Pero en el

momento en que Lawrence comenzó a recoger la sangre en el cáliz robado, Cindy sintió que una presencia entraba al hexágono. El aire se volvió húmedo de pronto, y la llama de las velas disminuyó. Asustada se acercó a la jaula donde estaba el conejo blanco. Al parecer los demás se habían olvidado de él, lo que alegraba a Cindy, que amaba a los conejos. Metió la mano entre los barrotes para acariciar la tierna piel blanca del animalito. Y en ese instante sintió un olor ácido, a fiera. La presencia estaba junto a ella ahora, burlona, inteligente e infinitamente poderosa.

Algo invisible se apoderó de su brazo, llenándose de una energía pasmosa. El conejo chilló y, a la luz trémula de las velas Cindy vio la causa. Con un solo toque de su mano, le había arrancado un trozo de piel al conejo.

La presencia pareció desvanecerse y, con ella la energía que le había infundido. Sollozando de miedo, Cindy mató al conejo para evitar que sufriera más. Pero para Lawrence Fisher, toda la experiencia había sido una especie de alto honor:

—¿No comprendes? —le preguntó—. ¡El deseo saciado te vuelve más fuerte!

Pero Cindy no *quería* comprender. Rompió su noviazgo con Lawrence esa misma noche, jurando que nunca más volvería a presenciar un ritual...

—Parece saber bastante sobre esos satanistas —dijo el sargento Riley—. Supongo que no hablará por experiencia propia.

—No, no —se apresuró a decir Paul—. La joven que vino a verme me contó todo esto...

—¿Se refiere a Cindy Trumbull?

Paul miró al oficial:

—¡Sargento, le pedí que no mencionáramos nombres! ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —suspiró el oficial—. Pero estamos casi seguros de que es el novio de Cindy quien está detrás de todo esto. Hasta ahora no pudimos acusar a Fisher de nada que no fuera violación de propiedad y crueldad con animales. Mire, ese rastrillo no es robado. Lo compró en el almacén de herramientas y lo puso en la cuenta de sus padres. Pero robar el cáliz de su iglesia... eso sí es algo de lo que podría acusárselo, y según el valor de esa pieza...

El rector asistente se inclinó sobre el altar de piedra manchado de sangre.

—Ayúdeme con esto, por favor —pidió.

El sargento Riley tomó el otro lado de la piedra y ayudó a Paul a reponerla en su lugar en la pared. Después Paul se dirigió al rastrillo y lo tomó por el mango, debajo de los dientes. Ahora observó que había palabras grabadas en la madera. LO QUE EL HIERRO APRISIONA, decía del lado derecho. Y del lado izquierdo: EL ORO LO LIBERARÁ.

—¿Qué quiere hacer con eso? —le preguntó el oficial. Paul sonrió:

—Nuestro jardinero en la iglesia podría encontrarle algún buen uso. —Pero aunque tiró con todas sus fuerzas, el rastrillo, bien hundido, no se movió.

Frunciendo el ceño, Paul lo tomó con más vigor y lo movió hacia adelante y atrás. Lenta y pesadamente el rastrillo comenzó a aflojarse. Pero Paul debió trabajar durante otros cinco minutos antes de poder soltarlo.

El sargento Riley vio el gesto de incredulidad en el rostro del rector asistente. El suelo de este prado era una arcilla densa, repleta de piedrecillas. Y aun así el mango sin afilar del rastrillo había sido introducido unos cuarenta centímetros en la tierra.

David Carmichael llegó a New Castle pasada la una del mediodía, minutos antes de que lo hiciera el camión de mudanzas. En la curva al oeste de Sunset Brook Lane vio aparecer frente a él la casa del número 666.

El sábado anterior, la casa victoriana de dos pisos había sido de un amarillo pálido. Ahora estaba recién pintada de azul oscuro, con marcos blancos: exactamente el mismo color que tenía la casa de sus pesadillas.

Para que el camión de mudanzas pudiera entrar hasta la casa, David estacionó su Mercedes en la calle, frente a la ventana salediza. Salió del auto y quedó petrificado de asombro. La ventana salediza, con sus vidrios hexagonales, le devolvía fijamente su reflejo. A ambos lados del cual, las tablas azules parecían filas y filas de escamas. ¡Todo le resultaba horriblemente conocido!

Cruzó Sunset Brook Lane y miró a la casa desde allí. En ese preciso lugar, comprendió, había estado durante su primera serie de pesadillas. El espacio vacío junto a la casa existía realmente: era la barranca que la separaba de la casa de Keith y Jennifer. De modo que, al fin de cuentas, gran parte del sueño había sido una anticipación de la realidad.

Con el corazón latiéndole de prisa, David sacó sus dos valijas del auto y las llevó a la galería del frente de la casa. Aquí era donde había comenzado la segunda serie de pesadillas: con David recorriendo lo que ahora veía que era un sendero de grava.

Una escalera de madera manchada de pintura estaba apoyada contra el techo de la galería. Del camino provenía una suave brisa. La pintura marfil de los marcos de la galería, fresca aún, brillaba bajo el sol de la mañana. David subió los peldaños. Al colocar las valijas frente a la puerta, vio dos hombres de mediana edad que pintaban el comedor.

Lo saludaron, y David les sonrió.

Durante la semana anterior, se había reprochado por haber alquilado esta casa sin siquiera darle una mirada al interior. Pero ahora, al subir las valijas al piso alto, sintió que sus reservas desaparecían. ¡Qué techos maravillosamente altos! Y el dormitorio, con su empapelado de faisanes y peonías, era absolutamente hermoso. Se había sentido algo culpable al elegir un dibujo tan extravagante. Pero según Tom Greene, Coste se sentía feliz de pagar por empapelado y pintura de la mejor calidad. ¡Y el efecto ciertamente que valía la pena! Aun sin muebles, el dormitorio era espléndido, algo proveniente del siglo pasado.

Miró por las ventanas. Allí estaba la casa de Keith y Jennifer, al otro lado de la barranca, a menos de cien metros de distancia. Intrigado, David volvió a mirar. ¡Esa vista le resultaba conocida! Y también creía recordar el enmaderado hexagonal de la

pared. Por supuesto, Jennifer le había mostrado un esbozo del plano de la casa, y habían pasado dos días enteros hablando sobre la decoración. Pero el conocimiento de David era más profundo.

Dejó las valijas en un rincón del dormitorio y volvió a bajar. Tal como lo esperaba, bajo la escalera, había dos puertas corredizas. David tomó los picaportes de hierro, tiró de ellos y las pesadas puertas rodaron silenciosamente en sus rieles, introduciéndose en el enmaderado.

Al entrar al cuartito hexagonal, sintió una onda de energía que le recorría el cuerpo. Aspiró profundamente, sonriendo. ¿De modo que así era como actuaba el aire de campo sobre el organismo? El sol recién empezaba a asomar por ese lado de la casa, y a iluminar los paneles hexagonales de vidrio. Jennifer había llamado «jardín de invierno» a este cuarto, pero ahora que David lo veía, comprendió que no le gustaría verlo lleno de plantas. Le gustaba así, vacío y simétrico, tal como estaba. Las tres ventanas se encontraban orientadas hacia las colinas del oeste del Valle del Hudson. David se quedó mirando el horizonte distante, hasta que lo arrancaron de su ensoñación unos pasos en la escalera, sobre su cabeza. Por la ventana de la izquierda vio que el camión de mudanzas había entrado por el sendero, dando marcha atrás. Al salir del cuarto hexagonal encontró a uno de los hombres de la compañía de mudanzas, que entraba por la puerta del frente.

—Señor —le dijo el hombre—, tenemos todas esas cajas que dicen «ropa». Pero no habrá lugar en el vestidor para todas.

—No me sorprende —dijo David sonriendo—. ¿Por qué no dejan el resto aquí abajo, en la cocina?

—¿Y qué le parece en ese cuartito? —sugirió el hombre.

—¡No! —gritó David—. Dejen este cuarto como está.

—¡Está bien, señor, está bien! —El hombre retrocedió, asombrado por la vehemencia de David—. Pondremos las cajas en la cocina.

Keith se sintió amargamente disgustado porque su hermano Paul hubiera salido de la rectoría apenas un minuto antes de que él llamara. Después de colgar, había pasado unos quince minutos disculpándose con Jennifer, a quien encontró llorando en el dormitorio. Tras lo cual los dos se sentaron y comieron en silencio y sin alegría los sandwiches de jamón. Se había sentido muy feliz de escapar de esa cocina donde se encontraba incómodo y culpable y poder volver al trabajo.

Cuando cruzó la barranca, los hombres encargados de la mudanza llevaban una cama desarmada hacia la casa. Keith tenía curiosidad por ver las cosas que había traído David. Cuando él y Paul eran chicos, todo el barrio iba a observar cuando una familia nueva se mudaba. Por los muebles y cosas que se descargaban podía adivinarse el carácter de la familia, cuántos hijos tenían... Y como Keith nunca había visto el departamento de David en Riverside Drive, sentía curiosidad por ver qué



muebles traería para hacer juego con ese suntuoso empapelado del dormitorio.

Cuando entró por la puerta del frente, vio a David en el vestíbulo. Tenía los zapatos lustrados, los pantalones recién planchados, y había un pañuelo de seda en el bolsillo superior de su chaqueta *sport*. Keith se adelantó con la mano extendida, después de habérsela secado en el pantalón de trabajo. Pero David ignoró su gesto.

—Keith, ven aquí, por favor. Quiero que veas algo.

«¿Qué le pasaría?», se preguntó Keith. Sin una palabra más, David lo condujo hasta el cuarto hexagonal.

—¿Ves eso? —David señalaba la ventana derecha del balcón—. ¿Cómo se rompió ese vidrio?

El rostro del hombre que lloraba faltaba aún. Keith había cubierto el agujero con un trozo de plástico transparente, asegurado con cinta adhesiva.

—No sé cómo sucedió —respondió Keith—. La ventana estaba entera cuando la vi por primera vez.

—Entonces debió hacerlo alguno de tus hombres —respondió David secamente.

—No —dijo Keith—. Ese panel faltaba cuando vine a hacer el presupuesto, antes de que empezáramos a trabajar.

—¿Y bien? —preguntó David con el ceño fruncido—. ¿Por qué no lo has arreglado como corresponde?

—¡Porque no soy vidriero! Y ni Marc ni Jason tienen las herramientas necesarias para reparar vidrios. ¿Qué importancia tiene? ¡De todos modos no vivirás mucho tiempo aquí!

—La importancia —replicó David—, es que esta casa ya ha sufrido bastante daño por causa del descuido y la estupidez. ¿No ves acaso la increíble cantidad de trabajo que ha sido necesaria para crear esas ventanas? Y dile a tu gente que en adelante se mantenga fuera de esta habitación. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Keith fríamente—. Por mi parte ni siquiera me acercaré a este cuarto, porque el lunes comenzaré otro trabajo en Pound Ridge.

Salió y David fue tras él.

—Si quieres que reemplacen ese vidrio, habla con tu casero.

—¿Con Tom Greene? —preguntó David.

—No —dijo Keith—. Tom Greene no es más que el agente. Me refiero a Coste. Él es el dueño.

David siguió a Keith hasta la galería.

—Keith, perdona. No sé tan siquiera por qué me enojé tanto...

—¡Y yo tampoco! —estalló Keith—. No fuiste tú el que trabajó aquí durante dos semanas, clavando maderas y subiendo escaleras. Estuviste sentado en Nueva York, sin levantar un dedo. —Comenzó a bajar los peldaños de la galería.

—¡Keith, espera! —lo llamó David—. ¿Recuerdas el sestercio que te di? La moneda brillante en el envoltorio de plástico.

Keith se detuvo y se volvió.

—¿Qué pasa con esa moneda?

—¿Se la devolviste a Coste?

Keith negó con la cabeza:

—Nunca lo he visto a Coste. Se la di a Tom Greene.

—¡Pero es que encontré el original! —dijo David.

—Si pudieras decírselo a Tom, querría hacer el cambio...

Keith lo miró:

—Te diré lo que harás. Haz que te instalen un teléfono. Levanta el auricular. Busca el número de Tom Greene en la guía. ¡Y haz esa maldita llamada tú mismo!

—Escucha... —empezó David.

—No, escucha tú —gritó Keith—. No soy tu criado, soy un vecino. No me gusta que me den órdenes. ¿Y cuándo piensas pagarle a Jennifer el dinero que le debes?

—Las cuentas por la pintura y el empapelado las dirigieron a Tom Greene... —tartamudeó David.

—¡Al diablo! —dijo Keith—. Si tienes el dinero para alquilar esta casa, bien podrías pagar esas malditas cuentas y no hacer esperar a mi esposa por el dinero.

—Pero Jennifer me dijo...

—Yo te lo digo —gritó Keith, tan fuerte que los hombres del camión de mudanzas volvieron las cabezas—. Jennifer es mi esposa... ¡y no lo olvides!

*Sábado 28 de abril al  
lunes 30 de abril de 1979*

EL FIN DE SEMANA pasó sin novedades. De vez en cuando Jennifer miraba por la ventana a la casa del otro lado de la barranca, el 666 de Sunset Brook Lane. Pero David Carmichael no aparecía donde pudiera verlo.

El sábado a la tarde, Jennifer fue en su auto a un vivero y le compró a David un regalo para alegrar su casa: dos pequeñas higueras en macetas de terracota, para el jardín de invierno hexagonal. Cuando entró por el sendero de grava del 666 de Sunset Brook Lane, el Mercedes de David no estaba. De modo que se llevó las higueras a su casa y las puso en un rincón de la cocina. Evidentemente David había salido de compras, porque esa misma noche lo vio moviéndose en su cocina muy iluminada, preparándose la cena.

El domingo por la tarde, ella y Keith fueron al cine en Ossining. Cuando volvieron a casa, había empezado súbitamente a hacer calor. Del oeste llegaba una densa niebla que iba cubriendo la barranca entre las dos casas.

Al crepúsculo, la niebla era tan densa que Jennifer ya no pudo distinguir la casa del otro lado de la barranca. Por lo que podía ver, David no había encendido la luz eléctrica. Era como si la casa nunca hubiera estado allí. Por unas horas al menos, ella y Keith volvían a tener a Sunset Brook Lane toda para ellos. Keith parecía regocijarse por este clima neblinoso e íntimo. Para alivio de Jennifer, volvía a parecerse al Keith alegre de antes.

Para la cena del domingo preparó una omelette española y una ensalada variada. Keith abrió una botella de vino blanco que había estado guardando para una ocasión especial. Las tensiones de la semana pasada parecían superadas al fin. Después de la cena fueron por toda la casa adelantando los relojes una hora. Era el último domingo de abril, y en todo el país se pasaba al nuevo horario destinado a ahorrar energía. Después de lo cual Keith la llevó al dormitorio e hicieron el amor. Fue especialmente tierno y considerado. Más tarde, cuando su marido roncaba tranquilamente a su lado, Jennifer cayó en un sueño profundo. Cuando se despertó, el lunes por la mañana, el reloj marcaba las seis y cuarto de la nueva hora. Keith se había despertado casi una hora antes y ya estaba vestido para irse a trabajar. Dio la vuelta a la cama y le sonrió:

—Trabajaremos en Pound Ridge al menos hasta el jueves —le dijo—. Si me necesitas, te dejaré el número de teléfono en el anotador de la cocina.

Jennifer estiró las piernas bajo las frazadas cálidas.

—¿No vendrás a almorzar entonces?

—No —dijo Keith y volvió a sonreír—. Pero me hice un sandwich con el jamón

que sobró, y me lo llevo. —Se inclinó sobre ella y la besó en la frente—. Nos veremos a la noche.

—Adiós, querido —murmuró Jennifer. Poco después, oyó el motor de la camioneta que se encendía, y ésta después salía a la calle. Tras lo cual todo volvió a quedar en silencio.

Jennifer durmió una hora más. Cuando al fin se levantó y abrió las persianas, se sorprendió al ver que el viento seguía trayendo niebla del oeste y ahora parecía más densa que el día anterior. Sin molestarse en ponerse el camisón, Jennifer se echó encima la bata de seda verde y bajó a la cocina. Cuando el café y las tostadas estuvieron listos se sentó a la mesa. Afuera soplaba una brisa muy suave, y la densa niebla de la barranca se colaba por las ventanas. Se vio totalmente aislada, horriblemente sola. Ajustándose la bata con más fuerza, se sintió algo triste porque Keith no volvería hasta la noche. Pero en realidad, se dijo, no había por qué preocuparse. New Castle no era como el lado oeste de Manhattan, donde los ladrones habían entrado dos veces al departamento de David en menos de dos años. Aquí se vivía una vida campesina, tranquila y segura. Ni siquiera se veían muchos extraños, salvo en otoño, cuando los turistas de fin de semana venían a la ciudad a ver las coloridas hojas de los árboles, y cuando los cazadores de ciervos, con sus chaquetas y gorros rojos, se dirigían hacia los bosques.

Iba por la segunda taza de café, y pensaba qué le compraría a Keith para su aniversario de bodas, cuando sonó el timbre de la puerta. Miró el reloj de la cocina: todavía no eran las 8.00; demasiado temprano para el cartero. Alisando la bata, atravesó de prisa la sala. El timbre volvió a sonar, con más exigencia.

Echó una mirada por la ventana de la sala. Aquí, al este de la casa, la niebla parecía menos densa. Podía ver perfectamente la entrada. Pero no había ningún auto estacionado en el sendero, ni en la calle. La puerta del frente era de roble sólido, sin vidrios que pudiera romper un ladrón para introducirse. Keith no se había molestado en instalar una mirilla, de modo que ahora, Jennifer no podía ver quién era la persona parada frente a la puerta tocando el timbre.

Con precaución corrió la traba de la puerta y la abrió muy poco. Era David, con un buzo gris y zapatillas. Por un segundo ni siquiera lo reconoció; nunca antes había visto a David sin chaqueta y corbata. Ahora respiraba ruidosamente, y su rostro sonriente irradiaba energía. Un rizo plateado le había caído sobre la frente. Jennifer pensó que era casi increíblemente apuesto.

—¡No sabía que hicieras aerobismo!

—No solía hacerlo —dijo él riéndose—, pero aquí no abundan las canchas de tenis. Así que todas las mañanas corro un kilómetro más allá de tu casa y vuelvo.

—No te había visto pasar —dijo Jennifer—. Me temo que no nos levantamos tan temprano.

—¡Oh, siempre están levantados! —sonrió David—. Pero cuando veo la camioneta de Keith todavía adentro, doy un amplio rodeo.

—Está muy húmedo afuera —dijo ella—. ¿No quieres entrar un minuto?

—¡Con mucho gusto!

En el vestíbulo, David se detuvo para sacarse las zapatillas embarradas. Al inclinarse Jennifer vio que el buzo se le pegaba a la espalda y a las piernas; probablemente no llevaba nada debajo, así como ella misma estaba desnuda debajo de su bata de seda.

Descalzo, David cruzó la alfombra de la sala. Una vez en la cocina, Jennifer le dio una tostada caliente y le sirvió una taza de café. Se sentía ligeramente incómoda. Por primera vez en más de dos años desayunaba con un hombre que no era Keith.

Llevó su taza al otro lado de la mesa y se sentó.

—¿Por qué te estás levantando tan temprano? —preguntó.

—Es muy simple —respondió David sonriendo—. No hay cortinas en el dormitorio, así que me despierta el sol. Y al hacer ejercicios tengo sueño temprano. Después de todo, no se puede hacer gran cosa aquí por las noches.

—No —asintió Jennifer—, realmente no hay mucho que hacer. —Al hablar, pensaba que realmente era un hombre apuesto—. ¿La pasas bien, entonces?

—Oh, es un paraíso —sonrió David—. Nada más que correr, leer, comer y dormir. Lo único que deseo es que lleguen las sillas y el sofá que encargaste.

Jennifer sonrió disculpándose:

—Los pedidos especiales siempre tardan unas semanas. Pero la sala estará terminada a fines de mayo. David se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano:

—La planta alta quedó maravillosa —le dijo—. ¿No quieres venir a verla?

Su contacto la sorprendió, y apartó la mano. Sólo un cuarto estaba totalmente amueblado en la casa. De modo que cuando David decía «la planta alta», no podía referirse más que al dormitorio.

—Bien —dijo—, quizás esta tarde.

—¿Por qué no ahora? —le preguntó David.

—Porque ni siquiera estoy vestida —dijo Jennifer riéndose. Nerviosamente se apartó el pelo de la cara. David le sonreía:

—Yo tampoco estoy vestido en realidad. Además, hay una niebla espesa esta mañana. Nadie te vería.

¿Estaría bromeando?, se preguntó Jennifer. No eran sus modales, en absoluto. Al fijarse mejor, vio que David apenas si había probado su tostada. Ni había bebido el café. Se limitaba a mirarla, con una sonrisa traviesa.

El cabello volvió a caerle sobre la cara a Jennifer, y lo echó hacia atrás.

—Lo siento —dijo sonrojándose—. Debí ofrecerte crema. ¿No...?

—No, gracias —respondió—. Me gusta negro, como a ti. —Volvió a sonreírse—. Acerca de tu visita a mi planta alta, ¿no vienes?

—No en pantuflas —dijo Jennifer. Podía imaginarse a Keith volviendo a recoger algo que había olvidado, mientras ella se paseaba en bata por Sunset Brook Lane—. Es posible que a ti te guste levantarte al amanecer, pero yo ni siquiera puedo ver antes

de las 9.00.

David miró el reloj sobre la cocina y sonrió:

—De acuerdo entonces. En exactamente una hora y cinco minutos...

—¡No! —exclamó Jennifer—. Tengo que darme una ducha y hacer compras. Después quiero ir a Mamaroneck y ver cuándo podrán enviarte esas cortinas para tu dormitorio...

David la miró hasta que ella soltó la risa.

—Hablando en serio —dijo él—. ¿A qué hora te espero?

Jennifer miró la niebla que pasaba frente a la ventana:

—¿Te viene bien a eso de las 3.00 o las 4.00?

David asintió:

—Creo que encontraré un hueco en la agenda.

Jennifer miró incrédula la sonrisa feliz y galante de su amigo. Nunca había visto antes este aspecto de la personalidad de David, y no sabía bien qué actitud tomar.

—Hay algo más que necesita tu casa, aparte de las cortinas —comentó para cambiar de tema—. ¿Ves esas higueras? Las compré para que las pongas en el jardín de invierno.

—Gracias —dijo David—. Pero me gusta ese cuartito tal como está. No querría transformarlo en una jungla.

—Yo tampoco —respondió ella—. Apenas dos árboles en macetas, uno a cada lado de la entrada. —Cruzando la cocina, alzó una de las higueras—. No son pesadas. Si te las llevas ahora, iré a verlas esta tarde.

Lo acompañó hasta la puerta, donde David se volvió a poner sus zapatillas. Luego tomó una higuera en cada mano y se inclinó hacia ella, besándola en la boca:

—¡Hasta luego! —le dijo alegremente.

Jennifer cerró la puerta con llave y volvió a la cocina a lavar las tazas. No quería que Keith las viese y empezara a hacerle preguntas.

De pronto, se sobresaltó al ver a David por la ventana de la cocina. Él le sonrió y pasó rumbo a la barranca, con las dos macetas en brazos. Jennifer lo miró desaparecer en la niebla espesa. El sendero que usaba Keith por la barranca era apenas una huella sinuosa entre los árboles. Y sin embargo David la había descubierto a los dos días de mudarse.

El sábado y domingo, Keith no quiso molestar a su hermano pensando que estaría ocupado con los servicios religiosos. Pero el lunes a la mañana empezó a preocuparse de nuevo. ¿Se habría perdido la carta que envió Jennifer? De modo que cuando Marc y Jason fueron a almorzar, a las doce y media, Keith le preguntó a la dueña de la casa de Pound Ridge si podía usar su teléfono.

—Quiero hablar a larga distancia, con Connecticut —explicó—. Pero lo haré cargar a la cuenta de mi número de la oficina.

—No hay problema —dijo la mujer—. Puede usar la extensión del cuarto de mi hija. Este año está interna en un colegio.

Keith se sentó en una cama llena de animales de juguete y alzó el auricular de la mano de plástico del ratón Mickey.

En Glastonbury, el reverendo Paul Olson estaba sentado en su oficina de la rectoría. Una vez más, trataba de reunir los minúsculos trocitos de papel azul que tenía en el escritorio. El timbre del teléfono quebró su concentración.

—Rectoría de All Souls —dijo—. Habla Paul Olson.

—Hola, reverendo —dijo la voz del otro lado de la línea.

—¡Keith! —se rió Paul—. ¿Cómo estás? Precisamente en este momento estaba trabajando con la carta que me envió Jennifer.

—Me alegro —respondió su hermano—. Acerca de eso te llamaba. ¿Alguien en el seminario sabe en qué idioma está la inscripción?

Paul miró las docenas de papelitos azules que tenía en el escritorio:

—La carta de Jennifer está en inglés —dijo—. ¡Al menos eso descubrí!

—Espera un segundo —respondió Keith—. Me refiero al trozo de papel que le pedí que te enviara junto con la carta.

—¡Oh, eso! —Paul abrió un cajón del escritorio y sacó un papel doblado—. ¿Te refieres a la inscripción que comienza con *Hominibus Deus*?

—Supongo que es ésa —respondió Keith—. ¿Está toda en mayúsculas?

—Así es —dijo el hermano—. Pero no sé suficiente latín como para traducirla. ¿Quieres que se la muestre a alguien del seminario?

—¡Por supuesto que sí! —dijo Keith—. ¿No te lo decía Jennifer en la carta?

—¡Es posible que lo diga! —se rió Paul. Aunque en realidad no le había encontrado mucha gracia a la broma de su cuñada—. Pero todavía no la he armado toda. Dime, Keith, ¿desde cuándo se dedica a enviar rompecabezas?

Keith vaciló:

—No sé a qué te refieres.

—¡A su carta! —respondió Paul—. Reconocí de inmediato su letra en el sobre, y además la dirección, 712, Sunset Brook Lane. Pero la carta estaba cortada en pedacitos increíblemente pequeños. ¿No te la mostró?

—No —dijo Keith, más intrigado que él—. Sólo me preguntó si estaba de acuerdo en que te invitara a pasar un día o dos en New Castle.

—Cuando abrí la carta —siguió diciendo Paul—, el papel con tu inscripción latina estaba plegado y tenía adentro la pila de papelitos azules. He reunido la mayoría, pero algunas partes de la carta parecen faltar. No hay nada acerca de una invitación, aunque me gustaría mucho ir a verlos.

Keith no podía imaginarse por qué habría hecho Jennifer algo así.

—De todos modos —dijo— esperamos que puedas venir a cenar, mañana a la

noche, o quizás el miércoles, y te quedas a pasar la noche.

—Lamento que no me lo hayas dicho antes. —Keith notó la pena que traslucía la voz de su hermano—. Pero ahora ya me comprometí para una boda mañana a la noche. Y el miércoles a la noche tengo que visitar pacientes en el hospital. ¿Podría ser la semana próxima, o la siguiente?

—Bien, nuestro aniversario de bodas es el 7 de mayo, y cae un lunes. Pero ven cuando quieras. ¿Y podrías hacer que me traduzcan esa inscripción latina?

—¡No hay problema! —dijo Paul—. El profesor Whitney Sinclair da un curso sobre historia de la Iglesia primitiva. Sabe latín al dedillo. Si le muestro este papel mañana a la mañana, probablemente pueda traducirlo de inmediato. ¿A qué hora puedo llamarte?

—¿Mañana? A las doce y media —dijo Keith—. Si me vas a llamar iré a casa a la hora del almuerzo.

—¡Bien! —dijo Paul—. Para entonces habré revisado mi agenda y sabré cuándo podré ir a visitarlos.

De vuelta del negocio de telas de Mamaroneck, Jennifer se detuvo a hacer compras. Cuando al fin llegó al 666 de Sunset Brook Lane ya eran más de las cinco. Pero, con el nuevo horario, el sol estaba alto todavía, y parecía más temprano.

David vino a recibirla a la puerta con su libreta de cheques en la mano.

—Dime —le dijo—. ¿Cuánto te debo por la pintura y el empapelado?

—Nada —respondió Jennifer—. Le mandé las cuentas a Tom Greene. Él, o Coste, supongo, me pagan y yo a mi vez les pago a los proveedores. Así es como un decorador de interiores consigue sus comisiones.

—Pero Keith me dijo...

—Por favor —respondió Jennifer riéndose—. Keith no entiende cómo funciona este negocio.

David mostraba una ansiedad casi pueril por mostrarle lo bien que había quedado su dormitorio. Ella estuvo de acuerdo en que era precioso, y después volvió abajo. No había un solo mueble en toda la planta baja. Pero David había extendido una pequeña alfombra oriental en el suelo de maderas desnudas del comedor. Hizo sentar a Jennifer sobre la alfombra, fue a la cocina y volvió con dos copas y una botella abierta de vino blanco.

Era como un picnic sin comida, pensó Jennifer. Y el comedor sería realmente sensacional. Los hermanos Staub ya habían pintado las paredes de un celeste oscuro. Y esa misma semana terminarían los bordes ornamentales, que eran blancos. El efecto final haría pensar en Wedgewood, ¡y con sólo dos capas de pintura!

David brindó con ella. El vino era mucho mejor que el que habían tomado con Keith la noche anterior. Al mirar a David, pensó que el alejamiento de la ciudad le había hecho mucho bien. Parecía años más joven, y aun más extraordinariamente



apuesto.

El tiempo pasó de prisa. Hablaron de departamentos de Nueva York que ella había decorado, de coleccionistas y museos que le habían comprado antigüedades a David. Antes de que se dieran cuenta, la botella de vino estaba vacía. Afuera, el sol bajaba cada vez más.

Cuando Jennifer miró su reloj, vio que eran casi las seis. Con el horario anterior, Keith solía volver del trabajo a las cinco y media. Y después de todo un día de trabajo en Pound Ridge, querría comer temprano.

—Tengo que ir a preparar la cena —dijo levantándose.

—¿Ya? —le preguntó David—. ¿No puedes esperar hasta las siete y media? A esa hora se pone el sol.

Jennifer negó con la cabeza, preguntándose qué tendría de importante la puesta de sol.

—Keith volverá en cualquier momento, y no quiero que me encuentre aquí. Ya está bastante celoso.

—Pero es que no creerás lo que sucede en las ventanas del jardín de invierno hasta que lo veas —dijo David—. Se iluminan con un resplandor rojo vivo. Y hay figuras grabadas en el vidrio que parecen difundir una luz propia. —Hizo una pausa y le sonrió a Jennifer—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte?

—No puedo. —Jennifer estaba de pie, con la copa vacía en la mano—. ¿Pusiste esas higueras en el jardín de invierno? Muéstrame.

David la condujo al vestíbulo. Las puertas corredizas debajo de la escalera estaban abiertas, y se hizo a un lado para que Jennifer entrara primero.

El sol daba en los cristales, por lo que ella tuvo que levantar una mano y protegerse los ojos del resplandor. David había colocado los dos arbolitos a ambos lados de las ventanas. Unas pocas de las hojas rozaban los vidrios hexagonales.

—Tenías razón —dijo Jennifer—. Dos plantas son suficientes. Pero no te olvides de regarlas.

—No me olvidaré —dijo David—. Cuando el sol da en las ventanas hace mucho calor aquí adentro, salvo que deje las puertas abiertas.

Jennifer aspiró profundamente. Las dos higueras le daban un aroma fresco, terrestre, al aire. Y había algo deliciosamente privado en este cuartito hexagonal. Ella y David podían cerrar las puertas y quedar solos. Nadie, ni siquiera Keith que conocía tan bien la casa, sospecharía dónde estaban...

Miró a David y vio que la luz solar, al rodearle la cabeza, le volvía dorado el cabello. Pero entonces recordó: ¿qué hora era? Volvió a mirar su reloj pulsera. Eran las seis y cuarto. ¿Cómo había pasado tanto tiempo?

—Tengo que irme a casa —repitió. Pero no quería marcharse.

David se hizo a un lado para que saliera al vestíbulo.

—Realmente quiero agradecerte todo el trabajo que te estás tomando —le dijo apretándole una mano. Jennifer se volvió a mirarlo:

—Vendré mañana para ver cómo van las cosas. O bien puedes venir a tomar café conmigo, cuando termines de correr.

—¿Por qué no hacemos ambas cosas? —preguntó David.

Jennifer se obligó a sí misma a dirigirse a la puerta.

—Gracias por el vino —dijo, tratando de mantener el tono de voz lo más indiferente posible—. Y que pases una buena noche en tu casa nueva.

Una vez en la galería, se inclinó para que él la besara. Pero cuando él estaba a punto de abrazarla Jennifer se esquivó y bajó de prisa los peldaños.

Mientras subía a su Datsun en el sendero de grava, David permaneció en la puerta, sonriéndole. Jennifer comprendió que había esquivado su abrazo sólo por miedo a que Keith los viera desde el otro lado de la barranca. Se sintió excitada y aterrorizada al mismo tiempo.

Al dar la curva por Sunset Brook Lane, vio que la entrada de su casa seguía vacía. Keith no había vuelto aún. En el momento en que abría la puerta del frente oyó el teléfono que sonaba en la cocina. Corrió a través de la sala para responderlo.

—¿Hola? —dijo.

—Al fin —dijo la voz de Keith—. ¿Dónde diablos estabas?

—Estaba en lo de David, aquí al lado.

—¿Toda la tarde? —preguntó Keith con irritación—. Te he llamado desde las tres.

—No —respondió Jennifer—. Fui a lo de David hace... unos veinte minutos. Antes estuve en Mamaroneck, y en el supermercado...

—Está bien, está bien —dijo Keith—. Pero dime una cosa. ¿Por qué cortaste la carta a Paul?

—¿Por qué hice qué? —preguntó Jennifer. Escuchó con estupor mientras Keith le contaba su conversación con Paul horas antes.

—... Y dice que el sobre seguía cerrado cuando le llegó. Se pasó toda la semana tratando de armarlo. ¿Era necesario que fueras tan bromista?

—¡Keith, yo no hice eso! —dijo Jennifer con indignación—. Y por lo que me dices, la nota que tú me pediste que le mandara seguía entera. Quizás tú abriste la carta con vapor, y después la volviste a pegar.

Por un momento, Keith quedó sin palabras.

—¿Por qué haría yo una cosa tan estúpida?

—¡No me lo preguntes! —le respondió al instante Jennifer—. Quizás al fin de cuentas no querías que nos visitara tu hermano. ¡O quizás fue tu señor Coste, que te deja el dinero en el buzón! ¿Por qué no le preguntas a él?

Hubo una pausa antes de que Keith volviera a hablar.

—Escucha, te llamé para decirte que estoy atrasado. Llegaré a casa quizás dentro de media hora, a eso de las siete. Tengo que pasar por la oficina...

—Si piensas que yo rompí esa carta a Paul —lo interrumpió Jennifer—, ¡estás loco!

—Escucha —respondió Keith con indignación—. Te estoy llamando desde un teléfono privado y no quiero ocupar demasiado tiempo la línea. Hablaremos de esto cuando vuelva a casa, ¿de acuerdo?

Al poner en marcha la camioneta para ir a Chappaqua, Keith pensó que esto era justo lo que necesitaba. ¡Otra pelea con Jennifer!

Le dolían los hombros por haber estado trabajando todo el día con las vigas de un cielo raso, y necesitaba una ducha caliente. Pero no pudo resistir a la tentación de pasar por la oficina para ver si el correo le había traído cartas.

Habían transcurrido dos semanas desde el día en que había despachado la carta a James Beaufort, y desde el jueves por la tarde no iba a la oficina. Si Beaufort le *había* escrito, su carta había tenido todo el fin de semana para llegar.

Abrió los dos cerrojos independientes de la puerta de la Carpintería de Obra Olson. En el piso estaban los sobres que el cartero había arrojado por la abertura del correo el viernes, el sábado y el lunes a la mañana. El primero que vio fue uno con una escritura que no reconocía. En el rincón izquierdo estaba el remitente: la Penitenciaría Federal de la Isla McNeil.

Cuando alzó la carta, sintió un crujido suave, no el ruido de papel que podría esperar. Se apresuró a sentarse en su escritorio y encendió la lámpara.

El sobre estaba lleno, en forma irregular, como una pequeña almohada. Lo abrió, y cayeron cientos de trozos de papel.

Tomó uno con la punta de los dedos, y leyó parte de una palabra escrita con bolígrafo. Quienquiera que hubiese desgarrado la carta de Jennifer a Paul, evidentemente había hecho lo mismo con la respuesta de Beaufort. *Quizás fue tu señor Coste*, había dicho Jennifer, *¿por qué no le preguntas a él?*

Keith volvió a mirar el sobre vacío. En el reverso había una estampilla roja pegada por algún funcionario de la penitenciaría, en la que decía que la carta había sido leída y aprobada. Keith levantó un ángulo de la estampilla y vio que tenía su goma original. Quienquiera que hubiera abierto la carta con vapor, sin duda alguna había hecho un buen trabajo.

Pero obviamente la carta no había sido violada mientras estaba en manos del correo. Coste —si es que era Coste— tendría que haber esperado hasta que la carta fuera entregada.

¡De modo que los dos cerrojos nuevos de la puerta de la oficina no habían servido de nada!

*Martes 1 de mayo de 1979*

DESDE QUE SE HABÍA mudado a la casa del 666 de Sunset Brook Lane, David Carmichael se había estado acostando antes de las 10.00 de la noche. Y luego, por lo que recordaba al menos, había dormido sin interrupciones hasta el amanecer. Pero ahora, a las 3.00 de la madrugada del martes, se encontró de pronto totalmente despierto.

¿Por qué tenía una sed tan terrible? Recordó las albóndigas y espaguetis que había preparado para la cena. Y había agregado pimienta negra y orégano a la salsa de tomate comprada.

Hizo a un lado las sábanas y se dirigió al baño, que estaba del otro lado de la escalera. Encendió la luz y bebió de prisa dos vasos de agua, tras lo cual volvió a apagar la luz. Al salir del baño se detuvo, para permitir que los ojos volvieran a acostumbrarse a la oscuridad, y entonces vio un tenue resplandor rojizo del otro lado de la ventana que había sobre la escalera.

¿Serían las luces de la Ciudad de Nueva York reflejadas en las nubes? Pero Manhattan estaba a cincuenta kilómetros al sur, y este lado de la casa daba al oeste. Con curiosidad, se acercó a la ventana.

Para su horror, vio que una brillante luz roja salía por la ventana salediza de la planta baja. Desde donde estaba, no podía ver el interior. Pero si el jardín de invierno estaba en llamas, el fuego no tardaría en hacer presa de la escalera, ¡y él quedaría atrapado arriba!

¡Gracias a Dios que no había traído más que unos pocos muebles de Nueva York! Bajó a los saltos la escalera, esperando a cada momento quemarse los pies descalzos. Pero toda la planta baja estaba a oscuras. David se detuvo al pie de la escalera y miró con aprensión alrededor.

Recordaba claramente que había regado las higueras antes de acostarse, y había dejado las puertas del jardín de invierno bien abiertas. Si ese cuarto estaba en llamas, entonces la luz debería reflejarse en el vestíbulo. Pero todo se encontraba a oscuras. Escuchó, y no oyó ningún chasquido de llamas. Tampoco sentía el menor olor a humo. Volviéndose, espío por la ventana que se hallaba a un lado de la escalera.

Para su sorpresa, seguía saliendo esa luz rojiza del cuarto hexagonal. Era una radiación firme e inmóvil, como la que desprenden los carbones encendidos en una chimenea.

En ese momento vio a un pájaro que venía volando desde un árbol en el otro lado de la calle. David no sabía qué pájaro sería: en la ciudad los únicos que veía eran gorriones y palomas. ¿Se habría sentido atraído por la luz roja? David recordó haber

leído que en primavera y otoño se apagaban los faros poderosos del edificio Empire State para que no atrajera a las aves migratorias.

El pajarito voló en línea recta hacia las ventanas. A último momento soltó un chillido asustado y giró. David pensó que habría visto su reflejo en el vidrio. Pero antes de llegar a la calle el pájaro volvió a girar y se dirigió hacia la casa, con la luz roja reflejándose en las alas. Avanzó y retrocedió una y otra vez, como si estuviera atrapado en una jaula invisible. De pronto, súbitamente, plegó las alas y cayó al pie de la ventana salediza.

David trató de ver qué le había sucedido. Pero en ese momento el resplandor rojo del cuarto hexagonal se apagó completamente.

Volvió a subir las escaleras, se puso un par de pantuflas y salió a investigar. La noche estaba notablemente fría y el rocío de la hierba le mojaba los bajos del pijama. Pero podía ver con toda claridad, ya que la luz del piso alto, que había dejado encendida, se proyectaba por la ventana.

Se detuvo frente a la ventana salediza y miró a través de los paneles hexagonales. El jardín de invierno estaba vacío y completamente oscuro. Pero entrecerrando los ojos pudo ver que las puertas corredizas estaban bien cerradas. Y él estaba seguro de haberlas dejado abiertas al irse a dormir.

Miró al suelo y vio al pájaro, que yacía sobre su lado izquierdo en el césped. Lo alzó delicadamente. Tenía las alas apretadas contra el cuerpo y una gota de sangre en el ángulo del pico. Y se lo notaba frío. Pero David lo había visto volar apenas unos segundos antes. ¿Cómo podía haber perdido todo su calor tan rápido? Llevó el pájaro a la cocina y lo arrojó al tacho de basura. Se lavó las manos en la pileta. Y después, con las luces prendidas, se dirigió al cuarto hexagonal. Estaba a punto de aferrar las argollas de hierro para abrir las puertas corredizas, cuando vio que su mano había pasado a través de una delgada raya de luz roja.

Con curiosidad, movió la mano para apreciar mejor ese resplandor carmesí. La luz provenía de una mínima separación entre las dos puertas corredizas.

David acercó un ojo a la abertura y miró. El piso de mármol del jardín de invierno reflejaba un intenso resplandor rojo. Movié la cabeza tratando de ver de dónde provenía la luz. Pero la figura resplandeciente en el centro del cuarto le bloqueaba la visión.

Entonces comprendió: ¡estaba soñando otra vez! Este era el Sueño Bueno, el que lo hacía gritar de placer y no de miedo. El sueño que siempre parecía olvidar no bien se despertaba por la mañana.

Buscó ansiosamente las argollas de hierro. Pero antes de que las tocara las puertas temblaron y comenzaron a abrirse solas. David sintió que el delicioso calor rojo le bañaba el rostro. Era suave como siempre. Y podía mirar al centro mismo de la luz sin cerrar los ojos.

Las puertas corrieron sobre sus rieles. David vio cómo el resplandor seguía condensándose, tomando una forma conocida.

—Jennifer —exclamó con una sonrisa.

Durante el almuerzo esa mañana, el recuerdo de la discusión de la noche seguía flotando en el aire entre Keith y Jennifer. Keith no se sentía muy comunicativo. Aun así, sentía que debía hablarle a su esposa acerca de la carta destrozada que había abierto en su oficina el día anterior.

¡Pero se sentía irritado al comprender que alguien le abría sus cartas! Y lo peor era saber que Coste (o quienquiera que fuese el responsable) no había sido detenido por dos cerrojos. ¿Qué podía impedir que esta persona entrara a su casa en medio de la noche?

—Debo ir a Nueva York esta mañana —anunció Jennifer abruptamente—, a elegir un espejo para el departamento de David.

—Oh —dijo Keith. Mordió otra tostada—. ¿Irás David contigo?

—No es necesario —respondió ella—. Sé exactamente lo que quiere.

En el camino al trabajo, Keith volvió a detenerse en Chappaqua. Había pensado que sería imposible que le revisaran las cartas si las recogía directamente del correo.

Varias personas esperaban antes que él, por lo que tuvo tiempo para contemplar las fotografías de criminales buscados, en una pizarra con cristales. El empleado gordo de cabello blanco que estaba detrás del mostrador tenía un gran bigote y el bolsillo de la camisa lleno de bolígrafos.

—Querría alquilar una casilla de correo —le dijo Keith.

El empleado se limitó a negar con la cabeza.

—Las únicas que quedan son las casillas grandes para paquetes.

—¿Quiere decir que todas las casillas chicas están ocupadas? —le preguntó Keith.

—Exactamente —dijo el empleado—. Hay muchos chicos suscritos a revistas que sus mamás no querrían ver en la casa. —Le guiñó un ojo antes de continuar—. Y muchas esposas que necesitan casillas para recibir cartas secretas.

Keith dejó de trabajar temprano esa mañana. Partió de Pound Ridge a las once y media, con la intención de estar en su casa a tiempo para el llamado de su hermano. En el camino se detuvo en el 666 para ver cómo marchaba la pintura. El coche de los hermanos Staub estaba en el sendero de entrada. Pero el Mercedes verde de David Carmichael no se veía.

Adentro, Werner y Fred Staub daban una segunda mano de pintura azul-gris al vestíbulo. Las puertas corredizas bajo la escalera estaban abiertas. Keith vio las dos higueras enanas que le había regalado Jennifer a David. No parecían muy lozanas.

—¿Adonde fue el señor Carmichael? —le preguntó a Werner Staub.

—Salió a eso de las nueve de la mañana —respondió el pintor—. Dijo que iba a

Nueva York. Pero no dijo a qué hora regresaría.

En la cocina de su casa, Keith se preparó un sandwich. Pero en realidad no tenía hambre. ¿Por qué había ido David a Nueva York en el mismo momento en que Jennifer decidía hacerlo? Por un momento sintió la tentación de ir a Chappaqua a ver si el Datsun de su esposa estaba realmente estacionado en la estación. Pero eso no probaría nada. Podía haberse encontrado con David en Nueva York. Si él la recogía en su Mercedes, podían ir a cualquier parte.

Comprendió que no tenía motivos para sospechar nada de eso. Jennifer nunca le había mentado antes, ¿por qué no le creería ahora? Si David había decidido ir a la ciudad, probablemente no era más que una coincidencia...

¡Pero últimamente había habido demasiadas coincidencias! Con impaciencia, miró el reloj sobre la cocina. Eran casi las doce y cuarenta y cinco, y ya debería estar en camino a su trabajo en Pound Ridge. ¿Le habría pasado algo a Paul?

Keith se levantó, tiró la lata vacía de cerveza y miró por la ventana. Del otro lado de la barranca, el auto de los hermanos Staub seguía siendo el único de la entrada. Y los alerces del arroyo se estaban cubriendo precipitadamente de hojas. Muy pronto, Keith no podría ver la casa de David Carmichael.

De pronto sonó el teléfono y se apresuró a contestarlo.

—¡Hola, Keith! —Era Paul—. Quise llamarte antes, pero el profesor Sinclair realmente tuvo que trabajar duro. Según él, aquí hay dos inscripciones diferentes.

Era lógico, pensó Keith. Había una serie de letras diferentes a cada lado de la columna de hierro. Suponiendo que eran mitades de una sola frase, Keith las había copiado todas seguidas.

—¿Te dijo lo que significan? —le preguntó Keith.

—Claro que sí, y te diré que quedó sumamente impresionado. Quiere saber dónde las encontraste.

—Es fácil —dijo Keith—, las copié de un pararrayos.

—¡Oh, vamos! —exclamó Paul—. Aquí también tenemos pararrayos, en el techo de la rectoría. No se pueden escribir frases tan largas en un trozo de metal de treinta centímetros de largo.

—Este pararrayos —dijo Keith—, mide más de diez metros. Asoma junto a la chimenea de la casa nueva que tenemos aquí enfrente. Pero la mitad de las letras están ocultas bajo el enmaderado del vestíbulo, así que no puedo invitar a tu profesor a que venga a mirarlo. ¿Pero qué dice la inscripción?

—De acuerdo —Paul respiró profundamente—. La primera es una cita de la traducción llamada Vulgata de la Biblia. Como sabrás, el Antiguo Testamento se escribió originalmente en hebreo. San Jerónimo lo tradujo al latín a fin del siglo iv. En el libro de Job, Dios le da permiso a Satán para infligir toda clase de males a Job, pero no para matarlo. Esa es tu primera inscripción: capítulo dos, versículo seis:

*Ecce, in manu tua est verum, tamen animam illam serva.* «Aquí está, en tu mano, pero no le quites la vida».

—Ya veo —dijo Keith—. ¿Y la otra?

—Sinclair dice que se trata de latín de la más primitiva era cristiana, cuando el idioma era hablado realmente en las calles y no usado exclusivamente con fines litúrgicos. No está seguro de si proviene de uno de los primeros Padres de la Iglesia, o quizás de uno de los Evangelios Apócrifos...

Keith se rió con impaciencia:

—¿Pero qué es lo que dice?

Antes de hablar, Paul se aclaró la garganta:

—*Hominibus deus vitam donavit, ergo donam jactare potest homo solus.* Lo que significa: «Dios dio la vida a los hombres; por lo tanto sólo un hombre puede quitar ese don». En otras palabras, la vida humana es tan sagrada que el diablo no puede atentar contra ella. Sólo los seres humanos, que recibieron la vida de manos de Dios, tienen el poder de destruirla, por medio del asesinato o del suicidio. De modo que no es Satán quien mata a la gente, sino la gente misma.

—Vaya —dijo Keith—. Esa frase no habla explícitamente de Satanás, ¿no es cierto?

—No —dijo Paul riéndose—. Sucede que he pensado bastante en el diablo últimamente. Tuvimos que volver a consagrar nuestro cáliz, que había sido robado por una secta satánica para sus rituales.

—¡Dios mío! —exclamó Keith—. ¿Cuándo sucedió eso?

—Lo robaron el viernes pasado. Pero en cierto modo nos resarcimos. Nuestro jardinero está realmente feliz con el rastrillo que usaron en la ceremonia...

—¿Un rastrillo? —preguntó Keith. Recordó la noche de la tormenta, cuando el rastrillo del garaje había sido apoyado contra el timbre.

—Sí —dijo Paul—. Lo habían clavado en tierra con las puntas hacia arriba y había palabras grabadas en el mango.

—¡Espera un minuto! —exclamó Keith—. ¿Cómo estaban grabadas esas palabras?

—Supongo que con un cortaplumas.

—No, te preguntaba cómo estaban dispuestas las letras. ¿Subían por un lado del mango y bajaban por el otro?

—Exacto —replicó Paul—. ¿Cómo lo sabías?

—Porque el pararrayos del que te hablé tenía las inscripciones grabadas en el mango de la misma forma. —Keith vaciló—. Escucha, Paul, sé que esta llamada la pagas tú. ¿Pero puedes disponer de unos minutos extras?

—Por supuesto. —El rector asistente sintió la preocupación en la voz de su hermano—. ¿Qué pasa?

¡Qué alivio tremendo poder hablar al fin con alguien! Keith acercó una silla y le contó a Paul acerca de la tarde en que había visto su propio rostro en la ventana de la



casa del 666 de Sunset Brook Lane. Le habló del sestercio de bronce y de la noche de tormenta en que había visto la extraña luz roja en la galería de la casa vacía. Habló también de lo que había leído en el periódico de Seattle, del robo de los sobres de su oficina y, por último, de la carta destrozada de James Beaufort que había abierto el día anterior.

—Pues bien —concluyó—. Dilo. ¡Creerás que estoy loco!

—Por supuesto que no —dijo Paul. Había sentido la ansiedad y la convicción de Keith—. ¡Claro que te creo!

Algo turbado ahora, Keith miró el reloj sobre la cocina.

—Oye, hace casi media hora que estamos hablando. ¡Pero Jennifer de veras te invitó! Y sabes cómo me gustaría verte. ¿No podrías venir la próxima semana? Por favor.

—¿Qué hay de malo con este jueves? —preguntó Paul—. Pasado mañana.

—Pero creí que estabas ocupado esta semana —dijo Keith.

—Eres mi único hermano —dijo Paul riéndose—. De algún modo me arreglaré.

—¡Bien! —dijo Keith con una sonrisa—. Podemos invitar a cenar a David Carmichael también. Es un anticuario que está viviendo en esa casa del otro lado de la barranca.

—¿No ha notado nada extraño él? —le preguntó Paul.

—No nos tratamos mucho —admitió Keith—. Pero es posible. Pero te veremos el jueves a la noche entonces. ¿A eso de las siete?

—Si Dios quiere —dijo Paul—. Cuídate, Keith.

—¡Y tú también! —le respondió Keith—. Adiós.

En la rectoría de All Souls, Paul Olson colgó el teléfono y miró el caos de papelitos azules que cubrían el escritorio. Lo que le había citado Keith parecía imposible extraño. Pero Paul sabía que su hermano mayor era demasiado práctico y realista como para dejar que su imaginación se apoderara de él. Y ahora Paul estaba realmente preocupado por Keith y Jennifer, porque algunos detalles del relato de Keith parecían concordar con lo que le había contado Cindy Trumbull.

Según Cindy, los satanistas hacían siempre las cosas exactamente al revés. El lema de la Iglesia Católica Romana era *Ex oriente lux*: del este, la luz. Las iglesias siempre se orientaban de modo que la grey mirara hacia el este. Y la mañana de Pascua, los cristianos de todo el mundo celebraban un servicio a la salida del sol...

La pandilla de Lawrence Fisher, por otra parte, no celebraba la salida sino la puesta del sol. Para un Sabbath preferían una noche de completa oscuridad, cuando no había luna ni brillaba en el cielo ninguna de las luces del Señor. Y Paul pensó en ese extraño cuartito hexagonal donde Keith había visto las ventanas resplandeciendo de un rojo sangre; ¡qué interesante que esas ventanas dieran al oeste! En esa dirección moría el sol, y también podía verse antes el cuerno creciente de la Luna Nueva.

¿Pero qué significaban las palabras grabadas en el mango de ese rastrillo? ¿Y qué sentido tenían las inscripciones latinas que le había traducido esa mañana Whitney Sinclair?

Paul Olson buscó en su escritorio la libreta de direcciones donde tenía los números telefónicos de todos los miembros de la Congregación del Altar. Ahora comprendía lo que tenía que hacer, antes de ir a cenar con Keith y Jennifer el jueves.

Era el momento indicado para mantener una charla con Lawrence Fisher.

*Miércoles 2 de mayo de 1979*

EL TRÁNSITO QUE salía de la ciudad era liviano, por lo que a las 8.15 David Carmichael ya conducía su Mercedes por el sendero de grava de la casa del 666 de Sunset Brook Lane.

Dos días antes se había desnudado frente al espejo de cuerpo entero de la puerta de su cuarto de vestir. Y decidió que su ausencia de las canchas de tenis había durado demasiado. Necesitaba con urgencia algunos ejercicios que le endurecieran el estómago y afirmaran los músculos de los hombros. Pero no había muchas canchas de tenis aquí en el norte de Westchester, lo que necesitaba en realidad era un aparato de gimnasia.

El lunes por la mañana llegó el camión de la compañía telefónica a instalarle el teléfono. Inmediatamente después David llamó a un cerrajero que vino y cambió las cerraduras e instaló una cadena de seguridad en la puerta de la cocina.

Ahora, al fin, David se sintió perfectamente seguro en su nueva casa. Mientras esperaba la visita de Jennifer, comenzó a llamar a las proveedurías deportivas que figuraban en las páginas amarillas de la guía. Pero ninguna vendía aparatos de remar. Después de una docena de llamadas infructuosas, David se rindió y decidió ir a la ciudad al día siguiente.

El martes a la mañana encontró el aparato que buscaba en un negocio de equipos gimnásticos en la calle 48 oeste de Manhattan. Le costó varios cientos de dólares, pero después de todo estaba pagando miles para que Jennifer pudiera ver sus ideas transformadas en realidad en la casa del 666 de Sunset Brook Lane. ¿Y qué sentido tenía ese gasto mayor si descuidaba su apariencia personal?

Ató el aparato al portaequipajes del Mercedes y se dirigió al 41 este de la calle 57. Le dijo a Miss Rosewood que planeaba cerrar durante todo el verano, pero que le pagaría su salario hasta que la galería reabriese en septiembre. Pasó el resto de la tarde revisando cuentas y correspondencia que se había acumulado. No podía dejar de pensar en lo que estaría haciendo en estos momentos Jennifer Olson, allí en Sunset Brook Lane.

David no quería volver a New Castle de noche. Aún recordaba la noche del viernes, cuando había perdido la conciencia al partir de la casa de Keith y de Jennifer. De modo que, después de una cena liviana, pasó la noche en el Hotel Carlyle y se levantó a las seis y media de la mañana siguiente. Poco antes de las ocho entraba en el área urbana de New Castle.

Transportó el aparato de remar al piso alto y lo acomodó en el cuarto de vestir, donde lo tendría a mano. Y después de un buen ejercicio, la bañera estaba a pocos

pasos.

Todo lo que tenía que hacer ahora, pensó, era ser paciente. Había visto la camioneta de Keith partir por las mañanas y volver de noche, y sabía cuántas horas vacías pasaba Jennifer sola. Era sólo una cuestión de tiempo que empezara a pasarlas en la cama con él.

Estaba a punto de ponerse el buzo para correr sus tres kilómetros cotidianos cuando recordó las higueras que le había regalado Jennifer. Posiblemente necesitaban agua.

Las puertas corredizas del cuarto hexagonal se hallaban bien abiertas, tal como las había dejado el martes por la mañana. ¡Pero ambos arbolitos estaban secos! Las hojas, frescas y carnosas dos días atrás, ahora colgaban marchitas de las ramas.

David no logró comprenderlo. La tierra de las macetas estaba húmeda. Por cierto este cuarto se calentaba mucho cuando las puertas se encontraban cerradas, pero habían estado abiertas desde que salió para Nueva York.

¿Cómo era posible que ambos árboles se hubieran estropeado tanto en apenas veinticuatro horas?

David llevó una de las higueras al Mercedes. La última vez que había ido de compras a Millwood había visto una florista. Probablemente podría decirle cuál era el problema.

El interior del local le hizo pensar en un velatorio: el mismo olor a flores, la misma iluminación difusa. La mujer baja y fornida que se hallaba detrás del mostrador miró la maceta:

—*Ficus benjamina* —dictaminó—. Déjeme mirarla un poco. —Tomó la maceta y se dirigió a la parte trasera del negocio.

Volvió apenas un minuto después, con la higuera en una mano y la maceta, todavía llena de tierra húmeda, en la otra.

—¿Tiene ratones en su casa? —le preguntó.

—Quizás —dijo David encogiéndose de hombros—. En realidad no lo sé. Hace muy poco que me mudé.

—Podrían ser ratones —dijo la mujer—. ¿Ve esto?

Le tendió las raíces húmedas de la planta. David vio que por debajo del nivel de la tierra las raíces estaban completamente peladas.

—Algo debe de haberse colado en la maceta —declaró la mujer—. Un árbol no puede sobrevivir sin corteza en las raíces, sabe.

—¿Pero no puede hacerse nada? —preguntó David—. Si la planto en una tierra especial o algo así, ¿no volverá a crecer?

La mujer frunció el ceño:

—Con las *Ficus* se pueden plantar trozos de raíz en arena, cubierta con un plástico. Pero no funcionará en este caso.

—¿Por qué no? —preguntó David.

—Porque hay que hacerlo con trozos de raíz de una planta *viva*. Y este arbolito suyo ha estado muerto desde hace... por lo menos una semana.

Cuando volvió al 666 de Sunset Brook Lane, David tiró la otra higuera muerta a la barranca. ¿Pero cómo le explicaría a Jennifer? Después del almuerzo, probó el aparato de remar. Al principio era fácil, pero tras cinco minutos empezó a sentir la tensión en la espalda y los hombros. Cinco minutos más y abandonó, transpirado y exhausto. Lástima que esta casa no tuviera un sauna, como su club de tenis en la ciudad.

Estaba a punto de meterse en la bañera cuando recordó el modo en que el sol poniente daba en la ventana salediza de su jardín de invierno. Si cerraba las puertas corredizas, ¿se calentaría el cuartito? Ya no estaban las higueras para impedirselo. ¡Valía la pena probar!

Con una toalla a la cintura, bajó al cuarto hexagonal. Al principio se sentía expuesto frente a esos grandes ventanales. Pero debajo de cada ventana había unos sesenta centímetros de enmaderado. Cuando David se sentó en el suelo quedó completamente oculto de cualquier automóvil que pasara por Sunset Brook Lane.

El piso de mármol ya estaba caliente por acción del sol. Una ligera brisa hinchaba el plástico que Keith había pegado en lugar del hexágono faltante. En pocos minutos David sintió cómo crecía el calor en el cuarto. Sintió el relajamiento de los músculos. Adormecido, cerró los ojos al resplandor y le pareció perder toda noción del tiempo.

De pronto se encontró bañado en una brillante luz roja. Según su reloj pulsera eran las 7.30. ¿Se habría dormido? Se apoyó en una rodilla y miró las ventanas.

El sol se ocultaba tras el horizonte. Las tres ventanas resplandecían de luz roja, tal como David las había visto antes. Pero ahora notó algo más: ¡la luz en el cuarto parecía latir realmente!

Volvió a ver que cada una de las ventanas tenía grabada una figura diferente. Un hombre sonriente, una mujer sonriente y un sujeto con un parche de plástico en el sitio donde debía estar su cara.

En ese momento oyó el teléfono que sonaba en la planta alta. El sonido le llegaba algo ahogado por las puertas corredizas cerradas. ¿Sería Jennifer? Volvió a rodearse la cintura con la toalla y abrió las puertas y corrió arriba. Levantó el auricular al cuarto timbrazo.

—¡Hola! —dijo jadeante.

—Buenas tardes, señor Carmichael —dijo una voz profunda y resonante—. Habla Coste. ¿Está disfrutando de sus vacaciones?

—¡Oh, sí! —dijo David, feliz de poder hablar al fin con el dueño de casa—. Sí, sólo que espero que el empapelado del dormitorio no le haya parecido demasiado caro.

—Le aseguro que no.

David frunció el ceño. ¿Cómo sabía Coste el precio del papel? Seguramente había

venido un día de ausencia de David, antes de que cambiara las cerraduras...

—Ahora bien —siguió la voz—. Usted le dijo a Thomas Greene que tiene mi sesterccio. No quería que se perdiera.

—Puedo devolvérselo en cualquier momento —dijo David.

—Bueno —dijo la voz—. Pero ¡tenga cuidado! Ha habido varios robos en esta zona. Un ladrón que entra en las casas mientras la gente duerme y se lleva objetos de valor. Y lo que no puede robar lo daña o destruye...

Pasaron por la mente de David algunas desagradables imágenes de su departamento de Riverside Drive.

—Ponga mi moneda en un lugar muy seguro, señor Carmichael. Lo visitaré mañana a las 8.30.

Esa misma tarde, más temprano, Jennifer oyó el sonido del teléfono en la cocina. Creyendo que podía ser David, corrió arriba a responder. Pero era Keith, que la llamaba desde Pound Ridge.

—Mañana —le recordó— tendrás que cocinar para Paul y David. ¿No quieres salir a cenar afuera esta noche?

Keith hizo reservas en un restaurante en la costa del Hudson, al norte de Ossining. Llegaron a las siete y media, cuando el sol aún se reflejaba en el agua. El restaurante en sí era una mansión del siglo pasado con techos altos y una chimenea en cada habitación. Su mesa estaba junto a la ventana, y Keith pidió una botella de vino tinto.

Jennifer tenía toda clase de razones para sentirse feliz. El martes, en Nueva York, había encontrado el espejo perfecto para el departamento de David. Y esta semana su nuevo aviso clasificado le había aportado tres clientes. Esta era una suave, mágica noche primaveral. Las costillas de cordero estaban deliciosas, y Keith mostraba otra vez su maravilloso buen humor...

¿Entonces por qué se sentía terriblemente incómoda?

Parte de la razón, lo sabía, tenía que ver con David Carmichael. Cuando él le había pedido que decorase la casa del 666 de Sunset Brook Lane, Jennifer se había sentido llena de entusiasmo, y se dispuso a diseñar interiores cuyas fotografías merecieran aparecer en el *Architectural Digest*. Pero ahora empezaba a preguntarse si Keith no habría tenido razón. Quizás sí era un derroche inútil. Porque dentro de unos pocos meses la casa del otro lado de la barranca volvería a estar vacía, y David regresaría otra vez a Manhattan.

Pero lo que más le molestaba era la fuerte atracción que existía entre ella y David. En la época en que se veían apenas una vez al mes, como máximo, había sido fácil disfrazar su afecto de simple amistad. Pero ahora, con Keith ausente durante casi todo el día y David a menos de cien metros de la puerta de su cocina...

Jennifer Olson tomó un trago de vino y miró a su esposo. Keith estaba muy buen mozo; se había recortado el bigote antes de salir para el restaurante. Pero últimamente

parecía beber más de lo habitual; y no se sorprendió cuando lo oyó pedir una segunda botella de vino tinto para terminar las chuletas.

Al fin la comida pasó. Keith calculó la propina y le sostuvo el abrigo, tras lo cual salieron al estacionamiento asfaltado. En Manhattan, a Jennifer siempre le había gustado mirar vidrieras de vuelta a su departamento. Aquí, todo lo que le esperaba eran seis kilómetros de sinuoso camino de campo.

No habló durante el trayecto. Keith podía ser tan maravillosamente gentil y alegre cuando quería. ¡Pero David *siempre* era agradable! Sería tan fácil iniciar una relación amorosa con él; simplemente dejarse ir, dejar que las cosas sucedieran. ¿Pero cómo reaccionaría Keith si llegase a sospechar una cosa así?

Cuando entraron en Sunset Brook Lane, Jennifer miró en dirección a la barranca. Allí estaban las luces de su casa, visibles a través del follaje. Pasaron frente a la casa nueva. El Mercedes verde de David estaba estacionado en la entrada, pero la casa se encontraba totalmente a oscuras. Al pasar, Jennifer creyó ver un resplandor rojizo en una de las ventanas del piso bajo. Pero cuando volvió a mirar ya no vio. Probablemente las luces traseras del Datsun se habían reflejado en los vidrios...

—Son recién las nueve y media —le dijo Keith—. ¿Crees que le pasará algo a la electricidad de David?

—No lo creo —respondió—. David se acuesta muy temprano.

Keith no habló hasta que cruzaron el delgado puente de concreto en el punto más alto de la calle.

—No lo sabía —dijo—. ¿Cómo te enteraste tú?

—Me lo dijo él. El lunes a la mañana había salido a correr y se detuvo en casa a tomar una taza de café.

—Oh —dijo Keith—. Gracias por contármelo.

Mientras estacionaba el Datsun en el garaje, Jennifer abrió la puerta del frente y subió. Se estaba poniendo su bata de seda verde cuando de pronto se apagaron las luces del cuarto de vestir. Sorprendida, se volvió. Keith estaba en el umbral del dormitorio, su silueta dibujada por la luz del corredor.

Jennifer encontraba muy romántico hacer el amor a la luz de las velas. Pero a Keith le disgustaba tener que limpiar las manchas de cera de la mesa de luz. De modo que después del primer año de matrimonio llegaron a un acuerdo. Si Jennifer quería una iluminación romántica, Keith encendería la bombita de sesenta vatios del corredor y dejaría la puerta entornada.

Pero a ella siempre le agradaba el modo lento y suave con que él le hacía el amor. Ahora la desvistió en el mayor silencio y dejó su bata y ropa interior bien colgada en la silla del cuarto de vestir. La alzó en brazos y la llevó al dormitorio, donde la depositó en las sábanas que ella había cambiado esa misma mañana. La ventana del dormitorio estaba apenas entreabierta. Jennifer oyó el murmullo del arroyo que corría por el fondo de la barranca. Keith la besó y se estiró a su lado en la cama. En el momento en que la abrazaba, oyeron un grito que resonó largamente en el aire de la

noche.

Keith se apartó de ella y se sentó:

—¿Qué demonios es eso?

—¿Será una zarigüeya? —dijo Jennifer. Pero volvió a oírlo: era un largo chillido de dolor y miedo.

—¡No es un animal! —dijo Keith. Y entonces Jennifer comprendió que el sonido provenía del otro lado de la barranca, del 666 de Sunset Brook Lane.

En el sueño, David se sintió confundido y aterrorizado. Lo que había empezado como el sueño bueno se transformaba en la horrible pesadilla.

Como siempre, se encontró frente al cuarto hexagonal. Las puertas se abrían y adentro, esperándolo, estaba Jennifer, con su largo cabello castaño sobre los hombros, y el cuerpo desnudo brillando bajo la hermosa luz rojo-sangre.

Así empezaba siempre el sueño bueno. Mientras ella lo abrazaba, David oyó golpes en la puerta del frente de la casa. Una vez, dos, un total de seis golpes. Tras lo cual escuchó fuertes pisadas que atravesaban el vestíbulo. David vio que era Keith Olson. Pero Jennifer lo abrazaba con demasiada fuerza. No podía volverse.

De pronto sintió los brazos de Keith que le apretaban el pecho apartándolo de Jennifer. Pero no eran las manos de Keith. Los dedos eran azules y estaban cubiertos de escamas, como la piel de un lagarto. Los músculos del antebrazo eran gruesos e increíblemente poderosos. Y las largas uñas duras le desgarraban la piel del pecho, arrancándole sangre.

Trató de respirar, pero los dos brazos se cerraban más y más, en un abrazo de oso. Trató de hablar pero no pudo, de gritar, y tampoco lo consiguió. Sintió cómo las costillas le estallaban bajo la presión brutal. Trató otra vez de gritar, pero sus pulmones parecían vacíos. El aire apenas produjo un susurro inútil a través de su garganta. No pudo formar un mínimo sonido. Y mientras tanto el dolor se hacía cada vez mayor.

Entonces alguien lo sacudió por el hombro izquierdo. De pronto David comprendió que estaba tendido de espaldas. Una mano fuerte lo sacudía, y alguien le golpeaba el rostro.

—Despiértate —decía una voz profunda—. ¡Despiértate, maldito seas!

David abrió los ojos... Frente a él había un disco resplandeciente de luz, tan brillante que lo cegó. En ese momento el disco se adelgazó y cayó hacia un costado. Y David reconoció a la figura oscura inclinada sobre él. ¡Era Keith! ¡Esto no era un sueño, era real!

David tiró un golpe, presa del pánico. Pero Keith reaccionó instantáneamente, apretando la muñeca derecha de David. Levantó la linterna como un garrote, dispuesto a descargarlo sobre la cabeza de David.

—¡No! —jadeó David, con el corazón golpeándole—. ¡No lo hagas!



—¿Qué pasa contigo? —le preguntó Keith soltándole el brazo—. ¿Qué diablos es lo que pasa contigo?

—Estaba soñando —exclamó David—. ¡No hay problemas!

Keith se enderezó, al tiempo que se apartaba de la cama.

—Si vuelves a tirarme otro golpe, te quebraré un brazo.

David se sentó en la cama y miró alrededor. En el sueño había hecho a un lado sábanas y frazadas. ¡Y hacía mucho frío! Miró a Keith, cuya silueta se dibujaba sobre la luz del cuarto de vestir. En el sueño, tenía puesta ropa de trabajo. Ahora llevaba pantalones grises y una chaqueta *sport*, sin camisa.

—Hice todo el camino en la oscuridad hasta aquí —dijo Keith—, porque te oí gritar. ¡Y ahora tratas de golpearme!

—Tenía una pesadilla —repitió David—. Tú aparecías en ella, tú y... —Se detuvo. Era mejor no mencionar a Jennifer. ¡Keith ya estaba bastante furioso!

—¿Tienes pesadillas con frecuencia? —preguntó Keith.

—Sí... desde hace un tiempo —respondió David.

—¿Y qué sucede entonces? —siguió interrogando Keith—. ¿Sigues gritando hasta que alguien viene y te despierta?

David asintió. Desnudo excepto por sus *shorts* de boxeador, se puso de pie y buscó la bata en la silla más cercana.

—Bien —dijo Keith—. Haznos un favor, ¿quieres? Deja tus malditas ventanas bien cerradas. De ese modo, si empiezas a gritar en medio de la noche, no nos despertarás.

Pero ahora David recordaba... la noche era muy fría. Y antes de irse a dormir había cerrado las tres ventanas del dormitorio. Pero Keith tenía razón. Las ventanas estaban totalmente abiertas, las tres.

Keith se volvió y salió al cuarto de vestir.

—Lo siento muchísimo —dijo David siguiéndolo al tiempo que se ajustaba el cinturón de su bata blanca—. Te acompañaré abajo.

—Conozco el camino —dijo Keith—. No olvides que fui yo el que instalé los revestimientos de esta casa.

—Lo siento de veras —volvió a decir.

—¡Yo también! —respondió Keith.

David se quedó allí, descalzo, oyendo cómo Keith bajaba la escalera. Un momento después escuchó el portazo en el frente. Desde las ventanas abiertas del dormitorio observó las luces de la casa de Keith y Jennifer a través de los árboles. Luego vio el rayo de la linterna de Keith que seguía el sendero de la barranca.

David cerró con violencia las ventanas. Entonces recordó otra cosa. Antes de irse a la cama, había cerrado con llave las puertas del frente y de atrás. Y los cerrojos estaban recién cambiados. ¿Cómo habría logrado entrar Keith?

Pensó que lo mejor sería bajar y averiguarlo. Tomó la linterna que tenía sobre la cómoda. Debajo de ella, en el primer cajón, había escondido el sestericio de bronce de

Coste. Ahora, para asegurarse, antes de ir abajo, abrió el cajón y metió la mano bajo una pila de medias limpias, buscando el envoltorio cuadrado de plástico.

¡No estaba!

Supuso que podía haberse deslizado hasta la parte trasera del cajón. Lo sacó enteramente y lo vació sobre la cama. Había una docena de pares de medias... pero ninguna moneda.

Estaba seguro de que había dejado allí el sestercio. Pero también recordaba haber cerrado las ventanas del dormitorio y las puertas de abajo con llave. ¿Le estaría fallando la memoria?

Sacó todos los otros cajones de la cómoda, uno por uno, y vació los contenidos en la cama. Pero el sestercio no aparecía. ¿No lo había prevenido Coste acerca de los ladrones? Y Coste vendría mañana a las ocho y media de la noche. Si la moneda corroída no había aparecido para entonces, ¿qué le diría?

A las diez y media David se puso un par de pantuflas y bajó a revisar la puerta del frente. Estaba abierta, por supuesto. Hizo girar la llave en la cerradura hasta oír cómo caía el cerrojo. Después se dirigió a la cocina.

La puerta trasera también estaba abierta. Y la cadena de seguridad colgaba sobre la pared. Obviamente la puerta había sido abierta desde adentro. ¿Qué demonios estaba pasando?

Demasiado preocupado como para volver a dormirse, David se quedó allí de pie y trató de pensar dónde podría estar el sestercio. A través de la ventana vio apagarse las luces del piso alto de la casa de Keith y Jennifer, una tras otra, hasta que la casa quedó a oscuras.

Tuvo que admitir que sería más fácil buscar la moneda a la luz del día. De modo que, después de apagar la luz de la cocina, volvió a subir. Se aseguró de que las ventanas del dormitorio quedaran cerradas con traba, para que no pudieran volver a abrirse. Después sacó toda la ropa que había arrojado sobre la cama, se metió bajo las frazadas y apagó la luz.

Pero no tenía sueño. Antes siempre las pesadillas habían venido en series de tres. ¿Volvería a soñar, dos veces más, que Keith le estrujaba las costillas no bien se durmiese?

En ese momento oyó un ruido peculiar, como si estuvieran raspando algo, en el piso bajo.

Se sentó en la cama, en la oscuridad, escuchando y conteniendo el aliento. Ahí estaba otra vez: un ruido áspero, como de metal raspando vidrio. En Nueva York, sabía que los ladrones solían cortar los vidrios para entrar a un edificio. Y esta casa tenía al menos una docena de ventanas en la planta baja.

Volvió a ponerse la bata, empuñó la linterna y bajó en puntas de pie sin encender la luz. El ruido intermitente provenía del jardín de invierno.

¿Pero por qué alguien intentaría entrar a través de ese enrejado de tiras de plomo? En la sala había ventanas mucho más fáciles de violar.

No bien llegó a la puerta bajo la escalera, los ruidos se detuvieron súbitamente. Encendió la linterna. Pero el cuarto hexagonal estaba vacío. Dirigió el haz de luz hacia las ventanas. No había nadie afuera tampoco.

¿Entonces de dónde habrían provenidos esos ruidos? David bajó el haz de la linterna y recorrió el piso de mármol. En un rincón había un trozo arrugado de plástico transparente.

Cuando se inclinó a recogerlo, la cinta adhesiva de los bordes se le pegó en los dedos. Era el parche hexagonal que Keith había usado para cubrir el agujero de la ventana de la derecha.

David dirigió hacia allí la linterna, y la luz se reflejó en un metal nuevo. Una soldadura recientemente hecha brillaba sobre el viejo plomo oscuro que servía de sostén al hexágono misteriosamente desaparecido.

¡El vidrio faltante había sido reemplazado!

*Jueves 3 de mayo de 1979*

—HOLA, REVERENDO —dijo el joven al entrar a la oficina de Paul Olson en la rectoría de la Iglesia Episcopal de All Souls.

El reloj en la pared de la oficina marcaba las 5.40 de la tarde. Al saludar a su visitante, Paul recordó que lo esperaban en la casa de Keith y Jennifer a las siete. El trayecto de Glastonbury a New Castle le insumiría al menos una hora. Pero Lawrence Fisher no podría haber venido antes. Trabajaba de 9.00 a 5.00 en una compañía de seguros, empleo que había conseguido después de su graduación el año pasado.

Se sentó en la misma silla que había ocupado el sargento Riley dos días antes. El joven agente de seguros tenía sólo veintitrés años, pero parecía mayor. Alto y delgado, siempre llevaba trajes con chaleco.

Ahora le sonrió al rector asistente:

—Usted quería preguntarme por qué robé el cáliz —dijo tranquilamente—. ¿No es cierto?

Paul se sintió desconcertado por la tranquilidad de Lawrence.

—Sí —dijo al fin—. Me gustaría saber por qué lo tomaste.

—Lo necesitábamos para una ceremonia —respondió Lawrence.

—¿Pero por qué? —preguntó Paul—. ¿Acaso tu banda, o como la llames, no puede comprar sus propios utensilios?

—La llamaremos banda —respondió el joven—. Naturalmente tenemos nuestro propio cáliz, que usamos en la mayoría de los Sabbaths. ¡Pero el sábado pasado le dábamos la Bienvenida al Arcángel! Y para su Bienvenida, el Arcángel exige un cáliz consagrado robado de una iglesia cristiana.

—¿Una Bienvenida al Arcángel? —preguntó Paul—. ¿Qué quieres decir?

—Si usted recuerda el Libro de Job —dijo Lawrence—, el Arcángel Satán declara que siempre está viniendo y partiendo de la Tierra. Recientemente, varios miembros de la banda hemos soñado que el Arcángel se acercaba, para establecer una nueva residencia. Sentimos su presencia con más fuerza que antes. De modo que correspondía una Bienvenida.

—Bien —dijo Paul—. Suponiendo que tu Satán exigiera un cáliz consagrado, ¿por qué no vino él en persona a buscarlo? Si es tan poderoso, ¿por qué los necesitó a ustedes para consumir el robo?

—Al Arcángel le provocaría una indecible tortura tocar cualquier objeto perteneciente a un ministro de Dios —dijo Lawrence.

—¿A menos que haya sido robado? —preguntó Paul. Lawrence asintió, con toda seriedad.

—Sí. O a menos que el sacerdote lo entregue personalmente, o por su propia libre voluntad. —Lawrence sonrió ligeramente—. Pero hay una lamentable escasez de sacerdotes ordenados que obedezcan al Arcángel.

Paul aún no podía creer que este mismo joven cortés y de palabras medidas hubiera servido en la Congregación del Altar hasta el año pasado, sin faltar un solo domingo.

—De acuerdo —dijo—. Realizaron esta ceremonia de bienvenida. ¿El invitado de honor apareció?

—¡Todos sentimos su poder! —Lawrence sonrió como un feligrés devoto que acabara de tomar la comunión—. Después de llenar el cáliz tomé con una mano el rastrillo y clavé el mango tan profundamente en la tierra que después no pudimos sacarlo. Pero no fui yo quien lo hizo, no fue mi propia fuerza física. Fue el Arcángel mismo, usando mis músculos, actuando a través de mí.

Paul trató de ocultar su incredulidad.

—¿Pero no vieron nada, no es cierto? El joven negó tristemente con la cabeza.

—El Arcángel se muestra muy rara vez, sólo cuando quiere exigir obediencia. Sólo unas pocas personas vivas lo han visto en forma genuina.

—Pues bien, Lawrence. —El rector asistente se cruzó de brazos—. ¿Volverá a suceder lo mismo otra vez?

Lawrence sonrió divertido:

—¿Volverá a reunirse la banda el sábado? Por supuesto. ¿Otra ofrenda de sangre? Naturalmente. ¿Pero volveré a robarle su cáliz? ¡Por cierto que no! Le diré una cosa, cuando lo robé tuve que traicionar la confianza que usted había depositado en mi persona. Asimismo, me comprometí a hacer que usted se enterara de que yo lo había robado; de que yo era el responsable. Mi traición, y mi aceptación de las consecuencias, son signos de la importancia que damos a la Bienvenida. Pero si lo vuelvo a robar, ¿qué confianza estaré traicionando? Robar dos veces el mismo cáliz sería como servir sobras a un invitado de honor, según sus palabras.

—¿Tú quisiste que yo me enterara? —repitió Paul—. ¿Entonces fuiste tú...?

—¿El que le pidió a Cindy que viniera a contárselo?

Lawrence negó con la cabeza.

—No, Cindy vino a verlo por su propia iniciativa. Pero ella sólo le contó lo que sabe. Esa es otra razón por la que vine a verlo, reverendo, para contarle lo que Cindy nunca podría haber entendido. —Lawrence se estiró cómodamente en la silla—. Así que por favor pregúnteme todo lo que desee.

Paul estaba demasiado irritado como para detenerse en la actitud soberbia del joven.

—De acuerdo. Aquí hay algo que me intriga. Ese rastrillo que usaron en la ceremonia. En el mango dice «Lo que aprisiona el hierro, lo liberará el oro». ¿Qué significa? ¿Y qué significa el rastrillo mismo?

—Vayamos por partes —dijo Lawrence sonriendo—. Según la leyenda, el

Arcángel forjó un inmenso tridente y lo apuntó al cielo, como un recordatorio del día en que finalmente volverá a reclamar su trono celestial. En el lado derecho del tridente estampó la Ley de Hierro que le impuso el cielo, y sobre la izquierda escribió la Ley de Oro que usa para consumir sus deseos de cualquier forma.

Paul sacudió la cabeza en su estupor:

—¿Qué es una Ley de Hierro?

—Leyes de Hierro —dijo Lawrence— son las prohibiciones impuestas por el hombre o Dios: leyes y restricciones que nos impiden hacer lo que queremos. Nuestra banda tiene una Ley de Hierro de Silencio, por ejemplo. Si queremos hacer algo, no debemos diluir la determinación hablando de ello anticipadamente. ¡Y no podemos jactarnos de haberlo hecho después tampoco! En el mejor de los casos, provocaríamos envidia. En el peor, llamarían a la policía.

—Si están sujetos a una regla de silencio —dijo Paul—, ¿por qué estás sentado aquí, contándome todo esto?

—¡Porque quiero hacerlo! —exclamó Lawrence alegremente—. Y porque hay Leyes de Oro así como Leyes de Hierro.

Paul volvió a sacudir la cabeza:

—No comprendo.

—Pero es que ahí está la clave de las frases que usted leyó en el rastrillo: por cada Ley de Hierro que nos constriñe hay una Ley de Oro que nos libera. Y la más fuerte es la Ley de Oro del Deseo Consumado.

Paul recordó lo que Lawrence le había dicho a Cindy Trumbull cuando ella mató al conejo.

—Los deseos consumados nos vuelven más fuertes. ¿Es eso?

Lawrence asintió con entusiasmo:

—En realidad habría que decir: «Los deseos se consuman en nosotros, que somos los más fuertes». Al satisfacer un deseo uno puede dedicar toda su energía a la meta siguiente, ¡y eso automáticamente lo hace más fuerte! Y al consumir nuestros deseos nos volvemos más poderosos, siempre más poderosos, con cada Sabbath.

—¿Pero eso qué tiene que ver con la Regla de Hierro?

—Porque cada seguidor del Arcángel —dijo Lawrence más tranquilo— decide aceptar todas las consecuencias de sus acciones. Todos lo prometemos al ingresar a la banda, y es un buen incentivo. Si usted ha aceptado el dolor del Infierno, es preciso volverse lo bastante fuerte como para soportarlo. Pero —continuó Lawrence— una vez que uno es lo bastante fuerte, no hay ley divina ni humana a la que haya que obedecer. Es por eso que adoramos al Arcángel, por supuesto, para obtener lo que deseamos aquí en la Tierra. Y en tanto seamos lo bastante fuertes como para soportar las consecuencias, podemos hacer exactamente lo que nos plazca.

—¿De veras? —Paul miró a los ojos de su visitante—. ¿Y qué sucede si les place cometer un asesinato?

Lawrence evitó sus ojos.

—Digamos que yo quisiera matar... por ejemplo, a una joven que traicionó a nuestra banda hablando sin permiso con un extraño...

—¿Te refieres a Cindy? —le preguntó Paul irritado.

Pero Lawrence Fisher levantó una mano:

—¡Por favor! No terminé de responder a su pregunta anterior. Si yo cometiera un asesinato, tendría que admitirlo. Tendría que ser lo bastante astuto como para idear una defensa eficaz en el juicio y lo bastante fuerte como para escapar a la venganza de su familia. ¡Pero todavía no soy lo bastante astuto ni fuerte! Por eso no planeo matar a nadie aún.

—¿Aún? —preguntó Paul—. O sea que por el momento te contentas con matar patos y conejos.

—¡Pero no tienen alma! —dijo Lawrence—. Uno de los mayores santos cristianos lo puso en claro, y quiénes somos nosotros para contradecirlo. Además, ¿acaso Dios mismo no aceptaba sacrificios animales de los antiguos hebreos? Reverendo, todo lo que nosotros creemos está escrito en la Biblia.

—¿Pero qué sentido tiene? —preguntó Paul—. ¿Qué bien puede hacerles el sufrimiento de un animal?

—Debe comprenderlo —dijo Lawrence—. Desde el momento de su caída del cielo, el Arcángel ha existido en un estado de tormento y de dolor. Por eso es que cuanto más dolor y miedo creen nuestros rituales, más bienvenido se siente. Cuando más se aproxima al suyo el tormento de una criatura, más le complace. Idealmente —agregó Lawrence— el trono terrestre del Arcángel debería estar construido enteramente de madera que se haya manchado con la sangre de moribundos. En la Edad Media se rumoreó que ese trono realmente existía. Pero nadie, que yo sepa, lo ha visto.

Con una hora extra de luz diurna, a Keith no le molestaba trabajar hasta tarde en refacciones al aire libre, como la que tenía en Pound Ridge. Pero esperaba a las 7.00 a su hermano Paul, por lo que esa tarde interrumpió su trabajo a las 6.00 en punto. De ese modo tendría una hora para volver a New Castle, ducharse y afeitarse.

Silbaba al subir a su camioneta y encender el motor. Lo mejor de este nuevo horario era que el sol seguía alto cuando se dejaba de trabajar. No lo encandilaba en el camino de regreso a casa.

Al sur de Mount Kisco, el camino pasaba bajo un viejo puente de ferrocarril construido en la década del treinta. Era una tarde despejada de primavera, con unas pocas nubes deshilachadas en el cielo. Faltaba más de una hora para el crepúsculo. Y sin embargo las sombras bajo ese puente parecían excesivamente oscuras. De hecho, el aire allí parecía estar lleno de un humo gris.

Por una precaución instintiva, Keith levantó el pie del acelerador al entrar al túnel. No había humo, porque lo habría olido; más bien había un aroma a musgo, a

humedad, un olor que a Keith le resultaba extrañamente conocido.

Fue en la mitad misma del túnel oscuro que se encendió la luz roja en el tablero. Keith sintió fallar el motor.

Sorprendido, pasó a segunda velocidad y trató de acelerar. Pero la maniobra no dio resultado. Dejó seguir el vehículo, ya con el motor apagado, hasta salir del túnel y lo estacionó a un lado de la ruta.

Justo hoy, que venía su hermano a cenar, tenía que sucederle esto. Salió y levantó el capot. Cuando probó la batería, saltaron chispas, lo que indicaba que estaba cargada. Tampoco parecía funcionar nada mal en el carburador, el encendido o las bujías.

Tras veinte minutos de trabajo, se rindió. El sol había bajado tanto que ya no veía lo que hacía. La camioneta estaba llena de cientos de dólares en herramientas y equipo. No podía dejarla estacionada a un costado del camino. Tendría que llamar a una grúa. Pero la mayoría de las estaciones de servicio ya habrían cerrado a esta hora.

Sacó las llaves, cerró todas las puertas y comenzó a caminar por donde había venido. Había pasado por un restaurante a un kilómetro o dos de distancia, y allí seguramente tendrían un teléfono.

En la rectoría de la Iglesia Episcopal de All Souls, Paul Olson echó otra mirada a su reloj de pared. Ya eran las 6.25: para llegar a casa de Keith y Jennifer a las siete debía haberse puesto en camino hacía media hora. Pero a pesar de sí mismo, se sentía fascinado por su conversación con Lawrence Fisher.

—Lo que usted puede haber visto en el cine no tiene nada que ver con la realidad —le decía Lawrence—. Las bandas nunca secuestran personas para sacrificarlas ritualmente. Si el Arcángel quiere un sacrificio humano, siempre selecciona él mismo a la víctima, así como al sacrificador que realizará el crimen. Según la tradición, el sacrificador recibe una moneda acuñada por el emperador Nerón como pago por sus molestias: la misma moneda con que se ha pagado a todos los sacrificadores a lo largo de los siglos.

Los ojos de Paul se abrieron más. Keith le había dicho algo acerca de una antigua moneda romana.

—¿Por qué Nerón? —preguntó.

—¡Porque Nerón fue el mayor de todos los sacrificadores! Fue él quien mató a San Pedro y a San Pablo, por órdenes del Arcángel. Pero por lo general la única víctima que acepta el Arcángel es el amigo o amante del sacrificador —Lawrence volvió a sonreír—. Es por eso que los miembros de la banda no nos preocupamos mucho porque llegue a elegirnos como asesinos: en realidad no queremos tanto a nadie.

Paul se preguntó si Cindy Trumbull habría amado a Lawrence Fisher. Había sido su novia durante casi un año, y su madre estaba segura de que los jóvenes se



comprometerían. Por suerte la señora Trumbull no sabía cómo habían pasado las noches de los sábados...

—En cuanto a Cindy —dijo Lawrence, como si leyera los pensamientos de Paul—, quebró la Ley de Hierro al hablar con usted sin permiso de la banda. En consecuencia, deberá afrontar las consecuencias. Nosotros nos ponemos en manos del Arcángel. Satán tiene poder sobre toda esta Tierra: sobre nuestras fortunas, nuestros empleos, nuestras posesiones, hasta sobre nuestra salud. Lo único que el Arcángel no puede hacer es quitar una vida. Ésa es la Ley de Hierro que dictó Dios en el libro de Job: «Está en tus manos, pero no le quites la vida».

Paul recordó el versículo de la Vulgata que Keith había copiado de un «pararrayos» en la casa vecina... y se le heló la sangre en las venas.

Lawrence sonreía:

—Pero la Ley de Oro es la que nos permite ir más allá de la Ley de Hierro. Y el Arcángel tiene una Ley de Oro.

—¿Y cuál es la Ley de oro del Ar... quiero decir de Satán? —tartamudeó Paul—. ¿La Ley de los Deseos Consumados?

El joven negó tristemente con la cabeza:

—Sus fuerzas aún no son lo bastante numerosas como para desafiar a los cielos. Algún día lo serán. Pero ahora, el Arcángel emplea una Ley de Oro más común. ¿No le resulta obvio?

Paul miró el reloj de pared con impaciencia. Eran casi las siete menos cuarto.

—¿No lee los diarios? —le preguntó Lawrence—. La gente mata todo el tiempo a sus seres queridos. Es que aunque el Arcángel no puede quitar la vida, puede persuadir a algún ser humano, un sacrificador, a que lo haga por él.

*Dios les dio a los hombres el don de la vida.* Esa era la otra inscripción que había copiado Keith de la columna de hierro. *Por lo tanto, sólo el hombre puede quitarla.* Se levantó, con los oídos zumbando.

—Lawrence, tendré que interrumpir esta charla. Me esperan a cenar en Westchester Country y...

—Está bien —dijo Lawrence poniéndose de pie—. Pero recuerde esto, reverendo: si quiere unirse a nosotros el próximo sábado, nos complacerá mucho.

Paul lo miró con incredulidad. ¿Sería por esto que Lawrence había mostrado tanto interés en hablarle sobre el culto satánico?

El joven sonreía.

—Sentí su curiosidad desde el principio. Los otros miembros de la banda me comisionaron para hablarle. Pensamos que usted, un sacerdote ordenado, sería un miembro valiosísimo para nuestro culto.

—¡No tengo el menor interés en unirme a tu banda de fanáticos! —le gritó Paul—. ¡Y no me conseguirán, nunca! —Abrió violentamente la puerta de su oficina—. En cuanto a tu pertenencia a la Congregación del Altar, quiero tu renuncia mañana mismo. Ahora sal de esta rectoría.

Lawrence salió al corredor, pero esperó mientras Paul cerraba la puerta de la oficina.

—¿No está enojado, no? —le preguntó—. Damon me dijo que era importante demorarlo durante unos cuarenta minutos.

Paul se precipitó hacia la puerta. Su Chevy Vega blanco estaba en el estacionamiento de la iglesia, listo para correr.

—¿Quién es ese Damon? —preguntó.

—Todos los miembros de la banda tenemos una voz interior que nos dice lo que sucederá, y lo que quiere el Arcángel que hagamos. —El joven apresuró el paso para mantenerse al lado del rector asistente—. Mi voz interior se llama a sí misma Damon.

Paul se detuvo y se volvió hacia Lawrence:

—¡De acuerdo! Si esa voz interior sabe lo que sucederá, pregúntale esto: ¿a quién invitó a cenar mi hermano esta noche, además de mí?

—No debería burlarse de mí —dijo Lawrence. Siguió a Paul en silencio y sólo habló al llegar al estacionamiento—. ¡Usted pasará el resto de la noche con un policía!

Paul se detuvo junto a su Vega blanco. Ya había cargado su bolsa en el asiento trasero.

—El otro invitado es un anticuario —se rió—. No un policía. Puedes decirle a tu amigo Damon que no es infalible.

Por primera vez desde que lo conocía, Paul vio una chispa de ira en el rostro aññado de Lawrence Fisher:

—Si no le gustó nuestra profecía, reverendo —dijo—, aquí tiene otra: cuando vea a su hermano esta noche, nunca olvidará el espectáculo en el resto de su vida.

En el curso de los años, Keith debía de haber pasado cientos de veces frente a la Taberna Thatcher. Pero nunca había entrado. Cuando al fin llegó a su puerta, eran las siete pasadas.

Adentro había unos pocos hombres mayores sentados alrededor del bar. Keith le pidió al cantinero un dólar en cambio y se dirigió a la cabina telefónica que se hallaba en un rincón. Después de revisar un rato las páginas amarillas de la guía, manchadas y desgajadas, localizó un servicio de grúas que estaba abierto toda la noche y que no se hallaba muy lejos, a tres kilómetros hacia el norte, en dirección a Mount Kisco.

Marcó el número y le pidió al conductor de la grúa que lo recogiera en el estacionamiento de Thatcher. Tras lo cual colgó, introdujo otra moneda en la ranura y llamó a Jennifer.

—¿Adonde estás? —le preguntó ella, en tono preocupado—. ¡Son casi las 7.15!

—¡Ya lo sé! —dijo Keith mirando su reloj pulsera—. La camioneta se descompuso cuando iba para casa. Estoy aquí en la Taberna Thatcher, al otro lado de las vías del ferrocarril.

—¿Quieres que vaya a recogerte?

—Ojalá pudieras —suspiró Keith—, pero tengo que esperar a la grúa.

Hubo una pausa.

—¿A qué hora piensas que llegarás?

Keith volvió a mirar su reloj:

—A las ocho, a las 8.30. En realidad no sé. ¿Puedo saludar a Paul?

—Paul no ha llegado aún. Hace un momento llamó desde una gasolinera en la ruta Merritt y dijo que llegaría unos cuarenta y cinco minutos tarde.

—De acuerdo —dijo Keith—. Cuando llegue dale un trago y dile que llegaré lo antes posible. Puedes decirle lo mismo a David.

Jennifer vaciló:

—No invité a David —dijo al fin—. No conoce a tu hermano Paul. Y tú actúas como si yo lo estuviera invitando con demasiada frecuencia.

—Pues justo esta noche es cuando quiero que David venga a cenar —gruñó Keith—. Quiero que Paul le haga algunas preguntas sobre esa casa que está alquilando. — De pronto vio un relámpago de luz amarilla por la ventana de la taberna. Una grúa, con una luz giratoria sobre la cabina, entraba al estacionamiento.

—¿Y qué interés puede tener Paul en esa casa? —le preguntaba Jennifer—. ¿Hay algo malo, que no me has dicho?

—Escucha —dijo Keith—. Te estoy hablando desde un teléfono público, y la grúa ya llegó. Cuanto más pronto salga antes llegaré a casa. Por favor, llama a David y pídele que venga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Jennifer.

—¡Y no le digas que Paul es sacerdote! Hay gente que se pone nerviosa con los clérigos. Sólo dile que vendrá mi hermano a cenar.

—¿Pero cómo harás para venir?

—Tendrás que ir a buscarme —suspiró Keith—. Te llamaré no bien lleguemos al garaje.

Cuando cortó la comunicación con Keith, Jennifer volvió a levantar el receptor y marcó el número de David. Pero no hubo respuesta: el teléfono sonó una y otra vez.

Después del sexto timbrado, cortó. Si no estaba en casa, las cosas se simplificaban. Quería mantener lo más alejados que fuera posible a David y a Keith. ¡Y decididamente no quería que Paul los viera a David y a ella juntos! David podría ocultar sus verdaderos sentimientos frente a Keith, pero el hermano de éste era un sacerdote, y un juez demasiado bueno de la naturaleza humana.

Cruzó la cocina y espió por la ventana. A través de los árboles pudo divisar el Mercedes verde de David estacionado, en el sendero de grava del 666 de Sunset Brook Lane. ¡Entonces sí estaba en casa! ¿Estaría bañándose? Pero su teléfono se hallaba en el cuarto de vestir, a unos pasos. Y le había dicho que corría a la mañana,

no al crepúsculo...

Recordó entonces aquella mañana de sábado, dos semanas atrás, cuando había encontrado a David desmoronado en el asiento de su auto. Ahora estaba solo en esa casa. ¿Y si había sufrido otra pérdida de conocimiento y había caído por la escalera? Quizás no le era posible llegar al teléfono.

Tuvo el impulso súbito de ir allí y asegurarse de que estaba bien. Si estaba corriendo, probablemente lo encontraría en la calle. Además, ya se había propuesto hablar con David a solas, cara a cara. Lo que debía explicarle no era la clase de cosas que pueden decirse por teléfono. Y ahora que Paul llegaría tarde, y Keith iba rumbo a algún garaje, quizás era el momento más seguro para hacerlo.

Jennifer esperaba a Paul a las 7.00, de modo que ya estaba vestida para la cena. Por un momento pensó en cambiarse los zapatos. Pero no estaría más de un par de minutos en la casa del 666. Si Keith pensaba llamarla desde el garaje, eso le daba la perfecta excusa para volver de inmediato, ¡y Keith nunca lo sabría!

La grúa atravesó el puente del ferrocarril y se estacionó a un lado del camino, delante de la camioneta.

—¡Al fin! —Keith abrió la puerta y bajó—. ¿Puedo ayudarlo a enganchar las cadenas de remolque?

—No se apure tanto —dijo el conductor—. Primero querría echarle una mirada al motor.

—¡Pero ya lo hice! —protestó Keith—. Simplemente no funciona, por más que uno le haga. Llévemolo a su garaje, y mi esposa irá a buscarme. ¡Tenemos invitados a cenar!

—Señor —dijo el conductor—, si puedo poner en marcha su camioneta, usted podrá llegar antes a su casa. Y le costará mucho menos. ¿Me permite la llave?

Keith le tendió la llave con su cadena y miró al hombre que se acomodaba tras el volante del vehículo de la Carpintería de Obra Olson. De pronto, el motor de la camioneta comenzó a funcionar.

Keith miró atónito al conductor:

—¿Cómo demonios hizo eso? —le preguntó.

—Simplemente hice girar la llave. ¿Por qué no prueba de seguir rumbo a su casa? Yo iré atrás, por si algo anda mal.

Jennifer sacó el Datsun del garaje y decidió dejar las puertas abiertas. De ese modo, después que recogiera a Keith, volvería a guardarlo directamente.

El reloj del tablero marcaba las 6.27. En cualquier momento se pondría el sol. Pero dentro de diez minutos, probablemente menos, habría terminado con David y estaría de vuelta en la cocina, esperando el llamado de Keith del garaje.

La noche anterior, recordaba Jennifer, su esposo había mostrado un carácter tan maravillosamente tierno y romántico. Después la pesadilla de David lo había arruinado todo. Cuando Keith volvió a casa al fin, estaba demasiado irritado como para hacer el amor. Jennifer se había dormido, pero varias veces durante la noche se había despertado por causa de los movimientos incesantes de Keith.

A la mañana, cuando Keith se marchó a Pound Ridge, Jennifer se sirvió más café y se quedó en la cocina, pensando. David siempre le había parecido alegre y confiado. Pero ahora Jennifer comprendía que debía de estar terriblemente afectado por la muerte de Eleanor. David había llevado luto por ella durante casi dos años. Ahora estaba saliendo de eso, y era natural que comenzara a sentirse interesado otra vez en mujeres. Y era más natural aún que pensara en ella, a quien había conocido desde hacía tanto tiempo.

Pero aquella descompostura súbita la noche que vino a cenar con ellos, el problema misterioso por el que tuvo que ver a un médico, la pérdida de conciencia la noche de aquel viernes, ¡y ahora esa pesadilla de la que le había hablado Keith la noche anterior! Todo indicaba que David Carmichael era un hombre con serios problemas. ¿Tenía la fuerza suficiente como para dominar la tensión y el sentimiento de culpa que le producía una relación amorosa con ella?

Jennifer comprendió asimismo que no era justa con Keith. El malhumor de su esposo había comenzado en realidad la tarde en que volvieron de las Bahamas y encontraron la casa de Coste al otro lado de la barranca. Y por supuesto que en estos últimos días se había sentido celoso. ¿Pero cómo podría ser de otro modo, con David pasando sus vacaciones prácticamente en el patio trasero de ellos? Sin embargo Keith había hecho a un lado sus sentimientos y la había dejado decorar la casa y el departamento de David. Obviamente la idea no le agradaba, pero nunca se había quejado porque sabía cuánto significaba para ella. Y porque la quería tanto...

Jennifer ya se había divorciado una vez, y no quería volver a pasar por esa experiencia. Su matrimonio con Keith merecía más oportunidades de las que le había estado dando, sin presiones externas y sin competencia.

Al dirigir el Datsun por Sunset Brook Lane, Jennifer soltó un profundo suspiro. Ensayaba mentalmente lo que tendría que decir. Estacionó junto al Mercedes de David en el sendero de grava. Al otro lado del camino, el sol casi llegaba al horizonte. Cuando subió los peldaños de la galería, vio que la puerta del frente estaba entornada. La empujó hacia adentro, sin que las bisagras hicieran el menor ruido.

La sala se encontraba completamente vacía, tal como la había visto el lunes por la tarde. El sol, muy bajo en el oeste, brillaba a través de la ventana que había junto a la escalera. Jennifer cerró la puerta tras ella y miró hacia arriba. Desde el baño no venía sonido de agua corriendo. Y no se oía ningún movimiento.

—¿David? —llamó, sin obtener respuesta. ¿Estaría en la cocina? Caminó por el corredor, y oyó el eco de sus propios pasos en la sala vacía.

Unos momentos antes, David había oído el sonido del teléfono que sonaba arriba. Dios mío, pensó, ¡probablemente era Coste! Abrió las pesadas puertas corredizas y subió de prisa la escalera. Pero antes de llegar al teléfono éste dejó de sonar. Levantó el auricular y sólo oyó el tono.

¿Qué haría? Esa mañana había buscado por toda la casa, sin encontrar el sestercio de bronce. Y ahora Coste vendría, en menos de una hora. Y por supuesto querría guardarse el sestercio por el que David había pagado tres mil setecientos dólares.

Se ajustó la toalla a la cintura (siempre estaba aflojándose) y bajó. De vuelta en el jardín de invierno hexagonal, cerró las puertas corredizas tras de sí. El sol ya casi se ponía, pero el calor que hacía allí adentro seguía siendo fuerte y relajador.

Quizás si lo pensaba con bastante concentración podría recordar qué había sucedido con esa moneda de bronce. ¿Se la habrían robado? La noche anterior David había descubierto que las puertas de la planta baja estaban abiertas, y todas las ventanas del dormitorio también. Pero las únicas personas que habían estado dentro eran los hermanos Staub... y Keith, por supuesto. Y no habían robado nada más. Sólo el sestercio...

De pronto oyó, a través de las puertas cerradas, que alguien entraba por la puerta del frente. Y luego la voz de Jennifer que lo llamaba. ¿Sería una alucinación? Abrió los ojos y vio las ventanas que frente a él se inundaban de la conocida luz roja.

La figura en la ventana de la derecha había vuelto a tener rostro, pero sus rasgos aún no eran claros. Tardaría un minuto o dos en volverse realmente visible el grabado, cuando el color rojo del vidrio se hiciera más vivo.

Entonces oyó los pasos de Jennifer en el vestíbulo. Recordó lo que le había dicho el doctor Fuchs-Kramer acerca de sueños precognitivos: que sus detalles solían mezclarse, en una suerte de taquigrafía. Pues bien, ahora el cuarto estaba bañado en luz roja. Y aquí estaba Jennifer, que venía a su encuentro. Ahora, claro está, era David quien no tenía ropa encima. El buen sueño había sido al revés, ¿pero cuánta exactitud podía exigírsele a un sueño precognitivo? Se puso de pie y se volvió a ajustar la toalla a la cintura:

—¡Jennifer! —llamó—. ¡Aquí estoy!

Cuando Keith llegó frente a su casa, hizo una señal con la mano dirigida a la grúa que venía atrás. Por el espejo retrovisor vio que la grúa daba una vuelta y volvía en dirección a Mount Kisco.

Estacionó su camioneta en un rincón para darle bastante lugar al automóvil de su hermano. Entonces vio que la puerta del garaje estaba abierta. El auto de Jennifer no se encontraba. Pensó que podría haber precisado algo del almacén.

Cuando entraba, observó que había un sobre en el buzón. No había ni estampilla ni dirección escrita. ¿Sería algo más de Coste?, se preguntó. Pero no le debía dinero.

Intrigado, dio vuelta el sobre. Allí había un membrete impreso con letras en

relieve:

DAVID M. CARMICHAEL  
1411 RIVERSIDE DRIVE  
NEW YORK, NEW YORK 10025

Lo abrió. El sobre estaba lleno de billetes nuevos de cien dólares. Entonces recordó: por supuesto, David le debía a Jennifer dinero por el trabajo que le estaba haciendo.

Pero entre los billetes había un trozo rasgado de papel azul. Keith reconoció de inmediato el color del papel de cartas que le había regalado a su esposa para su cumpleaños. En ese trocito estaba su firma: *Con amor, Jennifer*.

¿Le habría estado escribiendo cartas de amor a David? ¿O este trozo rasgado era parte de la carta que Jennifer le había mandado a Paul? Eso explicaría muchas cosas.

Quienquiera que hubiese violado las cerraduras de la oficina en Chappaqua y le hubiera abierto el correo debía tener necesariamente mucho tiempo libre, y ser lo bastante rico como pagar sus deudas con billetes de cien dólares. No, no era Coste quien había destrozado la invitación de Jennifer y la carta de Beaufort. ¡Había sido David M. Carmichael!

Keith volvió a sorprenderse al descubrir que la puerta del frente no estaba cerrada con llave. Irritado, se dirigió a la cocina. ¿Le habría dejado al menos un aviso en el anotador del teléfono? ¡No, no lo había hecho! En ese momento vio una chispa de luz roja a través de la ventana de la cocina.

Era el sol poniente que se reflejaba en el techo de un Datsun azul estacionado junto al Mercedes verde de David en la entrada del 666 de Sunset Brook Lane. Keith miró a través de las ramas de los alerces. Los árboles se cubrían rápidamente de hojas, pero aun así podía reconocer sin dudas el automóvil de Jennifer.

¿Qué demonios estaba haciendo allí, cuando esperaban a Paul en cualquier momento? ¿Y por qué no había notado el sobre que David había metido en el buzón? ¿Qué demonios pasaba entre esos dos? Keith salió por la puerta de la cocina, a la que cerró de un golpe, y se dirigió al sendero de la barranca ¡Ya era hora de terminar con esta tontería de una vez por todas!

*Jueves 3 de mayo de 1979*

ERAN EXACTAMENTE LAS 7.43 cuando Paul Olson introdujo su automóvil por el sendero de la casa de Keith y Jennifer. Había hecho todo el trayecto por la ruta Merrit a más velocidad de la permitida, y no había dejado de pensar en los detalles que le había contado Lawrence Fisher. Estaba auténticamente preocupado por su hermano y su cuñada, y se había alegrado de encontrar a Jennifer en casa cuando llamó por teléfono. Pero ahora, al entrar a Sunset Brook Lane, no había visto ninguna construcción nueva. ¿Dónde estaba esa casa de la que le había hablado Keith?

Había sido un día largo y cansador, y Paul no veía la hora de sentarse y descansar. Estacionó junto a la camioneta a cuyos lados estaba pintado el cartel de la Carpintería de Obra Olson. El motor de la camioneta aún hacía pequeños ruidos, al terminar de enfriarse. Evidentemente Keith acababa de llegar. Pero entonces Paul vio el garaje vacío y la puerta levantada. Lo que significaba que Jennifer había salido por algún motivo.

Fue con su bolso hasta la galería y tocó el timbre. Lo oyó sonar, pero nadie vino a la puerta. El sol se había puesto unos minutos antes, pero no había luces encendidas en la casa. ¿No lo esperarían? Intentó golpear la puerta, pero notó que estaba abierta. La empujó y entró.

—¿Keith? —llamó. No hubo respuesta—. ¡Jennifer! —Al parecer los dos habían salido.

Una vez en la cocina, Paul abrió el bolso y sacó la botella de vino tinto que había comprado para la cena. Quizás fuera una buena idea abrirla para que el vino se oxigenara. Estaba revisando los cajones, buscando un descorchador, cuando vio una enorme sombra que caía sobre la ventana.

¡Esa era la casa que Keith le había descripto! Recordaba bien que no estaba allí en su última visita, para Navidad. Y había dos autos extranjeros estacionados a la izquierda de la galería de entrada. Paul pensó en lo que le había contado su hermano durante su larga charla telefónica del martes a la tarde. Pero todo eso parecía increíble. En el crepúsculo, la casa parecía hermosa y acogedora. Al occidente el cielo estaba cubierto de nubes rojas. ¿Sería cierto que junto a la chimenea asomaban los dientes de un tridente de diez metros de altura? ¿Y era posible que en el mango estuvieran escritas la Ley de Hierro y la Ley de Oro?

Sintió urgencia por ir hasta esa casa y mirarla mejor. Pero el sol ya se había puesto, y oscurecía. Además, el inquilino de esa casa —no recordaba el nombre— probablemente se estaría vistiendo para la cena. No le gustaría ver a Paul espiando.

Cuando terminó de descorchar el vino, se sintió incómodo. Tenía la sensación



indefinible de que algo andaba mal, terriblemente y espantosamente mal. ¿Pero qué podía hacer? Sin duda alguna Keith y Jennifer volverían en cualquier momento. Si no, ¿por qué habrían dejado abierta la puerta del frente?

Para calmarse volvió a la sala y tomó un ejemplar del *Architectural Digest* de la mesita. Se sentó en un cómodo sillón verde y amarillo ubicado frente a la puerta, y encendió la lámpara que tenía atrás.

Echó una mirada por la ventana, al camino. El auto de su cuñada no se veía por ninguna parte. Bajó los ojos y abrió la revista.

¿Por qué se sentía tan súbita y absolutamente exhausto?

Las puertas del jardín de invierno eran más pesadas de lo que recordaba Jennifer. Debió forcejear con ambas manos para abrirlas y, una vez adentro, la luz carmesí la dejó sin aliento.

Tardó un instante en ver a David, que no llevaba encima más que una toalla ajustada a la cintura. Estaba de pie junto a una de las paredes, como si supiera que ella vendría. ¿Por qué no estaba vestido?

—¡Bien, hola! —exclamó él con una amplia sonrisa.

—Hola... —respondió Jennifer. El cuerpo de David era esbelto, con músculos hermosamente proporcionados. Claro es que corría por las mañanas y practicaba tenis en un club de la ciudad... Se forzó a apartar la mirada. Del otro lado de las ventanas, el mundo entero parecía inundado de sangre.

—Estás hermosa —dijo David. Jennifer no supo bien qué responder:

—Keith no sabe que vine —comenzó, con torpeza—. Quería que te invitara a cenar esta noche, para que conozcas a su hermano Paul. Pero no quiero...

Abruptamente, se olvidó de lo que estaba a punto de decir. El aire allí adentro era muy cálido, y pesado, como si estuviera a punto de solidificarse sobre ella.

—¿Qué es lo que no quieres? —preguntó David.

Jennifer vio como brillaba la luz roja sobre los músculos de sus brazos. Volvió a obligarse a sí misma a mirar en otra dirección. ¿Dónde estaban las higueras que le había regalado?

—Quiero que comprendas una cosa —le dijo—. Te considero un muy buen amigo...

—¡Espero que no cambies de idea! —respondió David sonriendo.

Fue entonces que Jennifer notó las figuras, de tamaño casi natural, grabadas en las tres ventanas. En la izquierda había un hombre, en la central una mujer y en la derecha otro hombre. Aun desde donde estaba, Jennifer veía que la cara de la figura de la derecha no se correspondía con el cuerpo.

—¿Quieres más vino? —le preguntó David—. Noté que te gustó la botella que tomamos el lunes. Tengo un cajón entero.

—No —respondió Jennifer—. Yo... —¿Por qué le resultaba tan difícil

concentrarse?—. Lo que quiero decirte —tartamudeó—, es que realmente no puedo seguir con la decoración de tu departamento en Riverside Drive. ¡A Keith no le *agrada* que haya trabajado aquí en esta casa! No quiero ir a Nueva York y estar a solas contigo, día tras día. Porque él se molesta, y...

—Buena idea —dijo David. Dio un paso hacia ella—. ¿Para qué hacer sospechar a tu marido, si no es necesario?

—Hay varios excelentes decoradores que conozco, y puedo recomendarte... —El calor la mareaba, y sintió la transpiración que le cubría la frente—. Por favor, no lo tomes a mal —dijo—. Pero tengo que pedirte un favor muy grande.

—¿Sí? —Ahora estaba a su lado, resplandeciente de luz roja. Jennifer sentía su mirada clavada en ella, astuta y alerta.

—Sé los gastos que has tenido para decorar esta casa —dijo—. Pero las cosas no van bien, contigo tan cerca. No es justo para Keith. Siente unos celos tan terribles de ti, porque nosotros dos nos conocíamos ya cuando yo vivía en la ciudad. Y ahora con tu mudanza aquí por todo el verano... y lo de anoche, cuando gritaste en sueños...

Ella se atrevió a mirarlo fugazmente. David seguía sonriendo, y tenía una mirada extraña, soñadora. ¿No prestaría atención a lo que le estaba diciendo?

—¡Oh, olvídate de Keith! —murmuró David—. ¿Qué dices tú, Jennifer? ¿Qué es lo que *tú* quieres?

Al mirarlo, Jennifer sintió en su interior una temible llamarada de deseo.

—David —dijo—, ¡quiero que te vayas! —Retrocedió y pudo ver la sorpresa y el dolor reflejados en los ojos de David—. En serio, debe de haber muchas otras casas donde puedas pasar el verano... —Pero no pudo seguir hablando.

Oyeron unos pasos pesados que subían los peldaños de la galería, y estuvo casi segura de que eran los pasos de Keith. Si entraba al jardín de invierno y veía a David medio desnudo como estaba, no habría explicación que lo dejara satisfecho.

David abría la boca para hablarle. Pero sin esperar un segundo más Jennifer se volvió y salió del cuarto. Llegó al vestíbulo en el preciso momento en que se abría la puerta.

—¡Keith! —exclamó. Después del calor seco del jardín de invierno, la atmósfera de la sala le parecía muy fría. Siguió avanzando hacia su esposo, con una sonrisa.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le preguntó él.

—Hablabas con David —respondió de inmediato—. Lo lamenta, pero no podrá asistir a la cena esta noche.

—¿Tuviste que venir hasta aquí para preguntarle? —Keith no sonreía.

—Lo llamé por teléfono —protestó Jennifer—. Lo dejé sonar y sonar pero no contestaban. Temía que pudiera haberle sucedido algo, así que... —Sentía la transpiración que le mojaba la blusa—. ¿Cómo pudiste venir del garaje?

Keith miró en dirección a la escalera, ignorando su pregunta:

—¿Adónde está David?

¡Tenía que sacar a Keith de aquí! En su desesperación, miró por la ventana de la

sala a su casa al otro lado de la barranca. En la entrada estaba la camioneta de Keith... ¡y a su lado el Chevy Vega de Paul!

—Mira —exclamó señalando la ventana—. Llegó tu hermano. ¿Por qué no vamos a casa y...?

Pero Keith la hizo a un lado y se dirigió al vestíbulo. Cuando Jennifer se volvió, vio la luz roja que salía de la puerta corrediza.

—¡Keith! —llamó corriendo tras él—. Paul nos espera. ¡Vamos a casa, por favor!

La luz enrojeció el rostro de Keith cuando pisó el umbral entre las puertas corredizas. Ahí se detuvo. Desde atrás, Jennifer vio a David de pie en medio del cuarto. Se ajustaba la toalla a la cintura.

Vio la sorpresa reflejada en el rostro de su esposo. David levantó la vista lentamente y lo miró.

—No te alteres —le dijo con una sonrisa amarga—. Es evidente que tu esposa te prefiere a ti al fin de cuentas.

Keith echó atrás un brazo y descargó un golpe sobre el estómago de David. Jennifer oyó el impacto. Pero David no reaccionó. Se quedó inmóvil, mirando a Keith con una expresión de estupor.

—¡No me duele! —dijo con una extraña sonrisa.

—Keith... —dijo Jennifer. Vio, horrorizada, cómo Keith se acercaba y descargaba dos golpes muy violentos contra el rostro de David, arrojándolo sobre la pared de la izquierda. Vio cómo la cabeza de David golpeaba contra las maderas. ¡No intentaba siquiera defenderse! La luz roja del cuarto casi disimulaba la sangre que le corría de la boca.

—¡Keith! —repitió. Tenía que detenerlo antes de que David resultara seriamente herido. Pero Keith la ignoró, y volvió a levantar el puño.

Entonces vio el pequeño objeto redondo que caía desde el techo sobre la cabeza de Keith. Con un movimiento en arco, demasiado lento para una caída, se posó en el piso de mármol con un sonido duro y metálico.

Soprendido, Keith lo miró. La moneda rodó por el piso y golpeó contra el enmarcado debajo de las ventanas.

Sin hacer caso de Keith, David se inclinó y la alzó. Cuando se enderezó, Jennifer vio que tenía los ojos oscuros y furiosos.

—¿La tenías en el bolsillo, no es cierto? —preguntó—. Entraste aquí anoche y me la robaste de la cómoda.

—No —dijo Keith sacudiendo la cabeza. Se quedó donde estaba, con los brazos levantados.

Jennifer parpadeó: no podía creer en lo que veía. De pronto la luz roja pareció fluir de las tres ventanas y condensarse alrededor de David. Cerró la mano izquierda sobre la moneda. Sus rasgos se transformaron precipitadamente en una máscara de furia fría. Entonces Keith dio un paso adelante y le tiró otro puñezato.

Jennifer nunca había visto a nadie moverse con tal velocidad. David detuvo el

golpe de Keith con una mano y antes de que su oponente pudiera retirar el brazo le tomó la muñeca. Hubo un extraño ruido y Keith retrocedió, con la mano en un ángulo raro. ¡David le había roto los huesos!

—¡Keith! —gritó Jennifer. Su esposo retrocedía hacia la puerta, pero David se le adelantó, cerrándole el camino.

—¡Cobarde! —susurró—. ¡Ven aquí!

Pero Keith negó con la cabeza.

—¡Ven aquí! —Con un movimiento increíblemente veloz, David lo tomó por el cuello, obligándolo a arrodillarse en el piso de mármol.

Keith se defendía con su mano sana, pero David no parecía sentir los golpes. Lentamente llevó la otra mano a la nuca de Keith.

Jennifer oyó el gemido de su esposo: un sonido agudo, aterrorizado. Sin pensarlo, se arrojó sobre David, golpeándolo para que soltara a su presa.

Lentamente, David se volvió a mirarla, y no parpadeó a pesar de los golpes que Jennifer descargaba sobre su rostro. Por un instante ella pudo verle los ojos. Había en su mirada un odio más amargo del que hubiera visto nunca. Y entonces sintió algo... una nube roja. Él la había golpeado en el pecho, sobre el plexo solar.

La fuerza del golpe la mandó al otro lado del cuarto. Se golpeó la cabeza contra las maderas que había bajo la ventana de la derecha. Y cuando trató de respirar, un dolor insólito le estalló en el pecho.

Jennifer había perdido la respiración en otras oportunidades, pero esto era infinitamente peor. ¿Le habría roto las costillas? Lentamente se puso de pie tomándose de la ventana, y miró a través del vidrio rojo. El sol había desaparecido por completo. ¡Pero los cristales hexagonales brillaban con más fuerza que nunca! Aquella luz roja, comprendió ahora, no la producía la puesta del sol. ¡Eran las ventanas mismas! Y ahora sí pudo reconocer el rostro de la figura en la ventana derecha...

Un retrato inconfundible de David Carmichael, con cabello plateado, la miraba desde el panel hexagonal.

Podía sostenerse en pie. Pero la respiración le provocaba un dolor tan terrible que sintió que las rodillas se le doblaban. Keith estaba tendido en el piso. David se hallaba acucillado junto a él, dándole la espalda a Jennifer, de quien parecía haberse olvidado. Y Keith no gritaba más. ¿Qué le había hecho David?

Entonces recordó haber visto el automóvil de Paul al otro lado de la barranca. La puerta del frente estaba abierta, de modo que habría entrado. Y en el cuarto de vestir de David había un teléfono. Si sólo pudiera salir de este cuarto rojo sin que David la viera...

Pero el menor intento de respirar era muy doloroso. Jennifer comprendió que se desvanecería si trataba de ir caminando. De modo que se arrastró de rodillas hacia las puertas corredizas.

—¡NO! ¡DETÉNLA! —La voz profunda surgía exactamente de arriba de la cabeza

de Jennifer—. ¡NO DEBE SALIR DE ESTE CUARTO!

¿Quién había hablado? Miró hacia arriba.

La luz del cuarto latía, como si fuera un gigantesco corazón. Y David estaba de pie junto a ella. La toalla había resbalado de su cintura. Estaba desnudo.

—¿Jennifer? —dijo. Tenía una mueca de miedo y preocupación, exactamente igual a la de su retrato grabado en la ventana—. No quise lastimarte —le dijo extendiéndole un brazo.

Ella evitó su contacto, y entonces él volvió a golpearla, ciego. Todo se volvía rojo, las manos de Jennifer, el piso, el aire mismo. Pero a muy escasa distancia estaba el vestíbulo, recién pintado del azul que ella había elegido para que hiciera juego con el comedor. Estiró las manos. Ya estaba en el umbral. David se le acercó hasta tocarla con las piernas desnudas. Tomó las argollas de hierro de las puertas corredizas y las cerró con toda la fuerza que tenía.

Paul Olson se despertó con un sobresalto. Por un instante no supo adonde se encontraba. Entonces sintió la revista aún abierta sobre las piernas, tal como estaba antes de dormirse.

Pero la oscuridad era casi total en la sala de Keith y Jennifer. Se puso de pie y buscó el interruptor en la pared.

Al tocarlo, la sala brilló, enteramente iluminada. ¿Pero y la lámpara que había encendido para leer? ¿Se habría quemado la bombita?

Apretó el botón de su reloj pulsera digital: ¡las 8.14! ¡Había estado dormido durante casi media hora! ¿Y Keith y Jennifer todavía no habían vuelto?

Quizás habían tenido un accidente. Pero por otra parte, estaba el anticuario al que había invitado Keith. Debería haber llegado hacía rato. ¿O la invitación sería para la nueva casa, y en ese caso lo esperarían allí?

¡Por supuesto! Había visto dos autos frente a esa casa. Pero en ese caso, ¿cómo era posible que Keith y Jennifer no hubieran visto su auto aquí y no hubieran tenido la idea de llamarlo?

Salió por la puerta del frente y la cerró, asegurándose de que el cerrojo caía en su lugar. Pero antes de volver a subir a su auto, vaciló. Paul creía en la vida eterna, en la misericordia infinita de Dios. Pero tenía que admitir que ahora estaba más que preocupado: estaba asustado.

La Navidad anterior, junto con sus duraznos en aguardiente, Jennifer le había regalado una simple cruz de plata con una cadena también de plata. Paul siempre la llevaba colgada al cuello, pero debajo de la camisa, en parte porque era un regalo personal, y en parte porque... en fin, no quería tener un aspecto *demasiado* clerical. Pero ahora tiró de la cadena y dejó colgar la cruz a la vista.

Cuando entró al sendero de la casa nueva, sus faros brillaron sobre lo que podía ser el automóvil de Jennifer, estacionado junto a un Mercedes verde. Estacionó detrás

y bajó. Al otro lado de la barranca, vio la luz que había dejado encendida en la cocina de Jennifer.

Frente a él tenía una casa victoriana de dos pisos, la misma en la que había trabajado su hermano. Había luces en el piso alto. Pero la planta baja estaba a oscuras, salvo por una pequeña luz que brillaba en la parte trasera.

La puerta del frente se encontraba abierta de par en par. Aun así, golpeó antes de pasar. No hubo respuesta. A su izquierda una escalera conducía al piso alto. Adelante, al fondo de un estrecho corredor, había luz en lo que parecía ser la cocina. Pero la sala frente a Paul estaba completamente desprovista de mobiliario. Flotaba en el aire un olor limpio y fresco a pintura. ¿No se habría mudado todavía David M. Carmichael?

En ese momento oyó un gemido sofocado. Con los oídos bien atentos, entró a la sala. Más allá había un cuarto oscuro, posiblemente un comedor, y era de allí de donde venían los gemidos.

Vio que había un hombre acurrucado en un rincón, cerca de la pequeña chimenea. Estaba descalzo y llevaba una bata de toalla. No pareció notar siquiera la presencia de Paul.

—¿Qué sucede? —le preguntó Paul suavemente—. ¿Qué pasa?

Sorprendido, el hombre miró a Paul.

—¿Es usted el señor Coste? —le preguntó, parpadeando en la penumbra—. Por favor, tome su...

—No —dijo el rector asistente—. Soy Paul Olson, el hermano de Keith.

El hombre se puso de pie, rígido, como si los movimientos le produjeran dolor:

—Encantado de conocerlo, señor Olson —dijo estrechándole la mano—. Soy David Carmichael. —Luego miró hacia la puerta del frente. Paul notó que apretaba algo en la mano izquierda—. ¿Podría decirme qué hora es?

Paul apretó el botón de su reloj digital. Los números rojos brillaron instantáneamente:

—Las 8.21.

—Gracias —suspiró Carmichael—. Estoy seguro de que no tardará.

Paul no sabía de qué hablaba.

—¿Se refiere a Keith?

Pero Carmichael negó con la cabeza. Estaba distraído, con la mente en otra parte.

—Afuera está el auto de Jennifer —dijo Paul—. ¿Podría decirme adonde está?

Carmichael lo miró extrañado y luego apartó la vista.

—Jennifer no quiere hablarme —susurró—. Algo le pasa.

Paul contuvo el aliento. Como sacerdote, había oído más de una vez esas voces vacías y sin entonación a la cabecera de agonizantes en los hospitales. El hombre que tenía ante sí no estaba meramente distraído: estaba en estado de *shock*.

Carmichael salió del comedor arrastrando los pies, hacia el pasillo, y Paul lo siguió. Cuando entraron en la cocina iluminada, Paul vio que el puño izquierdo de

Carmichael estaba cortado e hinchado. Tenía sangre en el labio inferior y el rostro mojado por las lágrimas. Le habían aparecido moretones en la mejilla y en la mandíbula. ¿Qué habría sucedido aquí?

—Ella está ahí. —David Carmichael levantó la mano izquierda, siempre cerrada sobre algún objeto, y señaló una puerta abierta bajo la escalera.

Paul reconoció al instante los ojos grandes y atemorizados de Jennifer. Estaba en el suelo entre las puertas corredizas. Yacía sobre el lado izquierdo, con las rodillas levantadas, casi tocándole el pecho, como si se retorciera de dolor.

Paul buscó automáticamente un interruptor de luz, pero comprendió que no lo había. De cualquier modo, bastaba con la luz proveniente de la cocina en el extremo del corredor.

—¿Jennifer? —dijo arrodillándose junto a ella. Pero vio que sus ojos eran inexpresivos, que no veían nada. De la nariz y del oído derecho le había corrido un hilillo de sangre. Paul le tomó la muñeca, pero sintió que la carne estaba fría e inerte. No había pulso.

Levantó la cabeza. En el mismo cuarto, cerca de las ventanas, yacía un hombre con ropa de trabajo; boca arriba. En el suelo, junto a él, había una toalla cubierta de manchas oscuras. El hombre no parecía respirar. Y sobre su rostro había algo oscuro y blando.

Paul le buscaba el pulso cuando descubrió la fractura. El hueso quebrado, de un blanco fantasmal y ligeramente húmedo, asomaba de la piel rota. Paul se estremeció y estiró una mano hacia la cosa extraña que le cubría el rostro a ese hombre. Era algo húmedo, pegajoso, frío... y sujeto a la frente.

—¡Oh, no! —murmuró. Todo el cuero cabelludo del hombre había sido arrancado desde la nuca y arrojado sobre el rostro. Cuando Paul lo levantó, reconoció los rasgos del muerto. ¡Era Keith!

El rector asistente se levantó lentamente, luchando contra la náusea y el pánico. En momentos de crisis, cuando un sacerdote debía proporcionar fuerza y cordura a quienes lo rodeaban, Paul había aprendido a pensar con lógica y fríamente. Eso era lo que debía hacer ahora. Después tendría tiempo de asimilar la sorpresa y el dolor. Pero aún no. Porque detrás de él, en el vestíbulo, vestido con aquella bata de toalla blanca, había un demente que acababa de asesinar a dos personas.

Paul cerró los puños y se volvió. Pero David Carmichael seguía de pie en el comedor, mirando con ansiedad la puerta del frente.

Paul aspiró profundamente y comenzó a pensar. Carmichael no había mencionado a Keith. Pero parecía preocupado por Jennifer. Quizás ésa era la clave para dominarlo.

Al salir del cuarto hexagonal, se las arregló para simular una sonrisa:

—Creo que Jennifer está bien —dijo suavemente.

Carmichael lo miró. Parecía perdido, pero también desconfiado.

—De todos modos, creo que necesitará un médico —dijo Paul—. ¿Hay un

teléfono en la casa?

Carmichael asintió. ¡Sé cortés!, se dijo Paul. ¡Muy, muy cortés!

—Si me muestra dónde está el teléfono, llamaré a un médico para Jennifer. ¿De acuerdo?

Carmichael subió las escaleras guiándolo. Al subir, Paul notó las huellas de sangre de pies descalzos que se hacían más débiles a cada escalón. Carmichael debió de subir inmediatamente después de la matanza.

Una vez arriba, Carmichael giró hacia la derecha y llevó a Paul a un cuarto de vestir. En un rincón había un gran aparato para hacer algún tipo de ejercicios. Del otro lado, sobre una elegante mesita oriental se veía un teléfono blanco y junto a él una Guía Telefónica de la zona Westchester-Putnam.

—El médico querrá examinarle esos moretones —le dijo a Carmichael—. ¿No quiere recostarse hasta que llegue?

Carmichael asintió sin comprender y se dirigió al dormitorio.

Paul se arrodilló y tomó la guía. Las manos le empezaban a temblar, pero el número que buscaba estaba en el reverso de la tapa. Disco, y afortunadamente respondieron al primer llamado.

—Policía de Chappaqua —dijo la voz—. Sargento McIntyre.

—Buenas noches, doctor. —Paul mantuvo un tono de voz neutro y controlado—. Habla el reverendo Paul Olson; soy sacerdote episcopal. Hemos tenido un ligero accidente aquí, con dos personas. Y estoy seguro de que mi amigo le agradecerá si puede venir.

Hubo una pausa de un segundo, y Paul oyó el chasquido que indicaba que comenzaban a grabar la conversación.

—¿Hay alguien presente? —preguntó el policía—. ¿Puede hablar?

Paul echó una mirada al dormitorio. Carmichael estaba sentado en el borde de la cama, mirándolo.

—No creo que sea lo más indicado, doctor —respondió Paul—. Pero quizás pueda hacer una visita. Estamos en... lo lamento, no sé el número de la casa. Pero es en Sunset Brook Lane. La casa nueva, la primera después de la curva pasando la casa de Olson en el setecientos doce.

—De acuerdo —dijo el oficial—. ¡Es el seis sesenta y seis! Enviaremos una patrulla de inmediato.

—Por favor, dígame al conductor de la ambulancia que no use luces ni sirena —dijo Paul—. Sería conveniente no excitar más al paciente.

—Entiendo —respondió el sargento—. ¡Aguante firme, reverendo!

—Gracias, doctor —respondió Paul y devolvió el receptor a la horquilla. En ese momento se sobresaltó: Carmichael estaba junto a él. Pero parecía apagado y exhausto, más aún que antes. Ahora parecía un anciano arrebujaado en una bata blanca.

—El médico ya viene —sonrió Paul—. ¿Por qué no vuelve al dormitorio y espera



allí?

—¡Pero Coste vendrá a las 8.30! —Dijo Carmichael—. Tengo esta moneda para darle. ¿Se la daría usted cuando llegue?

—¿Que le dé qué? —preguntó Paul.

Lenta, dolorosamente, Carmichael abrió los dedos de la mano izquierda. En la palma había una horrible moneda de cobre. A su alrededor, la carne de la mano estaba quemada e inflamada. Cuando Paul levantó la pesada moneda, una delgada capa de piel salió con ella.

—Duele —dijo Carmichael.

Ahora el metal estaba lo bastante frío como para tocarlo sin daño. Pero en el momento en que lo había tomado Carmichael debió de estar al rojo vivo. ¿Cómo era posible que no lo hubiera soltado de inmediato?

—El médico le pondrá algo en esa mano —dijo Paul—. Se sentirá mejor. Pero por favor, descanse un poco. ¿De acuerdo?

Carmichael volvió al dormitorio y Paul se metió la extraña moneda en el bolsillo. Hacia la mitad de la escalera se detuvo a escuchar: esta vez no se oían pasos, de modo que Carmichael se había quedado en el dormitorio.

Abrió la puerta del frente y salió a la galería. Aspiró profundamente el frío aire de la noche. Hasta ahora no se veía a nadie por Sunset Brook Lane. Pero la policía llegaría en cualquier momento. Ese primer patrullero llamaría a los refuerzos: detectives de homicidios, fotógrafos de la policía, médicos. Toda la casa sería acordonada; habría embotellamientos en Sunset Brook Lane. Paul y David Carmichael —y este Coste, si es que aparecía— serían conducidos a la estación de policía para ser interrogados.

Apretó el botón de su reloj digital. Eran las 8.30 en punto. Tendría suerte si la policía lo dejaba marcharse antes de las 3.00 de la mañana. De modo que si quería rezar, a solas por unos minutos más, sería mejor que lo hiciera rápido. Volvió a entrar a la casa y fue al cuartito bajo la escalera. Entonces, deliberadamente, dio la espalda a las puertas corredizas. Quería recordar a Keith y Jennifer tal como los había visto en la Navidad pasada: sonrientes, sanos, llenos de amor. Cerró los ojos y comenzó a recitar el Salmo Veintitrés.

*Me hizo yacer en verdes praderas* le recordaba los dos cadáveres yacentes en el piso de mármol detrás de él. Pero siguió adelante: *Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, yo...*

De pronto sintió que no estaba solo, que alguien lo miraba. Abrió los ojos. Una luz roja provenía del cuarto a sus espaldas, proyectando su sombra en la pared. ¿Sería el patrullero de la policía, en Sunset Brook Lane? Pero la luz no brillaba como podía hacerlo la de un patrullero. Era una irradiación firme e inmóvil, y Paul comprendió que se hacía más y más brillante.

Se volvió y vio que la intensa luz roja provenía del *interior* del cuarto hexagonal. Entrecerrando los ojos, Paul vio los cuerpos de Keith y Jennifer en el piso, así como

la enorme forma que se condensaba en el aire encima de ellos.

Vio con espanto que la figura colosal seguía tomando forma ante sus ojos. El torso parecía humano, ¡pero el resto! Parecía ser en parte cabra, en parte reptil. Era tan enorme que debió encogerse sobre sus patas deformes. Y aun así, los hombros casi tocaban el cielo raso.

Lentamente hizo girar su enorme cabeza y lo miró. Sus ojos —vivaces, inteligentes—, estaban separados por más de treinta centímetros. Los cuernos retorcidos sobre las cejas formaban una corona.

Estiró un brazo hacia Paul. Luego lo que debían de ser sus labios se estiraron y pronunció su nombre.

—*Paul* —dijo—. *Ven aquí.*

Paul se encogió contra la pared, y no se atrevió a moverse.

—*¡Ven aquí!* —le ordenó—. *¡Y dame mi sestercio!*

# EPÍLOGO

*Viernes 14 de septiembre de 1979*

DESDE EL 4 DE MAYO, el teniente Francis DiMiglio había seguido el caso de los asesinatos Olson por los periódicos.

Desde el primer momento, el anticuario había sido el único sospechoso en el doble homicidio. La noche de su arresto David M. Carmichael había hecho una vaga e inconexa confesión, y había admitido ante los investigadores que era posible que hubiera matado a dos personas. Según se vio después, David M. Carmichael tenía razón.

Aun cuando Carmichael lo negó, el teniente DiMiglio supuso que él y la esposa de Olson debieron de haberse acostado juntos. Aparentemente ella había deseado romper esa relación, y él simplemente no pudo aceptarlo. Según el Oficial Médico del Condado de Westchester, le había fracturado el esternón, más un par de costillas. La señora Olson había sufrido una herida en el pulmón y debió sentir grandes dolores. Pero podría haber sobrevivido a estas heridas sin problema... siempre que Carmichael no le hubiera fracturado el cráneo entre las dos pesadas puertas corredizas. Para ese momento, por supuesto, el esposo de la mujer ya estaba muerto. Carmichael le había roto el cuello y después le había arrancado todo el cuero cabelludo.

Paul Olson, el hermano de la víctima, era un sacerdote o ministro o algo así. Fue él quien llamó a la policía en primer lugar. La conmoción que le produjo encontrar a su hermano y a su cuñada asesinados fue, evidentemente, más de lo que pudo soportar. Cuando llegó el primer patrullero, apenas seis minutos después de su llamada, lo encontraron encerrado en el baño del piso alto, completamente histérico. Cuando un policía trató de tranquilizarlo, Olson lo golpeó. Tuvieron que encerrarlo y darle sedantes. Ni siquiera pudo asistir al funeral el lunes 7 de mayo, fecha en que el matrimonio muerto habría celebrado su segundo aniversario de bodas.

Por lo que había podido enterarse el teniente DiMiglio, había algunos huecos en la historia de Paul Olson. Sin duda alguna, había algo que se guardaba; algo de lo que no quería hablar. Pero quedó en claro que él y David M. Carmichael no se habían visto nunca hasta la noche de la matanza. De modo que no se pudo acusar a Paul Olson de encubrimiento.

Acusado en sendos casos de homicidio, Carmichael pasó la noche del 3 de mayo en la prisión de White Plains. A la tarde siguiente salió en libertad mediante el pago de una fianza de doscientos mil dólares y se le permitió regresar a su departamento en Riverside Drive.

El teniente DiMiglio no había previsto, por supuesto, nada de esto. Pero tampoco

estaba sorprendido. Había visto con sus propios ojos el destrozo que Carmichael había hecho en su propio departamento. Alguien debió de haber pensado qué pasaría si toda esa furia se dirigía hacia el exterior, hacia otro ser humano. Pero eso, en opinión de Francis DiMiglio, era problema de la Academia de Policía. Los policías eran entrenados para averiguar lo que había pasado, no lo que estaba por pasar.

Después, vino la ola de publicidad. Cada vez que alguien rico y elegante era arrestado por asesinato, los periódicos agotaban sus ediciones. Y el elegante local de venta de antigüedades de Carmichael, que de todos modos se disponía a cerrar durante todo el verano, se había visto invadido. Sus puertas eran franqueadas a cada momento por gente que buscaba emociones fuertes y trataba de ver, siquiera por un instante, a Carmichael en persona. Los clientes habituales, en cambio, se quedaron en sus casas: ¿a quién le interesa comprar muebles a un hombre que puede retorcerle el cuello?

Ahora venía el juicio. El abogado de Carmichael presentó una defensa basada en la demencia. Demente *momentáneo*, pensó el teniente DiMiglio. David Carmichael podía haber estado muy loco a su modo. Pero inmediatamente después del arresto, había vuelto a tomar contacto con la realidad, al menos lo suficiente como para llorar a la mujer que había matado.

Algún día, cuando tuviera tiempo, el detective se sentaría con su hija Angela y le preguntaría qué era lo que hacía que la gente fuera tan poco razonable. Y para entonces quizás Angela tuviera algunas respuestas. Porque la semana siguiente Angela DiMiglio entraría en la escuela para graduados de New Haven, donde obtendría su título superior de psicología.

Enviar a Angela a la universidad durante todos estos años con el salario de detective no había sido fácil. Pero Francis DiMiglio nunca le había regateado un centavo. Su hija se graduó con las mejores calificaciones de su clase, y nunca les dio a sus padres el menor motivo para preocuparse por ella.

Pero los dormitorios de la universidad eran sólo para estudiantes que no hubieran pasado la graduación. De modo que Angela tuvo que alquilar una casa fuera del campus. Después de varios viajes a New Haven durante el verano, encontró otras dos estudiantes graduadas que buscaban una tercera para compartir los gastos de un alquiler. Al teniente DiMiglio ese arreglo no le gustaba en absoluto. Sabía que las casas no ofrecen el mejor nivel de seguridad. De modo que él mismo visitó a un cerrajero de Canal Street y compró un cerrojo especial, una gruesa cadena de seguridad, y una mirilla. Angela prometió que las haría instalar en su departamento no bien se mudase.

Esa mañana del viernes 14 de setiembre, el teniente DiMiglio ayudó a su hija a cargar en el coche de la familia sus ropas y libros. Disfrutó el viaje por la ruta de Nueva Inglaterra. En su carácter de miembro efectivo de la policía del Estado,

Francis DiMiglio podía conducir a la velocidad que quisiera. Le gustaba ver la cara que ponían los policías de Connecticut cuando les mostraba su estrella de oficial junto con la licencia de conductor.

Estacionó el viejo automóvil frente al edificio de departamentos donde viviría Angela, en la esquina de la calle Stiles y la Avenida Hamden. Por el espejo retrovisor podía ver las torres góticas de la biblioteca de la Universidad, a un kilómetro al este. Desde aquí, el terreno caía hacia el oeste. La avenida Hamden debió de ser en otros tiempos un barrio residencial. Pero ahora las viejas casas eran derribadas o divididas para que sirvieran como departamentos para estudiantes u oficinas de la universidad. Era el paraíso de una inmobiliaria.

Francis DiMiglio ayudó a su hija a llevar sus valijas al piso alto donde se encontraba el departamento de dos dormitorios que compartiría con Cindy Trumbull, una estudiante de arte escénico. Pero cuando el teniente DiMiglio entró, Cindy estaba bañándose... y al parecer había un muchacho en la bañera con ella.

Esa era otra cosa que no le gustaba a Francis DiMiglio. Esta chica, Cindy Trumbull, tenía un novio que alquilaba un cuarto en el mismo edificio, o al menos así se suponía. Pero Angela le había dicho a su madre la verdad. Cindy y su novio vivían juntos y dormían en la misma cama. El teniente DiMiglio se sentía enfermo de sólo pensarlo. Si un joven pretendía establecer esa clase de relación con su Angela, le rompería los huesos. Pero Angela le había hecho jurar a su madre que guardaría el secreto, por lo que Francis DiMiglio no podía decir nada a su hija sin traicionar a la madre.

Como Cindy Trumbull seguía mojada y sin vestir, Angela tuvo que ocuparse de cargar el resto de sus cosas. Su padre sacó todo del coche y subió por las escaleras. Tras lo cual volvió a la calle.

Se sentó tras el volante y sacó el periódico que traía de la ciudad. Con el trabajo de ayudar a Angela no había tenido tiempo para leerlo.

ENCUENTRAN MUERTO  
AL SUPUESTO ASESINO.  
SE CREE QUE ES SUICIDIO

Septiembre 13. David M. Carmichael, acusado del asesinato de un matrimonio de Westchester, fue hallado muerto ayer en su departamento de Riverside Drive. La policía encontró el cadáver colgado de una araña de bronce en la sala. Un vocero de la oficina del forense dijo que evidentemente la muerte había tenido lugar varios días atrás.

Carmichael, un conocido anticuario que vivía solo, estaba a punto de enfrentar a un jurado por una acusación de asesinato en segundo grado.

Era coherente, pensó el teniente DiMiglio. Muéstrale a un vagabundo del Bronx un techo que no gotee y canillas que funcionen y creará estar en el Waldorf. Pero

toma a un tipo rico como David M. Carmichael, habituado a muebles caros y a departamentos de tres dormitorios. Amenázalo con una celda con un retrete sin puerta en un rincón y una litera metálica que todavía no es una antigüedad. Algo dentro de él se marchita y muere.

Y nadie había investigado las tendencias autodestructivas de Carmichel. En el falso robo que investigó DiMiglio, Carmichael debió herirse profundamente en la muñeca y después dejar correr la sangre sobre la heladera. Cuando lo arrestó la policía de Chappaqua, le encontraron una quemadura de tercer grado, al parecer infligida por él mismo con algún objeto desconocido, en la palma de su mano izquierda.

Pero aunque lo hubieran pensado, ¿qué podrían haber hecho? ¿Poner un guardia en el departamento del acusado para asegurarse de que no hiciera una cuerda con sus sábanas y se colgara de la araña de la sala? Si el departamento de Carmichael no hubiera tenido esos techos tan altos, el anticuario probablemente seguiría vivo.

El teniente DiMiglio plegó el periódico y lo tiró al asiento trasero. ¿Qué demonios entretenía tanto a Angela? Estaba apurado por volver a la ciudad. Con el rabillo del ojo vio abrirse la puerta del frente. Y su hija apareció en la galería.

Salió del coche. El dueño de la casa, quienquiera que fuese, había tratado de plantar césped en la estrecha franja de tierra entre la galería y la vereda. Pero el césped estaba perdiendo la batalla.

—¿Ya tienes todo? —le preguntó. Angela asintió:

—Es precioso, papá —dijo sonriendo—. Deberías haber visto el cuarto de Cindy. Tiene un empapelado hermoso, en estilo chino, con faisanes y peonías amarillas. Y mi cuarto está recién pintado y al lado del baño.

—¿Ese baño enfrente de la escalera? —preguntó su padre.

—Sí —dijo Angela—. El único problema de la casa es que hay un solo baño ¡y no tiene ducha! Lo único que hay es una vieja bañera con patas en forma de garras. ¿Pero viste ese enmaderado hermoso bajo la escalera?

El teniente DiMiglio se encogió de hombros. Dejaba que su esposa se preocupara por la decoración y cosas por el estilo.

—En la parte trasera de la casa —siguió diciendo Angela—, hay una cocina grande que todos podemos usar.

—¿Todos? —preguntó el detective—. ¿Cuánta gente vive en el edificio?

—Bueno, está Cindy y... la otra chica y yo. Y los dos muchachos que viven en la planta baja. Somos cinco. Oh, y antes de llegar a la cocina hay un cuartito antiguo con ventanas coloreadas. Cuando el sol se pone, dice Cindy que las ventanas reflejan el crepúsculo y el vidrio brilla, de color rojo. Una vez que me haya instalado, ¿vendrán a verlo mamá y tú?

—Claro, ¡siempre que puedas sacar a Cindy de la bañera! Pero quizás te den

mucho trabajo. Lo mejor será que estudies.

El teniente DiMiglio le dio un largo y estrecho abrazo a su hija.

—Dile a mamá que la llamaré esta noche, ¿de acuerdo?

—Hazlo, querida. Buena suerte.

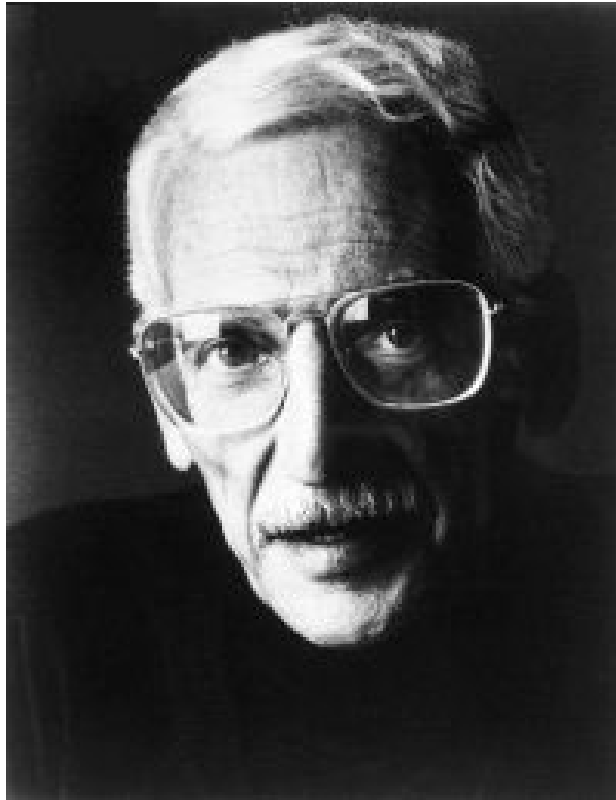
Unas pocas hojas muertas soplaban por la calle cuando el teniente DiMiglio subió a su auto. Puso en marcha el motor, pero el semáforo de la calle Stiles seguía en rojo. Con impaciencia, buscó en el bolsillo de su chaqueta el cambio que necesitaba para el peaje.

¿Qué demonios era esto que encontró entre sus monedas? El teniente DiMiglio lo miró con sorpresa. Era una moneda grande, del tamaño de una medalla de San Cristóbal, pero oscura y corroída. ¿Se la habría metido Angela en el bolsillo como una especie de broma?

El detective sintió una extraña vibración en los dedos. Pero en ese momento las luces pasaban al verde. Francis DiMiglio se metió la pesada moneda en el bolsillo del pantalón. La estudiaría con más atención cuando llegara a la ciudad.

Al acelerar, miró por el espejo retrovisor.

Angela DiMiglio seguía allí, saludándolo desde la galería de la casa número 666 de la Avenida Hamden.



JAY ANSON (4 Noviembre 1921 - 12 Marzo 1980) Escritor americano de terror. Su primer y más exitoso trabajo fue *The Amityville Horror*. Después del éxito de esta novela escribió *666*, que también trata sobre el tema de una casa encantada.